

Libros del Asteroide 

Andrés Cota Hiriart

Fieras familiares

Finalista del I Premio de No Ficción Libros del Asteroide



Andrés Cota Hiriart

Fieras familiares

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

Texto de sala: entrada a la exhibición

Museo viviente. Primera parte: cautiverio

Axolotl, *Ambystoma mexicanum*

Pitón burmés, *Python bivittatus*

Escorpión emperador, *Pandinus imperator*

Camaleón de cuatro cuernos, *Trioceros quadricornis*

Cocodrilo de río, *Crocodylus acutus*

Intermedio: guía práctica para sobrevivir al ataque de una anaconda en la selva

Museo viviente Segunda parte: libertad (las islas)

Islas Galápagos, Ecuador

Borneo, Malasia

Komodo, Indonesia

Sulawesi, Indonesia

Isla Guadalupe, México

Texto de sala: salida de la exhibición

Agradecimientos

Bibliografía mínima

Colofón

Nota biográfica

En enero de 2021, un jurado compuesto por Jordi Amat, Daniel Capó, Daniel Gascón, Leila Guerriero y el editor Luis Solano señaló finalista del I Premio de No Ficción Libros del Asteroide al proyecto «Fieras familiares» de Andrés Cota Hiriart.

Primera edición, 2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Andrés Cota Hiriart, 2022

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: Dover Books

Ilustraciones de interior y contracubierta: © Ana J. Bellido

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-19089-14-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

*A Marcia, por consentirme invadir la casa
con mis fieras durante tantos años.*

*Y a Álvaro, por arriesgarse a perder algún
dedo cada vez que fue necesario.*

La redecilla fue seguida por la lupa; la lupa, por un modesto microscopio, y con ello, mi destino quedó irremediabilmente sellado. Puesto que el que contempla con sus ojos la belleza no es ya tributario de la muerte, como dice Platen, sino de la naturaleza, cuya belleza ha comprendido. Y si sus ojos sirven realmente para ver, llegará a ser, inexcusablemente, naturalista.

KONRAD LORENZ, *Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros*



Texto de sala: entrada a la exhibición

A veces pienso que yo debería haber nacido en otra época. En el tiempo de los naturalistas clásicos, por ejemplo. Durante aquel fervoroso siglo xix, con tantos territorios aún inexplorados y repletos de fieras por descubrir. O quizá me podría haber tocado ser un nativo de las gloriosas selvas papuanas, un hombre de la jungla fundido a cabalidad con su ecosistema y aislado de los devenires que aquejan al resto de la humanidad. O también me habría gustado desempeñar el papel de uno de esos guardas forestales que patrullan a pie la reserva que tienen a su cargo: un cuidador de gorilas, pastor de jirafas o criador de lémures. Un pionero de algún tipo.

Cuando menos podría haber nacido más cerca del campo. No sé, en los linderos de un desierto o a la orilla de un gran lago. Cualquier paraje que me hubiese brindado la posibilidad de tener un poco de contacto directo y cotidiano con la naturaleza.

Pero no sucedió así. Lejos de ello, la casualidad quiso que mi alumbramiento tuviera lugar precisamente en las antípodas de este deseo, destinándome a abrir los ojos a principios de los años ochenta del siglo xx en lo que en ese momento figuraba como la urbe más grande de la Tierra. Un valle metropolitano, frenético y caótico, en el que desde tiempos inmemoriales los ríos fluyen entubados por debajo del asfalto, las alcantarillas vierten sus intersticios cenagosos cuando llueve, la calidad del aire es insana y donde las únicas manadas de bestias salvajes están constituidas por millones de automovilistas. Y es que, a pesar de haber crecido leyendo al gran Gerald Durrell y al intrépido Redmond O'Hanlon, soñando despierto con aquellas expediciones tuyas que evocan geografías indómitas y añorando tener encuentros con criaturas prodigiosas, la verdad es que mi infancia estuvo condenada a transcurrir en su mayor parte fagocitada por la intempestiva Ciudad de México.

Salvo por tres años de infancia temprana durante los cuales emigramos al otro lado de la frontera debido a la formación científica de mi mamá y de

mi papá, que por aquel entonces cursaban el posgrado —lo que me brindó el deleite de pasar tres veranos a mis anchas en las costas boscosas de Massachusetts—, mis experiencias silvestres juveniles se limitaron a visitas anuales a los ejidos de Sinaloa (de donde proviene la mitad de mi parentela), a unos cuantos campamentos en Michoacán y a la Reserva Ecológica del Pedregal de San Ángel de la unam. Así que, para satisfacer mis ansias incontenibles de contacto zoológico, en un principio no me quedó otra opción que llevar la selva a la casa, que acabó convertida en un museo viviente de fauna exótica.

No es que ese temprano afán coleccionista que marcó el compás de mis pasos hasta bien pasada la adolescencia se forjara de la noche a la mañana. Más bien se trató, como asumo que ocurre con cualquier otro comportamiento de tipo adictivo, de un encadenamiento paulatino de pequeñas negociaciones. Primero un inocuo pez beta, después una pareja de tortuguitas japonesas, más adelante roedores diversos, cangrejos ermitaños, una que otra culebra de agua, salamandras, basiliscos, ciempiés, y así hasta llegar a Perro, la boa constrictor de treinta kilos y cuatro metros de largo con la que compartí mi habitación durante más de quince años. Digamos que fue un proceso gradual de estirar los límites: «una cosa llevó a la otra», por resumirlo de alguna manera. Pero ¿qué más podría haberse esperado que sucediera? No solo fui hijo único y educado por medio de incentivos, sino que además mi madre era alérgica a los perros y a los gatos.

¿Se supone que uno debería ser responsable de la manera en la que opera su propia química cerebral? ¿Se nos pueden achacar realmente los millones de procesos fisiológicos que acontecen en todo momento de forma subconsciente en la maraña neuronal y que dictaminan nuestras acciones? ¿Qué culpa tengo yo de que mi hipófisis dispare un torrente de oxitocina cuando mis ojos descubren el contorno sutil de una rana arborícola, la piel rugosa de un monstruo de Gila o la lengua bífida de un varano?

Quizás en lo que respecta a nuestros gustos personales no tengamos ese libre albedrío del que tanto alardeamos. Digo, si todo se reduce a interacciones bioquímicas y a impulsos eléctricos que pasan completamente inadvertidos para uno, sinapsis repentinas y sigilosas que preceden a la intervención del sujeto narrativo que hemos construido dentro del cráneo,

¿gozamos objetivamente de poder de elección alguno? ¿Qué tanto depende del molde y qué tanto de las circunstancias? ¿Cuánto de la epigenética y cuánto del contexto? Difícil dilucidarlo. En todo caso, me alegra que a mí me haya tocado profesar una afición por el naturalismo y la zoología, y no por la filatelia o la numismática. Y si celebro que se me haya permitido llevar tal devoción hasta sus últimas consecuencias es porque secundo lo enunciado por Julián Herbert: «Conozco la desgracia y la calma sagradas que sobrevienen al *relapse* en drogas duras; sé que no es una experiencia muy distinta al cuchillo de arrobo que te mete en la carne la contemplación de la naturaleza».

Tampoco es que la acumulación de fieras escamosas en el hogar sucediera de manera totalmente desenfrenada o, para el caso, siquiera fuera permanente: el cautiverio, como condición de interacción con la fauna, fue tan solo una etapa en mi vida. Un periodo extenso y trascendente, sin duda, pero que eventualmente terminó feneciendo para dar lugar a la siguiente fase, en la que, ya controlada mi adicción, y siendo algo así como un «alcohólico anónimo de la herpetofilia», tuve la dicha de poder aventurarme por parajes recónditos y acariciar ese sueño de encontrar bestias legendarias.

Si de niño hubiera tenido la certeza de que algún día me sería concedido poder ver dragones de Komodo en libertad, perseguir entre la maleza al elusivo tarsio (el primate más pequeño del mundo) o visitar en persona el exuberante reino del orangután de Borneo, quizá la primera parte de este libro hubiera sido distinta. O quizá no. Dejémoslo simplemente en que a mí los animales (en especial los reptiles y los anfibios) me han dado, si no todo, sí bastante: desde una pasión infantil y una afición juvenil, hasta una formación académica y mis primeras pinceladas de vida profesional. Han sido la inspiración persistente a lo largo de los años para ahondar en la indagación científica y literaria, ejes de identidad en los que me he afianzado para no acabar completamente amorfo, a merced del letargo y la indiferencia.

Pero volvamos al asunto de nacer en otra época. Al menos encuentro cierto sosiego en que esto no sucediera más tarde. En algún momento de ese futuro artificial y estéril que se cierne sobre nosotros y que a todas luces

promete ser un mundo genérico y estandarizado, domesticado en su totalidad y despojado plenamente de su cobertura vegetal primigenia. O para ser más concretos: corrompido hasta sus raíces por los designios del *Homo sapiens* y sus huestes de máquinas inteligentes.

A lo que quiero llegar es que mientras escribo estas líneas todavía es posible observar unas cuantas aves a través de la ventana e incluso visitar algún remanente relativamente prístino del globo terráqueo (el «relativamente» es importante aquí, pues de superficie realmente imperturbada solo subsiste el tres por ciento del planeta). Y aunque ya no queden tantas ranas (prácticamente ninguna en esta ciudad) y a pesar de que la lista de organismos que se acercan peligrosamente a la extinción crece cada día —de acuerdo con lo anotado por Elizabeth Kolbert en *La sexta extinción, una historia nada natural*: «Se estima que un tercio de todos los corales que forman arrecifes, un tercio de todos los moluscos de aguas dulces, un tercio de los tiburones y de las rayas, un cuarto de todos los mamíferos, un quinto de todos los reptiles y un sexto de todas las aves están cayendo en el olvido»—, para la gran mayoría de las personas aún es posible aparentar que hay esperanza; fingir que (aunque lo cierto sea que la suerte ya está echada) al final «todo saldrá bien»...

La cuestión es que al menos me tocó crecer en un contexto bendecido por la ingenuidad y la ignorancia respecto al atolladero en el que nos iríamos a meter. O mejor dicho: nos estábamos ya metiendo. Un ámbito temporal ligeramente anterior a que la gran debacle ecológica se tornara innegable.

Cierto es que los signos de que algo no estaba del todo bien en la floresta comenzaron a manifestarse desde mucho tiempo antes. El desajuste generalizado de la temperatura, el derretimiento de las capas polares, el blanqueamiento de los arrecifes coralinos, la sobresaturación de la atmósfera por ondas electromagnéticas y la invasión del plástico en todos los estratos del planeta fueron acontecimientos que me tocó presenciar conforme crecía. Alarmas que posteriormente ya no pudieron ser silenciadas y que al poco rato no dejarían lugar a dudas: nos estamos despeñando de cabeza por el precipicio y llevamos las manos atadas al celular.

Mahatma Gandhi afirmaba que la grandeza de una nación y su progreso moral pueden ser juzgados por la manera en la que tratan a sus animales. Interpretaciones e implicaciones filosóficas aparte, lo cierto es que tal aseveración ha perdido su esencia de escala regional, pues hoy en día el grueso de las criaturas silvestres a nivel global comienza a sufrir los estragos de nuestros impactos. «No es lo duro, sino lo tupido», diría mi señor padre.

Es significativo el mero hecho de que actualmente la biomasa total de mamíferos esté representada únicamente por un cinco por ciento de ejemplares salvajes —el resto somos nosotros y las especies domésticas y ganaderas que explotamos—. Como también debería producirnos consternación que el setenta por ciento de todas las aves sean pollos (que, con unos 29 mil millones de ejemplares, figuran hoy en día como el vertebrado terrestre más numeroso del planeta). Y ya no digamos por asuntos bastante más serios, o con consecuencias exponencialmente más funestas para la ecología, como lo es la trepidante velocidad con la que están desapareciendo los insectos: de acuerdo con estimaciones recientes de diversas universidades, se están desvaneciendo con una tasa de extinción ocho veces más alta que la de los mamíferos, aves y reptiles. Estamos hablando de millones de especies, trillones de individuos invertebrados de los que dependemos todos los demás. Sin ir más lejos, representan la base de las redes tróficas terrestres y son los polinizadores principales de un gran número de plantas. Y no hace falta contar con una imaginación prodigiosa para hacerse una idea del efecto cascada que ello implica para la ecología en sentido amplio.

¿Qué va a pasar cuando nos quedemos sin el resto de los animales? Cuando ya no merodeen ni siquiera en las escasas reservas a las que los hemos relegado y ya solo perduren a través de leyendas o gracias a sustitutos artificiales como en algún pasaje distópico de Philip K. Dick. No lo sé, pero algo me dice que sería mejor no averiguarlo. Sin embargo, si por algo nos destacamos los monos parlantes (o «bípedos implumes de uña ancha», como tuvo a bien designarnos Platón), es por nuestra tremenda predisposición a prestar oídos sordos a las evidencias que nos rodean. ¿De qué otra manera podemos justificar que sumemos ya cerca de ocho mil

millones de humanos los que sobrepoblamos el planeta y que sigamos creciendo a razón de tres nuevos individuos por segundo?

El eminente naturalista E. O. Wilson asegura que el ser humano es la primera especie en la historia de la vida que se ha convertido en una fuerza geofísica. Desde luego que su conjetura es acertada, las dimensiones de nuestro impacto tienen ya un alcance planetario. No obstante, las cianobacterias lo hicieron antes, cuando gracias a la innovación de la fotosíntesis dichos microorganismos propiciaron el cambio de una atmósfera reductora a una oxidante hace unos dos mil quinientos millones de años. Un proceso conocido como «la gran catástrofe del oxígeno» y que devino en la extinción masiva más cruenta de la que se tenga registro, estimada en una tasa cercana al 99% de los organismos presentes en aquel entonces. Comparado con un evento de tal magnitud (o con la colisión del gran meteorito que se incrustó en Chicxulub, Yucatán, hace unos 66 millones de años y que, a decir del consenso paleontológico, acabó con los dinosaurios), los alcances destructivos de nuestra estirpe son un tanto modestos; sin embargo, suficientes como para que estemos aniquilando a una buena porción de los seres vivos que nos rodean.

Es cierto que se podría argumentar que nada de esto tiene realmente importancia: que, por mucho que nos guste ufanarnos de lo contrario, estamos condenados a no ser más que un discreto horizonte en el registro fósil. Tarde o temprano (y a merced de cómo van las cosas, más bien temprano), la humanidad acabará reducida a una fina capa de polvo; un estrato mineralizado entre cientos: una más de las numerosas estelas pétreas que encapsulan la historia biológica de este planeta.

La Tierra permanece, nosotros no.

«El mundo comenzó sin el hombre y acabará sin él», diría Lévi-Strauss. Y si por algo se podrá distinguir al Antropoceno (o quizás sea más apropiado llamarlo Capitaloceno, porque al final no todas las sociedades humanas han destruido irremediablemente su entorno) del resto de las eras geológicas, será por su brevedad. Tras lo cual la vida prosperará, se reinventará y volverá a irradiar como es su costumbre. La infatigable evolución encontrará nuevas formas de rellenar cada uno de los nichos ecológicos dejados vacantes por la pequeña catástrofe homínida. La muerte

de unos es siempre la oportunidad para otros, y aquí el único melodrama lo ponemos los testigos.

Pero tampoco hay necesidad de ponerse tan pesados. «Andino, no te pongas así», me diría mi mamá. Y tendría razón, porque por mucho que en el gran esquema de las cosas nada tenga demasiada importancia, sin nuestra experiencia cotidiana, ¿qué más nos queda? La verdad es que la biodiversidad actual será la única que nos tocará conocer, así que más nos valdría valorarla. A fin de cuentas, hemos sido dotados con la gracia de la conciencia, y eso, supongo, debería contar para algo. Como mínimo para ser capaces de tomar distancia, cuestionarnos dónde estamos parados y en qué dirección emprenderemos el siguiente paso. Evitar acabar como los peces de la parábola con la que David Foster Wallace abre su célebre discurso «Esto es agua»:

Dos peces van nadando cuando se encuentran con un pez mayor nadando en dirección contraria. El pez mayor se detiene y los saluda: «Buenos días, muchachos, ¿qué tal está el agua?». Los dos peces jóvenes devuelven el saludo y siguen su camino, y después de unos instantes, uno se voltea y le pregunta al otro: «Oye, ¿qué carajos es el agua?».

Valgan pues estos tropiezos faunísticos como el testimonio de un joven naturalista que tuvo la oportunidad de conocer el mundo silvestre segundos antes del apocalipsis; en el peor de los casos, quedarán como un modesto vestigio de ese flujo de biodiversidad en el que estábamos embebidos y que no supimos apreciar.

Museo viviente

PRIMERA PARTE: CAUTIVERIO

El deseo de tener algún animal suele brotar siempre de un mismo y viejísimo motivo: el que impulsó también a Kipling a escribir sus libros de la jungla. Nace de una pasión del hombre civilizado, que añora el paraíso perdido de la Naturaleza salvaje. Cada animal es como un pedacito de esta Naturaleza libre; mas no todos resultan apropiados para representar dicha Naturaleza en la propia casa.

KONRAD LORENZ

Bad decisions make good stories.

ELLIS VIDLER



Axolotl, *Ambystoma mexicanum*

El semblante del pequeño monstruo de agua es difícil de olvidar. Su aspecto remite a un ser arcaico y extravagante, propio de un mundo perdido o de una película de ciencia ficción. Perturbador como sueño de infancia. Extraordinario cual invención de Julio Verne. Portentoso, milagroso. Enigma científico. Deidad precolombina. Una criatura endémica del gran valle central del altiplano mexicano (la cuenca del Anáhuac), de hábitos nocturnos y completamente acuáticos, que posee la llave de los secretos de la eterna juventud y el don de la regeneración corporal extrema. Un organismo tan singular que si no existiera en la naturaleza probablemente figuraría dentro de la zoología fantástica de Borges. Al observarlo flotando casi ingrávido en el agua turbia se tiene la sensación de que la evolución con él fue un poco más imaginativa que con el resto de los seres vivos, moldeando a través de los años a un ente casi surrealista. Absurdo como fantasía de Lewis Carroll, incomprensible cual reliquia arqueológica. Su enorme boca y ojos diminutos sugieren que está condenado a vivir de buen humor, y el conspicuo penacho de branquias que se dispara por detrás de su cabeza ovoide lo asemeja a un dragón chino.

Ficha 1

Clase: *Amphibia* **Orden:** *Caudata* **Familia:** *Ambystomatidae*
Género: *Ambystoma*

Distribución: Es una especie endémica del valle de México, solía ser sumamente abundante en los lagos y humedales que salpicaban la zona, pero conforme estos han ido desapareciendo, el axolotl también.

Estatus: En peligro crítico de extinción, si acaso sobreviven unos pocos ejemplares en vida libre en los canales de Xochimilco, aunque en cautiverio existen poblaciones numerosas.

Alimentación: Cazan cualquier presa que quepa en su boca: moluscos, insectos, peces, crustáceos, larvas acuáticas, lombrices, anfibios y crías de su misma especie.

Aspecto: Cabeza prominente, cola más larga que el cuerpo. La coloración nominal suele ser pardusca, verde oscuro o marrón, con manchas negras, café y blanquecinas. En el mercado de cautiverio se han establecido variedades albinas, leucísticas, melanoides, doradas y más.

Tamaño: Llegan a medir hasta 30 cm de largo y a pesar más de 200 g.

Esperanza de vida: En libertad entre 10 y 15 años, en cautiverio el récord ronda los 30.

Diorama 1: Metamorfosis inducida

Para mí, todo comenzó con los ajolotes. Con esos anfibios tan singulares como carismáticos que el atinado Juan José Arreola describió como: «Pequeño lagarto de jalea. Gran gusarapo de cola aplanada y orejas de pólipo coral [...]», y que también cautivaron a Julio Cortázar, hipnotizándolo de tal modo que el gigante argentino se vio orillado a transformarse en uno de ellos, como relata en su emblemático cuento *Axolotl*: «Hubo un tiempo en que yo pensaba mucho en los axolotls. Iba a verlos al acuario del Jardín de las Plantes y me quedaba horas mirándolos, observando su inmovilidad, sus oscuros movimientos. Ahora soy un axolotl».

De manera similar, yo también fui embelesado y jugueteé con sus transformaciones. Con las de los anfibios, quiero decir. Pero en mi caso no me refiero a transfiguraciones metafóricas, sino fisiológicas e intencionales (y habría que reconocer que, sacadas de contexto, quizás incluso un tanto despiadadas). Meditándolo un poco, también estaba en juego mi propia identidad: los inevitables cambios de forma que uno va adoptando a lo largo del trayecto y que poco a poco esculpen el camino de cualquier sujeto. De este modo, tendremos que ir diseccionando ambas criaturas —niño y salamandra— a la vez.

Aclaremos: todas las salamandras comienzan sus días siendo ajolotes, después crecen, realizan la metamorfosis y, al igual que sucede en el caso de los renacuajos que se transforman en ranas, los ajolotes se convierten en salamandras. Sin embargo, algunas contadas especies (entre ellas el axolotl o *Ambystoma mexicanum*) ostentan la fantástica posibilidad de ahorrarse todo el proceso de maduración y no realizar la metamorfosis. En lugar de ello, dichos organismos esgrimen la peculiaridad de ser capaces de reproducirse sin pasar por los cambios necesarios, típicos de los otros

miembros del grupo, para llegar a la etapa adulta, rasgo denominado en biología como neotenia o pedomorfosis.

El axolotl (nombre otorgado por los aztecas a la especie endémica del valle de México, proveniente del náhuatl: *atl* «agua» y *xolotl* «monstruo», es decir, *axolotl*, «monstruo de agua», y del cual se derivaría posteriormente *ajolote*, castellanización empleada para referirse a cualquier larva de salamandra) retiene así los caracteres larvarios durante toda su existencia o, si se prefiere, es como un niño perenne, un ajolote eterno.

Recuerdo que el bisturí se hundió en la carne blanduzca con facilidad, tras lo cual Agustín, el biólogo que nos había llevado al campo aquella mañana, trazó un corte longitudinal a lo largo de la cabeza y extirpó uno de los ojos del anfibio para mostrarnos su cristalino. Parecía una roquita de sal traslúcida. Agustín giró el lente entre sus dedos con delicadeza y después lo aproximó a cada uno de nosotros (unos doce infantes de edades diversas, yo tenía nueve años) para que nos asomáramos. A través del pequeño prisma el mundo se veía de cabeza.

Después, extendiéndonos el bisturí, Agustín preguntó:

—¿Quién quiere sacar el otro cristalino?

A principios de la década que cerraría el siglo xx a los niños se nos permitía emplear cuchillos. Corrían otros tiempos, más agrestes, no era necesaria tanta sobreprotección. No solo no resultaba inaudito consentirles a las manos infantiles blandir armas blancas de vez en cuando, sino que era perfectamente factible que Agustín llevara por sí solo, y en transporte público, a una docena de renacuajos humanos a explorar los alrededores del lago de Pátzcuaro —donde nos encontrábamos en ese momento con los pies hundidos en el fango— para buscar animales.

Este acto, en el México actual, y en especial en lugares como Michoacán, sería francamente inconcebible. Y no únicamente por la ola de violencia que devora el país, sino también porque hoy en día dar con prácticamente cualquier clase de ajolote en libertad —en especial uno del lago de Pátzcuaro (llamado achoque) o para el caso uno propio de los humedales del valle de México (el célebre axolotl)— constituye casi un

milagro. No obstante, en ese entonces había tantos que los podías atrapar a mano limpia. Me acuerdo de que ese día llenamos una cubeta en menos de media hora.

—Cuidado, Cota. No seas bestia —me advirtió Agustín, cuando llegó mi turno de realizar la disección—: ¡le vas a arrancar las tripas!

Esa era otra cosa que me caía bien de él: que nos trataba como iguales, y no como si fuésemos polvorones a punto de desmoronarse.

Agustín impartía el taller de biología de un campamento al que yo solía asistir cada año en Erongarícuaro, Michoacán. La base de operaciones era un viejo molino en el que un centenar de niños y niñas de entre cinco y catorce años comíamos y pasábamos la noche, y durante el día realizábamos talleres con la gente de la localidad. Podías aprender a hacer quesos y embutidos, dulces tradicionales, pan, tallas en madera, telar o cerámica, o bien instruirte en la práctica veterinaria y en la biología, como prefería hacer yo.

Las primeras veces que acudí a dicho campamento lo hice en tren (algo más que ya no existe en este país: los trenes de pasajeros). Recuerdo que el convoy avanzaba despacio y rechinando sobre los rieles y que el viaje era de más de doce horas. Salíamos de la estación Buena Vista de la Ciudad de México (ahora convertida en un centro comercial) y pernoctábamos en literas estrechas a razón de seis camas por cabina.

Me pregunto qué posibilidades atroces podría entrañar tal viaje en el presente. ¿Cuántas familias quedarían destrozadas? De hecho, no mucho tiempo después de que asistiera al Molino por última vez, en esa ocasión ya como monitor, el campamento tuvo que cerrar de manera definitiva debido a la inseguridad y la violencia ligada al narco que asoló el estado.

¿Qué habrá sido del buen Agustín? El Bioloco, como todos le llamaban. ¿Se habrá tenido que mudar de pueblo? ¿Habrá perdido ese entusiasmo que lo caracterizaba? Hasta donde me alcanza la memoria, todo el tiempo parecía estar de buen humor y dispuesto a emprender alguna aventura. Me parece que solo se enojaba cuando nos topábamos con algún tipo de deterioro ambiental durante nuestras caminatas por el monte: un manchón de árboles cercenados por la tala ilegal, una trampa de cazadores

furtivos, jabón o residuos plásticos anegando una poza de agua antes cristalina, esa clase de cosas.

Viendo cómo marchan las cosas actualmente en el medio silvestre (sin ir más lejos, el lago de Pátzcuaro se ha reducido a menos de la mitad del tamaño que tenía aquel día en el que estábamos recolectando ajolotes), no me extrañaría que Agustín hubiese sufrido un infarto. Quizá su corazón se detuvo cuando talaron buena parte del bosque al que llegan anualmente las mariposas monarcas o debido al ecocidio generado por la industria del aguacate. Quién sabe, tal vez ni siquiera llegó a ver eso. Tal vez lo desaparecieron, como a tantos otros ambientalistas, por defender la tierra; una práctica habitual en este país.

Prefiero imaginar que Agustín llegó a viejo. Que anda por ahí en el campo, revolviendo la hojarasca en busca de ranas o encaramado en la copa de un árbol contando nidos de aves. Persiguiendo su antiguo sueño de crear un automóvil propulsado por caca de vaca. A lo mejor ya lo consiguió y es famoso. Lo ignoro. Lo que sí sé es que sus enseñanzas ayudaron a trazar el sendero para encauzarme en la ruta de la zoología.

La siguiente ocasión en la que profané los tejidos de un ajolote (o, bueno, de varios) fue aún más determinante, una especie de rito de paso para iniciarme en la práctica biológica. Así es que, afinando el enunciado del principio, para mí todo comenzó con un experimento. Un experimento que llevé a cabo cuando tenía trece años en la feria de ciencias de la secundaria y que ponía a prueba la posibilidad de interrumpir la formidable propiedad neoténica del axolotl. Destruir la pedomorfosis intrínseca a la especie, estimular al «prodigioso niño eterno del pantano» a transformarse, madurar y adoptar una forma nueva. Inducir su metamorfosis inoculándole hormonas y generar, en consecuencia, que el grácil organismo permutara, revelando una anatomía desconocida en la naturaleza.

Desde luego que lo anterior no obedecía solo a un mero capricho personal. Dudo que a esa edad contara siquiera con la iniciativa o la pericia mental suficientes como para haber podido diseñar el protocolo

experimental por mi cuenta. El procedimiento encontraba su sustento en el campo de la fisiología celular y la sabia guía de mi madre.

Estábamos a mediados de los años noventa y en aquella época las nutridas poblaciones del gran axolotl (presentes en Xochimilco y en el resto de remanentes acuíferos del valle de México) aún no mostraban señales de agonía. Por el contrario, según un censo realizado en 1996, la densidad poblacional de estos organismos rondaba los seis mil individuos por kilómetro cuadrado. Es decir, que los números de la especie eran todavía abundantes. De hecho, hasta principios del siglo xxi era relativamente frecuente encontrar ejemplares de *Ambystoma mexicanum* y de otros tipos de ajolotes en los acuarios de tianguis y mercados, e incluso la oferta de su carne como delicatesen prehispánica o como relleno de tacos y mixiotes no estaba mal vista. Nada sugería el funesto devenir que aguardaba a los anfibios apenas una década más tarde.

Por aquel entonces yo cursaba segundo de secundaria y aún no me rebelaba del todo. Aún no «me salía del huacal», como diría mi abuela sinaloense. Digamos que me encontraba en un momento de transición. Un paso intermedio entre el niño gordo (y, afrontémoslo, un tanto ñoño) que había encarnado durante buena parte de la primaria y el adolescente problemático que se cocinaba a fuego lento en mi interior. Nada como una buena dosis de resentimiento para potenciar la saña que aflora una vez que se ha atravesado el estirón y ganado así unos peldaños en la jerarquía del patio escolar.

Ignoro cómo será la primaria de hoy en día, pero en el México de finales de los ochenta y principios de los noventa era un verdadero campo de batalla. O cuando menos lo era para mí. Y no es que de chico fuera particularmente dado a los golpes, al revés, de la docena de peleas de las que me acuerdo casi siempre salí perdiendo. Procuraba defenderme, faltaba más, pero mi destreza para el combate era escasa y era dado a intimidarme con facilidad. Al menos hasta que llevé a una de mis serpientes a la exposición de talentos de sexto de primaria y descubrí el poder que guardan estas criaturas ante la mirada de quienes no las comprenden. O sea, en una sociedad con una fuerte injerencia católica, el grueso de mis compañeros.

Ese día dejé de ser el gordito indefenso de los suéteres ridículos y comencé a ser el inadaptado extraño que intimaba con las víboras. En otras palabras: alguien al que era mejor dejar en paz. De haberlo sabido con antelación, habría llevado a mi serpiente a clase desde el primer día: me habría ahorrado una buena dosis de desaventuras pugilísticas innecesarias. Una cosa más que le debo a los reptiles: haberme sacado de los fondos del sistema de castas escolares.

El caso es que a mis trece años todavía era un buen estudiante y, dado mi entusiasmo persistente (por no decir completa obsesión) por los anfibios y los reptiles —y probablemente también debido a la carencia de aptitudes significativas hacia prácticamente el resto de los aspectos de la experiencia humana—, mi madre consideró que quizás había llegado el momento de darme el empujón necesario para que mi afición herpetológica comenzara a madurar hacia algo más serio. Permitirle al joven naturalista tener su primer encuentro «formal» con la práctica biológica, dejar que se empapara en las aguas tibias del quehacer científico y, con algo de suerte, de paso superara las desdichas intrínsecas a no poseer aptitudes deportivas, musicales, artísticas o sociales destacables.

Después de todo, y aunque Dawkins insista en negarlo, los genes son solo una parte del paquete. El resto toca ir construyéndolo sobre la marcha. Hilvanar esa intrincada cadena de casualidades que brindan sustento a la historia de cada individuo y que empieza en la más temprana infancia.

No sé si haber nacido, gateado y aprendido a caminar dentro de un minúsculo departamento de veinticinco metros cuadrados en Coyoacán —domicilio que mi madre ocupó a lo largo de once años, donde se casó con su primer marido al cumplir los dieciocho, estudió medicina y después se emparejó con mi papá, parió y amamantó a su único hijo, hasta que decidió realizar su doctorado en el extranjero— tuvo algo que ver, pero al llegar a la costa de Cape Cod, Massachusetts, algo se desdobló dentro de mí. Una especie de desesperación por querer explorarlo todo. Como si la contención impuesta por los muros de ese departamento de perímetro castigado —cuyo baño resultaba tan reducido que uno podía sentarse en el retrete, lavarse las

manos en el lavabo y tomar una ducha al mismo tiempo— me hubiese precondicionado a, una vez que el horizonte natural se abriera frente a mí, pretender inspeccionar cada uno de sus escondrijos.

En aquellos tiempos, Woods Hole era un poblado más bien pequeño, no pasaría de los quinientos residentes sin contar la población flotante de académicos y sus familias, que, como nosotros, visitaban sus célebres institutos de ciencias naturales durante el verano. Meses en los que se registraba una congregación cosmopolita de coeficientes intelectuales disparados por encima de la media, una sinergia de cerebros destacados (no pocos de ellos acreedores a premios Nobel), ávidos por desentrañar los misterios del universo en bermudas y chancletas, y después beber cerveza.

El posdoctorado que estaba realizando mi papá consistía en investigar los canales iónicos de las neuronas; entre ellos, los de los axones gigantes del calamar. Mi mamá, por su parte, cursaba el doctorado en los terrenos de las células beta y el páncreas (secreción de insulina y diabetes, para ser más exactos), y si bien usualmente empleaba ratas como modelo de estudio, a veces sus experimentos también requerían del mortífero pez sapo.

Era, pues, un entorno estimulante para la producción del conocimiento, pero también, y más importante para mí, fértil para el despertar de un joven naturalista. Como bien se aseveraba en su nombre, el poblado de Woods Hole estaba rodeado por bosques espesos. Era uno de esos lugares en los que por la tarde titilaban tantas luciérnagas en el jardín que no resultaba difícil llenar un frasco, en los que de camino a la escuela no era inusual encontrarse con tortugas atravesando el sendero, con jornadas de clase que terminaban invariablemente en la playa (donde abundaban los límulos, los erizos, las medusas y las estrellas de mar), y en los que al caer la noche los cubos de basura eran asaltados constantemente por tropas de mapaches insolentes.

Recuerdo que me encantaba acompañar a mis papás a su instituto. Aquellos que hayan tenido la dicha de crecer entre microscopios, reactivos, pipetas, matraces, balanzas, centrífugas y demás aparatos de los laboratorios científicos podrán dar fe de que las áreas de experimentación son terreno insuperable para el juego, pero aquel edificio del mbl (Marine Biological Laboratory) resultaba particularmente atractivo, pues en su

primera planta disponía de decenas de piletas repletas de especímenes inquietantes: calamares, cazonos, rayas, medusas, langostinos y demás organismos utilizados para la investigación.

Lo mejor era que nadie los vigilaba. Uno podía, por ejemplo, zambullir la mano en el tanque de los calamares y desatar un frenesí de escupitajos de tinta, o voltear el cuerpo tosco de un límulo y admirar las extremidades biomecánicas del crustáceo ancestral. También podía dejarse chupetear los dedos por las bocas nerviosas de las rayas, o bien acercar lápices a las tenazas de langostas y cangrejos y admirar cómo los destrozaban. Tal vez sea redundante aclarar que nunca tuve el arrojo necesario para introducir la mano en el tanque de las anguilas eléctricas, de otro modo probablemente mis padres se habrían quedado sin su único hijo.

Guardo pocos recuerdos fidedignos de los primeros años que pasamos en Estados Unidos. Quiero decir: recuerdos que estoy seguro de que no son apropiaciones posteriores de alguna fotografía o que maquiné a partir de los relatos de mis papás. Lo que tienen en común todas esas estelas de momentos distantes que se quedaron inervadas en mi cabeza (y lo que me confirma que son vestigios auténticos y no meras reminiscencias) es que involucran animales.

No sé cómo será para el resto, pero mi memoria suele anclarse en las fieras con las que interactué en cada momento específico de mi vida; y es bien sabido que, aunque las impresiones sobre uno mismo se alteran con el tiempo, los tótems son inamovibles.

Para mí, esos tótems de la infancia se articulan alrededor de los telares algodonosos de las viudas negras que habitaban debajo de las maderas del porche y que en verano se infestaban de millares de bebés araña diminutos y efervescentes, con las membranas moteadas de las ranas que perseguía cerca del río, con las carcasas monstruosas de las larvas de libélula que acechaban en el estanque y que yo atrapaba utilizando un palo, con las mudas quebradizas de piel de serpiente que hallaba enmarañadas en los matojos y con los terciopelos de las polillas gigantes que se daban cita noche tras noche para revolotear en el mosquitero de la cocina. Vamos, que si algo recuerdo con claridad de aquellos tiempos es el esmero con el que me entregaba a levantar rocas y troncos en busca de sabandijas.

Creo que acababa de cumplir los cuatro años el día que me devolvieron de la guardería con fiebre y revestido por cientos de misteriosas ronchas rojas y jugosas. El doctor descartó que el origen de las vesículas supurantes recayera en los casos más típicos: no parecía tratarse de varicela, rubeola, escarlatina u otra fiebre de tipo eruptiva. Tampoco parecía obedecer a alguna alergia digestiva. Fue entonces cuando el médico y mis papás tornaron su atención hacia otras posibles causas del desconcertante brote y tras una inspección minuciosa de mis vestimentas hallaron mi ansiado tesoro: un amasijo de gusanos azotadores resguardados en los diferentes bolsillos del pantalón.

No sé cuántos días había pasado incrementando el tamaño de aquella madeja amorfa de gusanos, pero sí tengo grabado en la memoria que los atractivos invertebrados estaban forrados por una especie de pelusa gris con rayas rojas y que los había descubierto dentro de una llanta que colgaba a manera de columpio en el jardín de la escuela.

Supongo que por aquel entonces mis papás ya estaban al tanto de que para su pequeño hijo transgredir los límites del contacto, digamos «sensato», con la fauna silvestre no representaba motivo de aflicción o angustia, al contrario, y que optar por la prohibición tajante no llevaría a ningún sitio. Tenían razón.

Unos meses más tarde lo que hallaron escondido en el cajón de mis camisetas fue una culebra. Se trataba de una serpiente delgada con listones amarillos sobre fondo café que me había encontrado unos días antes en la vereda de atrás de la casa. Por supuesto que era completamente inofensiva, eso yo lo tenía claro, lo había visto en mi libro favorito de aquella época: una gruesa enciclopedia ilustrada con el ambicioso título *North American Snakes* (que, si bien apenas comenzaba a poder descifrar las letras que acompañaban a las imágenes, incluía cientos de fotografías con íconos que indicaban qué organismos eran peligrosos y cuáles no).

Me parece que ese fue mi primer acercamiento a la comunicación de la ciencia: intentar convencer a mi mamá de que aquella culebra no representaba riesgo alguno. Aquel día también descubrí el poder de los libros, pues cuando acudí a mi enciclopedia para secundar mis palabras, mi

mamá se tranquilizó notoriamente y su voz perdió el tono de alarma. Sin embargo, en esa ocasión no permitió que me quedara al ofidio.

De cualquier manera, ya no había forma de negarlo: el niño había sido marcado por la cruz de la manía indagatoria y su campo de acción parecía tender hacia los dominios filogenéticos de la fauna de sangre fría (u organismos poiquiloterms, para emplear el término correcto). Por tanto, hubo que proceder de manera diplomática y entablar un trato: a partir de ese momento me sería otorgado el derecho de conservar a mis capturas en la casa durante un par de días mientras las estudiaba, siempre y cuando estas fueran resguardadas dentro de recipientes cerrados (no escondidas en la ropa o en los cajones de mi cuarto) y que, claro, no se tratara de organismos venenosos.

Arañas patonas, ciempiés, orugas y mantis; escarabajos, insectos palo, tritones y no pocos renacuajos fueron desfilando por los frascos y terrarios de mi zoológico improvisado, al tiempo que yo iba descubriendo cómo alimentar y cuidar de las criaturas durante su breve estancia a mi lado e iba coleccionando vestigios para engrosar mi pequeño museo en gestación. Un cascabel de víbora, los dientes frontales de un tejón, tres exoesqueletos de erizos marinos, el huevo seco de un tiburón con forma de ravioli; esas eran mis reliquias de aquel entonces. Únicas posesiones que, junto con mi enciclopedia de serpientes y mi bicicleta, nos acompañaron en las ocho o nueve moradas que habitamos durante esos años de peregrinaje académico, saltando constantemente entre la costa de Massachusetts, donde pasábamos solo el verano, y Filadelfia (me temo que las escuetas becas de posgrado siempre han requerido de una inclinación marcada hacia el nomadismo y una postura budista respecto a las pertenencias personales).

No creo que sea necesario seguir evocando vivencias de infancia temprana. Solo que, como dicen, infancia es destino, y el contexto es relevante para poder vislumbrar la dimensión del cambio que significó para mí regresar a la Ciudad de México; la metamorfosis que ello implicó para un vástago desvergonzadamente silvestre como lo era yo a mis siete años de edad. Lo que quiero decir es que ese fue el chispazo que encendió la mecha: de la noche a la mañana, el cautiverio se había transformado en el único modo asequible para satisfacer mis intereses de corte naturalista.

A pesar de todo, el regreso a México fue mejor de lo que mi pequeña mente esperaba, pues trajo consigo una revelación asombrosa: la deslumbrante riqueza de herpetofauna que convierte al país en el segundo lugar más biodiverso a nivel mundial en lo que se refiere a reptiles (con unas 864 especies registradas, de las cuales 393 son serpientes: rubro en el que México ocupa el primer lugar) y en el quinto en lo que respecta a los anfibios (con 376 especies presentes).

Sin embargo, eso no lo descubriría hasta más adelante, hasta que crecí lo suficiente como para poder aventurarme al campo por mi cuenta. Así que mejor será que nos aboquemos al marco temporal de la feria de ciencias de la secundaria y al dichoso experimento de inducir la transformación del axolotl; evento que, quizá sería importante mencionar, tuvo lugar un par de años después de que mi mamá y mi papá se separaran, cuando yo tenía once años.

No ignoro que el divorcio de mis padres pudo ser una experiencia algo traumática en su momento, como sería de esperar, pero con el paso del tiempo me permitió entablar una relación independiente con cada uno de ellos. El consabido «si tus papás se separan tienes dos regalos cada Navidad», pero llevado a los linderos de la afición por los reptiles y anfibios (la herpetofilia y la herpetocultura). Es decir, básicamente, que las posibilidades de negociación para conseguir mis fines comenzaron a gozar de dos frentes de batalla. Si mi papá me llevaba al herpetario de Tepoztlán y regresábamos, por ejemplo, con una serpiente ratonera, ¿qué culpa tenía yo?

Por aquella época mi colección era todavía un tanto rudimentaria, unos cuantos terrarios distribuidos entre mi habitación y el salón que en su mayor parte albergaban ranas, tortugas y lagartijas. Pero una cosa es mantener a una criatura con vida unos cuantos días y después liberarla, como había hecho yo en Woods Hole, y otra muy distinta pretender mantenerla a lo largo de los años y procurar que su existencia transcurriese de la manera más amable posible (cosa que requiere de rangos de temperatura y humedad muy precisos e instruirse en el nada sencillo arte de proveer a los especímenes con una dieta adecuada).

Cuando me convertí en un niño de ciudad y mi afición herpetológica se volvió principalmente de interiores, tomé la decisión de solo tener animales que hubiesen sido criados en cautiverio (más por el precario estado de salud de los ejemplares trajinados en tianguis y mercados que por una toma de conciencia precoz) y que, por lo tanto, estuviesen predestinados a llevar una vida confinada. Este aspecto podrá tener sus propias implicaciones de carácter moral, pero al menos me alejaba del tráfico de especies y de la devastación del medio silvestre que Agustín y las otras figuras tutelares de mi despertar al naturalismo me habían enseñado a despreciar.

Recuerdo con especial cariño a un basilisco al que me gustaba dejar correr por el pasillo del segundo piso. Colocaba previamente varios recipientes con agua a lo largo del recorrido para que el saurio se deslizara grácilmente por encima del fluido como solo ellos lo saben hacer. Y es que, ante la irrupción de alguna amenaza, los basiliscos saltan al agua y comienzan a correr sobre la superficie a gran velocidad. Lo hacen erguidos sobre las patas traseras y con la cola extendida como si fuesen dinosaurios en miniatura. De esta forma les es posible recorrer decenas de metros sin hundirse. Se trata de una adaptación única, no solo entre los reptiles, sino en lo que respecta a los vertebrados en general, y que les ha valido el mote de «lagartijas de Jesús» o «lagartos de Jesucristo».

También por esos tiempos llegó a mis manos mi primera serpiente pitón. Una cría de pitón burmés que comenzó a ganar talla vertiginosamente y que no tardó en demostrar que los libros, sin importar qué tan gruesos sean, no resultan tan efectivos como podría pensarse para mantener las tapas de los terrarios cerradas.

No sé bien a razón de qué, probablemente debido al temperamento en un principio hostil del ofidio, mi madre decidió bautizar a aquella serpiente con el oneroso nombre de Dulcinea del Toboso; aunque solía referirse a ella simplemente como Dulci. El caso es que Dulci no solo era mucho más fuerte de lo que aparentaba, perfectamente capaz de levantar los varios tomos de la enciclopedia británica que se apilaban sobre la tapa de su habitáculo, sino que además no dudaba en propinar una tarascada generosa a la mano intrépida que pretendiera cortarle el paso. No hace falta aclarar

que yo le tenía pavor, por lo que mi madre se veía forzada a recurrir al auxilio de alguno de sus estudiantes de doctorado para contener la evasión.

Lo bueno de las serpientes es que son organismos de hábitos regulares, lo malo es que la costumbre de Dulci consistía en escaparse de su terrario para después dirigirse al librero de la sala y enroscarse en la repisa superior. Como podrá imaginarse, no era infrecuente que su presencia sorprendiera a las visitas, las cuales pasaban de confundir aquella silueta escamosa con una artesanía hiperrealista a compartir el ataque de pánico.

Sea como sea, para cuando entré en la adolescencia ya se había establecido un nuevo equilibrio: vivía con mi mamá y veía a mi papá los fines de semana, y finalmente había aprendido a manejar a Dulcinea (que, por cierto, nos acompañó durante los siguientes nueve años y llegó a medir cinco metros de largo; pero ya llegaremos a eso). Fue por aquel entonces, cuando comenzaron los preparativos para poner en marcha mi procedimiento experimental para la feria de ciencias de la secundaria, cuando atestigüé por primera vez, y de primera mano, las tres virtudes más singulares del emblemático axolotl.

Para empezar, la neotenia: ese carácter de transitar por la vida como si fuese un Peter Pan membranoso, pero que en lugar de volar por el firmamento del país de Nunca Jamás se arrastra por los fondos lodosos de los pantanos mexicanos, y que, al igual que este, se niega a crecer y así transformarse en adulto, y sin embargo, es perfectamente capaz de engendrar descendencia conservando su forma larvaria. La fuente de su eterna juventud era precisamente lo que yo deseaba poner a prueba. Y la hipótesis para conseguirlo consistía en inocular al anfibio con hormonas, jugar con sus secreciones endocrinas en espera de inducir la metamorfosis latente en su genoma. Siendo más específicos: inyectarle diferentes concentraciones de hormonas tiroideas (T3 y T4) para constatar a partir de qué dosis se materializaba la transmutación artificial.

Por supuesto que no se trataba de resolver el enigma de si la metamorfosis del axolotl podía ser inducida de esta manera o no, eso ya había sido demostrado por científicos auténticos, sino simplemente colocar sobre la balanza qué cantidad de las hormonas mencionadas eran requeridas para que aconteciera la revolución fisiológica y, a la vista de los resultados,

determinar la probabilidad de que algún factor ambiental pudiese llegar a interferir con las poblaciones silvestres.

En realidad, el experimento que nos atañe era relativamente sencillo: constaba de seis ejemplares de *Ambystoma mexicanum* provenientes de un criadero en Xochimilco, todos ellos verde pardusco con puntos negros, los cuales conformarían tres parejas. La primera constituía el grupo de control (es decir, que no se los perturbaría en absoluto), mientras que a la pareja del grupo dos se le administraría una dosis baja de hormonas tiroideas, y a la del tres, una dosis alta.

Llené la pecera, apliqué sendas gotas de anticloro y activé la bomba de recirculación. Después, con emoción expectante, liberé a los ajolotes de las bolsas de plástico en las que habían realizado el viaje desde el criadero.

Al principio chapotearon de manera agitada, chocaban entre sí y se revolvían caóticamente serpenteando como morenas. Pero transcurrido el breve frenesí, cada uno encontró un sitio de reposo entre los tubos de pvc y las macetas rotas que se desperdigaban sobre el fondo de cristal y, con ese aplomo de seres antediluvianos que los caracteriza, comenzaron a mecer rítmicamente los penachos de sus branquias. Parecían una mezcla entre juguete de goma y figurilla prehispánica. Sin duda se antojaban como fetiches perfectos para aderezar el caldo de algún brujo. Feos y hermosos a la vez, como aquellas cabezas reducidas de los jíbaros amazónicos. Eran, pues, sencillamente encantadores.

Al comenzar la tercera semana desde su llegada, consideré oportuno dar inicio al protocolo experimental y fue entonces cuando me di de bruces, y de manera plenamente empírica, contra la segunda virtud del axolotl. Con la intención de mantener las mismas variables ambientales para todos y que ello no fuera a interceder con los resultados, las tres parejas habitaban en el mismo acuario, por lo que resultaba indispensable implementar una estrategia para saber cuál era cuál y así poder darles seguimiento a lo largo del estudio.

Los aspectos anatómicos quedaban excluidos: mi escasa experiencia naturalista era suficiente como para saber que, de notar diferencias de tamaño o forma, tales atributos serían pasajeros. Imposible trazar una marca con pintura, como se hace sobre el caparazón de las tortugas, o cortarles

algunas escamas —de acuerdo con un sistema de numeración predeterminado—, como se procede al lidiar con serpientes. Insertarles un microchip podría haber sonado como una opción promisoría, en el supuesto hipotético de que este hubiese sido un experimento subvencionado por algún tipo de fondo monetario, más allá de la bolsa de mi mamá.

Fue entonces cuando se me ocurrió la nada brillante idea de colocarles un anillo de hilo en la cola. Mi teoría era la siguiente: si conseguía atravesar su aleta caudal con una aguja, podría coserles una especie de arete sobre la parte media de la cola y así, utilizando hilos de distintos colores, lograr diferenciarlos.

—¿Y si se les atorán con algo? —fue lo primero que preguntó mi madre cuando regresó del trabajo y se asomó al acuario.

—Ay, mamá, por favor. ¿Cómo se les van a atorar?... ¿Que no ves que son muy tranquilos? —respondí, probablemente entornando los ojos y rezongando molesto, como era mi costumbre. Qué iba a saber ella de ajolotes.

Pero no hizo falta que trascurrieran más de dos días para comprobar que mi madre, efectivamente, tenía razón, y para que yo me encontrara con la penosa imagen de una cola lacerada. Ignoraba la manera exacta en la que había sucedido aquello, pero a los pocos días algo similar ocurrió con otro de los especímenes. Y a la mañana siguiente con uno más.

«No pasa nada —pensé— ahora los distinguiré por medio de las conspicuas marcas que quedaron en sus colas.» (una parecía un trinche, otra una V y la última tenía solo una tajadita delgada, y gracias a que habían acontecido en momentos distintos, al menos aún tenía claro quién era quién.) Sin embargo, pronto fue evidente que dicha conjetura menospreciaba la asombrosa capacidad de regeneración morfológica del axolotl: esa fastuosa habilidad de, ante adversidades potenciales, poder hacer emerger de entre sus tegumentos apéndices y órganos perdidos. Dotes de restauración anatómica insólitas que los han consagrado en el imaginario popular como entes que rayan en el milagro, que hacen salivar a la medicina moderna con fantasías de tratamientos promisorios y que, por sí mismas, podrían justificar que los fundadores de Tenochtitlán concibieran al pequeño monstruo de agua como la reencarnación de un dios.

En la cosmovisión náhuatl, el axolotl es la encarnación acuática del dios Xólotl, un hermano mellizo de Quetzalcóatl. La leyenda del quinto sol cuenta que el destino del mundo estaba en grave peligro a causa de que el sol y la luna no se movían. Los dioses entonces tomaron la resolución de ofrecerse en sacrificio para renovar el movimiento astral, acto que marcaría el inicio del quinto sol. Sin embargo, un dios cobarde llamado Xólotl rehusó confrontar su destino y trató de zafarse burlando al verdugo mediante sus poderes de transformación.

El dios prófugo primero se escondió dentro de la milpa, donde se convirtió en una planta de maíz de dos cañas. Al ser descubierto, Xólotl se refugió en un campo con magueyes, donde adquirió la forma de un agave de penca doble o mejolote. Sin embargo, el disfraz no le sirvió por largo rato y una vez más el verdugo lo encontró. Xólotl entonces saltó al agua en un intento desesperado por conservar su vida y adoptó la forma de una criatura acuática, un casi pez, un monstruo del pantano llamado axolotl.

El caso es que para estas estoicas fieras de los humedales no representa mayor problema verse obligadas a forjar y reponer ojos, mandíbulas, branquias, dedos o extremidades completas, como tampoco les supone un gran desafío realizar lo propio tratándose del hígado, el estómago, el corazón, la columna vertebral e incluso partes del cerebro. Y desde luego que también pueden regenerar la cola.

Jornada tras jornada constaté perplejo cómo las hendiduras en sus tejidos se desvanecían, hasta que resultó apremiante formular un nuevo método para identificarlos, pues a juzgar por la velocidad del artificio regenerativo, muy pronto todas las colas volverían a ser perfectas. Y es que una vez consumada la reposición corporal no queda mella tras el proceso. No hay cicatriz. Ni siquiera cuando esto sucede de manera reiterativa con un mismo apéndice. Uno podría amputar, por ejemplo, la pata izquierda de un ejemplar en repetidas ocasiones y, en cada instancia, el animal volvería a regenerar los tejidos de forma íntegra y serían indistinguibles de los originales.

A mis trece años aún lo desconocía, pero el mecanismo responsable de tan impresionante don biológico reside en la transdiferenciación celular. Sucede que las células de estos anfibios cuentan con la enigmática habilidad

de poder retroceder en su escala de especialización y volver así a un estado más maleable. Una forma pluripotente, si se prefiere, que acto seguido puede ser encaminada en otra dirección y transformarse así en cualquier tipo de tejido que se precise. Siguiendo esta pauta, una célula muscular podría ser convertida en una adiposa (en el supuesto de que fuese el hígado el tejido que debiera ser reconstituido) o en una del epitelio de la cola, como sucedía en el caso de mis ajolotes.

Para diferenciarlos, al final opté por un método más rudimentario y mucho menos intrusivo hacia su anatomía: separarlos físicamente. Solo hizo falta dividir el tanque en tres espacios (uno para cada grupo) delimitados por rejillas de acrílico transparente. No hace falta mencionar que me sentí un tanto avergonzado de no haber reparado en tal método con antelación, sin duda les habría ahorrado un tormento innecesario a las bestiecillas.

No fui testigo de la tercera virtud del axolotl hasta que finalmente llegó el día de la feria de ciencias. Quizá lo debería de haber presagiado. Después de todo, para el ciudadano promedio el contacto directo con animales, exceptuando los domésticos y alguna que otra ave o roedor urbano, no figura como un evento cotidiano, y menos aún con criaturas tan singulares como las que tenemos entre manos. Sin embargo, dado que para mí se trataba de una experiencia rutinaria, no atiné a predecir lo que nos aguardaba a los ajolotes y a mí aquella mañana en el gimnasio de la escuela.

Me refiero a la tremenda aptitud de estos organismos para embelesar a todo aquel ser sensible que se tope con ellos por primera vez. Daba igual cualquier cosa que yo dijera, nadie prestaba oídos al experimento que me esforzaba afanosamente por describir. Ni siquiera al hecho de que algunos de los ejemplares comprendidos en el estudio, y que ahora flotaban frente a las miradas estupefactas de mis interlocutores, se hubieran transformado ya en salamandras desconocidas en la naturaleza. Con o sin metamorfosis inducida, la simple presencia de las criaturas era suficiente para hipnotizar a los asistentes.

Las reacciones del creciente número de espectadores que se iban aglomerando en torno a la pecera alternaban entre el azoro, el asco y la ternura. «Mira sus ojitos, son como alfileres de oro», dijo alguien. «Son tan

absurdos», aportó alguien más. «Estos sirven para hacer jarabe para la tos», sentenció un sabihondo al que me habría gustado propinar un puñetazo en la cara. «Ay, velos, parece que estén sonriendo», escuché decir a la directora del colegio.

Por un momento tuve la impresión de que el que había terminado de transformarse era yo: parecía ser la única persona lo suficientemente madura como para que me interesara ahondar más allá del aspecto extravagante de las bestiecillas.

Un par de cosas me quedaron claras a partir de ese breve y temprano instante de frustración científica: por un lado, que el peculiar semblante del monstruo de agua jamás produce indiferencia, y por otro, que la mayoría de las personas transitan por la vida tan solo flotando en la corriente.

«¿Pican?», me preguntó de pronto una niña (asumo yo que considerando que un bicho tan extraño no podía ser del todo inofensivo). Me invadió el impulso de engañarla. «¿Podemos tocarlos? ¿Qué comen? ¿Los estás vendiendo?», tal tono tenían los siguientes interrogantes de mis interlocutores. Superada la revelación zoológica pasajera, se marchaban a visitar otros puestos de la feria.

Yo me quedaba de pie en mi puesto, compungido por una sensación extraña de vacío intelectual (aunque en ese entonces aún no supiera nombrar tal sentimiento) y con las ganas de discutir sobre los resultados de mi experimento, que si bien no eran del todo conclusivos —los organismos del grupo tres, a los que les había administrado la dosis alta de hormonas, se habían transformado en salamandras parecidas a las de la especie *Ambystoma tigrinum*, como era de esperar, pero los del grupo dos se habían comportado de manera un tanto errática, con uno transformándose y el otro no—, al menos abrían la puerta a entablar un buen debate.

Tuve que conformarme con un solo diálogo excitante a lo largo del día: el que mantuve con mi profesora de Biología (a mi modo de entender, la única otra adulta presente en toda la feria). Pero quizá lo que de verdad me produjo desazón era que prácticamente nadie parecía conocer a los ajolotes. En el mejor de los casos, si es que su figura no les resultaba del todo extraña, no tenían la más vaga noción respecto a los múltiples aspectos singulares que hacían de esa fiera una auténtica reliquia biológica. Por

aquella época el gran axolotl atravesaba un periodo de popularidad menguada, estaba lejos de los reflectores mediáticos que hoy en día lo iluminan (y más distante aún del furor desatado por su enigmático ciclo de vida en la época de los naturalistas clásicos): el dios de la antigua Tenochtitlan había sido olvidado.

Lo triste del asunto es que cuando la sociedad comenzó a percatarse nuevamente de su existencia, la criatura más emblemática de nuestros humedales había sido llevada a los linderos de la extinción por una serie de debacles encadenadas: introducción de especies invasoras, fragmentación y contaminación del hábitat, extracción de organismos para el mercado negro y desdén por parte de las autoridades. O cuando menos en libertad, porque en cautiverio se mantienen poblaciones cuantiosas.

Pero habría que preguntarse: ¿para qué «salvar» a una especie de la extinción si sus supervivientes quedarán condenados al encierro? La verdad es que, sin un entorno habitable, la existencia —al menos en términos ecológicos— no tiene mucho sentido. No obstante, y por contradictorio que resulte, cada vez son más los animales cuya única expectativa de supervivencia se limita a zoológicos y criaderos especializados, y eso en el mejor de los casos, como sucede con el axolotl (del cual se cuenta con un amplio acervo genético en cautiverio y, por consiguiente, buenas probabilidades de poder mantenerlo a largo plazo). Lo cierto es que para la mayoría del resto de las especies de ajolotes oriundos de México (unas quince del género *Ambystoma*), así como para muchos otros anfibios amenazados, no queda ni siquiera la alternativa del confinamiento y sus días están literalmente contados.

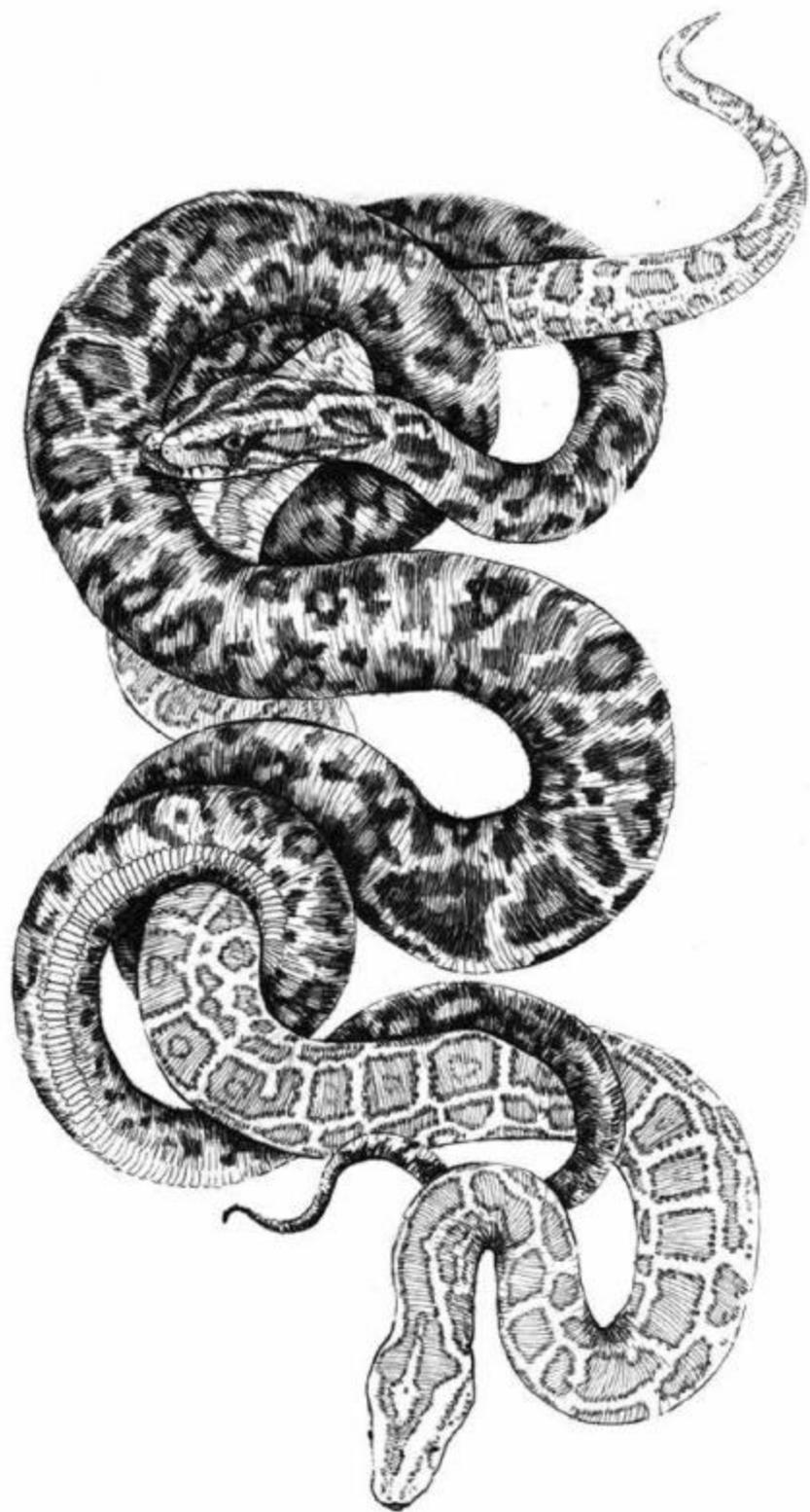
Si no somos capaces de evitar la extinción ni siquiera de aquellos entornos y organismos que nos resultan más simbólicos —pocos paisajes y animales más idiosincráticos para los descendientes de Aztlán que los remanentes de Xochimilco y el axolotl—, ¿qué esperanza pueden albergar todos los demás? Si el poderoso jaguar, la elusiva vaquita marina y la magnificente águila arpía no son ídolos de influencia suficiente como para que los monos adoradores del plástico les brindemos cierta conmiseración, entonces ¿qué podrán esperar las musarañas, las sanguijuelas, los sapos de caverna y las anguilas ciegas de Yucatán?

De cualquier manera, el hechizo del axolotl bastó para que me llevara el primer premio del certamen (fuertemente disputado por el robot de mecano de un tal Unai de 2.º B). De vuelta en casa, me dispuse a crear un encierro más adecuado para los ajolotes. Si bien el experimento había concluido, con los cuidados pertinentes sus participantes podrían vivir aún varios años y, quién sabe, hasta podrían llegar a reproducirse. Como ya no era relevante distinguirlos entre sí, se decidió construir un estanque en el jardín. Y digo «se decidió» porque fue necesario que mi madre brindara su beneplácito y, para no variar, financiara el asunto.

El estanque, además, presentaba la ventaja de que aquellos organismos que habían sido inducidos a transformarse pudieran salir a la tierra. Quizá tendrían morfologías desconocidas en el medio silvestre, pero eran salamandras al fin y al cabo.

En cuanto a mí, aún no culminaba mi metamorfosis. De hecho, aunque por unos instantes durante la feria de ciencias me hubiera sentido algo más maduro, la transformación apenas comenzaba. Quizá por fuera los cambios empezaran a notarse, sé que alrededor de ese periodo me salió mostacho y comencé a ser incapaz de controlar las inflexiones de mi voz, pero por dentro seguía siendo un niño. Gracias a mis genes norteros (de mis cuatro abuelos, tres eran oriundos del norte de México) sufrí de acné temprano y me estiré casi de golpe hasta alcanzar el metro ochenta y tres de estatura, por lo que me desenvolvía con torpeza, tiraba cosas a mi alrededor y tropezaba continuamente. Sin mencionar que apestaba a sudor y hormonas y que era apático. Vaya, un adolescente cualquiera: probablemente el estado menos agraciado concebible en la naturaleza.

Como tuvo a bien señalar Emilio Pacheco, zurciendo de paso a todos los mexicanos con el axolotl: «Ni pez ni salamandra, ni sapo ni lagarto, posee rasgos humanoides y es, como nosotros, el habitante quintaesencial de Nepantla, la cuna de sor Juana, la tierra de en medio, el lugar de nadie, el recinto y tumba de quienes, a lo largo de todas nuestras metamorfosis, tampoco llegamos a la verdad de ser adultos y lo único que sabemos es reproducirnos».



Pitón burmés, *Python bivittatus*

Pocas bestias pueden jactarse de poseer un talante de corte más mitológico que las serpientes gigantes. Colosos imponentes de los trópicos. Dragones sin piernas de la selva. Una rotunda sucesión de vértebras y costillas ancladas por músculos poderosos embebidos en largos metros de piel lustrosa. Organismos de locomoción sigilosa, textura cautivadora y abrazo fulminante. Dantescas, acechantes y precisas, dotadas de paciencia pleistocénica, lengua bífida, uno de los olfatos más agudos que se conozcan y visión termosensible. Son la cumbre misma de la cadena alimenticia, tan voraces que degluten a su presa sin masticarla. No existe distinción taxonómica en su merienda: roedor, felino, canino, ave o rumiante; si entra entre sus fauces, cabe en el menú. Quizás aquella boa de *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry sea un tanto exagerada al tragarse un elefante, pero no por mucho. Estamos ante la gran Kaa del clásico de Rudyard Kipling, ansiosa por comerse a Mowgli. *Typhon* para los griegos, *Tsuchinoko* en el folclore japonés, *Jörmungandr* en el escandinavo. Sin embargo, en el plano de la realidad, estas gigantes suelen ser criaturas afables, si acaso retraídas ante la confrontación, artistas del camuflaje y madres dedicadas.

Ficha 2

Clase: *Reptilia* **Orden:** *Squamata* **Familia:** *Pythonidae* **Género:** *Python*

Distribución: Muy amplia, abarca buena parte del sudeste asiático y las islas de Indonesia.

Estatus: Debido a roces con asentamientos humanos y a la caza furtiva, en estado silvestre se considera vulnerable. En Florida figura como una especie invasora nociva.

Alimentación: Son depredadoras vigorosas y poco selectivas, cazan principalmente aves y mamíferos a los cuales matan por constricción.

Aspecto: Serpientes de cuerpo macizo y ancho. La coloración nominal se presenta en un atractivo patrón tipo camuflaje militar, con bloques café sobre fondo verde pálido. En el mercado de mascotas también prevalecen variedades albinas, leucísticas, amelanísticas, etc.

Tamaño: Es una de las cinco serpientes más grandes del mundo. Las hembras suelen ser más voluminosas que los machos, en libertad llegan a medir poco más de 5 m y a pesar 60 kg. Sin embargo, en cautiverio se han registrado ejemplares de más de 6,5 m y 80 kg.

Esperanza de vida: Si bien en cautiverio llegan a ser bastante longevas, en el medio silvestre es infrecuente que pasen de los 20 o 25 años.

Diorama 2: Serpientes gigantes y psicoanálisis

«Mijos, no sean pendejos. Se van a tatemar los dedos con esos triques», solía gritarnos desde la ventana de su casa Nana Reyna, mi abuela paterna, cada vez que mis primos y yo nos juntábamos al caer el sol para sacarle jugo a las mieles de la pirotecnia callejera; y esto quiere decir, en los Mochis, Sinaloa, más o menos todas las tardes de las fiestas decembrinas. No hace falta insistir en que mi abuela tenía razón, tal y como comprobaríamos, y de forma bastante gráfica, aquella vez en la que un cohete estalló en la mano de Carlitos, llevándose tres de sus falanges.

«Se van a tatemar los dedos», la manera norteña de replicar aquel viejo refrán que sentencia: «Quien juega con fuego, se quema». Las abuelas del mundo unidas en el afán inútil de prevenir a las nuevas generaciones sobre lo que a ellas ya les tocó vivir. Pero el humano es un primate obstinado por naturaleza y se resiste a aprender de los traspiés del prójimo. Las evidencias sugieren que incluso nos agrada tropezar varias veces con la misma piedra (o si no: ¿de qué otra forma explicar que ahí estuviésemos nuevamente al año siguiente, incluso Carlitos con sus dedos mutilados, una vez más encendiendo pólvora en la acera?).

A veces me extraña que nuestra especie haya conseguido llegar hasta aquí cuando somos individuos tan poco aptos para sobrevivir siquiera a nuestros propios pasos. Parecemos bebés eternos atragantándose con canicas; palomillas revoloteando noche tras noche en torno al mismo foco hasta calcinarse. Y posiblemente en ningún otro gremio (con excepción de los deportistas de alto riesgo y los consumidores rutinarios de drogas duras) se manifieste esto de manera más concreta que en el que compete a manejar fauna potencialmente peligrosa.

A lo sumo en mi experiencia, el viejo refrán tiende a corroborarse con cierta regularidad; aunque en este caso la flama fuera de origen animal y no solo me abrazara los dedos, sino todo el brazo.

¿Me lo merecía? Probablemente. En cualquier caso, era algo que se veía venir. A mis quince años, llevaba ya demasiado tiempo atizando la hoguera de la furia reptiliana como para no haber sufrido todavía un accidente. A la larga no sería el único, pero sí el más aparatoso. Y como dicen que no hay mejor manera de comenzar una historia que contando otra, empecemos por arrojar un poco de luz sobre quién era la Güera Rodríguez, la otra responsable del accidente en cuestión.

Llegó a mis manos en las más extrañas circunstancias. Una tarde regresaba de la preparatoria a la hora de la comida y me crucé con una filmación de televisión en la plaza de Coyoacán. Era un programa de concursos, de esos en los que los participantes son retados a realizar osadías a cambio de unos minutos de fama y la posibilidad de hacerse con un poco de efectivo. En tal ocasión, una mujer joven, cubierta únicamente por un diminuto traje de baño, debía permanecer varias horas dentro de una vitrina repleta de tarántulas, serpientes, lagartijas y demás alimañas, y bajo la mirada lujuriosa de los transeúntes.

Me abrí paso a codazos entre los espectadores para averiguar a qué venía tanta conmoción. Conseguí llegar hasta la primera fila y pegué mi rostro contra el cristal. Fue entonces cuando la descubrí. Quedé flechado en el acto: mi mirada víctima de aquel contorno sugestivo, mis ojos adolescentes prisioneros de su turgente redondez. Más que cautivarme, la candente silueta me dobló al borde de la discapacidad total. No podía caber otro desenlace: tenía que ser mía.

Desde luego que no me estoy refiriendo a las generosas virtudes de la concursante, sino a la tersa piel laminada de la serpiente de mayor tamaño dentro del encierro: una flamante pitón albina. Tenía los ojos rojos, escamas color durazno con patrones trazados en blanco crema y rebasaba los tres metros de longitud. Por lo que podía adivinar desde mi lugar al otro lado del vidrio, debía de tratarse de una pitón burmés, la misma especie a la que pertenecía Dulcinea (que llevaba ya varios años con nosotros). Pensé que, con algo de suerte, quizás esa preciosura albina podría llegar a ser su pareja.

Oteé a mi alrededor en busca de alguna posible fuente de información.

—Oiga, ¿quién es el encargado de los animales? —le pregunté a un camarógrafo. Señaló con el mentón hacia un tipo bajito con perilla y

aspecto en general sospechoso.

Me aproximé al propietario. Tras un breve intercambio de palabras, intuí que no mostraba particular interés por mantener bajo su custodia al ejemplar culpable de mi devoción. Le propuse entonces un intercambio que me parecía justo: le daría un camaleón pantera a cambio de su serpiente albina...

Aceptó.

Al día siguiente nos encontramos en la plaza de la Conchita y realizamos el trueque zoológico. Me sentía sobreexcitado. Abrí el saco de tela que me entregó el hombre y admiré mi nueva adquisición.

Sin embargo, bastaron unos segundos para que mi entusiasmo se hiciera añicos. Vista de cerca, la serpiente parecía un tanto deteriorada. Estaba delgada, algo deshidratada y sumamente débil.

Su ya en ese momento exdueño me informó que el mal estado del animal se debía a que recientemente había participado en una telenovela. Ante mi falta evidente de comprensión, mi naciente enemigo extendió su explicación revelándome el secreto del buen comportamiento de la fauna exótica utilizada con fines histriónicos: para ahorrarse posibles problemas, los organismos potencialmente peligrosos son llevados a estados semiletárgicos.

Escuché indignado que mi nueva pitón había sido alimentada por sonda durante los últimos seis meses.

—¿Te imaginas lo que me harían si esta cabrona mordiera a Bárbara Mori? —me preguntó a manera de conclusión.

Negué con la cabeza. Él miró el camaleón, satisfecho, y se despidió de mí alargando una sonrisa miserable. Los dos teníamos perfectamente claro que me había visto la cara.

Me quedé congelado. Al contrario de lo que esperaba, me sentía más frustrado que contento. Yo solito me había ido a meter en una estafa. Miré nuevamente dentro del saco: la columna vertebral de la pitón se marcaba notoriamente a través de su piel, produciendo una estampa poco esperanzadora. No obstante, su extraordinaria coloración —que recordaba al tono de la lava incandescente— me salvaba de caer en la depresión absoluta.

Regresé a casa y coloqué el raquíptico ejemplar dentro de su nueva morada. En lugar de impresionar, su perfil más bien causaba lástima. Era como una de esas modelos con anorexia severa que, lejos de resultar atractivas, producen incomodidad.

Por ese entonces yo solía pasar las tardes merodeando las contadas tiendas de animales que había en Coyoacán. En 1997, tener mascotas exóticas en México constituía una práctica exótica en sí misma; de hecho, a los quince años aún no conocía a nadie cercano que compartiera mi afición, por lo que dedicaba las horas posteriores a la escuela a recorrer las peceras y los anaqueles de los desangelados acuarios en busca de un poco de compañía. Ojeaba libros, manoseaba los productos, preguntaba pormenores de cualquier organismo (aunque no me interesara adquirirlo) y hostigaba a los dependientes sediento de conversación.

Fue durante una de esas tardes de deriva zoológica cuando vi a Ana Luisa por primera vez. Era una señora (al menos desde mi perspectiva, no creo que llegara ni a los treinta) de complexión robusta y mal encarada. Entró al lugar con prisa, preguntó por el gerente e ingresó en la trastienda. A través del umbral de la habitación pude observar cómo atendía a unas tortugas de concha blanda, de esas que son negras con patrones amarillos. Tenían el caparazón y los ojos recubiertos por hongos, a tal grado que daban la impresión de estar totalmente cegadas por el crecimiento fúngico que recubría su piel de manchones algodonosos. Supuse que por eso se comportaban de esa manera tan agresiva, lanzando mordidas a diestra y siniestra.

Ana Luisa se colocó unos guantes de látex y comenzó a sacar cosas de su maletín. Posteriormente, manejándolas con una destreza notable, pesó a las tortugas, limpió sus ojos con un paño y una sustancia oscura, y finalmente les inyectó algún medicamento que no alcancé a identificar. Cuando la veterinaria emergió de la trastienda, la abordé y le dije que yo quería aprender a hacer eso que ella hacía. Me extendió una tarjeta de presentación con aire hastiado.

Tuve que insistir mucho, pero finalmente Ana Luisa accedió a tomarme como discípulo (asistente sería mucho decir, porque mi función se parecía más a la de las rémoras: me adhería a sus recorridos vespertinos conforme ella se desplazaba de consulta en consulta y le ayudaba en lo que podía).

Nada como contar con una mentora, así fuera de trato espartano, para afinar las habilidades. Hasta ese momento todo lo que yo sabía sobre el cuidado de reptiles y anfibios lo había ido descubriendo sobre la marcha y de manera autodidacta. El antiguo sistema de afianzar la técnica a prueba y error (en no pocas ocasiones a costa de la salud de los especímenes). Por supuesto que también leía cuanto me era posible, pero la información en esa época llegaba con cuentagotas (aún no florecía internet, con su torrente inagotable) y, digan lo que digan sobre la teoría y la intuición, el conocimiento se transmite mejor en persona.

Si Agustín me había brindado mi primer acercamiento al naturalismo y mi mamá el despertar a la ciencia, bajo la tutela de Ana Luisa adquirí los saberes básicos para comenzar a dominar el oficio del herpetario. Ella me enseñó a manejar serpientes venenosas, a tratar las infestaciones de ácaros y lombrices parasitarias, a suturar y atender quemaduras. Aliviábamos abscesos y neumonías, combatíamos infecciones, corregíamos dietas pobres, pero sobre todo reparábamos los abusos provocados por un cuidado deficiente.

Tengo la sensación de que a eso se debía el mal humor que caracterizaba a Ana Luisa. Sabía que el suyo era un oficio que en gran medida medraba con la negligencia y la irresponsabilidad. Estaba al tanto de que, si los establecimientos que solicitaban sus servicios realmente asumieran el compromiso intrínseco a comerciar con seres vivos, su agenda no estaría tan apretada y la cantidad de casos irremediables no sería tan apabullante.

La veterinaria egresada de la unam guardaba especial desagrado por las cadenas de tiendas de mascotas que empezaron a florecer hacia finales de los años noventa (y cuyas sucursales siguen proliferando hoy en día), pues a su juicio cometían exactamente los mismos atropellos que las demás, solo que a escala industrial y castigando severamente el bolsillo de sus

clientes. Sin embargo, Ana Luisa prefería intentar ayudar a los animales que estuvieran a su alcance que negarse a atenderlos por principios ideológicos. A pesar de todo, me parece que nunca aceptó trabajar para el mercado negro, lo cual en este país, en el que las redes de la ilegalidad son mucho más extensas que cualquier ámbito formal, no es poca cosa.

Aprendí mucho durante esos meses de medicina veterinaria ambulatoria, tanto de los especímenes que atendíamos como de la ciudad en la que vivía, ya que el consultorio de Ana Luisa, punto desde el que iniciábamos nuestros recorridos, se localizaba en el extremo opuesto de la capital mexicana; es decir, a hora y media en autobús desde mi casa (con sus habituales atracos y el hacinamiento rutinario). Pero las pasiones no conocen distancias y yo realizaba los desplazamientos con ilusión. O así lo hice hasta que Ana Luisa decidió mudarse a Guadalajara y me dejó nuevamente por mi cuenta en mi afición. Al menos hasta que apareció Jerónimo, mi compañero de vicio.

Apoyándome en lo que me había enseñado Ana Luisa, dediqué los siguientes meses a la recuperación paulatina del ofidio. Bajo propuesta de mi madre, se le adjudicó el nombre de la Güera Rodríguez. Aludiendo a su coloración, claro está, pero también en honor de un personaje emblemático de la historia colonial mexicana: María Ignacia Rodríguez de Velasco de Osorio Barba y Bello Pereyra, más conocida simplemente como la Güera Rodríguez, la primera feminista de México. A decir de mi mamá: una mujer de belleza notable, amplia riqueza y agudo intelecto que mantuvo relaciones amorosas con el general Agustín de Iturbide durante la guerra de independencia (se dice que incluso incitándolo a consumarla) y cuya conducta, digamos que sumamente liberal para la época, la llevó a relacionarse afectivamente también con personajes de la talla de Simón Bolívar y el mismísimo Alexander von Humboldt.

Recuerdo que cuando mi mamá estaba en vena de molestarme se refería a la serpiente pronunciando su nombre completo. Decía cosas como: «¿Qué tal despertó hoy María Ignacia Rodríguez de Velasco de Osorio Barba y Bello Pereyra?», lo que invariablemente solía sacarme de quicio.

Supongo que a todo adolescente hay que joderlo un poco de vez en cuando, para que así tenga algo por lo que estar consternado más que por su mera existencia. Aunque en realidad creo que lo hacía más por cariño. No hacia mí, ese lo daba por sentado, sino hacia los albinos en general.

Sucede que el hermano mayor de mi mamá, Humberto, o el Güero, como todos lo llamábamos, era albino. Y digo «era» porque no llegó a viejo. Murió consumido por la cirrosis alcohólica a los cincuenta y cuatro años.

Respecto al albinismo habría que señalar que no se expresa exactamente de la misma manera en los distintos grupos de animales. Si bien se trata de una condición genética hereditaria que se caracteriza por la ausencia de melanina —pigmento que dota de color las diferentes partes del cuerpo—, el aspecto de los organismos albinos difiere en función de cuántos pigmentos entren en juego en su grupo taxonómico.

En los mamíferos, que solo contamos con la melanina dentro de nuestro repertorio de tintes fisiológicos, la piel, el pelo, las cejas y las pestañas suelen ser completamente blancas y los ojos extremadamente claros (tanto que, dependiendo de cómo les pegue la luz, permiten distinguir los vasos sanguíneos del fondo del globo ocular y por eso tienden a verse rojos) y generalmente asociados con debilidad o disminución visual.

Anfibios y reptiles, en cambio, cuentan además con eritróforos e iridóforos en sus tejidos, células que los dotan de matices rojizos, amarillentos y naranjas, así como con brillos iridiscentes, los cuales en combinación con los melanóforos (las células relacionadas con la melanina) dan como resultado esa amplia gama de colores que los distingue. En ambos grupos los especímenes albinos tienden a ser anaranjados o amarillos pálidos, y aquellos que son enteramente blancos (y cuya ocurrencia en el medio silvestre es aún más escasa que la de los albinos) reciben el nombre de leucísticos.

La Güera, pues, era color durazno con patrones crema y naranja incandescente, y llegó a mis manos en un estado deplorable. Estaba tan débil que al principio fue necesario alimentarla de manera forzada. Más tarde, cuando ya contaba con la fuerza suficiente como para la constricción, les tocó el turno a ratones vivos pequeños, posteriormente a medianos y así

sucesivamente hasta que terminó comiendo dos ratas de medio kilo a la semana. Recuerdo el regocijo que me causó verla cazar y apretujar a su primera rata viva. Era como ver a alguien salir de una larga convalecencia y volver a radiar energía. Sus músculos, más vigorosos, envolvían al roedor y lo comprimían hasta exprimirle el aliento.

Para ese entonces ya se veía plenamente rehabilitada, había doblado su peso y se comportaba de manera sumamente activa; o, bueno, tan activa como es lo habitual en una serpiente pitón. Pasaba la mayor parte del tiempo enroscada (alternando el área de reposo entre su guarida, la zona bajo el foco de calor y el interior del plato de agua) e incrementaba sus movimientos conforme el apetito arreciaba, momento en el que comenzaba a patrullar el perímetro por las noches.

Dado su alto grado de docilidad, comencé a tomar menos precauciones de las pertinentes al manejar organismos de tal envergadura —desde luego que tres metros y medio de músculos escamosos no son poca cosa— y el exceso de confianza me jugó una mala pasada.

Debido a su temperamento poco agresivo y en general buena disposición a ser manejadas, y también, en parte, a que son organismos de belleza sublime, las pitones burmés o *Python molurus* se han convertido en una de las serpientes más comunes en cautiverio (en todo caso, son las serpientes gigantes más populares entre los humanos). Tanto en su área de distribución natural —donde se emplean como guardianas de graneros para mantener a raya a los roedores o en criaderos masivos con fines peleteros— como para surtir el bullente mercado internacional de mascotas exóticas. Es este segundo rubro, como podrá imaginarse, el que ha resultado más problemático, sobre todo en Estados Unidos y a causa de la irresponsabilidad desmedida de algunos miembros de nuestra especie.

Si se hurga un poco en la red no es difícil dar con videos de hogares estadounidenses en los que estas pitones son mantenidas en semilibertad deambulando a sus anchas por la casa. Estamos hablando de reptiles muy grandes, algunos de los cuales rebasan los cinco metros de largo y los cuarenta kilos de peso, que son tratados como si fuesen perros o gatos.

Tenemos, por ejemplo, a una niña de cinco años que ve la televisión junto con su «amiga» serpiente, o a niños correteando en el jardín al lado de estos animales y perturbándolos a su gusto.

No me extrañaría que, si se pone algo de empeño en la búsqueda, sea posible encontrar grabaciones de bebés gateando sobre el lomo de las bestias (pues, aunque se ha intentado demostrar lo opuesto una y otra vez, la verdad es que no guardamos miedo innato por las serpientes; al contrario, si se le brinda la oportunidad, cualquier cachorro de nuestra especie que no haya sido contaminado por doctrinas religiosas o por los temores de sus padres accederá gustosamente a jugar con los ofidios con esa misma naturalidad que lo haría tratándose de arañas, lombrices o conejos).

Imposible no preguntarse: ¿en qué carajos están pensando esas personas? Por mucho que estas serpientes lleven generaciones naciendo en cautiverio y habitualmente se comporten con mansedumbre, nunca dejarán de ser un tanto salvajes. No hace falta más que durante un segundo se despierte la llamarada latente en su instinto para que la escena acabe en tragedia.

Aunque a algunos nos gustaría pensar lo contrario, las serpientes no desarrollan cariño por nosotros. En el mejor de los casos, simplemente se acostumbran a nuestra presencia, pero de ahí a que se establezca un vínculo de afecto mutuo entre ambas especies existe un trecho muy largo. La verdad es que la comunicación que llegamos a entablar con los ofidios, fuera de cierta afinación del lenguaje corporal que evita que se sientan agraviados por nuestra manipulación, es básicamente nula.

¿Qué cosas maquinará la mente de una serpiente? En este caso el experimento mental clásico de Thomas Nagel, que plantea especular cómo es ser un murciélago —en particular, la experiencia de la ecolocalización— a partir del conocimiento de sus procesos físicos, adquiere una dimensión aún más inaccesible. Porque, aunque la ciencia nos alcance para recabar y conocer al detalle toda la información acerca de la estructura cerebral y anatómica de los murciélagos (o para el caso, la de las serpientes) y tengamos la facultad de inferir aspectos sobre sus procesos sensoriales, nunca podremos deducir a cabalidad cómo es la experiencia desde su perspectiva.

¿Cómo es experimentar el mundo a través de la ecolocalización quiróptera? ¿Saborear el aire con una lengua bífida? ¿Percibir químicos por medio de antenas? ¿Atravesar el océano guiados por el sonar cetáceo o surcar los aires siguiendo la cartografía de los campos electrostáticos?

Sin recurrir a interpretaciones forzadas sobre nuestra propia experiencia o caer en los artificios del antropomorfismo, no contamos con los elementos necesarios ni para comenzar a bosquejar cómo son los andamios de las demás mentes zoológicas. ¿Cuáles son las motivaciones que guían las andanzas de un pulpo? ¿De qué carácter es el sosiego del que goza el delfín cuando se embriaga de manera voluntaria con las toxinas de un pez globo? ¿Qué cosas recuerdan las boas y cómo se materializan sus memorias? Como se cuestionaba Montaigne: «Cuando juego con mi gata, ¿cómo sé que no es ella la que juega conmigo?».

Era un sábado por la mañana y tocaba alimentar a las serpientes. Aventé una rata de buen tamaño dentro del terrario de la pitón albina. Verifiqué que su cabeza color durazno estuviera atenta a los movimientos del roedor y, dado que se encontraba del lado opuesto del encierro, me dispuse a cambiar el recipiente del agua.

Una acción más estúpida que temeraria por mi parte. Cualquier herpetólogo, por más aficionado que sea, está al tanto de que no se debe exponer el físico durante el momento de la cacería. Sin embargo, no lo medité dos veces e introduje ingenuamente las manos dentro del terrario para alzar el recipiente.

Estaba justo a la mitad de realizar dicho movimiento, con los puños sobre los bordes del plato del agua, cuando sentí un impacto contundente en el dorso de la mano izquierda. Fue un golpe seco y sonoro, como el de una bofetada. Me agarró tan desprevenido que por unos segundos no tuve claro lo que había ocurrido. Algo así como cuando te incorporas de golpe y te pegas en la cabeza contra un estante. Retiré el cuerpo al tiempo que doblaba los brazos hacia arriba y casi colapso por la impresión que me causó comprobar que, seguida de mi extremidad, venía la serpiente. O mejor

dicho: el resto de la serpiente, porque su cabeza estaba incrustada en el dorso de mi mano y la mordía con saña.

Bastó la ínfima duración de una flexión de brazo para que los casi cuatro metros de pitón rodearan mi extremidad por completo y la apretujaran con fuerza.

Sumergido en el estupor característico de los primeros segundos tras un choque, me costó trabajo entender lo que veía: el cuerpo cilíndrico de la bestia me cubría el brazo izquierdo desde el hombro hasta la punta de los dedos.

Ahora bien, una cosa es que una serpiente te muerda en defensa propia, propinándote una tarascada que se asemeja más a un empujón con las fauces que a un agarre en forma, y otra muy distinta es que lo haga con intenciones depredadoras: cuando la cena está de por medio, el ataque es desmedido.

Las pitones, boas, anacondas, colúbridos y demás serpientes constrictoras siguen una pauta de acción similar a la hora de atrapar a sus presas. Una vez que la han fijado en su campo perceptivo (por medio de ese agudo olfato de lengua bífida que las caracteriza), lo primero que hacen es disparar su cuerpo como un látigo para hincar las fauces en ella; la apresan con sus dientes aserrados (que vistos de perfil tienen forma de anzuelos y de los cuales las pitones cuentan con cien distribuidos en seis hileras: cuatro sobre la mandíbula superior y dos en la inferior) y después, valiéndose del punto de apoyo y del impulso generado por la mordida, proyectan el resto del cuerpo para envolverla y darle tantas vueltas como sea posible o resulte necesario (dependiendo de la diferencia de tamaño entre ambas).

Lo que sucedió en este caso fue que la pitón olfateó a la rata pero siguió con la vista el movimiento de mi mano, confundió ambos estímulos sensoriales como si provinieran de la misma fuente y se abalanzó contra mi fisionomía con la ferocidad que solo conoce el hambre reptiliana.

La verdad es que las serpientes constrictoras no matan a sus presas de la forma en la que usualmente se piensa. No lo hacen por estrangulamiento ni por compresión de las vértebras, ni tampoco por asfixia (probablemente la versión más ampliamente difundida). La realidad es que el factor más

frecuente de causa de muerte tiene que ver con la presión sanguínea. O para ser más precisos: con el bloqueo del flujo sanguíneo de la víctima.

Se calcula que el abrazo de una pitón puede ejercer una presión que ronda los trescientos milímetros de mercurio (lo que equivale aproximadamente a medio kilogramo de fuerza por centímetro cuadrado). Podrá parecer una hazaña poco destacable, pensemos, por ejemplo, que los cocodrilos poseen un potencial de mordida de unos 250 kilos por centímetro cuadrado y que la de los humanos corresponde a diez —lo que implica que somos capaces de morder unas veinte veces más fuerte de lo que constriñen las serpientes—, sin embargo, si se administra de la forma correcta, ese pequeño cúmulo de presión prueba ser efectivo para aniquilar a cualquier tipo de organismo.

Siempre y cuando la agresora alcance a rodear parcialmente el contorno del tórax de su víctima, medio kilo por centímetro cuadrado es suficiente para lidiar con presas incluso más pesadas que la misma serpiente. Lo que ocurre es que, debido a la constricción del brazalete de escamas, la presión arterial se precipita en caída mientras que la venosa se dispara y las válvulas sanguíneas comienzan a cerrarse; el corazón de la presa se ve rebasado, su capacidad de bombeo no es suficiente para seguir haciendo llegar sangre a los distintos órganos y tejidos y, por consiguiente, estos colapsan de manera acelerada debido a la isquemia (falta de sangre) e hipoxia (falta de oxígeno) consecuente, presentándose un fallo sistémico a los pocos minutos.

Estaba contemplando en estado de shock a la serpiente que reclamaba mi brazo, pensando que, pasara lo que pasase, tenía que impedir que su cuerpo sobrepasara mi hombro, cuando a través de sus fauces comenzó a brotar un hilo de sangre. Mientras caía en la cuenta de la gravedad de la situación, y me percataba de que esa sangre que estaba observando provenía de mi propio ser, comprobé con angustia que toda lucha por mi parte sería interpretada por la serpiente como resistencia de su presa, actitud que significa solo una cosa: constricción más severa.

Para entonces, más que dolor, comenzaba a sufrir por el peso de la serpiente. Soportar poco más de veinte kilos con el brazo estirado no es algo que pueda hacerse a la ligera; menos aún si la extremidad se encuentra

bajo castigo. Aunque, claro, el torrente de adrenalina me ayudaba. Me esforcé por volver en mí y subí las escaleras de la casa en busca de auxilio.

Avancé dando tumbos por la planta alta. Entré en el estudio y después en la habitación de mi mamá, pero los encontré desiertos. Entonces advertí el sonido de la regadera al fondo del pasillo. Al aproximarme, alcancé a detectar a través de la puerta la voz de mi madre y la de Álvaro, su nuevo novio, que llevaba unos meses viviendo con nosotros. «Qué pinche mala suerte», pensé conforme escuchaba los ecos de la novel pareja tomando su baño y veía a la Güera constriñéndome el brazo.

Por un instante dudé qué hacer. ¿Estaba justificado profanar la intimidad de la regadera? ¿Era necesario irrumpir el ritual del baño y confrontar la desnudez materna? ¿Valía la pena saltar ese abismo freudiano para salvar mi extremidad? Esperé unos segundos junto a la puerta mientras rumiaba el asunto, pero los cuatro metros de serpiente que rodeaban mi extremidad despejaron todo pudor y los cuestionamientos de carácter psicoanalítico pasaron a segundo plano.

Abrí la puerta con ímpetu: me recibió un cuarto lleno de vapor y gritos de alarma.

Cuando mi mamá se recuperó de la impresión de que su hijo adolescente osara entrar en el baño mientras ella se duchaba con su enamorado, se dio cuenta de que estábamos ante una emergencia. Creo que nunca he visto un rostro de mayor horror que el gesto que se dibujó sobre su cara en aquel instante. Con una mezcla de pánico y resolución, mi madre saltó de detrás de la cortina de la regadera y tomó unas tijeras.

—La mato —decretó, blandiendo el arma en el aire y acercándose con decisión.

Le rogué que por favor no lo hiciera. Apelé a la piedad, aclarando que la serpiente me había mordido sin querer e intenté explicar que todo había sido por una confusión. Que había sido mi culpa y no de la fiera.

Por supuesto que mis aseveraciones no disminuyeron el grado de alerta de quien me había traído al mundo y amamantado, pero sí frenaron por un segundo su ofensiva. Esa pausa quizá me salvó de terminar manco, puesto que en realidad matar a una pitón de cuatro metros de una estocada no es una proeza tan sencilla como podría imaginarse. De hecho, se trata de un

hito más bien improbable. Y si el monstruo se hubiera sentido en peligro, quién sabe con qué fuerza habría respondido.

Después de meditar un poco, concluimos que la estrategia más eficaz para solventar el castigo sobre mi brazo sería bajar la actividad metabólica de la Güera, maniobra que básicamente consistió en meter a la serpiente bajo el chorro de la regadera y abrir el agua fría.

Paulatinamente la constricción cedió. La atacante se dio cuenta de que, después de todo, mi mano no sería su cena y aligeró su opresión. Poco a poco fuimos desenroscando los cuatro metros de animal. Álvaro asistió con habilidad y serenidad notables a pesar de la crudeza del repentino imprevisto que había sacudido la serenidad de la mañana. Estoico ante lo que seguramente figuraba como uno de los retos más grandes que jamás hubiera tenido que confrontar con los vástagos de sus parejas, el filósofo-matemático-pintor asumió la tarea de recuperar centímetro tras centímetro de mi extremidad sin perder su ecuanimidad habitual.

El problema surgió cuando llegamos a la cabeza, incrustada en mi mano. Porque, aunque la Güera intentaba cooperar, sus dientes se encontraban trabados en mi carne. Dado que los dientes de estas serpientes tienen esa forma como de azuelo, para liberarse de ellos no basta con tirar de la cabeza en la dirección opuesta a la mordida. Al contrario, así lo que se consigue es desagarrar completamente los tejidos. Lo mejor es empujar las fauces hacia delante y un tanto hacia adentro de la herida antes de pretender retirarlas, lo cual, puedo dar fe de ello, es una tortura.

Con paciencia y ayudados por un cepillo de dientes convertido momentáneamente en palanca, conseguimos zafar la mandíbula del ofidio sin dejar mi puño en estado de carne desmechada. Sobre el dorso había quedado marcado el embiste de la fiera: decenas de agujeros que sangraban profusamente y algún que otro diente perdido por la serpiente. Fue en ese instante cuando tanto mi mamá como Álvaro cayeron en la cuenta de su desnudez y tomaron medidas al respecto.

Una vez resuelta la crisis, el velo de irrealidad que envolviera los últimos minutos de nuestras vidas se disipó de golpe. La vergüenza volvió a

figurar como un estado básico de las relaciones humanas y nuestros rostros migraron de la angustia al rubor.

Al parecer, el postulante a ocupar un nuevo nicho dentro del árbol familiar acababa de superar su rito de iniciación. No solo se le había obligado a mostrarse sin coberturas ante los ojos inquisidores de la adolescencia, sino a tener que participar activamente en una escena propia de un cuento de Horacio Quiroga.

Regresé a la pitón a su terrario. La rata, salvada por mi estupidez, corría alegremente por la sala de la casa. Mi madre me desinfectó la herida, revisó que no hubiera fracturas e insistió en que debíamos llamar a un médico. Dado que las pitones no poseen veneno, la verdad es que no había mucha razón para ello. Sin embargo, por lo ostentoso del ataque, se resolvió que sería propicio consultar a un especialista.

—Así es, doctor, lo mordió una serpiente —escuché a mi madre decir al teléfono.

—No, no una víbora, una pitón algo grande —aclaró ella.

—No, le digo que no son venenosas, son inofensivas. O, bueno, más o menos —dijo mi mamá, mirando en mi dirección con un aire de cierto reproche.

—No, doctor, no se la encontré. La serpiente vive aquí en la casa.

Al final el doctor quedó más turbado que nosotros. Durante los meses siguientes sus llamadas para preguntar sobre mi salud fueron frecuentes. Yo tardé seis años en recuperar de lleno la sensibilidad en el dorso de la mano. Ignoro si esto se debió a que la pitón lesionó mis nervios o a alguna proteasa contenida en su saliva. De cualquier manera, a partir de entonces procuré tener más cuidado, al menos con los organismos más grandes, y aunque he recibido numerosas mordidas defensivas por parte de distintos reptiles, nunca más un ataque con fines depredadores.

Peor escenario que las esporádicas tragedias hogareñas —producto de mantener serpientes gigantes como si fuesen mascotas convencionales— es lo que ha sucedido en lugares como Florida durante las últimas dos décadas, sitio en el que actualmente existe una población introducida de pitones

birmanas que se cuenta ya en las decenas de miles de individuos y que representa una verdadera debacle ambiental.

De acuerdo con estimaciones del Fondo Mundial para la Naturaleza (wwf por sus siglas en inglés), las especies exóticas invasoras figuran ya como la segunda causa de la pérdida de biodiversidad a nivel mundial (solo precedida por la destrucción del hábitat). Peces león en el Caribe, loros en Europa, conejos y sapos en Australia, cabras en las Galápagos, puercos en Bahamas, ratas y gatos en prácticamente todos los rincones silvestres del orbe; cada cual, una pesadilla viviente particular para las especies nativas.

Quizás, en un principio, las serpientes fueron liberadas por gente insensata, que al constatar que la cría que adquirieron en la tienda de mascotas crecía y crecía, no se les ocurrió otra cosa que botarla al campo, o bien gracias al llamado «efecto Nemo» (como se denomina al impulso de regresar al medio silvestre aquellos animales a los que de pronto nos genera cargo de conciencia tener encerrados); el caso es que los ofidios oriundos del sudeste asiático hallaron en la Florida un edén propicio para su bonanza.

Sin depredadores que las hostiguen, ni los parásitos y patógenos habituales a su clase, sin mencionar el espléndido clima y el amplio repertorio de presas entre las que elegir, la población se disparó vertiginosamente y los reptiles gigantes no tardaron en colocarse en la cumbre de la cadena alimenticia, comiéndose incluso a los lagartos americanos. Y todo parece indicar que, pese a los firmes esfuerzos por mitigar la plaga (que entre otras prácticas surrealistas comprenden competiciones como el «Python Challenge», en el que mercenarios intrépidos se dan cita para cazarlas y se paga por metro de organismo), las invasoras llegaron para quedarse.

Respecto a la depredación ocasional de humanos por serpientes gigantes habría que aclarar que, pese a que las hembras más grandes de ciertas especies —concretamente anacondas verdes (las más pesadas del mundo, que pueden amasar más de cien kilos) y pitones reticuladas (las más largas, que llegan a medir siete metros)— serían perfectamente capaces de devorar

a una persona de talla promedio, no es algo que suceda con regularidad; o, al menos, no en nuestro tiempo.

Si acaso, se han registrado unos cuantos encuentros fatídicos verificados durante las últimas décadas en las profundidades amazónicas y en algunas islas de Indonesia y Filipinas. Por lo general han tenido lugar en áreas remotas de la jungla y han sido constatados una vez que se ha atrapado a la serpiente sospechosa y, al abrirla, se ha encontrado a la víctima en proceso de digestión (sin quedar del todo claro si la serpiente, en efecto, cazó y mató a la persona referida o se la zampó cuando esta ya estaba muerta).

Dicho esto, para nuestros antepasados la cuestión pudo haber sido distinta, como parece sugerirlo el testimonio de uno de los últimos grupos de cazadores recolectores que perduran en la actualidad: los agta de las selvas lluviosas de Filipinas. Conformados por unos seiscientos integrantes, los agta son personas pequeñas, su estatura promedio ronda el metro y medio, y rara vez exceden los cuarenta y cinco kilos de peso. Si nos basamos en su experiencia —aproximadamente el veintiséis por ciento de ellos han sido atacados por pitones reticuladas con intenciones alimentarias—, entonces podríamos conjeturar que, para los *Homo sapiens* de antaño, las serpientes gigantes debieron de ser una más de sus tribulaciones rutinarias, otro de tantos depredadores de los que cuidarse.

Claro que cada vez es menos frecuente que los agta sucumban ante el embiste de las fieras. Por un lado porque cuentan con machetes y rifles para defenderse, pero también porque cada día resulta más improbable encontrarse con una de estas gigantes en estado silvestre, y no solo en Filipinas, sino en todo el planeta. Si en términos generales las serpientes se encuentran ya de por sí amenazadas, aquellas con proporciones colosales están francamente en extinción, pues es improbable que dichas criaturas tengan la oportunidad de sobrevivir todos los años que lleva alcanzar esas dimensiones sin encontrarse antes con la mano bélica del mono parlante.

Unos meses más tarde, más o menos cuando la herida de mi mano comenzaba a cicatrizar, me crucé con Jerónimo, el extraño personaje que se

convertiría en mi compañero de vicio. Se trató de otro de esos encuentros azarosos que probarían ser decisivos y que, a veces, me generan la desconcertante impresión de que el mundo —o cuando menos la Ciudad de México— es un sitio mucho más pequeño de lo que aparenta. O si no, ¿cómo explicar que en este monstruo urbano, que durante el día rebasa los veinte millones de habitantes, se traslaparan los caminos de los únicos dos quinceañeros de finales de los noventa capaces de recitar de memoria todos los nombres científicos de la familia *Pythonidae*?

De igual manera que en el caso de Ana Luisa, el vértice de la casualidad se manifestó en una tienda de animales en Coyoacán, que yo solía frecuentar porque distribuía las revistas *Reptiles* y *The vivarium* (de las cuales era ferviente seguidor). También había desarrollado una relación afable con la dependienta, con la cual mataba las horas de la tarde charlando. Recuerdo que me hallaba reclinado sobre la vitrina ojeando una de mis revistas cuando la dependienta contestó el teléfono y, tras una breve pausa, dijo al auricular con tono hastiado:

—No, muchacho, ya te dije que aquí no vendemos de esos animales... No, no creo que vayan a llegar pronto... Sí, ratas sí te podemos conseguir. ¿Cuántas necesitas?

La dependienta anotó algo en un papel después de colgar. Luego me contó que el muchacho telefoneaba por lo menos una vez a la semana desde hacía meses preguntando lo mismo; que parecía estar desesperado por encontrar reptiles y que era un fastidio. Sacudió la cabeza como derrotada por unos instantes, hasta que, de pronto, se le iluminó el rostro y me preguntó si le podía dar mi número. Asentí. Ella suspiró como quitándose un peso de encima y me informó de que el muchacho se llamaba Jerónimo.

A los pocos días recibí la llamada; acordamos que me visitaría hacia finales de semana. Abrí la puerta de la residencia (vivíamos en un condominio horizontal de unas seis casas en el centro de Coyoacán) para encontrarme con un tipo corpulento y pálido; llevaba el pelo largo suelto sobre los hombros, una gabardina gris desgastada (a pesar de ser las cuatro y media de la tarde de un día soleado), pants y una cámara de video colgada al cuello. De inmediato pensé que estaba loco.

Con el tiempo descubriría que estos eran dos atributos inseparables de su persona: su inusual indumentaria (que a él lo tenía completamente sin cuidado) y su cámara de video, pasión heredada de su padre, que se ganaba la vida haciendo documentales, principalmente sobre naturaleza.

Conforme conducía al excéntrico visitante a través de mi pequeño museo viviente, me fui percatando de que su conocimiento sobre la herpetofauna era aún más extenso de lo que yo había pronosticado. Mientras que yo hablaba de los retos y técnicas involucradas en el cuidado de los organismos, él elaboraba sobre su biogeografía e historia evolutiva. En otras palabras: yo me quedaba en las particularidades de los individuos y él, en cambio, era capaz de articular los procesos generales que habían llevado a que esas especies existieran.

—Ya sabes, los reptiles y los anfibios no están realmente emparentados entre sí —me dijo, revelándome que la herpetología era una disciplina un tanto tramposa en cuanto a relaciones filogenéticas—. Es más, los reptiles como grupo no existen. Los cocodrilos son más cercanos a las aves y a los dinosaurios que a las lagartijas y a las tortugas, pero insistimos en clasificarlos juntos —sentenció, haciendo alusión a algo que hasta entonces yo jamás me había planteado: que forzamos a la naturaleza a encajar en nuestras modestas categorías taxonómicas, intentando que los seres vivos se ajusten a nuestras concepciones sesgadas y a esbozos de conjuntos artificiales.

Pasamos el resto de la tarde alimentando a las serpientes en el jardín para que así Jerónimo tuviera más campo de acción para grabarlas. Desde luego que evité hacer esto con las pitones más grandes; siempre he sido un tanto duro de cabeza, pero el accidente con la Güera estaba aún demasiado fresco como para pretender tentar nuevamente a la suerte jugando con el fuego reptiliano.

Debo reconocer que los ofidios estuvieron a la altura en términos de espectáculo, la boa incluso le propinó un par de tarascadas al lente de la cámara, acción que consiguió sorprender a Jerónimo fuera de guardia y hacerlo estamparse contra las ramas llenas de espinas del limonero. Observé el trastabilleo del muchacho de apariencia estafalaria y conocimientos biológicos envidiables con más placer del que me hubiese gustado. No es

que necesariamente sintiera que estábamos compitiendo, pero tomé ese tropiezo como que estábamos a la par.

De cualquier manera, para cuando concluyó la visita estaba cerrado: Jerónimo y yo llegaríamos a ser grandes amigos (y aunque no lo supiéramos aún, compañeros en la Facultad de Ciencias de la unam). De hecho, accedí a venderle una de mis serpientes. Y ese es un gesto que pocas veces he repetido.

Con la distancia de los años me parece que el ataque de la Güera conllevó cierta carga simbólica. No olvidemos que los hijos únicos resguardan con recelo la madriguera de la madre soltera y que los posibles pretendientes serán siempre motivo de desconfianza.

¿Acaso el ataque de la serpiente podría ser interpretado como una maquinación adolescente exagerada para expresar mi inconformidad posesiva? ¿Un acto desesperado por mi parte para evitar que el equilibrio del nido se viera desafiado por la llegada de un nuevo contendiente a la atención de la hembra alfa?

Sin duda sería material apetitoso para cualquier psicoanalista. Me pregunto qué teorías desaforadas podría elaborar un discípulo fiel a la escuela freudiana a partir de este evento. No creo que algo demasiado halagador.

No vayamos tan lejos. Acepto que en aquel momento de mi vida yo era un joven algo insoportable. Consentido, puede ser. Berrinchudo, sin duda. Pero tampoco es que estuviera tan trastornado como para entregar mi brazo a la bestia de manera voluntaria en pos de defender la exclusividad del abrazo materno. La casualidad quiso que Edipo se manifestara como una bestia albina fuera de control; y el azar, que esto sucediera en el instante preciso del baño de la novel pareja. Supongo que en todo caso lo podríamos llamar terapia de choque para todos los involucrados.

Una cosa quedaba clara al menos: si tras este incidente Álvaro decidía no salir corriendo, quería decir que sus intenciones eran sinceras y que merecía el puesto en el lecho materno.

Sobra decir que mi madre y él siguen juntos.



Escorpión emperador, *Pandinus imperator*

Nada interrumpe la pasividad de nuestro gremio como la presencia de un escorpión, con ese desplazamiento suyo, veloz y determinado, casi altivo. Biomecánica en todo su esplendor. Su aguijón, siempre erguido y dispuesto, promete agonía agreste para imprudentes e incautos. Sus tenazas lo dotan de cualidades dactilares y su cola enroscada por encima del cuerpo sugiere la espiral de Fibonacci. Son tormento invertebrado. Pequeños gladiadores de armadura segmentada. Ningún otro arácnido presume de un exoesqueleto de tan fina orfebrería y un aspecto tan amenazante. Quizá solo unas cuarenta especies de escorpiones alrededor del mundo resulten realmente fatídicas para el humano, sin embargo, con esas basta para temer cualquier encuentro sorpresivo con los de su tipo. Protagonistas tenaces de bestiarios medievales, imágenes poéticas y pasajes narrativos enmarcados por la desgracia. Dioses del mundo antiguo. Criaturas tiranas de la mitología y el zodiaco. Constelación emblemática de la bóveda celeste. De lo que no cabe duda es de que aquellos denominados como emperadores portan su título con una gracia solemne.

Ficha 3

Clase: *Arachnida* **Orden:** *Scorpiones* **Familia:** *Scorpionidae*
Género: *Pandinus*

Distribución: Amplia, habitan en selvas y sabanas de África Occidental, como el Congo, Senegal, Sierra Leona, Gabón, Costa de Marfil, Ghana, Guinea, Nigeria y Togo.

Estatus: Debido, en parte, a su popularidad en el mercado de mascotas, sus poblaciones silvestres se han visto mermadas y la especie se incluye en el segundo apéndice de la CITES.

Alimentación: Son estrictamente carnívoros, cazan principalmente insectos y otros arácnidos, aunque los ejemplares más grandes también se alimentan de reptiles y pequeños mamíferos.

Aspecto: Se trata de organismos imponentes, corpulentos y macizos, su color negro lustroso les brinda una apariencia metalizada. Además de su macizo aguijón, cargan tenazas poderosas.

Tamaño: Son uno de los miembros más grandes del grupo de los escorpiones, llegan a medir hasta 20 cm y a pesar unos 30 g, pero normalmente oscilan entre los 12 y los 18 cm.

Esperanza de vida: En libertad se estima que llegan a vivir entre 5 y 8 años, pero en cautiverio el récord para la especie ronda los 10.

Diorama 3: Cupido en su forma arácnida

El mejor regalo que he recibido un catorce de febrero —por no decir el único— fue cuando tenía diecinueve años. La verdad es que nunca he sentido particular entusiasmo por esa fecha telúrica de la mercadotecnia global. Todo lo contrario, las efemérides impuestas por el supuesto «día del amor y la amistad» me producen más bien rechazo. Por eso me sorprendí tanto cuando aquel San Valentín llegué a la Facultad de Ciencias de la unam (donde cursaba el segundo semestre de la carrera de Biología) y me encontré a mi novia de ese entonces, Ana Cristina, esperándome con una caja de zapatos entre las manos.

Recibí el paquete entre confundido y desconfiado. En general, ella profesaba la misma opinión que yo sobre el mentado día, por lo que supuse que debía de tratarse de una broma. La ansiedad expectante contenida en su gesto parecía corroborar mi sospecha.

Noté que la caja tenía unos orificios pequeños en la tapa, así que lo más probable era que contuviese alguna criatura viva. Comencé a abrirla de manera atrabancada, pero el grito súbito de Ana Cristina me hizo recapacitar:

—¡Cuidado, menso! No vayan a picarte.

En ese instante me percaté de que a través de uno de los agujeros de la tapa sobresalía una pata oscura. Era larga y puntiaguda. La toqué con la yema del pulgar: la textura podría haber sido metálica (como de alambre recocado). Jalé la pata un poco, me llamó la atención su dureza y la resistencia que oponía.

Con bastante más precaución y curiosidad me dispuse a retirar la cobertura. En mi cabeza se sucedían imágenes del posible dueño de aquella extremidad. Estaba seguro de que debía de tratarse de algún tipo de artrópodo, pero ¿qué insecto podría ostentar semejante armadura? Quizá sería un cangrejo...

Destapé la caja de manera cuidadosa. En cuanto oteé a sus tripulantes, mi primer reflejo fue volver a cerrarla de inmediato y tuve que contenerme para no dejarla caer al suelo. En el interior del paquete aguardaban dos gigantes y lustrosos arácnidos negros. Sin duda alguna se trataba de los alacranes más grandes que jamás había visto. Parecían estar hechos como de obsidiana: dos pedazos de vidrio pétreo provenientes del inframundo egipcio.

—Son escorpiones emperador —dijo Ana Cristina.

Conforme mi mente analizaba los brillantes contornos y computaba la información, pensé que me recordaban también a *Alien* o a alguna otra maquinación oscura de H. R. Giger.

—Y son pareja —agregó.

Quizá no muchas personas secunden la reacción emocional que experimenté en ese momento, pero a mí aquel regalo me pareció de lo más romántico.

—Y espérate a que los veas con la luz negra, te vas a morir —sentenció ella, extendiéndome el complemento de su obsequio: una lámpara fluorescente cuyo tubo era morado oscuro.

Debo confesar que, pese a estar perfectamente al tanto de las glorias psicodélicas de la luz negra —después de todo, justo por aquella época frecuentábamos los festivales de música electrónica, ambientes en los que los desplantes de la fluorescencia eran habituales—, su intromisión en este contexto me resultaba francamente desconcertante.

Definitivamente no nos quedamos a clase. Corrimos a casa para instalar cuanto antes a los nuevos miembros de la familia. Elegimos una pecera de metro ochenta de largo de entre la pila que yacía en la azotea, la rellenamos con arena, rocas y troncos secos, y liberamos a las bestias invertebradas.

Los escorpiones comenzaron a explorar su entorno con las pinzas erguidas. Solo entonces caí en la cuenta de su verdadero tamaño: con facilidad rebasaban los doce centímetros de longitud. Más o menos eran igual de largos y anchos que el mando de la televisión. Sus dimensiones remitían más al ámbito de los acociles y las langostas de río que al pleno de los arácnidos. Sobra decir que, con sus pinzas gordas como huesos de

durazno y con la cola enroscada por encima del cuerpo a la manera de un látigo, arrojaban una estampa totalmente intimidante.

—¿Los sacamos? —preguntó Ana Cristina emocionada.

—Mejor vamos a dejar que se tranquilicen un poco. Seguro que estarán estresados por tanto ajetreo —contesté yo, procurando disimular el temor que me infundían.

Me parece que fue aproximadamente un año después de mi altercado con la Güera que nos mudamos de casa. Como ya era posible adivinar, Álvaro llegó para quedarse, por lo que, además del tropel creciente de criaturas que nos acompañaban, el núcleo familiar pasó a estar constituido por cuatro personas (ya que también vivía con nosotros Lety, la empleada doméstica que había tomado el trabajo unos años antes y que, al igual que Álvaro, había decidido seguir con nosotros a pesar de los animales).

Entiendo que el catalizador principal del cambio de casa emanó de la necesidad de contar con un espacio más grande y que el medio para concretarlo se presentó a raíz de la muerte reciente del Güero y la herencia que dejó a sus hermanas. Sin embargo, tengo la impresión de que los roces con los vecinos también de-sempeñaron un papel determinante en la decisión de emigrar del condominio en el que habíamos vivido casi diez años en pleno centro de Coyoacán.

Si bien se trataba de un condominio horizontal ciertamente encantador, con pocas casas y muchos árboles, los escasos moradores de Higuera 21 bis eran dados al conflicto. O quizá sería más justo decir «éramos», porque la verdad es que no debió de ser del todo agradable compartir el terreno conmigo y mis animales.

Por un lado, estaba el factor de la gran pecera en la que vivían mis pitones, que se encontraba en frente de nuestra casa. Siendo que esta era la casa uno y que se erigía adyacente al estacionamiento, el terrario era paso obligatorio para todos los habitantes y visitantes del condominio. Quizás en días normales la presencia de los ofidios no fuera demasiado molesta —menos, claro, para aquellas personas aquejadas por la fobia hacia estos organismos o para cualquier ciudadano respetable que considerara que un

par de serpientes de más de tres metros de largo no eran mascota aceptable para un adolescente—, sin embargo, en días de alimentación adquiría tintes francamente sórdidos, sobre todo cuando les ofrecía conejos o pollos para la merienda (animales por los que los primates usualmente tendemos a sentir más empatía, al menos cuando están vivos y no en el plato, que hacia las ratas que constituían su menú habitual).

Y a la figura omnipresente de las pitones se sumaban otras costumbres más relativamente problemáticas para la vida compartida con extraños. Por ejemplo, mi insistencia en jugar al baloncesto en el estacionamiento del condominio y propinarles balonazos a los venerados coches de los inquilinos. O el hurto constante de plantas, tierra y piedras de los jardines comunitarios para confeccionar los habitáculos de mis criaturas. Por no mencionar las fugas eventuales de especímenes.

Recuerdo la ocasión en la que mi rana Goliath —la cual ingenuamente había liberado yo en el estanque de los ajolotes, pensando que permanecería dentro de nuestra porción del área común— terminó nadando en la cisterna del vecino de la casa dos.

Como indica su nombre científico, *Conraua goliath*, las proporciones del anuro en cuestión eran generosas. Aunque aún no alcanzaba su talla máxima (que podía llegar a rondar los treinta y dos centímetros de largo y los tres kilogramos de peso), era ya tan masiva como una papaya. Y esta rana gigante africana no solo se las arregló para franquear la verja de dos metros de alto que bordeaba la zona del estanque, sino que después no se le ocurrió nada mejor que hacer con su libertad recién conquistada que tirarse un clavado en la cisterna subterránea del señor Grajales (justamente el papá de la vecina que me gustaba), poniendo así en riesgo cientos de litros del preciado líquido.

Para quien no esté familiarizado con las particularidades intrínsecas a vivir en la Ciudad de México probablemente las implicaciones de tal trasgresión no resulten evidentes. Pero es que en esta urbe, que antes fue una cuenca con cinco grandes lagos, en la que solían fluir cuarenta y cinco ríos y donde llueve con torrencial monzónico, el agua escasea. Podrá parecer paradójico, pero los ciudadanos estamos habituados a pasar regularmente temporadas de carestía de agua corriente mientras las

avenidas se inundan por la precipitación pluvial. Vamos, que el suministro del preciado líquido por parte del Gobierno no es garantía y cualquier intromisión en los reservorios personales constituye una afrenta digna de llegar a los tribunales. Por suerte, Grajales era uno de nuestros aliados en el condominio y la peripecia del anfibio —por no decir del puberto que se supone que lo cuidaba— no pasó a mayores.

Ignoro si las ocurrencias de la rana Goliath actuaron como algún tipo de precedente para catalizar el evento que finalmente nos llevaría a abandonar el condominio. Quizá su zambullida clandestina en la cisterna de Grajales activó las neuronas de nuestros adversarios. Quién sabe. Lo que sí puedo asegurar es que unos meses más tarde el agua de nuestra casa comenzó a poseer cierta textura. Era como si de pronto se hubiese tornado un poco más viscosa, como si durante la ducha uno casi la pudiera acariciar.

Supusimos que probablemente existía algún depósito de lama en los tinacos, pero al subir a la azotea para examinarlos no encontramos indicios que sustentaran tal suposición. Extraño, y más porque la cosa iba empeorando: ahora un tufo fétido se había sumado a las propiedades táctiles del líquido.

Me parece que transcurrieron dos o tres días de esta situación desconcertante antes de que comenzáramos a dudar de la cisterna y que al ir a revisarla mi madre se encontrara con que el candado había sido violentado. Al remover la tapa, el misterio se disolvió en un miasma de olores nauseabundos: ahí, flotando en nuestro depósito de agua relativamente potable, yacía el cadáver putrefacto del perro de la dueña del condominio. Hay que aceptar que el can era feo y temperamental, un poodle de mandíbula prognata y propenso a atacar a los niños, pero tampoco se merecía terminar ahogado de esa manera.

Por una vez en la vida tuve fundamentos suficientes para recriminarle a mi mamá que me obligara a cepillarme los dientes tres veces al día: nos habíamos estado enjuagando la boca con esencias de perro macerado. Claro que a debate quedará qué cosa es peor para tales menesteres: si los elixires caninos de raza fina o los de rana gigante. De lo que no cabía duda era de que nos teníamos que marchar de ese condominio cuanto antes.

Estas señales que parecían ir secundadas por el crecimiento exponencial de mi colección de alimañas, que había ido aumentando de manera vertiginosa en relación proporcional con mi destreza para mantener a los organismos, lo que implicaba no solo que tuvieran una esperanza de vida mayor, sino que en no pocas ocasiones engendraran.

El caso es que el pequeño zoológico improvisado ya no era tan pequeño y en la nueva residencia era factible adjudicarles una habitación particular a mis criaturas. «El cuarto de los reptiles», comenzamos a llamar a aquel espacio, aunque la verdad era que albergaba a tantos invertebrados y anfibios como ejemplares propios de la clase *Reptilia*. Sea como fuere, a los dieciséis años por primera vez tuve la dicha de poder disponer de un espacio para mi museo viviente acorde con mis ensoñaciones (desde luego que esto, ajustado a los materiales y al presupuesto disponibles para mí en aquel entonces, digamos que era un entorno artesanal).

Donde antes había clósets y cajoneras, ahora había vitrinas de tamaño considerable para las serpientes. Los nichos en la pared se transformaron en terrarios verticales para geckos y camaleones. Dos tinajas amplias servían como hogar para las tortugas. Y el resto del espacio lo ocupaban peceras de vidrio y cajas de madera con tela de alambre de dimensiones variadas. También instalamos un pequeño corral en el jardín para que ciertos de ejemplares pudieran tomar baños de sol y un pequeño clóset del estacionamiento se designó como almacén de alimento (es decir, ratas, grillos, tenebrios, sofobas, gusanos de seda, cucarachas de Madagascar y demás especies que criaba para nutrir a mis criaturas). Ah, los privilegios de ser hijo único y consentido.

Una de las principales ventajas de que todas las fieras cohabitaran en el mismo recinto de la casa era que facilitaba crear y mantener un microclima, con temperatura y humedad elevadas a lo largo del año, además de que el perímetro imponía un filtro de seguridad en la eventualidad de que sucediera alguna fuga. O cuando menos eso era lo que yo pensaba.

Naturalmente, los nuevos inquilinos del cuarto de los reptiles no les despertaron demasiada simpatía ni a mi madre ni a Álvaro. O digamos que no lo hicieron de forma inmediata. Sin embargo, casi cualquier organismo era aceptado en nuestra familia mientras que no desatara las alergias de mi mamá ni se tratara de una tarántula o de una serpiente venenosa. Así que, no sin cierto recelo, se les dio la bienvenida a los recién llegados. Claro que el fantástico espectáculo luminiscente desplegado por los escorpiones bajo los efectos de la luz ultravioleta ayudó a mitigar un poco el prejuicio que pendía sobre su amenazante figura.

El fenómeno casi mágico lo había descubierto yo mismo unas horas después de haber llegado de la facultad aquel día de San Valentín. Cuando ya habíamos montado el terrario, dispuesto a los pequeños monstruos en su habitáculo y encendido la luz negra por fin entendí a qué se refería Ana Cristina cuando me había asegurado «Te vas a morir». O no, mejor dicho: en un principio no fui capaz de comprender nada. Tan solo me quedé pasmado ante la revelación.

Del otro lado del cristal los escorpiones refulgían en una tonalidad verde pistacho fosforescente. Su resplandor resultaba tan intenso que bien podría haberse pensado que irradiaban luz propia. Era como si su exoesqueleto hubiese sido recubierto con esmalte fluorescente, como si su anatomía estuviera confeccionada con el magma artificial de las lámparas de lava o con la sustancia verdiazulada del plancton bioluminiscente que brilla durante las noches sin luna en el manglar.

Por un momento me invadió nuevamente la sospecha de que todo formaba parte de una treta rebuscada. ¿Cómo era posible que un naturalista en potencia, como lo era yo, ignorara un fenómeno biológico de tal índole? ¿Podía ser que Ana Cristina solo estuviese jugando con mis emociones? ¿Acaso se trataba de algún tipo de prueba?

Apagué el interruptor del fluorescente de luz negra y los escorpiones recuperaron al instante su semblante de charol. Volví a encenderlo y una vez más fui impactado por ese matiz inaudito, más propio del Pantone de las ensoñaciones psicodélicas que del reino animal.

Dejé que mis retinas relamieran la superficie luminosa de los artrópodos hasta que su contorno comenzó a perder definición. No lo sabía

en ese momento, pero estaba echando mi primer vistazo a la dimensión ultravioleta de la zoología. Y si en un principio asumí que quizás el brillo de los escorpiones emperador los hacía únicos, no tardé mucho en corroborar que, tratándose de los arácnidos con cola punzante, sucede exactamente lo opuesto: todas las especies resplandecen bajo los rayos uv. Lo que quiero decir es que unos años más tarde tuve la oportunidad —o tal vez la desdicha— de presenciar el mismo fenómeno de fulgor aracnidosfosforescente pero estando inmerso en el medio silvestre, y a partir de ese momento nunca más he podido caminar a mis anchas en la vegetación nocturna.

Nos encontrábamos en Chiapas, por el rumbo de Yaxchilán, durante una salida al campo en la que varios biólogos realizábamos estudios de la fauna local. Yo me encargaba, junto con el buen Jerónimo, de los reptiles y anfibios, y llevábamos ya cerca de una semana trabajando en el sitio. Hasta ese momento siempre me había sentido relativamente cómodo buscando ranas y serpientes en la oscuridad de la selva. Por eso cuando nuestros colegas aracnólogos nos preguntaron si queríamos «sentir pelos», Jerónimo y yo asentimos bastante confiados.

Dibujando una sonrisa entre incrédula e indulgente, los aracnólogos nos indicaron que los siguiéramos. En ese instante no supe bien cómo interpretar aquella expresión que les surcó el rostro a nuestros colegas, sin embargo, pronto me quedaría claro que el gesto se debía a que probablemente todos los biólogos caíamos de la misma manera: aceptábamos la oferta con un aire de gallardía y desdén, sin ser plenamente conscientes de que ya nunca habría vuelta atrás.

Avanzamos en silencio por unos minutos y después abandonamos el sendero. Nos internamos unos veinte metros a través de la maleza hasta que alcanzamos un pequeño claro entre los árboles, donde nos detuvimos. La selva se percibía fresca y estridente, rebosante de clamores anfibios y chirridos artrópodos. Fue entonces cuando nos pidieron que apagáramos nuestras linternas.

Tras unos segundos a oscuras, que se perfilan en mi memoria como una especie de anunciación, los aracnólogos finalmente activaron el equipo que llevaban consigo: un juego de reflectores de luz negra que, a juzgar por

su alcance, debían de ser bastante potentes (nada que ver con la modesta lámpara que tenía yo en casa). Pero no tuve tiempo de meditar mucho al respecto, pues en el acto aparecieron una multitud de puntitos luminosos a nuestro alrededor.

Por un instante recordé aquellas estrellas de plástico que brillan en la oscuridad de los techos infantiles, hasta que me percaté de que cada uno de esas decenas de destellos que estaba viendo correspondía ni más ni menos que a la inquietante presencia de un alacrán. La constelación fluorescente salpicaba troncos, ramas y piedras en todas las direcciones del perímetro y no eran pocos puntos los que yacían acechando a escasos centímetros de nuestra posición (asumo que por entero obnubilados de que su verdadera apariencia hubiese sido comprometida por el truco tecnológico de unos primates).

Fue así como descubrí dos hechos significativos: primero, que no solo los escorpiones emperador ostentan fulgores psicodélicos, sino todos los de su gremio —ya que al parecer esa es la manera en la que ellos se perciben entre sí, sus ojos cuentan con la capacidad de detectar la gama ultravioleta del espectro electromagnético—, y segundo, que la abundancia de estos seres invertebrados en las selvas del sureste mexicano es, cuando menos, enervante. La conciencia de ambas epifanías es la culpable de que nunca más me haya sido posible relajarme del todo estando inmerso en parajes silvestres después del crepúsculo. Bueno, eso y la inseguridad y la violencia cruenta que asolan el país desde hace unas décadas.

Un par de días más tarde, Jerónimo expresó cierto escepticismo respecto a si los escorpiones, efectivamente, se percibían entre sí mediante esas gamas de fluorescencia ultravioleta. Mi amigo argumentaba que le parecía improbable que la luna (excepto quizás en las etapas más iluminadas de su ciclo) reflejara suficiente cantidad de rayos uv como para que tal cosa sonara plausible; y tomando en cuenta que se trata de arácnidos de hábitos principalmente nocturnos, tal condición tendría que ser imperante para que dicho carácter resultara adaptativo.

—¿Qué sucede en las noches nubladas? ¿No se ven, chocan entre sí? —preguntó riendo hacia sus adentros, mientras nos preparábamos para salir una vez más a esa selva en la que, ahora éramos conscientes, bullían los escorpiones.

»Acuérdate, güey, que no todo sirve para algo —insistió—. Puede ser que el brillo nada más sea una propiedad del material con el que está confeccionado su exoesqueleto. Ya sabes, una casualidad de la óptica sin mayor relevancia para ellos.

Por un momento pensé que Jerónimo podría tener razón. La verdad es que el mundo viviente no sigue una pauta estrictamente utilitaria (ni mucho menos afín al diseño inteligente), existen muchos atributos que no representan una función concreta para los organismos y que, por otro lado, tampoco les estorban demasiado. En otras palabras: sobre los que la selección natural no actúa ni a favor ni en contra y que, por lo tanto, no tienen una influencia directa sobre la supervivencia. Que no son adaptativos, vaya.

Sin embargo, cuando consultamos a los arcnólogos, comprobamos que en este caso el asunto adquiriría un grado todavía más insólito que los deslumbrantes colores de los especímenes revelados por la luz negra.

Nuestros colegas nos contaron que justo ese había sido el debate durante muchos años en la disciplina: si los escorpiones siquiera se enteraban de sus fulgores psicodélicos. En algunos experimentos, por ejemplo, se les había vendado los ojos (que pueden sumar hasta cinco pares localizados en el frente de la cabeza), sin que esto pareciera incidir sobre su comportamiento. Esto sugería que su percepción visual resultaba prescindible y que, por consiguiente, era improbable que su fluorescencia representara un rasgo evolutivo de mayor trascendencia.

Al escuchar esto, el rostro de Jerónimo adoptó un semblante casi engreído. No obstante, siguieron explicándonos los arcnólogos, en estudios recientes se había demostrado que los escorpiones contaban con células fotorreceptoras diseminadas por toda su superficie. Células altamente sensibles que se excitaban principalmente con gamas verdes y azules del espectro. Esto apuntaba a que la percepción visual de dichos arcnidos se lleva a cabo con todo el cuerpo; algo así como si fuesen una especie de gran

ojo rudimentario. Además, a juzgar por las investigaciones en ciernes, daba la impresión de ser suficiente el titileo de las estrellas para que estos animales fuesen capaces de discernir entre sombras y espacio abierto, y muy probablemente también para detectarse entre ellos.

—Pero la cosa no termina ahí —sentenció uno de los aracnólogos—, pues este tipo de biofluorescencia ultravioleta no solo se ha observado en escorpiones, sino también en muchos otros invertebrados de hábitos nocturnos. Es más —nos aseguró—, también los búhos, lechuzas, ardillas voladoras, zarigüeyas, ranas arborícolas y no pocas plantas y hongos parecen tener codificados en sus superficies aportes lumínicos destinados a refulgir en tal gama del espectro, por lo que lo más probable es que tenga bastante relevancia para buena parte de la fauna.

—Es como todo un arcoíris de aspectos y señales que nos está vedado —concluyó el otro aracnólogo.

Resulta llamativo que, con todos los alacranes y escorpiones con los que me he cruzado a lo largo de tantos años de hurgar entre el sustrato, yo nunca haya recibido una picadura. Y es que, con unas trescientas especies distintas de las cerca de mil cuatrocientas, México no solo figura como el país que ostenta la mayor diversidad de estos arácnidos a nivel mundial, sino que también se erige como la nación que registra el índice más alto de picaduras anuales.

Puede ser que solo catorce de esas trescientas especies (todas ellas pertenecientes al género *Centruroides*) se consideren realmente de importancia médica, ya que al picar inoculan un potente veneno neurotóxico que puede llegar a ser fatal para los humanos. Sin embargo, el amplio rango de distribución de dichas especies, que incluye los estados de la vertiente del Pacífico (desde Sinaloa hasta Oaxaca), así como buena parte de los centrales —notoriamente Durango, que en el imaginario colectivo se ha plasmado como el territorio alacrán por antonomasia—, torna el asunto en algo relativamente preocupante para los habitantes del país.

La sapiencia popular dicta: «Si no es güero, no mata». Y en efecto, los alacranes indudablemente peligrosos del género mencionado tienden a

poseer coloraciones claras, con extremidades amarillo ámbar o anaranjadas y el cuerpo veteadado entre café capuchino y tonalidades más pardas. Ahora que, si se precisara de un estándar más universal —cuyos alcances no solo se limiten al territorio mexicano o al color del organismo y que pudiese venir a mano en el supuesto de recibir un pinchazo—, la pauta anatómica que tomar en cuenta son las tenazas y la cola.

Desde luego que habrá excepciones a la norma, pero de acuerdo con lo que me han comentado no pocos doctos en el tema, cuanto más delgadas sean las tenazas y más larga sea la cola en relación con el cuerpo, mayor será la toxicidad del veneno. Quién sabe si algún día estos parámetros puedan resultar de valiosa utilidad, así que bien merece la pena archivarlos en algún sitio no muy recóndito de la cabeza.

Tras un par de meses bajo mi tutela, los escorpiones se veían sanos y contentos (o tanto como puedan llegar a estarlo los artrópodos: cazaban grillos y ratones con voracidad, se enterraban parcialmente en la tierra cavando con sus tenazas y por las noches recorrían su habitáculo de forma enérgica). Entonces tuvo lugar lo que suele suceder entre las parejas de animales que se encuentran en condiciones favorables, el implacable llamado de la naturaleza se tornó patente: los arácnidos se reprodujeron.

Ana Cristina y yo observamos emocionados el cortejo en repetidas ocasiones. Una curiosa danza ritual en la que ambos bailarines se colocaban frente a frente, engarzaban sus tenazas y comenzaban a dar giros en la misma dirección, describiendo círculos conforme sus colas latigueaban. En realidad la coreografía acontecía, más que por mera cadencia arácnida, porque el macho estaba intentando someter a la hembra —que era considerablemente más corpulenta que él— y esta no pensaba ceder hasta que el pretendiente demostrara ser buen partido, lo que en el folclore de los alacranes tampoco es poca cosa, pues de no prosperar en el intento, el macho, en lugar de cónyuge, se arriesga a terminar siendo la merienda de la dama.

Al cabo de una semana de caravanas culminó el baile con una pirueta final: el macho consiguió guiar a la hembra para que esta recogiese el

paquete de espermatozoides (espermatóforo) que él había depositado previamente sobre el sustrato y tuvo lugar la fecundación. Sin embargo, de manera similar a la procreación humana, hubo que esperar casi nueve meses para conocer a los vástagos del breve encuentro erótico. Los escorpiones emperador, como el resto de los alacranes, son organismos vivíparos: a diferencia de la mayoría de los invertebrados, no se reproducen por medio de huevos, sino que la gestación de los embriones se lleva a cabo dentro del cuerpo de la madre y posteriormente las hembras dan a luz crías que emergen al mundo vivitas y coleando (en este caso, literalmente).

Así pues, transcurrido el prolongado embarazo, en el que la futura madre se hinchó hasta igualar la circunferencia de un pepino, nacieron once pequeños escorpioncitos.

Para quien nunca haya tenido la oportunidad de ver a un alacrán bebé de cerca, quizá sería importante aclarar que no son tan tiernos como podría imaginarse. Durante sus primeros días de vida, de hecho, son un tanto repelentes: poseen una coloración blanquecina y, debido a que su exoesqueleto aún no ha terminado de quitinizarse, su consistencia es más bien blanduzca, parecida a la de una gusana ciega o a la pulpa de un lichi.

Una vez que emergen al mundo, las crías se encaraman sobre el dorso de su madre —tal y como hicieron aquellas que acababan de nacer en mi casa— y ahí permanecen hasta que ocurre la primera muda. En efecto: por sorprendente que pueda llegar a parecer, las alacranes (al igual que la mayoría de los arácnidos) cuidan y defienden a sus crías. Es más, en algunas ocasiones el compromiso con la nueva generación es tan grande que las madres arácnidas incluso llegan al grado de sacrificarse por completo, legando su anatomía para que esta funja como la primera comida de su prole. Pero no sucede en todas las especies. En el caso particular de los escorpiones emperador, acontece más bien lo contrario: llegado el momento en el que los infantes ya están preparados para valerse por sí mismos, el cuidado parental finaliza de manera abrupta y aquel vástago que no huya corriendo será canibalizado gustosamente por su progenitora.

La cuestión es que ahí tenía yo a mi flamante mamá escorpiona, con sus once hijitos blanduzcos auestas, cuando sobrevino el desastre. Como suele suceder cada tanto, debido a las condiciones telúricas sobre las que se

erige la capital mexicana, la tierra se sacudió violentamente. No recuerdo exactamente de qué magnitud fue el temblor, pero probó ser suficiente para tirar cuadros, agrietar el yeso de algunos muros menores y romper la pecera de los escorpiones. Probablemente la culpa había sido más mía que del terremoto, porque no reparé en que la mesa sobre la que se encontraba el terrario estaba apolillada, lo que ocasionó que la pata izquierda colapsara y que la pecera impactase contra el suelo, haciéndose añicos uno de sus flancos.

Para cuando llegué al cuarto de los reptiles, mamá escorpiona y familia ya se habían escabullido. Al papá lo localicé rápidamente: lo atrapé cuando se estaba metiendo tras el librero. Pero a la hembra y a sus crías no las encontré por ninguna parte.

Fuera de la experiencia en compañía de los aracnólogos, me parece que el lugar en el que he visto más ejemplares de estos arácnidos en una sola noche es Acapulco, Guerrero.

Ignoro si lo que presencié en aquella ocasión se debió a una especie de frenesí alimenticio (posterior a una semana ininterrumpida de tormentas) por parte de los depredadores invertebrados, o si se trata de una actividad rutinaria por aquellos lares. A lo mejor el predio en el que me encontraba tuvo algo que ver, puesto que se situaba en una ladera aún cubierta por bastante vegetación de la demarcación costeña (justo frente a la isla de la Roqueta). El caso es que en un lapso de apenas tres horas conté doce ejemplares. Y eso, sin estarlos siquiera buscando. Al contrario: la mayoría de esos alacranes vinieron a nuestro encuentro de manera casi deliberada. De hecho, a un par los sorprendí deslizándose desvergonzadamente por debajo de la puerta de la casa para emerger en el interior con aire resuelto y con las pinzas dispuestas.

No sé a qué especie pertenecían exactamente, pero eran color café-chocolate y grandes (rondarían los siete centímetros de largo), con tenazas delgadas, cola larga y una de las actitudes más agresivas que jamás haya observado en un alacrán. Cuando coloqué una jarra de vidrio sobre los intrusos para contenerlos y así poder sacarlos de la residencia, constaté

azorado cómo rasgaban el cristal con su cola conforme intentaban clavar el agudo punzón en la superficie transparente.

Viendo tal desplante de rabia, no me extraña que Guerrero sea precisamente el estado que más accidentes registra en el país que se erige como líder en incidencia de picaduras anuales a nivel mundial. Sin ir más lejos, aquella misma noche mi amiga Daniela pasó a engrosar las estadísticas, cuando uno de esos alacranes violentos cayó desde una viga de madera del techo y aterrizó sobre su espalda.

No hace falta mencionar que la noticia de la fuga de mamá escorpiona y su prole no fue bien recibida por los demás habitantes de la casa, ni por Ana Cristina. En parte porque tras nueve meses de haber contemplado su gestación ya todos nos habíamos encariñado con ella y sus crías; pero sobre todo porque, por más estima que les tuviésemos, no dejaban de ser escorpiones.

Los arácnidos prófugos representaban doce posibles encuentros nefastos. Múltiples piquetes potenciales. Y por si quedara duda, también me pesaba la irresponsabilidad biológica de que los ejemplares consiguieran abandonar el domicilio y pudieran convertirse así en una especie exótica invasora o en la pesadilla de los vecinos.

El veneno que poseen los escorpiones emperador no es muy tóxico. Aunque es suficientemente potente como para paralizar a sus presas —y posteriormente verter dentro de estas el fluido digestivo que licua los tejidos y que los convierte en el jugo nutritivo que el depredador succiona por medio de sus quelíceros tipo pajita—, para una persona adulta promedio no representa mayor riesgo (a menos, claro, que uno sea alérgico a la ponzoña o sufra de males cardíacos, en cuyo caso sí es aconsejable mantenerse lo más alejado de su cola como sea posible). Dicho esto, la picadura sí es sumamente dolorosa. Más por el tamaño del agujón que ostentan que por el veneno en sí.

De acuerdo con Jerónimo, a quien le había picado uno de mis escorpiones durante la primera semana de su llegada a la casa —pues, fiel a su talante temerario, mi amigo procedió a manipularlos sin reparo—, el

piquete se sentía como si te clavaran una tachuela y la movieran en círculos. Una experiencia que, me parece, a pesar de no ser considerada como de importancia médica, la mayoría de las personas preferiría ahorrarse.

Por lo menos estos organismos no son tan difíciles de manejar como otros miembros de su estirpe, ya que, debido a sus proporciones colosales, carecen de la capacidad de accionar su cola y ejecutar el temido piquete si antes no sujetan al blanco con las pinzas. Es decir, que para ser capaces de descargar el poder de su aguijón, necesitan contar con un punto de anclaje contra el cual hacer fuerza y de esta manera proyectar su cuerpo en parábola como si se tratara de una trampa ratonera. Todo lo anterior, claro está, en el supuesto de que uno se encuentre con un adulto de la especie y preferentemente confinado, y no andando libre por la casa.

Durante las semanas siguientes a la evasión las dinámicas diarias del hogar cambiaron ligeramente. Revisábamos los zapatos antes de calzarlos, sacudíamos las toallas y las prendas de ropa antes de emplearlas y comprobábamos que no hubiera ningún polizonte invertebrado escondido debajo de las cobijas antes de ir a dormir. Había que estar siempre a la defensiva. En estado perpetuo de alerta. La clave consistía en sorprenderlos antes que ellos a nosotros. Parecía como si, en lugar de la Ciudad de México, viviéramos en Durango.

Peor aún: habíamos perdido nuestro único reducto de paz en la megalópolis azteca. La tranquilidad de la propiedad privada allanada por los fugitivos.

Era como si de pronto el riesgo intrínseco a recorrer las calles de la capital mexicana a deshoras se hubiese colado en la residencia que ocupábamos. Ya no solo nos encontrábamos expuestos en la vía pública, sino también en nuestras propias habitaciones. Un nuevo temor que enfrentar cotidianamente: al catálogo de posibles daños y neurosis — asaltos, secuestros, amebiasis, atropellos, extorsiones policiales, terremotos, inundaciones y la perenne amenaza de erupción del volcán Popocatepetl— se acababa de sumar la molesta posibilidad de sufrir una picadura de escorpión en el momento menos esperado de la intimidad hogareña.

Ya no era factible bajar la guardia nunca: el santuario había sido corrompido.

La única vez que he comido alacranes lo hice con mi primo Sepo. Estábamos en Durango, durante una de nuestras exploraciones de la República Mexicana, viajes que solíamos emprender cada vez que nos era posible con la finalidad de conocer tanto el territorio como la gastronomía regional. A veces acampábamos; otras, realizábamos trayectos a caballo, caminatas de varios días o simplemente nos subíamos en el carro y tomábamos la carretera hacia la costa. La meta era alcanzar los poblados más recónditos que pudiéramos encontrar y allí probar cualquier cosa que nos ofrecieran.

Fue así como llegamos a degustar zorrillo, huevos de tortuga, gusanos de todas las variedades imaginables, víboras de cascabel, hormigas chicatanas, iguana, larvas de mosco, armadillo, caldo de huesos añejos de venado, mucho más chile del que éramos capaces de aguantar e incluso una vez un pelícano guisado en mole por unos soldados en la reserva de La Encrucijada, Chiapas.

Nada como una barriga vacía por las extenuantes horas de viaje para abrir el abanico de posibilidades de qué es bueno para comer y qué no. A fin de cuentas, el gusto es un sentido que va definiéndose a base de experimentación, y nuestras preferencias alimenticias (así como posturas éticas sobre la dieta) parten de privilegios imposibles de sostener en la realidad del campo. Ni hablar, estando inmerso en la ruralidad uno come lo que sea que haya sobre el plato o se queda con hambre.

Pero de todas las cosas que me metí en la boca durante aquellas expediciones con mi primo, probablemente la más discordante para las papilas gustativas fueran los alacranes. No tanto por el sabor, que a decir verdad dejaba un tanto que desear, como por la mera fisionomía del bicho. Porque, así estuviese frita, hay algo sumamente contraintuitivo en el acto de colocar anatomía tan inquietante entre la lengua y el paladar. Es una cuestión que va contra el instinto (o por lo menos, que atenta contra todo lo que se nos instruyó cuando fuimos tetrápodos gateadores). Más si se hace introduciendo al arácnido completo en el medio de las fauces, como dicta la tradición. Al menos, el mezcal que acompañaba a los artrópodos ayudaba a lubricar el rito de masticar su coraza crujiente.

—No se me arruguen, si son como camarones de tierra —nos dijo el viejo que nos había servido los alacranes.

Y en efecto, la textura quitinosa y áspera contra los pliegues internos de los cachetes remitía a la de los camarones secos. Ahora que, al menos en términos de proteína por gramo, la entomofagia (práctica ampliamente distribuida en México, Latinoamérica y el sudeste asiático) tiene mucho más sentido que el resto de los hábitos carnívoros que favorece nuestra especie, siendo que los insectos y arácnidos suelen poseer tres o cuatro veces más proteínas por bocado que la mayoría de los vertebrados, y además su asimilación es más eficiente para el organismo (en especial si se consumen completos, como suele ser la norma). De hecho, en los países pobres donde resulta habitual consumir este tipo de organismos, los índices de desnutrición infantil son notablemente menores que en aquellos donde no se acostumbra.

Así que, vencida la primera impresión, incluso resulta racional consumir este tipo de animales. Sin mencionar que es bastante más sostenible para el planeta. A lo mejor por ahí se encuentre una de las escuetas esperanzas de supervivencia de la humanidad a largo plazo; ya lo veremos, mientras tanto solo hay que romper los grilletes culturales, tal y como lo estábamos haciendo mi primo y yo en ese momento.

Creo que al final comimos como doce alacranes cada uno. No sé Sepo, pero yo me sentí más en comunión con las lagartijas que nunca antes: ahora comprendía cabalmente sus gustos culinarios.

Poco a poco, a lo largo de los meses que siguieron al temblor que había facilitado su escape y valiéndonos de la «técnica de la luz negra», Ana Cristina, Jerónimo y yo conseguimos ubicar a la mayoría de los prófugos.

A varios los hallamos dentro de los clósets, a otro más detrás del anaquel de los discos y a unos cuantos en el interior de la alacena. Tristemente algunos estaban muertos, otros fueron víctimas de la suela de alguna visita que no había sido advertida y al menos dos, devorados por un varano tras haberse colado (a saber cómo) dentro de su encierro. Lo supimos por la pedacería de vestigios quitinosos que encontramos

esparcidos por el terrario (y es que, aun habiéndose extinguido su pulso vital, las proteínas contenidas en la cutícula del exoesqueleto de estos organismos brillan de manera inaudita bajo los rayos ultravioleta; de hecho, incluso los fósiles que datan de hace cientos de millones de años refulgen en tonalidades fosforescentes, lo cual apunta a que se trata de una adaptación antiquísima embebida en su armadura).

A la mamá la encontré casi medio año más tarde; la descubrí en la cocina. Para ser exactos debajo de la estufa. Estaba gorda y se veía saludable, probablemente se había estado alimentando de cucarachas y arañas (pensándolo bien, quizá no sería un mal método de control de plagas). Sin embargo, a pesar de que volvía a tener en mi poder a la pareja inicial, decidí que ya no volvieran a engendrar. Definitivamente no es lo mismo que se te escape una rana, o una serpiente relativamente dócil, a que lo haga un escorpión de veinte centímetros de largo. El aguijón emperador se quedó sin cobrar víctimas (con excepción de Jerónimo, pero él se lo había buscado) y por un tiempo los habitantes de la casa recuperamos el sosiego. Al menos hasta que se escapó Lupe, el cocodrilo, pero esa es otra historia.



Camaleón de cuatro cuernos, *Trioceros quadricornis*

Ante los cambios de color de los camaleones no se puede más que quedar maravillado. Prodigio de matices brotantes. Alquimia de tinturas sobre escamas. Relictos de piel acuarela del dosel forestal. Pero no conformes con ese don caleidoscópico de sus tejidos, los arlequines arbóreos estiran los límites evolutivos hacia otras posibilidades insospechadas: ojos cónicos de movimiento y visión independiente, lengua protráctil y pegadiza tan larga como el organismo, dedos fusionados entre sí (tres hacia un lado y dos hacia el otro), cola prensil que se repliega en espiral perfecta, corona sobre la cabeza y cresta puntiaguda a cuestas. Manifiesto punzante de que, en el mundo natural, la realidad pone en jaque a la fantasía. Criaturas exuberantes del laberinto, anfitriones del baile de máscaras del juego de espejismos. Maleables, excéntricos, miméticos, se erigen en poesía, lírica y fábula como metáfora por excelencia de los cambios de apariencia. Dignos, pausados, de andar vacilante, como de hoja mecida al viento, su figura es ubicua tanto en literatura como en el imaginario colectivo.

Ficha 4

Clase: *Reptilia* **Orden:** *Squamata* **Familia:** *Chamaeleonidae*
Género: *Trioceros*

Distribución: Restringida a bosques de niebla de altura (entre los 1.000 y los 2.200 m de elevación) en las montañas de Camerún y unas poblaciones pequeñas en Nigeria.

Estatus: Se considera especie vulnerable, con posibilidades a pronto reclasificarse como especie amenazada, debido a la fragmentación de su hábitat por la deforestación. La especie se incluye en el segundo apéndice de la CITES.

Alimentación: Son principalmente insectívoros y muestran una preferencia marcada por las mariposas y otros insectos voladores, aunque también cazan grillos, orugas, escarabajos, etc.

Aspecto: Los machos presentan cuatro cuernos en la punta de su nariz y una cresta tipo vela en la parte anterior de la cola; además, ambos géneros cuentan con un pequeño casco en la cabeza, una vela dorsal y escamas gulares prominentes. Su coloración basal es verde brillante con matices azules, blancos, sienas, naranjas, amarillos, rosáceos y cerúleos.

Tamaño: Machos 30-35 cm / hembras 25-29 cm. Son ligeros para sus proporciones.

Esperanza de vida: No hay datos en vida libre, en cautiverio suelen vivir entre 5 y 7 años. Las hembras un poco menos, entre 3 y 5, dependiendo de sus ciclos reproductivos.

Diorama 4: De camaleones en la niebla y serpientes por las nubes

Ahí estaba yo, postrado en un avión a doce mil metros de altura sobre el nivel del mar, volando en mitad de las nubes y en pleno proceso de realizar una hazaña ligeramente delictiva, cuando el capitán anunció que íbamos a iniciar el descenso.

De inmediato sentí que se me cerraba un poco la garganta. No tanto por las violentas sacudidas que suelen ser la norma al sobrevolar la inmensa capital mexicana (cuya altitud marcada y fuertes vientos garantizan turbulencias durante el aterrizaje), sino porque cada vez se acercaba más el momento de tener que cruzar por esa tierra de nadie que es la aduana del aeropuerto internacional Benito Juárez.

Procuré disfrazar mi congoja y mantener el semblante taciturno característico de los pasajeros respetables. Tampoco es que quisiera parecer paranoico, pero digamos que mi situación era un tanto delicada.

Viajaba en un vuelo comercial de Houston, Texas, a la Ciudad de México acompañando a Rut y María, mis dos primas más queridas, y sumido en el remordimiento miserable que ocasiona poder terminar en la cárcel. Quizá suene un tanto exagerado, pero la verdad es que a mis veintiún años y en pleno fervor post-11s, no se me ocurrían muchos otros desenlaces posibles si era descubierto.

«Mula» probablemente sería el término apropiado, pero no de drogas; o quizá «pollero», pero no de personas y en el sentido opuesto al flujo migratorio habitual en el continente americano. El acto sí era ilícito, pero la verdad es que las serpientes que llevaba escondidas dentro de los bolsillos del pantalón ni siquiera eran peligrosas.

Unas horas antes, había colocado a los ejemplares —una espléndida pareja de boas arcoíris— dentro de dos sacos de lona, y estos, a su vez, los había introducido en los bolsillos laterales de mi pantalón tipo cargo antes de pasar por el filtro de seguridad del aeropuerto texano. Además, en el

interior de mi chaleco, venían de incógnito con nosotros cuatro diminutas crías de camaleón de cuarto cuernos empaquetadas en fundas de casetes con musgo húmedo para que no se deshidrataran.

Si el término «tráfico de especies» comenzara a fraguarse como una explicación plausible del acto descrito, es imperativo aclarar que no se trataba de un crimen tan vil. Por el contrario, los especímenes que transportaba a hurtadillas conmigo eran de procedencia perfectamente legal (al menos en Estados Unidos) y habían nacido en cautiverio. En todo caso, la operación podría haber sido condenada como «contrabando», pues los organismos, eso sí, estaban cruzando la frontera internacional sin ser declarados. Y la idea de atreverme a tal osadía se la debía, como de costumbre, a Jerónimo.

Me sumí con angustia en el asiento mientras acariciaba los preciados bultos de mis bolsillos. Luego reparé en que si mis primas y yo habíamos conseguido ocultar su contenido hasta ese punto, quizá también podríamos hacerlo a nuestra llegada. Todo dependía de la suerte que tuviéramos con el botón del semáforo aduanal (método rudimentario con el que los oficiales mexicanos decidían a quién inspeccionar y a quién no). Respiré hondo e intenté relajarme.

No obstante, el alivio no fue duradero, ya que unos instantes más tarde me asaltó una nueva inquietud: si yo viajaba con un par de serpientes y cuatro camaleones polizones a bordo, ¿qué no podrían llevar consigo los demás pasajeros?

Mis primas y yo habíamos viajado a Houston, Texas, ese diciembre de principios del siglo xxi para comprar los regalos de Navidad de la familia. Una tradición de las clases adineradas mexicanas que nosotros jamás nos habíamos planteado realizar hasta que la herencia dejada atrás por el Güero nos brindó unos años de afluencia transitoria.

Habíamos elegido ir a esa estepa particular del capitalismo, en la que ni siquiera existen aceras para los peatones, porque ahí se levantaba The Galleria: un *mall* titánico con más de cuatrocientas tiendas repartidas en cinco niveles. Exactamente lo opuesto a lo que yo consideraría un entorno

agradable —sin mencionar que era la antípoda de la comuna hippy en la que crecieron mis primas—, y justo por ello, el sitio perfecto para esa breve fuga pequeñoburguesa de consumismo desmedido.

En aquella época la Ciudad de México todavía no estaba dominada por los centros comerciales que ahora parecen brotar cada quince días en un barrio tras otro. Si acaso había un par de desarrollos megalíticos en los extremos cardinales de la metrópolis. Vamos, que aún tenía sentido realizar una visita al país vecino con tales fines mercantiles. Era más barato, se decía. Podías conseguir cosas con las que de este lado de la frontera solo se soñaba, afirmaban los conocedores. Además, todo esto por menos de lo que costaba un fin de semana en Acapulco. Recuerdo que nuestra expedición de tres días y dos noches formaba parte de un paquete promocional de Mexicana, que incluía vuelo, hotel, desayunos y traslados diarios al centro comercial.

Los dos primeros días de nuestra estancia los pasamos metidos de sol a sol en The Galleria, consiguiendo los encargos que nos habían sido encomendados y arrastrando tras nosotros una pesada maleta donde acababan todas nuestras adquisiciones (Humberto el muerto, la llamábamos, en honor del Güero, claro está, y también porque era tan grande que con facilidad podría haber albergado un cadáver).

El tercer día, dado que el vuelo de regreso no salía hasta la noche, se destinó a satisfacer nuestros intereses personales. María y Rut eligieron ir al museo de arte contemporáneo, mientras que yo me inventé una excusa para dirigirme a una tienda de reptiles que tenía previamente identificada.

Lo que había llamado mi atención de ese negocio en particular durante mis pesquisas en la red era que Sandy O'Connor, la dueña y encargada de Reptile Heaven, únicamente vendía animales criados por ella misma. Probablemente para alguien ajeno a los linderos de la herpetofilia resulte un tanto difícil comprender la emoción que me invadió cuando divisé el local desde la calle, pero recordemos que yo transitaba por el pico de mi adicción en aquellos momentos y que esta era mi primera visita a unas instalaciones semejantes.

Según los cánones de la Organización Mundial de la Salud (oms): «La adicción es una enfermedad física y psicoemocional que crea una

dependencia o necesidad hacia una sustancia, actividad o relación. Se caracteriza por un conjunto de signos y síntomas, en los que se involucran factores biológicos, genéticos, psicológicos y sociales. Se trata de una enfermedad progresiva caracterizada por episodios continuos de descontrol, distorsiones del pensamiento y negación del problema». De acuerdo con dichos parámetros, para poder hablar de adicción las personas deben presentar tres o más de los siguientes criterios en un periodo de doce meses:

- Fuerte deseo o necesidad de consumir la sustancia o de llevar a cabo la actividad.
- Dificultades para controlar dicho consumo.
- Síndrome de abstinencia al interrumpir o reducir el consumo.
- Desarrollo de tolerancia a la dosis habitual.
- Abandono progresivo de intereses ajenos al consumo de la sustancia o la actividad en cuestión (cada vez más inversión de tiempo en el objeto de la adicción).
- Persistencia en el uso de la sustancia o actividad a pesar de percibir de forma clara sus efectos perjudiciales (además de una inversión monetaria considerable).

En la afición que tenemos entre manos, los seis puntos se cumplen a cabalidad. Desde el desarrollo de tolerancia al estímulo y consecuente necesidad de aumentar la dosis —ese anhelo constante de expandir el catálogo de ejemplares y a ser posible añadiendo especímenes cada vez más difíciles de cuidar a la colección— hasta la abstinencia o imposibilidad de alejarse de las instalaciones donde se encuentren los organismos durante periodos prolongados.

Claro que, para reforzar la analogía con otras adicciones, también podría mencionarse la privación voluntaria de actividades sociales y el deterioro de las relaciones afectivas (producto de las demandas derivadas de la manutención de las criaturas) o la reconfiguración del orden de las prioridades cotidianas, pues para todo aquel que profese dicha afición de manera comprometida no hay nada más importante que sus animales (y

conozco de primera mano casos de matrimonios disueltos a causa de ello, de desalojos habitacionales, de deudas impagables, de demandas legales y de pérdidas de empleo).

Para concluir, habría que sumar la cuantiosa inversión económica necesaria para sustentar la colección a lo largo de los años y el rubro nada menor de los perjuicios potenciales a la salud (como había constatado ya en carne propia durante aquel accidente con la Güera).

Así que, resumiendo: yo era un adicto en toda la extensión del término.

Tampoco quisiera generar la impresión equivocada, no es que fuese un yonqui de las escamas completamente descontrolado o impulsivo; generalmente la decisión de hacerme con un par de ejemplares de alguna especie en particular iba precedida por meses de investigación sobre sus cuidados particulares y por la elaboración y decoración minuciosa del habitáculo que ocuparían los organismos. Después venía el asunto complejo de conseguir los especímenes.

En esos tiempos importar animales exóticos a México, aun cuando estos hubieran nacido en cautiverio y contaran con todos sus papeles en regla, era un calvario. Involucraba una infinidad de trámites burocráticos, alta probabilidad de terminar inmerso en los círculos de corrupción aduanera y el requisito indispensable de que los especímenes permanecieran varias semanas de cuarentena en las bodegas adyacentes al aeropuerto (no lugares del sistema mercantil del todo inadecuados para mantener saludables a seres tan delicados).

Por otra parte, aún no existían muchos criaderos especializados en nuestro país, por lo que resultaba sumamente difícil dar con ejemplares en condiciones, si no óptimas, al menos aceptables y a un precio razonable. Sin por supuesto recurrir al mercado negro o a esa cuestionable cadena hegemónica de tiendas de mascotas; algo que, por principio, me negaba a hacer. Adicto o no: uno siempre debe tener principios. En fin, todo eso era lo que me había llevado a contemplar la posibilidad de resolver el asunto de otra manera y fue así como acabé aquel día en Reptile Heaven.

Pasé horas inmerso en los terrarios de aquel paraíso reptiliano, mi cerebro derramando borbotones de dopamina conforme mi mirada alternaba entre camaleones enanos, geckos voladores, lagartos sin patas, varanos de

agua y tortugas mata-mata. Fieras que antes solo había tenido oportunidad de ver en libros y revistas y que ahora no solo podía admirar en persona, sino incluso adquirir. Desde luego que la mayoría de ellas no eran adecuadas para la operación de contrabando que tenía en mente. De hecho, antes de partir de México, ya había decidido que mis posibilidades de éxito se reducían a las crías nacidas esa temporada. Eso me lo había dejado claro Jerónimo, que ya alguna vez había realizado una operación semejante: «Güey, haz lo que hazas, tienes que dominar las ganas de comprar un bicho que no quepa en las bolsas de tu pantalón».

Cuando al fin elegí la pareja de boas arcoíris que me llevaría, Sandy me mostró imágenes de los padres y abuelos de los organismos en cuestión. El iridiscente árbol genealógico terminó de desvanecer mis reservas sobre si valdría la pena jugar al pollero zoológico y franquear la frontera con los migrantes indocumentados de sangre fría bajo mi brazo. Y para no dejar lugar a dudas, y que el riesgo de ser atrapado infraganti resultara más llevadero, también adquirí cuatro diminutas y hermosas crías de camaleón de cuatro cuernos.

La compra estaba hecha, ahora lo único que hacía falta era poner sobre aviso a mis cómplices involuntarias. Con el pequeño inconveniente de que mis primas tenían fobia a los reptiles.

Unos meses antes de emprender el viaje a Houston, y tras una espera de casi un año, finalmente había recibido los papeles que me acreditaban como uma (Unidad de Manejo para la conservación de la Vida Silvestre) avalada por la semarnat (Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales). Esto quería decir que mi herpetario, o por lo menos una fracción de este, había sido aprobado como criadero de fauna exótica registrado ante las autoridades gubernamentales. «Vida Fría Reproductores» fue el nombre que le otorgué a mi uma, y las especies que estaba aprobado para manejar, propagar y aprovechar (así denominaba el Gobierno al asunto de la reproducción en cautiverio) eran: boa constrictor, escincos de lengua azul y camaleón de velo.

Nos encontrábamos en los albores de un nuevo siglo y los años dos mil levantaban su telón plagados de sentimientos promisorios. O, por lo menos, así me lo parecía a mí, que estaba a unos meses de cumplir los dieciocho y adquirir la mayoría de edad. ¿Qué mejor manera de comenzar esa nueva etapa que fundando mi primer proyecto profesional? Además, la universidad se encontraba en huelga, así que, aunque ya me habían aceptado en la Facultad de Ciencias de la unam para estudiar Biología, el ingreso se demoraría como mínimo un año, por lo que tenía tiempo de sobra.

En ese entonces lo que más añoraba era seguir los pasos de Gerald Durrell, el escritor y naturalista que no solo había realizado expediciones a los rincones más recónditos del globo terráqueo en busca de fieras emblemáticas, sino que había fundado su propio centro de conservación para la reproducción de especies amenazadas en una de las islas británicas del Canal de la Mancha: el zoológico de Jersey. Así que mi uma era un pequeño peldaño en esa dirección, o así lo pensaba yo. Toda comparación guardada, por supuesto, ya que las instalaciones fundadas por Durrell en 1959 —que comenzaron sus operaciones con lémures, monos enanos y loros en grave peligro de extinción— manejaban a principios del siglo xxi más de ciento veinte especies diferentes. Comparado con eso, mi modesto museo viviente era apenas una minucia, pero por algún lado tenía que empezar.

—Hola, mucho gusto, soy el titular de la uma Vida Fría Reproductores —me imaginaba saludando a la gente en un futuro no muy distante.

¿A qué gente?, pues a la importante, a la que tenía influencia sobre la biodiversidad nacional: personal de programas de conservación, coordinadores de reservas y áreas naturales protegidas, representantes de fundaciones de rescate animal. Recuerdo que abrí una cuenta de correo electrónico para la uma y que hasta mandé imprimir mis primeras tarjetas de presentación. Quizás era autoempleo y no tenía paga alguna, pero era un trabajo a fin de cuentas.

Menos mal que me encontraba tan estimulado, porque la burocracia mexicana me tenía preparada mi novatada con la frustración que conlleva gestionar cualquier diligencia oficial en este país. Mi primera carrera de

largo aliento bajo la corrupción institucional. Digamos que un trámite que se debería haber dilatado a lo sumo un par de semanas se atoró durante poco más de ocho meses. Y eso después de haber conseguido que admitieran mis documentos, una proeza que requirió de incontables visitas a la ventanilla única de trámites y servicios, enterándome cada vez de un nuevo pedacito de información que antes había sido cortésmente omitido.

—Sí trajo usted los dos juegos de fotocopias de todos sus documentos, ¿verdad?

—No, joven, está mal la información en la página: son tres cartas de recomendación, no dos, y tienen que venir fechadas en días recientes.

—Este recibo no le va a servir como comprobante de domicilio, lo siento.

—Este otro tampoco, tiene que ser del mes pasado o de este.

—No, joven, ese formato ya no es vigente. Lo modificaron hace unos meses, cuando cambió la Administración, pero el nuevo aún no está disponible para descargarse en línea.

—Esta acta de nacimiento no nos va a servir, tiene que ser copia certificada.

—Es que no se las puedo aceptar así, engrapadas. ¿Cómo cree?

—Las firmas debían venir en tinta azul.

—Ah, ¿no le dijeron? Ahora son tres juegos de fotocopias los que se piden.

Hasta que un día sucedió el milagro: al pasar las cuantiosas hojas de mi solicitud, la señorita de la ventanilla sonrió entre incrédula y cómplice y, apilando mi fólder sobre la gruesa pila que se encontraba a un lado de su escritorio, me dijo:

—Ahora sí están completos sus documentos. Eso sería todo, joven; se pondrán en contacto con usted del área correspondiente cuando su expediente haya sido revisado.

—¿Y como cuánto tardan?, disculpe.

—Para un trámite como el suyo, lo normal es de dos a tres semanas una vez que ingrese al área correspondiente.

Habían pasado poco más de siete meses desde entonces y ni rastro del área correspondiente. Cada poco interrogaba a la señorita de la ventanilla,

quien me había ido poniendo al tanto de los avances.

—Aquí dice que ya le aceptaron el plan de manejo, y eso es lo más importante. El resto son solo formalidades.

—¿Y para cuándo cree que estará?

—Diría que en un par de días. En cualquier caso, de la próxima semana no pasa.

Mi mamá, Álvaro y yo sospechábamos que lo que estaban esperando los funcionarios de la dependencia de vida silvestre para liberar el registro era un gesto monetario por nuestra parte. Un «ayúdeme a ayudarlo», como quien dice. Una mordida, pues, para así sentirse impulsados a engrasar los engranajes del sistema. Práctica habitual en el México del siglo pasado y, a todas luces, aún en vigor en este que recién comenzaba. No obstante, me negaba rotundamente a ceder. Las instrucciones gubernamentales indicaban que el trámite debía ser gratuito, y así pensaba obtenerlo yo. Además, el dichoso plan de manejo de la uma ya había sido aprobado, así que tampoco podían estirar la resolución por siempre, ¿o sí?

Probablemente me habría metido en un callejón sin salida si finalmente mi madre no hubiese intercedido. Solo hizo falta que la ilustre doctora le mencionara sus credenciales académicas con tono indignado a la señorita de la ventanilla única para que el subdirector del área correspondiente nos concediera una cita.

Por aquel entonces la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales atravesaba por uno de sus periodos más turbulentos. Existían numerosos reportes de corrupción en su contra: estudios de impacto ambiental elaborados a medida y ofertados al mejor postor, permisos de explotación de recursos naturales en áreas protegidas, autorizaciones para desarrollos turísticos en zonas ecológicas prioritarias, salvoconductos que brindaban acceso a la desecación de mantos acuíferos para la industria ganadera, remates de licencias de caza, caso omiso al manejo inadecuado de residuos en hoteles y empresas trasnacionales, aprobación para crear vertederos de basura en cenotes y manglares, etcétera.

Sin ir más lejos, estaba aquel caso del infame director al que habían pillado en plena cacería de berrendos (especie en grave peligro de extinción) y utilizando armamento militar. A otros delegados los habían

retratado comiendo tortuga marina en las costas oaxaqueñas, y a unos más, trajinando especímenes protegidos por la citas (Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres). No era el mejor momento para otro escándalo que digamos, gracias a lo cual el subdirector del área correspondiente nos recibió con docilidad.

Mi madre saltó al grano (por no decir al cuello) de inmediato. No recuerdo con exactitud las palabras que empleó, pero el reproche fue algo en el tono de que cómo era posible que truncaran un insignificante proyecto llevado a cabo en el domicilio de una familia de ciudadanos honestos, que además tenía lugar en un pinche cuarto de diez metros cuadrados, cuando al mismo tiempo hacían la vista gorda ante los atropellos de las mineras, de las promotoras inmobiliarias, de los taladores ilegales, de los saqueadores de plantas y de los incuantificables tianguis y mercados que feriaban con animales silvestres sustraídos de su entorno.

—¿Qué pasa con el mercado de Sonora? ¿Por qué no hacen nada al respecto? Ahí sí que venden toda clase de animales ilegales y en peligro de extinción —me parece que increpó mi madre al subdirector del área correspondiente hacia el final de la reunión.

Salimos de allí con el registro de la uma Vida Fría Reproductores bajo el brazo.

De regreso en el hotel me encontré con la dificultad que vaticinaba: ante la noticia de mi reciente adquisición, María y Rut decretaron, presas de un arrebatado de histeria, que yo estaba fuera de mis cabales si creía que todos abordaríamos el mismo avión. Ya que eran mis primas mayores, y que éramos una familia bastante unida, no me resultaba tan sencillo mandarlas por completo al carajo.

Además de que, afrontémoslo, la manada confiere seguridad; en especial tratándose de una operación de corte tan delicado. Para convencerlas tuve que recurrir a todos los métodos de persuasión que aprendí siendo hijo único.

Cuando mis primas constataron que las crías de boa no medían más de treinta centímetros de largo y comprobaron que los sacos de lona dentro de los que realizarían la travesía eran a prueba de fugas, se tranquilizaron ligeramente, a lo cual se sumó la belleza de los ejemplares. Hay que señalar que las boas arcoíris (*Epicrates cenchria cenchria*), oriundas del Amazonas brasileño, son una de las manifestaciones más agraciadas de la herpetofauna; capaces de despertar la sensibilidad de hasta las personas menos adeptas a los reptiles, como lo eran Rut y María. Con ese singular color rojo ladrillo que las caracteriza, sobre el que se dibujan patrones negros ovalados que delimitan ojuelos rosas y naranjas fluorescentes, estas boas reciben su nombre coloquial debido a que su piel genera un efecto tornasol al ser expuesta a la luz. Destellos iridiscentes, azulados y purpúreos salpican cada una de sus escamas, de modo tal que pareciera como si la serpiente estuviera recubierta por una película de aceite o de jabón. No por nada Maggie Nelson las describe como «una cuerda de incandescencia. Los colores de Buttercup [nombre de la boa arcoíris en cuestión] eran una fuente de fascinación ilimitada para mí».

Pero creo que quienes jugaron el papel determinante para persuadirlas fueron los camaleoncitos. Tenían más o menos el tamaño de un pulgar, con ojos enormes para sus pequeñas dimensiones (los cuales ocupaban casi toda su cabeza) y con extremidades delgadas y de movimientos dubitativos. Sus exquisitas escamas y sutiles crestas parecían haber sido confeccionadas por algún virtuoso en el arte de las miniaturas, y a pesar de tener apenas unas semanas de vida, ya cambiaban de color de manera hipnótica. Con toda su fragilidad pero actitud digna, generaban el impulso de querer protegerlos a toda costa.

—Ay, míralo, parece que me está viendo fijamente —dijo María enternecida.

Posteriormente argumenté que al introducir los ejemplares en México, así fuera de contrabando, estaríamos ayudando a contrarrestar el tráfico de sus semejantes. Estaba al tanto de que sonaba contraintuitivo, pero la idea era que los especímenes fungieran como pies de cría y que, de esta manera, existiera una alternativa en el mercado mexicano para que otros aficionados (y/o adictos) a la herpetofilia tuviesen la opción de adquirir organismos

nacidos en cautiverio antes de recurrir al mercado negro, a las cadenas de tiendas de lesa moral y precios desorbitados o poner a prueba la seguridad de las aerolíneas.

Tras una larga y acalorada explicación-justificación-discusión-plegaria y un deslinde completo de responsabilidades en el supuesto de que me atraparan con las manos en la masa, mis primas accedieron a compartir la misma aeronave que mis sabandijas. Sin embargo, no participarían de manera alguna en la operación de contrabando, lo cual tampoco me preocupaba gran cosa, pues estaba seguro de que en los aeropuertos jamás te registraban a menos que les dieras una buena razón para hacerlo. O eso era lo que yo ingenuamente pensaba.

Creo que de todos los animales con los que tuve la dicha de compartir mis días a lo largo de los años, los que mayor satisfacción me produjeron fueron los camaleones. Tanto aquellos llamados «de velo», con los que fundé Vida Fría Reproductores, como los de cuatro cuernos. Estos últimos fueron sin duda alguna los organismos más complejos de mantener de entre todos los que llegué a poseer (y es precisamente en el reto de sus cuidados donde radica uno de los mayores artificios de esta afición-adicción que estamos desmenuzando).

Pero antes de adentrarnos en el terreno de sus cuidados, quizá sería importante hacer una breve descripción de las fieras referidas; después de todo, estamos tratando con unas de las criaturas más singulares del reino animal. Los camaleones de velo, *Chamaeleo calyptratus*, nativos de las llanuras costeras de Yemen y Arabia Saudita, poseen un semblante poderoso. Los machos adultos miden más o menos lo mismo que un libro estándar, presentan una cresta rígida y triangular de cuatro o cinco centímetros sobre la cabeza (de ahí el nombre de velo) y sobre sus flancos se dibuja una paleta de colores caleidoscópicos. Gamas como de acuarela disolviéndose en agua que surgen durante apenas unos segundos sobre su piel conforme un tono se trasmuta en el siguiente.

Los de cuatro cuernos, *Trioceros quadricornis*, son incluso más espléndidos. Con sus escamas aperladas de tamaños heterogéneos, cuernos

cónicos sobre la nariz, cráneo abombado, amplias crestas que se extienden como velas sobre espalda y cola, barbas triangulares prominentes y tonalidades que alternan entre verde brillante, naranja óxido, siena tostado, azul grisáceo y cerúleo crema (que remiten a musgos y líquenes), son dignos integrantes del bestiario de los animales reales que parecen inventados.

Establecida la imagen de las bestiecillas, ahora sí podemos internarnos en sus necesidades. Requerían de rangos de temperatura diurna y nocturna sumamente precisos, buena calidad de aire, espacios grandes y arbolados, iluminación de espectro completo (con rayos uva y uvb), una dieta variada y abundante de insectos vivos (suplementados con calcio y vitaminas) y agua corriente —al igual que muchos otros saurios y serpientes arborícolas, los camaleones no beben líquido de recipientes estancados, sino solo las gotas que se condensan y escurren sobre el follaje, por lo que es imperante asperjar sus terrarios con regularidad para crear el efecto de lluvia o rocío—. Pero los de cuatro cuernos, además, precisaban de neblina.

Como el resto de los moradores del bosque mesófilo de montaña, los camaleones *quadricornis* no soportan las temperaturas elevadas, se encuentran mejor por debajo de los 22°C con una disminución de cinco o siete grados durante la noche, y es indispensable proveerlos de una humedad ambiente sumamente alta que por momentos del día rebase el 95%. Para lograrlo, lo que había hecho yo era confeccionar dos terrarios en el espacio de la escalera, el lugar más fresco de la casa, y colocar un humidificador en una de las esquinas inferiores del habitáculo y un ventilador en la esquina superior opuesta, de modo que, cuando ambos aparatos se accionaban a la vez por la intervención de un temporizador digital, la corriente de viento generada por el ventilador succionaba el vapor de agua que brotaba del humidificador y generaba así que la cortina de vaho se disipara por todo el espacio del terrario. De esta forma las dos parejas que constituían mi pie de cría quedaban envueltas en un banco de neblina tres veces al día.

Y para no dejar el asunto a la suerte y ser capaz de discernir si dicho entorno era, en efecto, una reproducción fidedigna del bosque mesófilo que pretendía emular, había agregado a la vegetación del encierro bromelias y

orquídeas afines a tal ecosistema, con la intención de emplearlas como bioindicadores y tener así una manera de prevenir que la salud de los animales se viera comprometida en el supuesto de que las plantas no prosperaran. Sin embargo, plantas y camaleones sobrevivieron varios años.

Recuerdo que lo que más les gustaba comer a mis camaleones neblinosos eran orugas y mariposas, lo cual representaba un reto paralelo: hacerse con tales invertebrados en una de las megalópolis más grandes del planeta. Sin embargo, valía la pena. Verlos cazar mariposas y atraparlas en pleno vuelo con su lengua de proyectil para después masticarlas con entusiasmo constituía una de mis escenas preferidas. Los de velo, por su parte, aceptaban con gusto cualquier presa que se cruzara por su campo de visión; el macho más grande del criadero incluso comía crías de ratón en ciertas ocasiones, adoptando una coloración muy peculiar cuando lo hacía. Porque, lejos de lo que suele pensarse, los camaleones no cambian de color por motivos miméticos, sino que lo hacen como medio de comunicación.

Probablemente sea la creencia popular más errada: que cambian de color con la intención de fundirse con el entorno. Los expertos en tales menesteres, en todo caso, son los cefalópodos (pulpos, calamares y sepias), que, efectivamente, adoptan los colores y las texturas de los elementos del medio con los que entran en contacto, con una habilidad y una velocidad tal que desafía a toda preconcepción de la zoología terrestre. No obstante, los camaleones no alteran su apariencia a voluntad con la finalidad de desaparecer ante los ojos del espectador. Por el contrario, más bien lo hacen para resaltar, para proyectar su estado anímico ante cuestiones de interacción social y reproductivas, para transmitir a parejas potenciales su posible interés o rechazo, poner sobre aviso a rivales y contendientes de su encono territorial o intimidar a todos aquellos animales de otras especies — obnubilar en el caso de los humanos— que pretendan meterse con ellos.

No sé si llegaría a decir que son malhumorados, eso sería entrar en los linderos del antropomorfismo, pero podríamos declarar que su temperamento es un tanto explosivo y que su modo de expresarlo recae en la coloración de sus escamas. En ese sentido, son como una pancarta viviente de reacciones emocionales: un ciclorama cambiante de señales y advertencias configuradas en clave cromática. Y la forma en la que estos

reptiles ponen en práctica el enigmático lenguaje de matices y tonalidades tiene que ver con unas células iridiscentes en su piel llamadas iridóforos.

A diferencia de los cefalópodos mencionados, cuyas abruptas permutaciones de color responden a fluctuaciones en la concentración de los pigmentos celulares de los que disponen en sus tejidos, las dotes de transformación pictórica propias de los camaleones se deben a la óptica de cristales. Siendo más específicos: operan debido a nanocristales fotónicos contenidos en los iridóforos de su dermis, según la posición que adopten dichos cristales dentro de la célula, el ángulo de refracción correspondiente y, en función de ello, la longitud de onda del espectro electromagnético que rebotará (el rayo de color que emitirá cada una de estas células al ser bañada por la luz). Para afinar el asunto y llevarlo a una dimensión macroscópica, los camaleones cuentan con dos capas superpuestas de tales iridóforos en sus tejidos, y es alterando la distancia entre ambas capas, jugando con la configuración e interacción entre las matrices de diminutos prismas que poseen, como estos organismos acceden a la extensa paleta de tonalidades que los distingue.

Cuando se encuentran en completo reposo, cuando duermen, las capas de su piel se relajan, estrechando así la distancia entre ambos mantos de iridóforos a su mínimo, lo que confiere a los ejemplares una coloración verde pálido blanquecina. Digo, por si alguien se pregunta de qué color son los camaleones mientras descansan. Si sueñan o no, no lo sabemos —en todo caso no lo hacen como los pulpos, que durante su reposo cambian de color constantemente, lo cual sugiere que responden a estímulos mentales —, como tampoco se sabe por el momento a qué se debe que bajo el efecto de la luz ultravioleta su esqueleto brille a través de la piel en tonalidades azuladas fluorescentes (algo similar a lo que sucede en el caso del exoesqueleto de los escorpiones), pero de lo que no cabe duda es de que los desplantes más inauditos de su lenguaje cromático están reservados para la reproducción.

Quizá tampoco debería sorprendernos, a fin de cuentas: ¿qué sentido tendría contar con una adaptación tan fantástica como la de poder albergar el arcoíris en la piel si no pudiese emplearse para atraer a una pareja?

Durante el cortejo de los camaleones de velo, por ejemplo, los machos adoptan patrones de coloración sumamente vistosos: muestran bandas altamente contrastadas sobre sus flancos que suelen incluir tonos amarillo canario y mostaza, café, chocolate, azul eléctrico y celeste, verde esmeralda y menta con motas azul cobalto diseminadas por todo su cuerpo. Además, distienden su anatomía al máximo de su capacidad: estiran y encojen la cola en movimientos horizontales e hinchan la región gular en un intento desaforado por impresionar a la hembra. Esta, por su parte, responde dibujando puntos azules sobre su costado, en caso de encontrarse receptiva, o bien tornándose completamente negra con rayas amarillas y puntos azules salpicados por toda su superficie para advertir que ya se encuentra cargada.

Numerosas veces a lo largo de los años observé cortejos semejantes entre mis camaleones, a los cuales se sucedía una tosca copulación y, transcurrido un mes de gestación, una elaborada secuencia en la que primero yo debía dotar a la hembra de un medio adecuado donde depositar sus veinte o treinta huevos (cubetas con arena o tierra húmeda en las cuales ella pudiese cavar túneles lo suficientemente profundos como para introducirse completamente). Una vez conseguido esto, yo escarbaba los huevos y los colocaba sobre un sustrato llamado vermiculita dentro de un contenedor de plástico opaco o una caja de zapatos, y esta, a su vez, en su sitio de incubación: bajo una bombilla calefactora (en el caso de los camaleones de velo) o dentro de una hielera (si se trataba de los de cuatro cuernos, que necesitaban ser protegidos de las altas temperaturas). De cualquier manera, los huevos permanecían cerca de seis meses en dicho lugar, teniendo que ser constantemente monitoreados, antes de que las crías finalmente eclosionaran.

Era un afán notablemente laborioso, con múltiples posibilidades de fallo durante el proceso, pero hay pocas cosas comparables al encanto de atestiguar cómo un camaleoncito bebé emerge de su huevo, con su fisionomía delicada y extensión de apenas unos centímetros con la cola estirada, abandonando el caparazón paulatinamente para comenzar a cambiar de color a los pocos minutos de haber llegado al mundo.

El check-in fue tortuoso. Con el esófago constreñido y saboreando un regusto a bilis en el fondo de la boca hicimos la larga fila, elegimos nuestros asientos, documentamos el equipaje (con el pago correspondiente por el sobrepeso de Humberto el muerto) y después rellenamos ese pequeño cuestionario tan carente de sentido que le pide a los terroristas potenciales confesarse en el supuesto de llevar una bomba o armas de algún tipo consigo.

Salimos a fumar. La ansiedad iba en aumento conforme se acercaba la cita para atravesar el control de seguridad. El plan era simple: pasaría bajo el arco del detector de metales con los sacos de las boas dentro de los bolsillos laterales de mi pantalón y las fundas con los camaleones dentro del chaleco. La posibilidad de éxito consistía en caminar con pasos cortos y seguros y permanecer sereno en todo momento. Sonaba tan fácil que no podía ser cierto y, como suele suceder en tales instancias, no lo era.

No había reparado en que, como nos encontrábamos en plena fiebre post-11s, las reglas habían cambiado. Sintiendo un espasmo en el estómago, descubrí que ahora era obligatorio quitarse los zapatos, el cinturón y cualquier tipo de abrigo; aparte de que algunos pasajeros, elegidos de manera aleatoria, eran registrados manualmente por los guardias. Maldije a Jerónimo por no haber considerado esta posibilidad cuando me había asegurado que todo el procedimiento era pan comido.

Me dieron ganas de vomitar. Comencé a tener serias dudas respecto al éxito de la misión. Estaba sopesando si no sería mejor retractarme cuando la pantalla de salidas confirmó que debíamos dirigirnos de inmediato a la sala de abordaje.

Me refugié junto a una columna intentando no parecer demasiado sospechoso y reubiqué a los camaleones colocándolos dentro de mi mochila. Consideré que eran tan pequeños y sus esqueletos tan efímeros que probablemente no los detectarían al pasar bajo los rayos X. No obstante, las serpientes no tenían oportunidad de pasar inadvertidas al escaneo, por lo que tendría que arriesgarme al posible cacheo azaroso.

Me encaminé hacia la fila de revisión sintiendo una arritmia desagradable en el pecho. Mis primas me seguían un par de pasos atrás con rostros largos y pálidos. Procuré dar pasos muy cortos y no hacer

movimientos repentinos para que los bultos de mis bolsillos no se evidenciaran. Entregué mi pasaporte y el pase de abordar, la sonrisa de quien lo inspeccionó me pareció aciaga. Quizás el revisor estuviera ya al tanto de todo el asunto y supiese que solo era cuestión de minutos que me detuvieran.

Coloqué la mochila sobre la banda y comencé a traspasar el detector de metales con la vista clavada en el suelo. No quería tener contacto visual con nadie. Ensimismado por mis tribulaciones, no alcancé a adivinar que a mis espaldas mis primas realizaban un acto de distracción. Conscientes de que existen ciertos aspectos en los que los hombres no han cambiado demasiado desde la época de los cromañones, se pusieron a coquetear con el oficial de turno. Bromeaban sugestivamente con él al tiempo que yo pasaba completamente inadvertido. El agente de seguridad estaba tan entretenido con aquellas insinuaciones fogosas que fácilmente podríamos haber pasado una anaconda.

Recogí mi mochila con manos temblorosas y me encaramé de inmediato en las escaleras mecánicas.

Cuando mis primas me alcanzaron en el piso de abordajes estuvimos a punto de dar rienda suelta a la exaltación adrenalínica; sin embargo, nos vimos forzados a reprimir el impulso: tanta algarabía podría haber despertado el resquemor de los vigías que nos rodeaban y hasta no estar sentados en el avión a doce mil metros de altura sobre el nivel del mar no podíamos cantar victoria (aunque solo fuese de manera temporal).

Konrad Lorenz menciona en sus libros que los animales pueden dividirse en distintas categorías según la naturaleza de sus cuidados: hay aquellos que por su fragilidad, salud delicada y rigurosas demandas ambientales no son apropiados para tener en casa, otros que por destructivos, pestilentes o demasiado escandalosos no se puede razonablemente aguantar, y otros que, aunque apropiados, carecen de interés por tratarse de especies de comportamiento poco interesante y sin reto para el aficionado a la zoología hogareña. «En lo tocante al resto de los animales, que ni son excesivamente delicados ni pondrán demasiado a prueba nuestros nervios, la mayor parte

resultan tan aburridos que no compensan el coste de su adquisición ni los esfuerzos de su cuidado», afirma refiriéndose a cobayos, canarios, peces de colores, periquillos australianos, gatos de angora, perros falderos, etcétera —aunque curiosamente excluye de esta lista al hámster dorado, en su opinión una criatura digna de regocijo y encanto—. Más adelante, concluye: «Numerosos factores influyen en la elección de la especie: en primer lugar, lo que se desea y espera del animal. También depende de la suma de esfuerzos que se esté dispuesto a invertir diariamente, de la sensibilidad de los propios nervios al ruido, de si uno se ausenta con frecuencia de casa y durante qué tiempo, y de muchas otras circunstancias».

Para tener esto tan claro, resulta un tanto sorprendente que Lorenz decidiera compartir su morada sobre todo con aves, criando y conviviendo durante años con parvadas de gansos grises, patos, papagayos y grajillas, todas las cuales se hallaban sueltas por la casa. Supongo que era una persona altamente tolerante al caos y al estruendo y que no estaba demasiado obsesionado por la higiene.

No sé qué opinaría el llamado padre de la etología (y premio nobel de fisiología y medicina en 1973) sobre los camaleones, o si tuvo oportunidad de interactuar de manera directa con alguno de estos reptiles, pero lo más probable es que los hubiese colocado dentro de la primera categoría: la de los organismos altamente sensibles y difíciles de mantener en buen estado de salud. Y es que, si bien los camaleones adultos podrían parecer ya demandantes, las crías son trabajo a tiempo completo. En especial si se cuenta con varias especies y múltiples camadas anuales. Digamos que los pequeños saurios, además de rangos de temperatura y humedad más precisos, requieren de decenas de presas diminutas todos los días. Es decir, grillos del tamaño de una cabeza de alfiler, larvas de escarabajo que podrían confundirse con lentejas o moscas de la fruta (y en su caso de preferencia sin alas, pues de otra manera se escabullen con facilidad). Si tenemos en cuenta que una puesta promedio de camaleón de velo ronda los veinte o treinta huevos, mientras que una de los de cuatro cuernos anda por la docena, pues ya se puede formular una idea de la cantidad de presas de las que estamos hablando.

Quizás hoy en día, con el amplio abanico de proveedores comerciales disponibles, hacerse con la dotación necesaria nada más sea una cuestión de poder adquisitivo, pero en mis tiempos representaba una hazaña extenuante. Cuando ocurrían nacimientos en la uma, y procuraba que esto no fuese demasiado seguido, pasaba horas agazapado sobre codos y rodillas juntando bichos en los jardines de la facultad y en los parques. Llenaba frascos de vidrio con cochinillas, arañas, chinches, garrapatas y catarinas. También recorría los laboratorios de genética de la universidad en busca de moscas de la fruta (las *Drosophila* siempre han estado entre los modelos experimentales más socorridos para estudiar las leyes de la herencia, por lo que se las criaba con regularidad). Y, por supuesto, también ponía en marcha mi propia cría de grillos, mariposas y escarabajos. El problema es que estos insectos tenían su serie particular de cuidados y demandas, y en algunas ocasiones salía más caro el caldo que las albóndigas, como dirían en Sinaloa.

Ah, pero valía la pena. Era un deleite ver a las bestiecillas cazar con sus lenguas de proyectil en miniatura y después masticar con placer prehistórico. Me reconfortaba observar su desarrollo, ser testigo de cómo iban ganando cada vez más colores en su paleta dérmica. A veces daba la impresión de que crecían con cada comida o, como mínimo, unos milímetros todos los días. Doblaban sus dimensiones mes a mes, removiéndose la piel vieja como si fuese una coraza de papel craquelado (que en ocasiones también se comían) hasta que al año resultaba casi increíble que apenas doce meses atrás hubiesen emergido de un huevo no mucho más grande que una falange.

Los camaleones eran, pues, maravillosos, espectaculares, pero definitivamente no aptos para cualquiera. De hecho, con el tiempo me fui dando cuenta de que, aunque bien intencionadas, más bien había pocas personas realmente dispuestas a invertir esa suma de esfuerzos cotidianos a los que se refiere Lorenz, pues varios de los camaleones que críe en la uma no superaban su segundo cumpleaños una vez que alcanzaban sus nuevas moradas (a diferencia de las serpientes, algunas de las cuales siguen vivas al momento de escribir esto). De ese modo, aunque contaba con los permisos necesarios, desistí de la idea de hacerlos procrear con fines comerciales.

Ya en el avión me sentí ligeramente más a salvo. La peor parte de la operación, o la que consideraba más riesgosa (por tratarse de suelo estadounidense), estaba superada. Ahora solo faltaba la llegada a México y su semáforo en la aduana.

Numerosas veces antes me había tocado luz roja y había comprobado lo minuciosas que podían llegar a ser las búsquedas de los oficiales si estaban en vena de joder. Si querían conseguir algún manjar proveniente de tierras lejanas para la merienda, por ejemplo, o si se empecinaban en hallar dentro del equipaje el motivo más mínimo para poner en marcha sus refinadas habilidades de extorsión. Aunque era improbable que me exigieran vaciar el contenido de mis bolsillos, uno nunca sabe a qué atenerse con la policía en México.

Volví a colocar los camaleones dentro de mi chaleco, recliné el asiento a su posición menos tortuosa y procuré soltar la tensión acumulada durante las últimas horas.

El resto del vuelo transcurrió sin mayores incidentes, más allá de que las boas, fieles a sus costumbres nocturnas, se despabilaron y comenzaron a revolverse dentro de mis bolsillos, imagen que sorprendió mucho al niño de la fila de enfrente, que me espiaba cada tanto por el hueco entre los asientos. Para no correr el riesgo de que fuese a reportarle a su madre el extraño movimiento de mi pantalón, me vi forzado a comprar su silencio por medio de pastillas de menta (menos mal que llevaba un paquete nuevo conmigo, porque el ambicioso crío reclamó una cada diez minutos). Los camaleones, por su parte, durmieron plácidamente durante todo el trayecto.

Según se decía entre los viajeros experimentados, el semáforo de la aduana mexicana no era aleatorio —como aseveraba la versión oficial—, sino que respondía al sudor del dedo con el que se pulsara el botón (es decir, que si uno estaba nervioso le salía la luz roja y, por lo tanto, era revisado). También existía la teoría de que el método era más simple: un patrón repetitivo de dos verdes por cada rojo (o sea que si al de enfrente le tocaba rojo, era seguro que a ti te saldría verde). Y finalmente estaban aquellos que

decretaban que nada de eso tenía realmente importancia y que, más bien, el semáforo lo operaban unos oficiales resguardados detrás de un espejo falso en la pared lateral del pasillo y que eran ellos quienes decidían a quién detenían.

Con todo eso en mente, esperamos la llegada de Humberto el muerto en la banda de equipaje. Mis primas se veían tensas, lanzaban miradas furtivas hacia los soldados y sus perros, que recorrían la fila de la aduana husmeando a los pasajeros. Tanto me había preocupado por el semáforo y había pasado por alto el factor de los canes. Me pregunté si serían capaces de olfatear a los reptiles. O no exactamente, sabía que en circunstancias normales sus agudas narices podrían detectarlos con nitidez a varios metros de distancia. Mejor dicho, lo que me pregunté fue si esos perros altamente adiestrados (y casi siempre yonquis) prestarían atención a un tenue aroma reptiliano cuando lo que ansiaban encontrar eran drogas y explosivos.

De cualquier manera, no tuvimos que poner a prueba su sensibilidad perceptiva, ya que corrimos con la buena fortuna de que al tiempo que atravesamos la aduana también le tocara el turno a un vuelo proveniente de España. Me figuro que tantos quesos, fiambres y embutidos debieron de haber funcionado a manera de pantalla olfativa, pues cuando pasamos junto a los perros estos salivaban y emitían gemidos amargos conforme marcaban una y otra maleta con desespero. Supongo que un buen salchichón se interpone a cualquier condicionamiento canino.

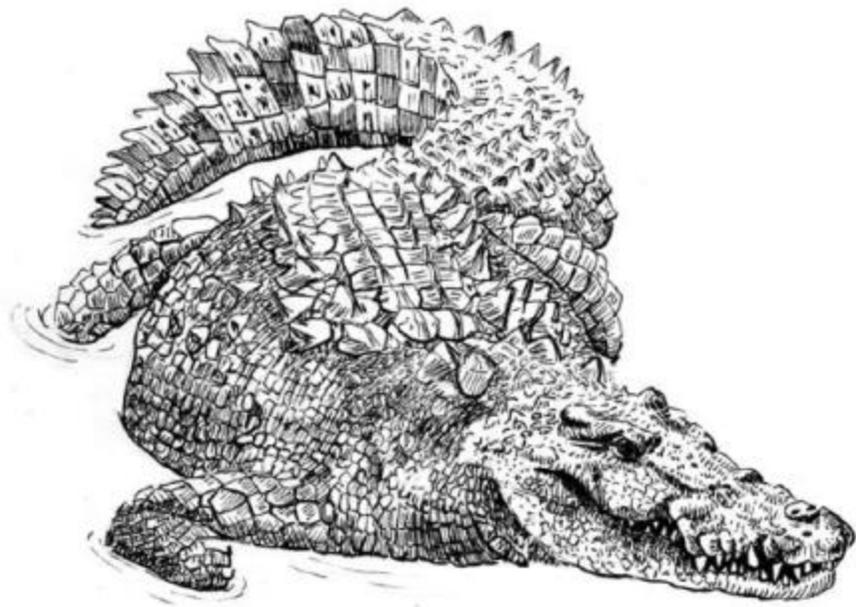
Al alcanzar la sección de los semáforos —recuerdo que esa noche eran tres los que estaban en funcionamiento—, nos detuvimos lo justo para colocarnos detrás de una familia que acababa de sacar rojo. Sequé sutilmente mi pulgar contra el pantalón (por aquello del sudor), hice mi mejor esfuerzo por proyectar una estampa de indiferencia y apreté el botón. A saber cuál de todas las variables fue la decisiva, pero nos tocó verde. Levantamos las maletas y nos apresuramos a salir de allí entre las injurias de una señora molesta porque le acababan de decomisar tres paquetes de jamón serrano y un par de fuets.

Después del éxito obtenido en la operación de contrabando, y habiendo constatado lo viable que parecía tal método para hacerse con algunos ejemplares provenientes de los mejores criaderos al otro lado de la frontera (así fuesen indocumentados), repetí la maniobra en dos ocasiones. La primera, con dos boas de arena kenianas, *Gongylophis colubrinus*, en un vuelo que partía de San Diego y en el que viajaba yo solo. Y la segunda, muy a pesar de mi entonces exnovia Ana Cristina (con la cual había mantenido una relación cercana y me encontraba ese invierno visitando Nueva York), con una pareja de pitones australianas divinas, *Morelia spilota cheynei*, de evocativo patrón amarillo brillante sobre fondo negro. Las mismas que primero tuvimos que introducir por tren de Nueva York a Canadá, pues esa era la ruta de nuestro viaje, y después de Montreal a México por vía aérea.

En ese trecho final estuve extremadamente cerca de que me descubrieran al pasar por el filtro de seguridad en el aeropuerto de Montreal. Y todo por culpa de unas estúpidas tijeras de pelo que había olvidado colocar en el equipaje facturado —hablando de autosabotajes— y que hicieron sonar las alarmas cuando mi mochila atravesó por la máquina de rayos X.

Me apartaron para vaciar mi mochila y me cuestionaron. Ana Cristina observaba la escena desde el lado opuesto del detector de metales con semblante trastocado. Después procedieron a realizar una revisión exhaustiva del resto de mis pertenencias. Pensé que estaba acabado, que lo siguiente sería que me cachearan y, entonces sí, la habría liado en grande. Sin embargo, los oficiales no consideraron necesario palparme y tras volver a retacar mi mochila de manera caótica me permitieron proseguir. Benditos canadienses.

De cualquier manera, la advertencia surtió efecto. A partir de ahí no volví a repetir tremenda osadía. Lo que no sabía entonces era que esas serían las últimas serpientes que adquiriría en mi vida. O, mejor dicho: los últimos animales. Pues en lo sucesivo, el cuarto de los reptiles ya solo recibió nuevos inquilinos provenientes de donaciones o rescatados.



Cocodrilo de río, *Crocodylus acutus*

Si es que el mote de bestia antediluviana puede adjudicársele a un vertebrado terrestre de nuestros días, este tendría que ser el cocodrilo de río y de aguas salobres. Yermo impenetrable de escamas óseas, media tonelada de musculatura auestas, cola de mazo y las fauces más poderosas del reino animal. Sigiloso deslíz bajo el agua, explosión tempestuosa en las márgenes de la rivera tropical. Más emparentados con las aves y los dinosaurios que con los reptiles dentro de los que usualmente se los clasifica, los cocodrilos anidan en los pantanos desde hace ochenta millones de años y encarnan en sí mismos la ferocidad. Semiacuáticos, nocturnos, en ocasiones letárgicos, pero siempre fugaces y desmedidos cuando la ocasión se presenta, son el pináculo de la depredación dulceacuícola continental. Pesadilla del capitán Garfio, delirio de Roald Dahl, el dios Sobek en el antiguo Egipto, Cipactli para los hijos de Aztlán. Sombras perpetuas de los navegantes del Nilo y del Orinoco, del Amazonas, el Papaloapan, el Usumacinta, el Tigris y el Éufrates por igual.

Ficha 5

Clase: *Reptilia* **Orden:** *Crocodylia* **Familia:** *Crocodylidae* **Género:** *Crocodylus*

Distribución: Es la especie de cocodrilo americano más ampliamente distribuida. Su rango abarca desde Florida y las Antillas hasta Perú, incluyendo toda la vertiente del Pacífico y sudeste mexicano, Centroamérica, Colombia, Venezuela y Ecuador. Usualmente se los encuentra en ambientes costeros y salobres, tales como manglares, esteros, atolones e islas.

Estatus: Se considera en estatus vulnerable, aunque en algunas zonas de su extensa área de distribución sobreviven poblaciones nutridas. Se incluye en el apéndice uno de la citas.

Alimentación: Son los depredadores cumbre de los ecosistemas en los que habitan, son carnívoros generalistas con una dieta sumamente variada que incluye peces, crustáceos, mamíferos, reptiles, aves e incluso tiburones, a los que cazan cuando penetran en el mar.

Aspecto: Son corpulentos, con cola poderosa y cabeza alargada. Suelen tener una coloración verde olivo con vetas amarillas y café, con el abdomen blanco y el dorso pardo.

Tamaño: Es la segunda especie más grande a nivel mundial, solo superada por los cocodrilos de agua salada australianos. Se han registrado ejemplares de más de 5 m y 900 kg, aunque su tamaño

promedio ronda los 3-4 m y 350 kg para los machos, y los 2,5-3 m y 150 kg para las hembras.

Esperanza de vida: El récord en cautiverio es de 80 años, pero lo usual es de 40 a 60.

Diorama 5: Lágrimas de cocodrilo

La llamada telefónica tuvo lugar cuando llevábamos unos años de relativa estabilidad en Vida Fría Reproductores. Habían sucedido unos cuantos nacimientos de boa constrictor, algunos cortejos infructuosos entre los escincos de lengua azul y eclosiones de un par de camadas de camaleones; fuera de eso, el resto de los habitantes del cuarto de los reptiles se mantenían sin mayor novedad. No habíamos tenido muertes, accidentes ni fugas durante un periodo prolongado, y por las noches la casa era inundada por los cantos de las ranas.

El equilibrio lo vino a romper la señorita con voz de perro gordo que aguardaba al otro lado de la línea telefónica. Me pedía, de la manera más atenta, que me presentara en las oficinas de vida silvestre de la semarnat a la mayor brevedad.

Cuando intenté indagar para qué se me requería, recibí un ronco y largo bufido a manera de respuesta. Alcancé a comprender que se me instaba a cumplir con mis obligaciones como criador de fauna exótica registrado, y que se trataba de un asunto urgente.

Me sobresalté, hasta donde recordaba mis papeles estaban en regla con la letárgica burocracia biológica. Incluso los ejemplares contrabandeados años atrás ya habían sido regularizados y, a excepción de unas cuantas donaciones ocasionales a la uma, no se habían producido adiciones a la colección (que para esos momentos rondaba los cuarenta especímenes). No obstante, el Gobierno es el Gobierno, y si uno quiere hacer las cosas de manera «legal» en este país, es menester hacerles caso. Así es que, obediente al llamado, confirmé mi presencia para la mañana siguiente.

En una ocasión previa ya se me había citado a prestar labores extraoficiales en una dependencia de la profepa. La enmienda en esa ocasión: ayudar en un caso de confiscación de reptiles. Para ser más precisos: brindar asesoría para la correcta identificación de un lote de

camaleones comercializados ilegalmente. No se trataba de testificar ni de participar activamente en el juicio, sino simplemente establecer, en mi opinión como experto, a qué especie pertenecían los saurios que me mostraron en las fotografías y, de ser posible, dictaminar si se trataba de organismos nacidos en cautiverio o atrapados en el medio silvestre.

Hay que aclarar que la taxonomía de los camaleones, al igual que la de muchos otros reptiles, no es una faena menor, sobre todo si no se cuenta con el conocimiento adecuado y datos geográficos de la localidad de origen de los organismos (ambos factores de los que adolecían los funcionarios que me habían citado aquel día).

Digamos que para poder determinar a qué clase corresponde un espécimen de camaleón en particular es necesario prestar atención a la coloración y a la forma de ciertas estructuras anatómicas (por ejemplo, si tienen las uñas rojas, negras o transparentes o si sus barbas gulares son triangulares o cónicas), valorar las proporciones corporales (longitud de la cabeza con respecto a la cola o la medida relativa de sus crestas dorsales y occipitales), contar muchas escamas, y después volver a contarlas para cerciorarse de que la cifra sea correcta, y posteriormente contrastar todas las observaciones con las guías de identificación zoológica pertinentes.

Una labor minuciosa, vaya, que me llevó un par de horas y tras la que concluí que los especímenes referidos parecían ser silvestres (y por consiguiente violaban las normativas de la citas), pues el interior de sus bocas era amarillento y no del rosáceo característico que suelen mostrar los camaleones nacidos en cautiverio. Me dieron las gracias por mi tiempo y mis servicios y después me dejaron ir diciéndome que mi veredicto sería sumado al de otros expertos dentro del expediente (la famosa «averiguación previa» del caso).

Supuse que en esta nueva visita probablemente me solicitarían hacer algo semejante. Quizás identificar algún tipo de colúbrido o de ajolote. Sin embargo, me equivocaba, pues el devenir me tenía deparado un asunto mucho más demandante y delicado que ese.

La Dirección General de Vida Silvestre bullía en actividad la mañana que me presenté atendiendo el llamado. Fui conducido por un pasillo largo hacia las entrañas del edificio hasta alcanzar un cubículo adornado con

fotos de jaguares y ballenas jorobadas. Me recibió un funcionario menor cuya cara remitía a la de un oso hormiguero.

Después de un saludo cordial y agradecerme el haber cumplido siempre con mis papeles y obligaciones, el funcionario fue directo al grano. Me informó que días antes se había realizado un decomiso sustancioso en el aeropuerto. Al parecer, unos traficantes asiáticos habían sido sorprendidos con un buen número de animales vivos escondidos dentro de sus maletas. El funcionario agregó que durante el operativo se habían confiscado varias decenas de organismos de procedencia ilegal y que los ejemplares estaban ahora resguardados en una bodega.

—Ajá... —dije yo, y pregunté de qué manera me involucraba a mí el caso.

—Pues que son reptiles —contestó el funcionario, resoplando por su gran nariz.

Lo que siguió entonces fue uno de esos discursos enmarañados y ambiguos, patentes de los burócratas mexicanos, en los que no queda del todo claro si lo que se le está pidiendo a uno responde al carácter de obligación, compromiso, acto de buena fe, favorcito o todas las anteriores.

La cuestión era que los almacenes estaban demasiado llenos y las autoridades no daban abasto. Sin duda los animales tenían que ser trasladados a otros sitios. Necesitaban encontrar refugio temporal, y cuanto antes, en lo que se resolvía cuál sería su futuro a largo plazo. Era evidente que yo no podía albergar a todos los especímenes referidos en las instalaciones de mi uma, pero quizá podría ayudar con alguno. De hecho, declaró el funcionario con cara de oso hormiguero conforme tecleaba en su computadora, en ese preciso instante me estaba mandando por mail la dirección de la bodega y el número de folio del lote.

—Y si pudiera ser hoy mismo, se lo agradecería rotundamente —dijo el funcionario guiándome hacia la puerta de su cubículo.

Asentí, sin estar seguro de contar con mayor elección en el asunto.

Pensé que igual no sería tan grave. Después de todo, un organismo más en la colección no presentaría mayores problemas.

Volvía a equivocarme.

La bodega en la que se encontraban los ejemplares incautados era todo lo que puede esperarse de un almacén judicial de bajo presupuesto. Condiciones de hacinamiento, suciedad, olor a humedad y podredumbre y criaturas en un estado tan deplorable que parecía que se aferraban a la vida por pura costumbre.

Ante escenas como aquella uno se pregunta si los animales no estarían mejor de no haber sido decomisados. Desde luego que no se trata de una cuestión trivial, pero cabe recordar lo acontecido con los miles de organismos confiscados a los circos mexicanos en 2015, cuando el Partido Verde pasó la ley que prohibió incluir animales en espectáculos. Y es que la mayoría de tales organismos (entre los que figuraban tigres de Bengala, llamas, papiones, monos araña, camellos, leones, jaguares, osos, loros, focas y elefantes) encontraron peor suerte que la que habían tenido hasta ese entonces. Sin ir más lejos, un gran porcentaje pereció en las bodegas donde se los abandonó, cuando no directamente sacrificó, y otro tanto terminó por ser vendido en el mercado negro. De hecho, a día de hoy, la profepa solo puede rendir cuentas claras de lo sucedido con doscientos doce de aproximadamente dos mil ejemplares registrados, al resto los decretan como de paradero incierto. Una rutina antigua de las autoridades mexicanas: engrosar las la listas de desaparecidos y dar carpetazo al asunto.

El encargado de la bodega me encaminó hasta una orilla del galpón y posteriormente señaló con desgana el anaquel que contenía el lote de los especímenes que me habían llevado hasta allí. Varios contenedores de plástico opaco se apilaban formando una pirámide. A través de las superficies traslúcidas era posible adivinar movimientos repentinos, pero resultaba imposible determinar a qué naturaleza pertenecían las siluetas.

Comencé a leer los pedazos de cinta adhesiva garabateados con plumón pegados sobre las cajas: cantil, cascabel de montaña, oropel, cuatro narices, mano de metate, bufadora. Se me formó un nudo en la garganta. Hasta donde podía ver todos los contenedores albergaban ofidios venenosos.

«Olvídenlo», pensé, tras mi larga experiencia con serpientes prófugas no estaba en posición de adoptar a una venenosa (así fuese únicamente de manera temporal). Aparte de que mi madre jamás aceptaría a un huésped

tan peligroso en su casa. «¿Qué pasa si se escapa?, nos tendríamos que mudar a un hotel», imaginé que me diría.

Por un momento entretuve la idea de cómo podría lograr convencerla en el supuesto de haber aceptado llevarme alguno de aquellos organismos conmigo; sonaba como un reto interesante para poner a prueba los límites de la argumentación del hijo único. Sin embargo, a los pocos minutos desistí de mi ensoñación, pues la verdad es que a mí también me angustiaba compartir la morada con un animal que fuera capaz de matarme, por lo que me aboqué a seguir inspeccionando las etiquetas adheridas a las cajas. Al terminar de revisar el lote solo encontré una que no correspondía a un reptil ponzoñoso.

En letra temblorosa de molde se enunciaba la palabra: cocodrilo.

Destapé el contenedor para ser confrontado por una de las criaturas más entrañables del reino natural: la cría de lagarto. Aquella pequeña fiera era tan agraciada que daba la impresión de haber sido esculpida por un gran maestro de cerámica teotihuacana. Completamente inmóvil, la bestiecilla me devolvía la mirada con sus enormes ojos verdes (brillantes como canicas) y mostrando sus fauces repletas de dientes diminutos. Calculé que no tendría más de un par de semanas de edad.

—Sus hermanitos se murieron ayer —balbuceó el encargado, haciendo un gesto de impotencia con las manos.

Estaba decidido, me llevaría al pequeño huérfano. ¿Cómo negarme?, sería solo por poco tiempo, además de que lo más probable era que la cría perteneciera a una de las dos especies de cocodrilos que habitan en México, que pocas veces rebasan los dos metros y medio de longitud, es decir: los cocodrilos de pantano, *Crocodylus moreletii*, y los caimanes de anteojos, *Caiman crocodylus fuscus*.

No obstante, por tercera vez en el día me equivocaba, y, en esta ocasión, en ambas suposiciones: la especie a la que pertenecía el cocodrilito y el tiempo que pasaría conmigo.

Una vez en Playa Paraíso tuve oportunidad de poder acariciar a toda una camada de cocodrilitos. Eran como veinticinco y estaban guardados en una

tinaja de plástico rosa en la parte trasera de la enramada de El Majestad, el *dealer* al que le comprábamos chiva cuando realizábamos expediciones a la costa guerrerense en busca de placeres opiáceos.

Cuando digo chiva me refiero a la goma de opio, alquitrán negro o *mexican brown heroin*, como se la conoce en el extranjero, que constituye la presentación más habitual de los derivados de la amapola comercializados en el mercado mexicano, uno de los principales productores a nivel mundial. Curiosa coincidencia que la localidad a la que recurríamos para obtenerla se llamara Paraíso, del cual no tenía ni un atisbo, y que en ella se trasegara precisamente una de las sustancias emblemáticas de los paraísos artificiales de Baudelaire.

Por esos tiempos, es decir, cuando tenía veintidós años y estudiaba Biología, la chiva se puso de moda en la Facultad de Ciencias. O, bueno, entre ciertas facciones del alumnado asiduas a emprender expediciones mentales hacia los linderos más recónditos de los estados alterados de conciencia, y yo era uno de ellos. Supongo que si se tiene una personalidad compulsiva las adicciones no se limitan a un solo ámbito. Digamos que los reptiles y los anfibios representaban solo uno de mis vicios.

No tengo idea de de dónde habían sacado a los cocodrilos; bueno, más o menos me lo puedo imaginar, lo más probable es que fuera de entre los manglares que rodeaban la laguna adyacente a la comunidad costeña, donde abundaban tales animales. Más bien: no sé cómo habían conseguido atraparlos. ¿Cómo habían hecho para secuestrárselos a su madre? Sin duda los habría estado resguardando con el recelo característico de las mamás cocodrilas. Me ensombreció conjeturar que quizá la habían matado para obtenerlos. Pero cuando intenté indagar solo recibí una oferta por respuesta:

—¿Por qué, gallo? ¿Te los vas a llevar, o como pa' qué preguntas? — me contestó El Majestad desde su posición habitual, postrado en la hamaca.

Era gordo como un buda y sudaba profusamente, llevaba el pecho al aire lleno de tatuajes y recuerdo que presumía constantemente de que tenía siete esposas. Esperé a que El Majestad terminara de absorber los vapores de la goma en combustión y después a que sus ojos en blanco regresaran a su posición original antes de sacudir la cabeza enfáticamente para darle a entender que no me interesaban los cocodrilos. Como si no fuera ya

suficiente el riesgo de regresar a la ciudad ocultando de los retenes militares tres pelotas de ping-pong de goma de opio para encima cargar con nosotros veinticinco lagartitos ilegales.

Me pregunté qué sería peor en términos jurídicos: la droga o los animales. O no, sabía perfectamente que la cantidad de chiva que llevábamos superaba con creces a cualquier trata de blancas zoológica (así hubiesen sido quetzales en lugar de cocodrilos), más bien la duda que me asaltó tenía que ver con cuándo cambiarían su puesto ambas mercancías ante los ojos de la ley. ¿En qué momento llegaríamos al punto de que la fauna silvestre fuera tan escasa como para que resultara más penado mercadear con sus pocos sobrevivientes que con precursores de heroína? Me deprimió reflexionar que probablemente sería algo que me tocaría atestiguar durante mi vida.

—Anímate, pinche gallo —insistió El Majestad, dándole otra calada al producto—. Igual y si te los llevas a todos, te hago precio.

Negué sacudiendo la cabeza una vez más al tiempo que observé como dos hijitos de El Majestad se acercaban a la tinaja de plástico y comenzaban a jugar con los cocodrilitos; los niños no tendrían más de tres o cuatro años.

Después desplazé mi foco de atención un poco más allá de ellos. La parte trasera de la enramada era un vertedero, o bueno, para ser sincero, la comunidad completa lo era. Como suele suceder en los parajes rurales de la costa mexicana, salvo por la playa (que los pobladores mantenían limpia en temporada turística), el asentamiento era un botadero. Lavadoras destartadas abandonadas entre las palmeras, cacharros oxidados, pedazos de ropa hecha girones atorados en los alambres de púas, juguetes sin cabeza, carcasas de motores, cimientos de concreto y varillas expuestas de construcciones inconclusas (ruinas en proceso de ser reclamadas por la maleza); envases de cerveza, colillas, baterías, pañales, latas, plásticos decolorados por el sol y herrumbre de procedencia inidentificable disgregada por doquier.

Las ineludibles huellas de la civilización. El legado inseparable del *Homo sapiens*: residuos y más residuos. Y no es algo que tenga que ver exclusivamente con la ruralidad ni con México, al contrario, solo que cuanto más acaudalado sea el desarrollo, mayor el esmero de sus

gobernantes por esconder sus despojos. Eso trae consigo el progreso: dividendos para poder pagarle a alguien por llevarse los desperdicios y botarlos en otra parte. Lejos de la conciencia de la gente. A ser posible en otra región del mundo, tal y como lo hacen Alemania, Bélgica, Holanda, Francia y demás naciones con economías solventes que se jactan de ser «ecológicas» mientras se deshacen de su basura exportándola a cualquier país en vías de desarrollo que esté dispuesto a aceptar la carga (tan solo en 2018 la Unión Europea exportó 20,9 millones de toneladas de desperdicios, principalmente a Turquía, China y la India; mientras que ese mismo año Estados Unidos exportó, únicamente de plástico, 1,07 billones de toneladas).

En todo caso, siempre he apreciado la franqueza de los entornos rústicos y de bajos recursos como Playa Paraíso, donde resulta imposible cuidar las apariencias: donde no es factible ignorar los impactos de nuestras actividades cotidianas por más pequeño que sea el poblado. Volví a centrar mi atención sobre la tinaja con los cocodrilos. Los niños ahora estaban jugando a intentar meterles rocas entre las fauces. Sentí lástima, ¿qué sería de ellos?

Unas horas después de haber llegado al cuarto de los reptiles, el cocodrilito nadaba feliz en su nuevo habitáculo; lejos de aquella barraca en la que había perecido el resto de su parentela. Había devorado con entusiasmo los charales que le había ofrecido transcurrida su aclimatación y ahora reposaba tranquilamente bajo el foco de calor. Aproveché su descanso para consultar la tabla de identificación biológica.

Noté que no presentaba párpados protuberantes ni hocico chato, por lo que definitivamente no se trataba de un caimán de anteojos.

Conté escamas y analicé caracteres morfológicos. La conclusión del análisis me dejó un tanto afligido. Todo parecía indicar que tampoco se trataba de un ejemplar de cocodrilo de pantano (*Crocodylus moreletii*), como yo había pensado, sino de un cocodrilo de río o *Crocodylus acutus*. Ni más ni menos que el segundo cocodrilo más grande del mundo. Una bestia colosal que podía alcanzar los cinco metros de largo y rebasar los

quinientos kilos de peso, y uno de los contados animales que habitan en territorio mexicano realmente capaces de devorar a un ser humano si se presentan las circunstancias (de hecho, con 151 incidentes registrados desde 1995, México es el país con el mayor número de reportes de ataques por cocodrilos del continente americano).

Menos mal que la petición del Gobierno era cobijar a la cría de semejante fiera tan solo por un tiempo breve —pensé para reconfortarme—; a fin de cuentas, lo más probable era que el comodato «voluntario» caducara mucho antes de que la bestiecilla alcanzara una envergadura potencialmente peligrosa. No obstante, por última ocasión en el día, me equivocaba, y esta vez de manera significativa.

Pasaron los meses hasta sumar dos años y yo seguía sin tener noticias de la semarnat. El pequeño cocodrilito ya no tenía nada de tierno: ahora medía poco más de metro y medio (casi todo cabeza, con dientes afilados y cola poderosa) y era capaz de matar a una rata de medio kilo como se aplasta una lata vacía de cerveza.

Paulatinamente el inquilino, hipotéticamente temporal, del cuarto de los reptiles había ido rebasando las dimensiones de los distintos encierros que nos era viable proveerle hasta ocupar una pecera descomunal que habíamos heredado de un acuario clausurado. Resultaba obvio que el tanque de cristal le quedaba un tanto pequeño, pero no teníamos forma de ofrecerle algo más grande y ya no era factible dejarlo nadar en la tina a escondidas, como había hecho con frecuencia cuando era una cría.

Debido a que determinar el sexo de un cocodrilo juvenil es una empresa más bien complicada, durante sus primeros meses de estadía en la una se decidió bautizarlo como Lupe (nombre que, al menos en México, es empleado para designar ambos géneros).

Lupe era un animal inquieto, muy rápido y sumamente voraz. Siempre que olfateaba los trozos de carne o pollo que constituían la mayor parte de su dieta era víctima de un ataque de locura. Se impulsaba con la cola frenéticamente hasta que conseguía sacar la cabeza por encima del borde de su pecera y aventaba tarascadas al menor movimiento.

Por supuesto que todos en la casa le teníamos un poco de miedo. ¿Cómo no iba a ser así?, si ya para entonces podría haber arrancado una mano descuidada de un mordisco.

Estaba claro que no podía mantener a Lupe bajo mi tutela durante mucho tiempo más. No tenía ni las condiciones ni las ganas de hacerlo. Pero todos mis esfuerzos por averiguar algo en la Dirección General de Vida Silvestre habían sido en vano.

La dependencia de la semarnat había visto ya dos cambios de administración en ese corto periodo (para no variar, debido a escándalos de corrupción), y el funcionario con cara de oso hormiguero tampoco trabajaba ya allí. Peor aún: el encargo no constaba en ningún acta o documento. No existía registro alguno del evento. En términos prácticos: el *favorcito* que me había sido encomendado nunca había sucedido.

Todo parecía indicar que Lupe era únicamente mi responsabilidad.

Fue por la época en la que ya había conseguido librarme del abrazo de la heroína, y en la que alimentaba mis pretensiones cinematográficas, cuando Lupe finalmente puso en peligro a un miembro de la familia. Yo me encontraba en Pachuca, Hidalgo, trabajando como asistente de cámara en un cortometraje del cuec el día que a Lupe se le ocurrió fugarse de su pecera. O bueno, siendo francos, quizá fuera algo que ya se le había ocurrido antes, pero que, hasta entonces, no había sido capaz de lograr.

¿Con qué soñarán los cocodrilos? Supongo que, al menos aquellos que están cautivos, con evadirse. El caso es que Lupe consiguió reptar por encima del borde de cristal de su pecera, botar la tapa del encierro y liberarse. Y la casualidad dictaminó que ese preciso día la puerta del cuarto de los reptiles, usualmente cerrada, estuviera abierta, por lo que la bestia fugitiva pudo descender los escalones que conducían a la sala de la casa y hallar un buen escondrijo entre los muebles.

Ya había atardecido cuando Lety, la trabajadora doméstica que vivía con nosotros, volvió del supermercado. Con su semblante generalmente alegre, entró cargando varias bolsas de la compra. Cruzó la sala de camino a

la cocina sin detenerse a encender la luz, claro que ignoraba por completo la presencia de aquella sombra escamosa que acechaba desde atrás del sillón.

Desconozco las motivaciones que guiaron a Lupe. O más bien, ignoro el elemento exacto que lo hizo salivar. Quiero decir, con todo y su baja estatura, Lety era una presa demasiado grande para el metro y medio de fibras reptilianas. Probablemente lo que desató el frenesí del recién prófugo fue que olfateó algún producto cárnico que venía dentro de las bolsas del mandado. Aunque también es factible que, a falta de mayor experiencia en la cacería en terreno abierto, la fiera no supiera medir su ambición. Yo que sé. Hambre siempre tenía, así que por ese lado no hay misterio. Y el instinto es algo que no se pierde ni con años de encierro. La cuestión es que, sin mayor preámbulo ni advertencia, el depredador emergió de su escondite y se abalanzó sobre su presa (cualquiera que fuera el blanco que tenía en mente).

Apenas unos metros de parqué se interponían entre las fauces de Lupe y la jugosa pantorrilla de Lety. Hay que señalar que, en carrera corta, los cocodrilos son vertiginosos: son capaces de alcanzar los treinta y cinco kilómetros por hora (es decir, bastante más veloces que una persona promedio). Nunca he estado bajo el asedio de un cocodrilo, pero sí me han atacado iguanas grandes y varanos, y puedo asegurar que se desplazan mucho más rápido de lo que uno es capaz de reaccionar.

La suerte estaba echada: si Lupe conseguía sacarle provecho al factor sorpresa, esa noche probaría la carne humana. No obstante, en su arranque, la cola del reptil chocó contra la pata de una mesa, lo que ocasionó que un florero se derrumbara y se hiciera añicos contra el suelo. El estruendo produjo que Lety se sobresaltara y que al girar el cuerpo se adelantase fracciones de segundo al embiste del lagarto. Más por reflejo espontáneo que comprendiendo realmente la identidad que tenía aquella sombra que se proyectaba sobre ella, Lety interpuso las bolsas del mandado entre sus piernas y la sabandija, y de esta manera atinó a que las fauces del cocodrilo se cerraran sobre un cartón de leche.

Lety hizo entonces lo que cualquier mujer habituada a la vida de campo hubiera hecho: tomó una escoba y, blandiendo el recogedor a manera de escudo, arremetió contra la fiera, acto que propició que los papeles se

intercambiaran: el victimario se convirtió en víctima y, confundido por el frustrante resultado de su ataque, se escabulló como pudo en busca de refugio.

Cuando un par de horas más tarde regresé de Pachuca alarmado por la noticia, me encontré con que Lupe había vuelto a meterse en su pecera. No tengo idea de cómo lo consiguió, pero el cocodrilo estaba haciéndose güey en el fondo de su charca. Naturalmente que viéndolo ahí, flotando de manera tan apacible entre los lirios de su estanque, en un principio me costó trabajo creer la veracidad de la fuga y del supuesto ataque; sin embargo, ahí estaba el cartón de leche destrozado por su mordida como evidencia, además de que Lety no tenía ningún motivo que yo supiera para maquinar semejante historia. Pero como si aún hicieran falta elementos para convencerme de lo ocurrido, al día siguiente Lupe volvió a realizar su truco de escapismo, ocurriéndosele, ¿por qué no?, meterse en la tina donde vivía Monstruón, la tortuga lagarto.

Ahora bien, esta no era una tortuga cualquiera. Monstruón había sido rescatada unos años atrás de casa de una de mis maestras de la facultad, debido a que su hijo ya no podía hacerse cargo de ella (y era verdad, porque el brutal quelonio tenía aterrorizados a todos los habitantes de la morada). Ostentaba una impresionante concha puntiaguda de unos cuarenta centímetros de largo, garras enérgicas y punzantes, un temperamento agreste y una cabeza del tamaño de un pomelo. Poseía la fuerza de un oso pequeño, mandíbulas afiladas y quizás era tan solo un poco más violenta que el intruso que en ese momento perturbaba sus dominios. De hecho, de terminar aquello en una gresca entre gladiadores, yo habría apostado a la tortuga y no al cocodrilo.

La tina donde vivía Monstruón era ovalada, tendría más o menos un metro y medio de profundidad por un metro y medio de largo. En uno de sus extremos se encontraba Monstruón y en el opuesto, Lupe, ambas fieras escrutándose recelosamente. Era la primera vez que los depredadores se veían entre sí y no me quedaban del todo claras sus intenciones. Si se estaban midiendo, sopesando quién sería la merienda de quién, o si simplemente se hallaban en modo defensivo ante el sorpresivo encuentro. El tiempo apremiaba, con el agravante considerable de que, si el agua

llegaba a revolverse, el sedimento del fondo se levantaría y ocasionaría que el medio se tornara turbio e impidiera vislumbrar lo que sucedía bajo la superficie.

Dejémoslo en que daba la impresión de que solo habría una oportunidad de evitar la contienda y estaba en mi interés hacerlo sin perder algunos dedos en el proceso. Quedaba descartado realizar la maniobra por mi cuenta, así que busqué a Álvaro.

El plan que bosquejamos era el siguiente: él procuraría retener a Monstruón empleando una red de pesca, al tiempo que yo intentaría atrapar a Lupe en un solo movimiento. No está de más insistir en que si fallábamos tendríamos ante nosotros una carnicería. Me puse unos guantes de electricista, contamos hasta tres y sumergimos nuestras cuatro manos en el agua a la vez. Debo decir que Álvaro, como de costumbre, demostró tener temple de acero ante situaciones extremas que involucraban fauna desquiciada (y es que tras aquella prueba de iniciación en la que le había tocado ayudar a salvar mi brazo de la Güera, el compañero de mi madre se había visto forzado a tomar parte en numerosos retos peligrosos y, si la memoria no me falla, en ninguno de ellos perdió su calma habitual).

Cerré la mano derecha sobre el hocico de Lupe conforme con la izquierda afianzaba su cola, Álvaro aprisionó a la tortuga y, en segundos, el agua se volvió un caos. Lo último que alcancé a divisar antes de que el líquido se enfangara por completo fue a Monstruón dando tarascadas a diestra y siniestra bajo la red. Lupe comenzó a retorcerse en mis manos de manera frenética, pero conseguí sacarlo de la tina. Una vez fuera del agua, y viéndose aprisionado, el lagarto empezó a emitir chillidos agudos y penetrantes. No lo sabía entonces, pero a juzgar por sus exclamaciones los cocodrilos recurren a los gritos de auxilio incluso cuando ya no son crías.

Devolví a Lupe a su pecera y aseguramos la tapa con cuerda para escalar. Después, Álvaro y yo nos quedamos contemplando la pecera sin pronunciar palabra, la adrenalina nos tenía demudados, tan solo intercambiamos una mirada de aprobación por haber conseguido superar la contingencia sin víctimas y conservando todos los dedos. Sin embargo, una especie de incomodidad prevalecía en el aire. Una certeza silente que se resistía a hacer explícito lo inefable.

«En toda situación embarazosa habita una iluminación», afirma Hans Magnus en *Mis traspies favoritos*, y en la serie de tropiezos faunísticos recientes esta resultaba bastante clara: mis días de profanar el nido materno junto con mis animales estaban contados. Había llegado la hora no solo de que Lupe encontrara un recinto más adecuado, sino de que yo también lo hiciera.

Acababa de cumplir los veinticuatro el día que finalmente abandoné el nido materno. Tras extensas negociaciones con la parentela, conseguí que me permitieran construirle un estanque a Lupe en la casa de Cuernavaca que compartíamos. Ahí el cocodrilo comenzó a cazar ardillas, pájaros, zarigüellas, gatos y cualquier otro visitante incauto que se acercara a beber agua de su estanque. Ganó kilos y talla de manera acelerada.

Con la muerte de mi abuelo había recibido una pequeña herencia, que me empeñé en invertir para construir un herpetario en aquella casa del condominio en el centro de Coyoacán donde habíamos residido años atrás. El presupuesto alcanzó para edificar un tercer nivel a la residencia, planta destinada casi por completo a mis criaturas.

Ese sí era un cuarto de los reptiles en toda la extensión del término. Del estándar más alto me gustaría creer. Con terrarios amplios —y ahora sí, totalmente a prueba de escapes— empotrados sobre todas las paredes que bordeaban el perímetro. Dentro de los muros corrían extensos ramales de tuberías conectadas a un calentador para mantener la temperatura. Había tragaluces que se abrían para permitir entrar los rayos solares de manera directa, las tinas de las tortugas y de las serpientes grandes contaban con sistema de drenaje y filtro, las puertas laterales de la habitación se abrían a una terraza con pasto donde las tortugas terrestres merodeaban a su antojo y en cada uno de los habitáculos se incluía un aspersor automatizado para asemejar el efecto de la lluvia. En resumidas cuentas: todo lo que siempre había ambicionado y un poco más.

El resto de la morada la compartía con amigos, a quienes les subarrendaba habitaciones y de esa manera solventaba los gastos de mi manutención y la de los animales. Por unos años las cosas marcharon bien,

las fieras crecían y se reproducían sin problemas y, tras aquella experiencia con Lupe, me negaba fehacientemente a aceptar nuevos inquilinos en Vida Fría Reproductores (después de todo, cincuenta bocas hambrientas que alimentar no eran pocas).

Por otro lado, después de dos intentos fallidos, había conseguido realizar mi tesis de licenciatura basada en mi experiencia con los organismos de la uma y finalmente recibirme como biólogo. Sin embargo, con la titulación, las circunstancias cambiaron. Mis circunstancias, quiero decir.

No sé si la decisión de invertir mi porción de la herencia en construir un cuarto de los reptiles como aquel con el que había fantaseado desde que era niño fue la mejor o la peor decisión de mi vida. La dicha probó no ser duradera. Transcurridos apenas dos años de disfrutar de aquel espacio, algo cambió dentro de mí. Algo que implicaría un giro de ciento ochenta grados y que pondría fin de una vez por todas al periodo de cautiverio: al mío y al de las criaturas de sangre fría que me acompañaban. No en el sentido literal del término —creo que a estas alturas ya estará claro que de haber liberado literalmente a los ejemplares habría ocasionado una pequeña catástrofe ambiental—, más bien de lo que se trataba era de pasarle la estafeta de sus cuidados a alguien más.

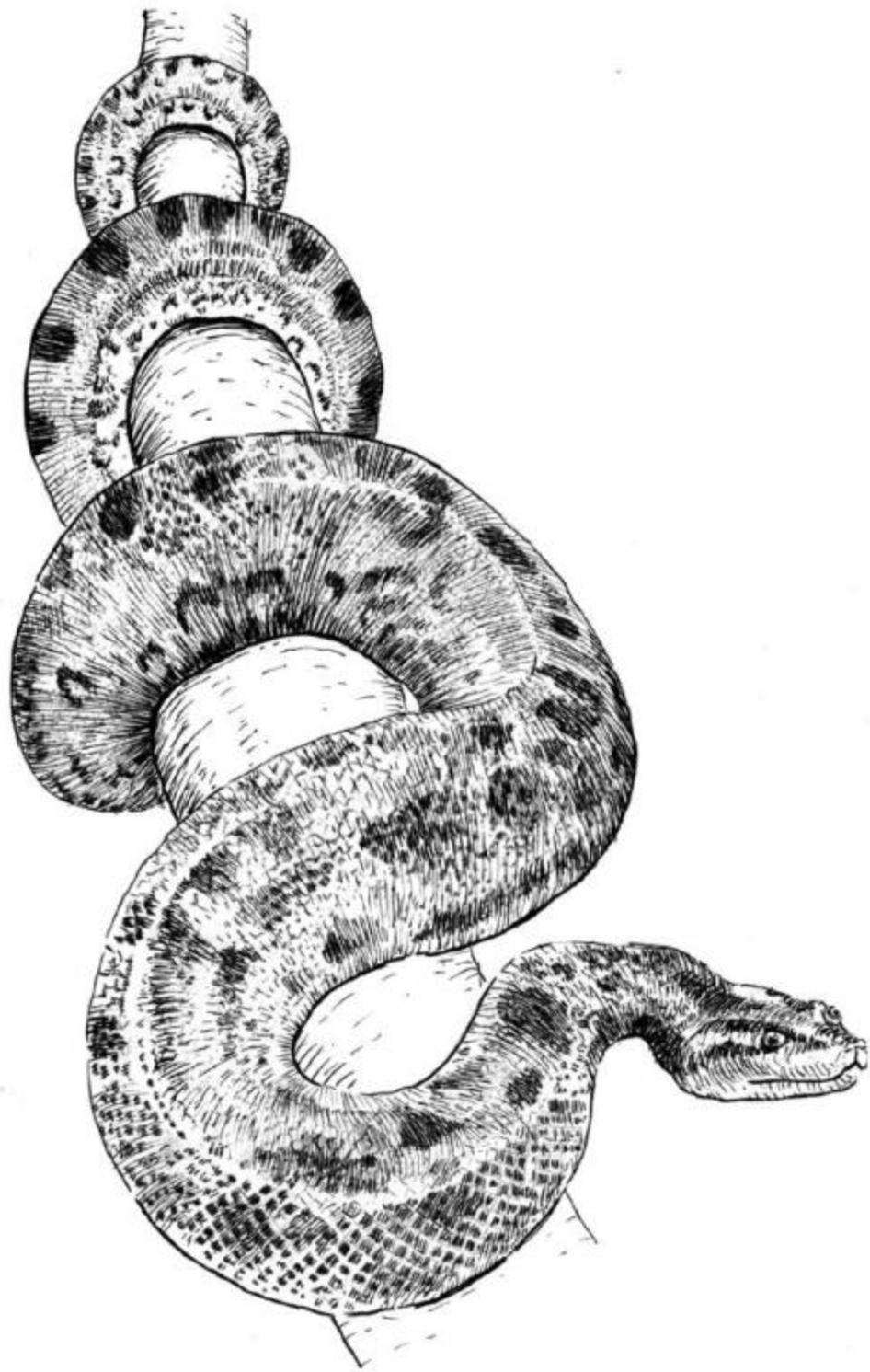
Desde luego que no vendí ni a un solo organismo, eso quedaba completamente fuera de cuestión. Aquellas fieras eran una parte integral de mi identidad. Reliquias escamosas y adoradas, parte de la familia si se prefiere, y como tales merecían encontrar nuevos hogares a la altura de los que yo había podido ofrecerles. Los especímenes que conformaban la uma los transferí, junto con el registro del criadero, a Eduardo, el veterinario que se había ocupado de velar por su salud desde que Ana Luisa se mudó a Guadalajara. Un grupo selecto de organismos quedó en manos de Jerónimo y al resto los repartí entre mis amistades más cercanas en el mundo de la herpetofilia mexicana.

Fue extraño cuando finalmente entregué el último lote y me quedé solo en el herpetario desierto. Ya no tenía responsabilidades y eso era algo nuevo para mí. No sabía qué hacer con tantas horas libres, en qué ocupar mi tiempo. Durante dos décadas había dedicado un porcentaje considerable de

mis días a cuidar de mis animales y supongo que, de alguna manera, también ellos se habían ocupado de cuidarme a mí. Me habían provisto de un punto de anclaje para no disiparme por completo. Algo mucho más profundo que una mera afición o un pasatiempo. Me habían dado una razón de ser, por expresarlo de una forma un tanto burda, y ahora debía hallar otra.

Por ahora dejémoslo en que, superado el ciclo de cautiverio, salvo por uno que otro gato, dos o tres peces y el ocasional ajolote, nunca volví a tener animales confinados. No es que mi fanatismo por las criaturas de sangre fría haya disminuido; de hecho, a la fecha sigo pensando en aquella etapa de mi vida, y en los animales que tuve, varias veces al día. Supongo que así son las obsesiones, aunque puede cambiar la manera en la que interactuamos con estas, la verdad es que estamos condenados a rendirles culto mientras sigamos respirando. Ya lo dicen los alcohólicos anónimos: las adicciones no se curan, solo se controlan.

En el 2008 emigré de México por varios años —viví primero en Londres, donde realicé el posgrado, y posteriormente en Berlín, donde comencé a escribir— y retorné a mi aproximación infantil hacia la fauna: si deseaba tener contacto con los animales propios de mi devoción, tenía que ser en sus entornos particulares. Salir a buscarlos. Observarlos sin intervenir más de la cuenta. Intentar gozar de ellos en los escasos remanentes del mundo silvestre que aún perduraban, mientras aún fuese posible hacerlo. Fue de esta manera como llegué al Amazonas y posteriormente a las islas.



Intermedio: guía práctica para sobrevivir al ataque de una anaconda en la selva

Cuando aterrizas en el Amazonas lo primero que llama tu atención es lo cargada que está la atmósfera. No es tanto el calor, sino lo denso del aire. Es casi como si lo pudieras masticar. Lo segundo es lo distante que todavía queda la selva. Y es que una vez en tierra, aquel inmenso mar de verdor efervescente que se veía desde la ventanilla de la avioneta no presenta una trama tan ceñida como desde las alturas. Vegetación exuberante sí hay por todos lados, pero el bosque primario no se observa de inmediato.

De hecho, ese santuario prístino, poseedor de una biodiversidad inconmensurable, está en realidad bastante más lejos de lo que imaginabas. Para llegar hasta tal edén biológico, y poder atestiguar en carne viva las páginas del *National Geographic*, aún será necesario pasar horas dormitando sobre un camión de redilas destartado, casi desnucarte a bordo de un jeep que se abalanza sobre las rocas lodosas como si se tratara de asfalto y después remontar el río encaramado en una panga con estruendoso motor fuera borda durante media jornada más. Todo esto mientras batallas contra escuadrones de mosquitos y haces lo posible por no deshidratarte.

Pero vaya si vale la pena. Estás hecho trizas, es cierto. Cuentas ya con cientos de piquetes sobre la piel, y no solo de insectos conocidos por la ciencia, tu ropa está completamente encharcada de sudor y encima la única torta que cargabas para el trayecto la terminaste de digerir hace dos medios de transporte. No obstante, los árboles gigantes tapizados por bromelias que se levantan ante ti te hacen olvidar rápidamente tus aflicciones.

Por un momento te invade una profunda epifanía. Estás inmerso en la naturaleza en todo su esplendor: guacamayas y mariposas surcan el aire, en los márgenes del río descansan numerosos caimanes, sobre el dosel forestal descubres la primera tropa de monos de las muchas que verás en los días sucesivos y las sombras envuelven promesas de tapires, osos hormigueros y capibaras. Detienes la mirada sobre los brotes espirales de los helechos

arborescentes y es entonces cuando por unos segundos tienes la impresión de que un poderoso equilibrio reina en la floresta. Sin embargo, tal concepción romántica está muy alejada de la realidad. Este es el mundo silvestre: aquí la lucha por la supervivencia no tiene tregua, comer o ser comido es la única constante. ¿Qué se puede decir de un sitio en el que hasta las plantas pelean entre sí por los escasos rayos solares que se filtran entre el follaje y penetran hasta el suelo? Quizá Werner Herzog tenga razón cuando declara que, para los habitantes de la selva, la existencia transcurre en continuo estado de guerra.

En la jungla se vive atrapado en el presente. Día a día, como lo hacen los alcohólicos en recuperación. Al final de la jornada, el mayor logro es no haber terminado en las garras de alguna fiera. Y esto es patente para todas las criaturas circundantes: incluyéndote a ti.

Afortunadamente para el humano visitante, son más bien escasos los animales que en verdad podrían comerte o causarte un daño irreparable. Entre los no mortales quizá los más temidos sean las sanguijuelas. Y con razón de causa, pues es sumamente ingrato sorprender a un gusano resbaladizo y lustroso succionando tus tejidos. ¿Cómo consiguen infiltrarse invariablemente dentro de tu fortaleza de prendas especiales?, es un enigma que jamás podrás resolver. Lo que es seguro es que una vez sorprendido al ectoparásito hematófago durante el banquete ya es demasiado tarde: más vale permitirle beber tu plasma sanguíneo con tranquilidad hasta que se sacie, o de otra manera te enfrentas a la posibilidad de que vomite sus intersticios rebosantes de patógenos y te provoque una infección incurable por estas latitudes.

La selva tampoco es un entorno propicio para aquellos caminantes que sufren de aracnofobia. Hay demasiados seres de ocho patas presentes en el Amazonas como para que su imagen cause conmoción. No obstante, dentro de esta exorbitante diversidad arácnida solo una especie resulta realmente peligrosa para el adulto promedio: la migala. Una imponente tarántula que rebasa los diez centímetros de envergadura y cuya mordedura libera un veneno poderoso. Otros organismos que podrían llegar a generar molestias ligeras incluyen alacranes, ciempiés gigantes, avispas y hormigas león. Abriendo el apartado de bestias con posibilidades antropofágicas, habría

que mencionar al jaguar. Ese hermoso felino de emblemático pelaje moteado y su variante completamente negra, conocida como pantera, con facilidad podrían incluirte dentro de su menú. Sin embargo, los registros de ataques mortales son contados en nuestros días. Más peligrosos son, sin lugar a dudas, los cocodrilos. Aunque mientras uno se abstenga de refrescarse en el río, podríamos decir que en general se está a salvo de sus fauces.

Pero las anacondas pertenecen a un ámbito distinto. Para las serpientes más corpulentas del mundo las personas figuramos como presas incitantes. Posiblemente seamos incluso más incitantes que la mayoría de los otros animales, pues, afrontémoslo, los monos desnudos somos extremadamente fáciles de cazar y, comparados con el resto de los organismos de nuestro tamaño, somos francamente débiles. Si opusiéramos resistencia, una compresión ligera de los músculos escamosos del ofidio bastaría para bloquear el torrente sanguíneo que fluye por nuestras venas. ¿Qué hacer entonces ante el embiste reptiliano? ¿Existe una manera de que un modesto homínido sobreviva al ataque de una serpiente de diez metros de largo y más de cien kilos de peso? La respuesta es sí, pero requiere de un poco de paciencia y una templanza de acero.

Antes de comenzar a enumerar los pasos que se han de seguir, es importante aclarar que esta guía práctica solo funciona en el caso de un ataque nocturno y furtivo.* Si a la serpiente gigante le diera por desplomarse sobre uno desde la copa de un árbol (tal y como lo hacen en algunas ocasiones), la verdad es que no hay escape posible. Como tampoco habría salvación si la fiera constrictora te atrapara dentro de un pantano. Cualquier lucha cuerpo a cuerpo tratándose de un ejemplar de proporciones considerables lleva implícita tu derrota. No obstante, lo más probable es que si te llegas a encontrar en la penosa situación de que una anaconda pretenda engullirte, la operación tenga lugar durante la noche, en cuyo caso sí hay un atisbo de esperanza. Lo que sucede es que las titánicas serpientes son perezosas; si en su búsqueda nocturna dan con una posible presa dormida, muchas veces eligen ahorrarse la energía necesaria para constreñirla y comienzan a intentar engullirla de inmediato. Y justo gracias a este factor podrías salir airoso del evento.

Es posible que la anaconda haya llegado al campamento atraída por el calor de la fogata y que tras haber olfateado un poco el vecindario le quede claro que el bocado se encuentra dentro de la tienda de campaña. Abrir la puerta no le significa mayor esfuerzo, su lengua bífida hipersensible la guía sobre la superficie plástica hasta que encuentra el orificio en los cierres. Luego insiste con su cabeza chata hasta que consigue penetrar en el refugio. Disloca la mandíbula salivando por el banquete que se avecina y sin más preámbulos se mete en la boca los pies que descansan frente a ella.

Digamos que este es el momento en el que te despiertas. La extraña sensación de tener los pies mojados y el movimiento intenso de las paredes de la tienda de campaña te sacan de un sueño profundo. Abres los ojos para comprobar con terror que la serpiente avanza sobre tus tobillos. Recuerda que debes evitar a toda costa la reacción natural de intentar doblar las rodillas para zafarte del hocico de la bestia. Eso solo la irritaría. Y si el depredador percibe la más mínima resistencia por parte de la presa, cambiará de parecer y su aproximación pasará de la pasividad alimenticia a modalidad violenta, lo cual significa que te abrazaría con su poderoso cuerpo y te constreñiría hasta aniquilarte. Y eso, desde luego, es algo que no quieres.

Quizás entonces voltees a ver el machete con ansia. El impulso de tomar el arma y enterrársela con todas tus fuerzas al dragón se hace imperante. Pero debes contenerte. No habría manera más efectiva de enfurecer al animal que herirlo. Y matar de un solo tajo a una serpiente de estas proporciones es simplemente imposible. Si la intención es vivir para contarle, habrá que proceder con suma cautela. El secreto está en emular al monje y no al ninja. Me temo que, en este caso, la paciencia será tu máxima virtud. El objeto es permitir, por ahora, que el reptil continúe tragando.

El proceso de deglución es lento, similar a desenrollar un calcetín sobre tu cuerpo. Probablemente cuando la boca rebase la altura de tus rodillas vuelvas a experimentar la necesidad de dar batalla. Después de todo, la imagen de tener un tercio de tu ser en el interior de una culebra gigante puede resultar perturbadora. Pero resiste. Ya casi se presenta tu única oportunidad y debes sacarle el máximo provecho.

Por cierto, si no te encuentras acostado boca arriba, en posición horizontal, sería un gran momento para corregir la postura. De otra manera la estrategia no tendrá éxito. Lo que tienes que hacer en este momento es sacar la navaja Victorinox que llevas en el bolsillo o en un estuche que pende de tu cinturón —si no es así, puedes ir formulando tus últimas palabras—. Muévete con sumo cuidado, no quieres llamar la atención de ya sabes quién.

Extrae la hoja grande de la navaja y sujétala de manera que el filo apunte hacia arriba. Tómala entre las dos manos. Baja los brazos y gira las muñecas para que la hoja metálica quede paralela a tu cuerpo, más o menos a la altura de la cintura. Si parece que con la punta de la navaja señalas el lugar donde minutos antes estaban tus pies, es que lo estás haciendo bien. Si no, ¿a qué esperas?

Aguanta en esta posición el avance del ofidio. Deja que su cabeza atrape tus brazos. Ahora comienza la parte más dura: más de la mitad de tu cuerpo desaparece hacia el interior de la bestia. Sin lugar a dudas, es lo más impactante que has experimentado (si no es así, no quiero ni preguntar en qué sitios te has ido a meter). Prepárate, se avecina tu única ventana de oportunidad: en el instante preciso en el que las fauces del monstruo alcancen tus codos, dóblalos hacia arriba con toda la fuerza que tengas. La navaja se clavará en el paladar de la serpiente alcanzando su cerebro. Tira con ímpetu en la dirección de tu cabeza. Si lo haces bien, rebanarás por la mitad toda la cara del animal y le producirás una muerte instantánea.

Felicidades: te has salvado. David ha derrotado a Goliat. Emerge del cadáver cuanto antes y toma un baño. Su saliva es corrosiva y conlleva el riesgo de enfermedades. Si eres del tipo presumido, querrás hablarle a un taxidermista para que conserve la piel. Si no, esta improbable victoria quedará solo entre tú y la naturaleza.

Museo viviente

SEGUNDA PARTE: LIBERTAD (LAS ISLAS)

Jadeantes de niebla y agotados, los árboles se
yerguen en este mundo irreal, en una miseria
irreal; y yo, como en la estrofa de un poema en
una lengua extranjera que no entiendo, estoy allí,
profundamente asustado.

WERNER HERZOG, *Conquista de lo inútil*

Si solo puedes llevar una cosa a una expedición
selvática, carga contigo un salero y no una navaja.

REDMOND O'HANLON,
En el corazón de Borneo



Islas Galápagos, Ecuador

En lo que a parajes naturales y evolución respecta, en el imaginario colectivo pocos entornos superan al archipiélago de las Galápagos. Hito biológico, edén marítimo, poderosos farallones volcánicos que se levantan entre las olas cobalto del océano Pacífico. Territorio deslumbrante de tortugas gigantes, iguanas marinas, pájaros bobo de patas azules y pingüinos tropicales. Colonias nutridas de lobos marinos asoleándose sobre sus flancos; pinzones, albatros y cormoranes de buches rojos anidando entre la ríspida vegetación. Crisol de criaturas peculiares, en su mayoría exclusivas de estos lares e imperturbables ante los pasos atónitos del visitante. Punto de encuentro entre corrientes oceánicas, costas vibrantes y rebosantes de vida, ballenas, delfines, tiburones, rayas gigantes y medusas; cientos de especies de peces brillando sobre el arrecife. Floreana, Isabela, Fernandina, Marchena, islas consagradas al grado de «Meca científica» desde aquella expedición emblemática de Charles Darwin y la subsecuente publicación de su célebre obra *El origen de las especies*. Si para los naturalistas existe algo parecido a la Tierra Santa, este es el sitio.

Ficha 1

Latitud: 0°40'0" S **Longitud:** 90°33'0" W / justo sobre el paralelo 0° (línea ecuatorial)

Localización: Océano Pacífico, a 972 km de la costa ecuatoriana (América del Sur).

Tamaño: 7.970 km² repartidos entre 13 islas principales, 6 menores y 107 rocas e islotes.

Población: 33.042 habitantes (censo 2020) / 200.000 visitantes anuales máximo.

Vegetación: La mayor parte de las islas presenta vegetación seca o semiárida y las zonas más elevadas de algunas de las islas más grandes, vegetación tropical. La flora incluye poco más de 500 especies de plantas vasculares originarias (de las cuales 180 son endémicas).

Fauna: Buena parte de los animales presentes son endémicos. Tortugas gigantes, iguanas marinas y terrestres, serpientes, leones marinos, pingüinos, pinzones, cormorán no volador, búhos, pelícanos, ballenas, delfines, más de 300 especies de peces y cerca de 2.000 invertebrados. El único grupo de vertebrados no presente es el de los anfibios.

Estatus de conservación: El archipiélago conforma la segunda reserva marina más grande del planeta, desde 1959 figura como

parque nacional y desde 1978 es Patrimonio de la Humanidad de la unesco. Se considera como una provincia biogeográfica prioritaria.

Sala de proyecciones 1: Borrando mis genes de la evolución en la tierra prometida de Darwin

Siempre pensé que mis días podrían acabar a merced de una fiera desquiciada, pero jamás que esto sucedería tan pronto y menos con un animal por el que normalmente sentimos simpatía. Sin embargo, aquí estoy: flotando aterrado en aguas abiertas ecuatoriales, con el visor ligeramente empañado y apretando las mandíbulas con fuerza contra el snorkel al tiempo que oteo hacia las profundidades marinas intentando anteceder de dónde vendrá el siguiente embiste de la fiera.

Al menos tuve la dicha de haber pasado la última semana explorando el paraíso, me digo, procurando reconciliarme con el hecho de que tengo apenas diecisiete años y la sospecha desagradable de que, si no salgo del agua, quizá nunca llegue a ser adulto.

Saco por un momento la cabeza a la superficie, solo para corroborar lo que ya me indicaban mis oídos: la lancha no se ve por ningún lado. Pienso en intentar alcanzar el promontorio de rocas de la orilla, pero las olas impactan con tal fuerza contra el parapeto recubierto de erizos que me desaniman. Sumerjo de nuevo la cabeza y es entonces cuando adivino la sombra azulada que se proyecta de manera vertiginosa desde el abismo.

Quizás exagero. Probablemente la bestia no tenga intenciones asesinas. No obstante, sus amplias fauces podrían dejarme tullido. Reparo en lo irónico que resultaría quedar vedado de menesteres reproductivos estando precisamente en el lugar que legó al mundo la teoría de la evolución por selección natural (o, bueno, que al menos proveyó a Darwin de ciertos elementos para que tiempo después amasara su tesis seminal).

En términos generales, las Galápagos se erigen como el más apacible de los ambientes silvestres. Sin grandes depredadores de los cuales tener que cuidarse, sin presencia de arácnidos o serpientes venenosas ni estampidas de rumiantes celosos. No por nada la fauna que merodea en

este edén ha evolucionado hasta mostrarse completamente indiferente ante el resto de los habitantes que salpican el paisaje (incluyendo a los homínidos que frecuentan sus costas desde hace un par de siglos). Claro, siempre y cuando uno se encuentre sobre tierra firme y no en el agua, medio en el que las condiciones son ligeramente distintas.

Los escualos son depredadores omnipresentes en el archipiélago y en su mayoría no representan riesgo para los humanos, cuando menos aquellas especies que abundan en el arrecife y en aguas someras (tiburón de las Galápagos, de puntas negras y de puntas blancas), aunque en la zona pelágica también rondan tiburones a los que sí resulta conveniente tener un poco más de respeto, como el tigre y el martillo (que patrullan la reserva en bancos de cientos de individuos).

De cualquier manera, no es un tiburón lo que me preocupa en este momento, sino un mamífero. Un pinnípedo altamente territorial, de constitución musculosa y dientes puntiagudos, y férreo sultán de su harén en plena época de apareamiento. Se podrá pensar que los leones marinos son relativamente inofensivos, pero solo si nunca se ha estado en las inmediaciones de un enorme macho alfa ofuscado por la intromisión de uno en sus dominios.

Cuando Darwin llegó a las Galápagos en 1835, lo hizo a bordo del bergantín *HSM Beagle*, bajo la tutela del capitán Robert FitzRoy y con el cometido de trazar un mapa detallado de las costas latinoamericanas para la Corona británica. Yo, en cambio, fui arrastrado hasta aquí por el impulso ecoturístico de mi mamá y de Álvaro. Es el verano de 1999 y este es nuestro primer viaje internacional como familia.

El archipiélago está conformado por diecinueve islas de diferentes tamaños y numerosos islotes que desde el aire asemejan una pequeña constelación de rocas perdida en alta mar. Una galaxia volcánica en mitad de la inmensidad líquida. Llevamos casi dos horas de vuelo desde que despegamos de Guayaquil y, antes de divisar los contornos rugosos de las islas por la ventanilla del avión, no vi ni un solo manchón de tierra interrumpiendo el manto plateado del oleaje.

Si la travesía desde el continente se hiciera en barco en lugar de en avión, uno demoraría tres días en llegar desde el punto más cercano. En la dirección opuesta, la siguiente irrupción en el globo terráqueo es la isla de Pascua (a 3.562 km en dirección sudoeste) y siguiendo una línea recta, la Polinesia. Así de apartadas están las Galápagos del resto del mundo (y ese aislamiento es una de las claves de que su biota sea tan singular).

La verdad es que los *tours* con itinerario preestablecido, de esos que te arrean como ganado de un sitio destacado al siguiente conforme el guía grita por un altavoz, nunca han sido del agrado de mi familia. Sin embargo, para poder atestiguar el esplendoroso reino de las tortugas gigantes en carne viva no parecía haber otra opción, ya que solo cuatro islas cuentan con asentamientos humanos y no existe transporte público entre el resto (que, además, no están tan cerca una de la otra como parece desde el aire).

El avión aterriza sobre la accidentada pista del aeropuerto insular de Baltra, que data de la segunda guerra mundial, y después somos conducidos hasta el vetusto barco que durante las siguientes dos semanas habremos de llamar hogar. Desde luego que la embarcación (como la mayoría de las demás que aguardan en el muelle) lleva inscrito el nombre *Beagle II*, a pesar de no asemejarse en lo más mínimo al elegante navío de vela en el que Darwin vivió a lo largo de los cinco años que duró su travesía.

Nuestra ruta incluye paradas en varias islas en compañía de un guía local y unos veinte turistas de distintas nacionalidades con los que la convivencia cotidiana será forzosa (y a juzgar por las dimensiones del navío, estrecha). Durante el día exploramos el medio terrestre caminando o nadamos sobre arrecifes inmaculados; por las noches, navegamos.

Tras un par de jornadas a bordo, tres cosas resultan evidentes: conciliar el sueño en una litera diminuta mecida por el oleaje es sencillamente imposible, a Walter (el suizo con el que comparto el camarote) no le gusta sonreír ni bañarse y el único aspecto en el que ambas expediciones sí atinarán a asemejarse es la comida —engrudo de avena, huevos duros, espagueti con ketchup, pescado carbonizado, piña en almíbar.

No obstante, las pobres condiciones gastronómicas y el hacinamiento del barco no alcanzan a eclipsar el éxtasis desatado por el panorama que nos envuelve. Acantilados escarpados disparándose trepidantemente entre el

cian y el turquesa del mar, cientos de volcanes (al menos ocho de estos activos), campos de lava, playas de arena negra, verdosa y rosada. Cada isla, islote y farallón con el que nos vamos cruzando parece ser rotundamente distinto a los que lo rodean. Cada porción emergida de tierra, su propio mundo en miniatura. Algunos son rocosos y agrestes; otros, selváticos y exuberantes. Hay macizos de piedra más pequeños que una cancha de tenis que cuentan con su propio volcán. Imposible no pensar en el libro de *El Principito*, con sus planetas diminutos.

Pero si el paisaje ya es extraordinario, la explosión de biota que se derrama por doquier es lo que realmente satura los sentidos. No importa en qué dirección mires, te cruzas invariablemente con algún animal o planta extravagante, un tercio de los cuales no existe en ningún otro sitio (en no pocas instancias ni siquiera en las islas adyacentes). El aire, las aguas, las playas y esas crestas de promontorios volcánicos que emergen por todos lados están literalmente infestados de vida. Iguanas marinas asoleándose en montones sobre las rocas, iguanas de monte masticando cactus con devoción, tortugas del tamaño de una mesa de sala, pájaros bobos de patas azules y rojas y hasta pequeños pingüinos —que mi mamá no para de decir que parecen como de *Alicia en el país de las maravillas*—. La diversidad y abundancia de criaturas resulta francamente sorprendente, no queda duda, pero la actitud de los organismos quizá lo sea aún más. No solo no huyen ante los pasos estupefactos de los homínidos (tan acostumbrados a importunar la tranquilidad de la floresta), sino que continúan con sus actividades como si uno no existiera. Tal es su grado de obnubilación que, si no se tiene cuidado, continuamente se arriesga uno a tropezar con los leones marinos que están amamantando a sus crías sobre la arena.

De hecho, este fue uno de los aspectos que más llamó la atención de Darwin de la copiosa zoología local: su falta total de precaución ante el visitante humano. En opinión del gran naturalista, la conducta inusualmente relajada de los animales se debía en parte a la ausencia de depredadores terrestres de gran tamaño, así como al aislamiento geográfico de la localidad, condición que los mantuvo cobijados durante largo tiempo de la nefasta interacción con el humano.

En su bitácora de campo, el joven científico (que, aunque después cambiara de parecer y elevara el nombre de las islas a grado de Tierra Santa del naturalismo, en su primera visita francamente despreció las Galápagos, comparándolas con «lo que uno podría imaginarse al evocar las regiones cultivadas del infierno») dejó inscritas anotaciones respecto a un experimento que realizaba en el que levantaba a una iguana marina de su letargo y la lanzaba con fuerza hacia las olas. Para su sorpresa, tras impactar contra el agua, el reptil emergía nadando y con semblante imperturbable volvía a tumbarse en su sitio habitual. La acción del observador fue repetida y la reacción del reptil no cambió. Darwin asegura que llegó a lanzar al mismo individuo quince veces seguidas y la respuesta del impávido saurio fue siempre la misma.

Tristemente, la carencia de alarma por parte de las fieras las transformó en presa fácil para los marineros que comenzaron a frecuentar las islas en el siglo XVIII. Piratas, balleneros, exploradores y demás navegantes acostumbraban a capturar tortugas gigantes por docenas para llevarlas a bordo, volteadas sobre su caparazón o encadenadas en la bodega, a manera de despensa viviente. Carne fresca para la larga travesía. El saqueo de tortugas en las Galápagos llegó a ser de tal índole que en un lapso de tan solo un par de siglos dos especies fueron empujadas a la extinción. Cuando el *Beagle* zarpó hacia la Polinesia, por ejemplo, lo hizo con más de treinta de estos quelonios sobre cubierta. Otros buques se llevaban cientos.

El propio Darwin degustó con placer la carne de distintos especímenes insulares. Corrían otros tiempos, aún no se revelaba el desastre ecológico sin precedentes que causaríamos, por lo que consumir carnes exóticas era algo relativamente bien visto. Durante su estancia como estudiante en Cambridge, el joven naturalista llegó a fundar un club dedicado a la cata de animales desconocidos para el paladar occidental. Sobre las iguanas de las Galápagos concluyó: «Estos lagartos, cuando se cocinan, producen una carne blanca del gusto de aquellos estómagos que están más allá de todo prejuicio».

Calculo que es el décimo día desde nuestro arribo, aunque a veces me parece que llegamos apenas hace dos días y en otros momentos siento como si lleváramos un mes aquí, cuando me encuentro en la penosa situación de estar siendo asediado por un macho alfa de león marino.

¿Qué habré hecho para desatar su rabia? —me pregunto, al tiempo que el descomunal mamífero pasa a unos centímetros de mi flanco izquierdo.

Giro el cuerpo para observar con angustia a la rotunda silueta desvaneciéndose entre la inmensidad azul. ¿Habrá sido porque oriné en el agua?, medito, sin saber si los mamíferos marinos marcan su territorio del mismo modo que lo hacen los terrestres.

Los leones marinos de las Galápagos, *Zalophus worrebaeki*, conforman colonias de cientos de individuos a razón de varias decenas de hembras por cada macho (la población total del archipiélago ronda los cincuenta mil ejemplares). Durante la época de apareamiento, los combates entre contendientes al derecho de procreación son rutinarios. Cuando un semental se hace con su harén particular lo resguarda con recelo y no duda en arrollar a quien se cruce en su camino. No es inusual que las trifulcas acaben en baños de sangre.

Antes de abandonar la lancha nos advirtieron de que tuviésemos precaución con los machos. Por fortuna, no parecía haber ninguno cerca, así que nos abrochamos nuestros chalecos y saltamos emocionados al agua. Llevábamos como veinte minutos retozando con las crías y las hembras cuando me aparté un poco del grupo para vaciar la vejiga. Fue entonces cuando lo avisté por primera vez: una figura imponente que comenzó a circular en torno nuestro como a unos quince metros de distancia. Seguí su movimiento circundante hasta que se zambulló.

No sé cuánto tiempo habré pasado hipnotizado por el tamaño de la bestia, pero cuando reparo en ello noto que estoy completamente solo. Fuera del agua, sobre el farallón de rocas, las hembras me observan con aire ominoso. O al menos eso es lo que parece, aunque puede que sea solo producto del pánico. Y es que pocas cosas te hacen sentir tan vulnerable como encontrarte en aguas profundas con una fiera que, si le viniera en gana, podría desmembrarte. Imagino que algo parecido debe de sentirse al

darte de bruces con un oso pardo en el interior de una caverna y que tu linterna se apague de improviso.

No estoy seguro de que existan muchos registros de encuentros fatídicos con leones marinos, pero sí con focas leopardo en el ártico y elefantes marinos en otras regiones del Pacífico. De cualquier modo, aunque no alcancen las dimensiones de sus parientes más peligrosos, estamos hablando de carnívoros fornidos, que pueden llegar a medir dos metros y medio de largo y rebasar los doscientos cincuenta kilos, con hocicos fuertes, dientes afilados y una habilidad notable para la natación. Digamos que la comparación con los leones no es del todo gratuita, solo que los ejemplares de mayor tamaño de los marinos son algo más grandes que los depredadores africanos y, estando en el agua, quizás incluso más ágiles que los felinos en tierra.

«¿Dónde estarán los demás?», me pregunto, pero ni tiempo tengo de reflexionar porque en ese preciso instante el enorme mamífero aparece de entre las sombras y se abalanza sobre mí.

La primera embestida es de reconocimiento. Pocos centímetros antes de alcanzarme, la silueta se desliza por mi costado casi rozándome las costillas. Es gigante, parece como un oso gordo de pelaje corto, impresión que no está tan alejada de su árbol filogenético, ya que los úrsidos (la familia de mamíferos a la que pertenecen los osos) son los parientes más cercanos de los pinnípedos (la familia que comprende a leones marinos, morsas y focas). Para empeorar las cosas, me doy cuenta de que mi atacante está tuerto de un ojo, lo cual sin duda lo dota de un aspecto aún más intimidante, pero además es huella patente de un pasado violento. Vamos, que estoy ante un gladiador consumado y esa es mala señal.

Se me ocurre que un buen epitafio podría rezar: «Es solo ante la inminente contienda con otros animales cuando el humano comprende su insignificancia». Giro sobre mí mismo intentando adivinar de dónde vendrá el siguiente avance de la bestia, pero solo alcanzo a divisar agua revuelta y sombras.

Probablemente mi madre no lo supiera al elegir venir a las Galápagos, pero de todas las clases de animales peculiares que merodean en esta constelación remota de lava congelada y volcanes el caso más singular es el de los reptiles.

De acuerdo con sondeos del colectivo científico Tropical Herping, de las cincuenta y ocho especies presentes, cuarenta y ocho son endémicas del archipiélago, lo que equivale al ochenta por ciento. Es decir, que la inmensa mayoría de tales organismos solo existen aquí. Debido a su doble aislamiento (del resto del mundo por un lado y entre sí por el otro), estas islas son como pequeños caladeros evolutivos. Laboratorios de especiación, si se prefiere, que encaminaron a que los representantes ancestrales de los distintos taxones que colonizaron su superficie poco a poco fueran divergiendo en términos filogenéticos de sus semejantes.

Quizá las tortugas gigantes sean el mejor ejemplo. Los emblemáticos galápagos a los que alude el título geográfico del archipiélago, de los cuales llegaron a existir catorce especies distintas (solo sobreviven doce), cada una oriunda de una isla en particular. Cada una de estas, una especie única e irrepetible de quelonios titánicos cuya población completa se restringe al relieve volcánico donde habita (en ocasiones limitándose solo a un área específica de este): galápagos de Pinzón, de San Cristóbal, de Santa Cruz, de Cerro Azul, del Volcán de Wolf, de Sierra Negra, etcétera. Algunas ostentan caparazones abombados, como cúpulas o con forma de iglú; otras, alargados y planos, referidos como «de silla de montar». Aunque a decir verdad, si eso fuera lo que uno tuviese en mente, se podría cabalgar sin problemas sobre el lomo de cualquiera de dichas especies; así de grandes son estos quelonios, que llegan a pesar cuatrocientos kilos y que, con sus cuellos alargados, patas que recuerdan a las de los elefantes y medias de edad que superan los cien años, encarnan en sí mismos la gracia de la perdurabilidad.

Por el lado de las iguanas hay cinco especies diferentes. Aparte de la icónica iguana marina (único saurio del mundo con hábitos semejantes), está la terrestre predominante (con su distintiva coloración dorada y escamas trapezoides sobre la cabeza) y los híbridos entre ambas especies.

Además, en el norte de isla Isabela habita una grandiosa iguana rosada, y en Santa Fe, una color plata.

Las serpientes, por su parte, se encuentran representadas por una especie marina y nueve colúbridos, ofidios de tamaño mediano con patrones de listones longitudinales trazados en ocre, cafés, pardos y sienas. Si bien algunas de estas culebras poseen un veneno de potencia relativamente baja, en general se consideran inofensivas para el ser humano. A eso se suman una decena de lagartijas de lava, con sus escamas puntiagudas características, tres de geckos y cinco de tortugas marinas que frecuentan las costas para comer y desovar.

Justo cuando el guía nos está hablando sobre las tortugas gigantes y sus procesos evolutivos escucho por primera vez algo que me dejará marcado de por vida:

—En las islas tropicales, Godzilla es más probable que King Kong — dice, pero en un inglés difícil de comprender.

Esta es una de las actividades rutinarias de nuestro viaje. Antes de la cena, el grupo de turistas variopintos (ya para el cuarto día de expedición, más bien todos bastante rosáceos debido al sol ecuatorial) se apretuja dentro de la salita adyacente al comedor del barco para atender a las peroratas de nuestro guía.

No lo hace mal, es un tipo carismático y sus exposiciones van acompañadas por libros y fotografías, el único inconveniente es que su inglés es casi indescifrable. Para nosotros esto no representa mayor problema, pues usualmente nos sentamos con él a la mesa (siendo que, además de la tripulación y una familia chilena, somos los únicos a bordo que hablamos español) y tenemos oportunidad de que nos repita toda la información en nuestro idioma. Así que durante la cena le pregunto a qué se refería con aquello de Godzilla y King Kong.

El buen guía me revela que se trata de una especie de principio biogeográfico. Una tendencia evolutiva que responde por un lado al límite de recursos disponibles en un área acotada por defecto —como lo es una isla—, y por el otro, al metabolismo de los organismos, el cual, en el caso de los reptiles, que no controlan su temperatura de manera interna (y dependen, por tanto, de la del medio), es notablemente más bajo que en el

de los mamíferos, que sí lo hacen. En consecuencia, las demandas energéticas de ambos grupos discrepan significativamente: los reptiles necesitan alimentarse con menor frecuencia que los mamíferos, además de que son capaces de almacenar gran cantidad de nutrientes en sus tejidos, y es por ello que, siempre y cuando las condiciones climáticas sean las adecuadas, resultan más eficientes para la existencia confinada a una masa de tierra rodeada por agua en la que los recursos son restringidos. Se estima que las tortugas de las Galápagos, por ejemplo, pueden llegar a sobrevivir hasta un año sin consumir alimentos ni líquidos.

Y si a esto le sumamos unas cuantas decenas de millones de años para que la selección natural tenga oportunidad de poner en marcha sus artilugios, lo que puede esperarse (y en muchos casos observarse) es que los reptiles insulares tiendan a hacerse más grandes, mientras que los mamíferos —cuando menos los terrestres—, más pequeños. Este proceso desencadena toda una derivación de variables selectivas accesorias que se van entremezclando, como el riesgo de depredación y las diferencias en tasas reproductivas, que si acaso refuerzan la tendencia de los reptiles a tornarse cada vez más grandes. Resumiendo: en la ecología hermética de las islas que salpican los trópicos es más factible hallar reptiles gigantes que mamíferos colosales; Godzilla se impone sobre King Kong.

—Por supuesto que no es una ley —me aclara el guía, quizá percatándose de que me encuentro tan absorto por sus palabras que he olvidado comer—. En el mundo silvestre, las leyes no existen —sentencia con resolución—, pero piensa en los dragones de Komodo, en las pitones gigantes de Filipinas e Indonesia, en las iguanas rinoceronte de las Islas Caimán o en esas otras tortugas gigantes que habitan en las Seychelles.

Él no lo sabe, pero en el interior de mi cráneo está aconteciendo un cortocircuito. Con cada uno de los organismos y parajes que va mencionando se afianza una sinapsis fresca y poderosa; una invasión ceñida de redes neuronales y cascadas de neurotransmisores que se incrustan en mi psique de manera irreparable y que ya nunca me dejarán en paz. Una urgencia difícil de controlar me recorre el cuerpo: quiero salir corriendo y viajar a todos esos sitios a la vez. Necesito verlos. Perderme en su espesura. Convertirlos en parte de mi historia.

Algún día, me digo en voz baja, algún día. Mientras tanto, cuento con una nueva obsesión que atesorar: las islas.

Llámenme ingenuo, pero tengo la sensación de que si logro divisar a la bestia antes de que me arrolle podré quitarme de en medio y entonces, tal vez, alcanzar el promontorio de rocas sobre el que descansan las hembras (esos erizos puntiagudos que sobresalen entre los impactos de las olas ya no me parecen una opción del todo nefasta, y una vez fuera del agua no tendría problemas en burlar al monarca del harén si es que le diera por perseguirme).

Es una tontería, desde luego. Una ilusión rupestre propia de un primate desamparado en un medio al que no pertenece. Como si fuera siquiera posible esquivar la carrera del furioso rinoceronte acuático estando en sus dominios. Sin embargo, me alienta abrazarme a la idea de que existe un atisbo remoto de controlar la situación.

Me invaden dos impulsos contradictorios: me gustaría hacerme un ovillo, no mover ni un músculo, contraerme en posición fetal y desaparecer; por otra parte, algo me dice que tengo que estirar las extremidades a su máxima dimensión, chapotear con locura. Mostrarme como un contrincante terrible, o al menos molesto, en espera de que el gladiador se lo piense dos veces antes de pretender liquidarme.

«¿Cuánto tiempo habrá transcurrido desde su último embiste?», me pregunto, comenzando a albergar la esperanza de que quizá se haya olvidado de mí.

Siento que estoy perdiendo segundos valiosos. Debería comenzar a nadar hacia las rocas de inmediato. Probablemente esta será mi única oportunidad. Con la cabeza sumergida y la mirada atenta, doy dos brazadas torpes en esa dirección y me detengo en seco. De súbito el rotundo rostro de un solo ojo se materializa nuevamente. Achica la distancia a gran velocidad y lleva las fauces abiertas de par en par. Desde luego que jamás había tenido posibilidades reales de evadirlo: es una locomotora marina de carne y hueso. Una arcada es la única reacción que soy capaz de emitir.

Conforme el amargo reflujo gástrico inunda mi boca, sucede algo desconcertante. Percibo una intromisión a mis espaldas. Un tirón que me jala con fuerza a la altura de la nuca. Tardo unos instantes en comprender lo que está sucediendo. Me estoy elevando fuera del agua, pero yo no he hecho nada por conseguirlo. Veo el enorme contorno de la bestia alejándose de mí y casi de inmediato es el espejo de la superficie el que se está distanciando de mi posición. Describiendo un arco de ciento ochenta grados en el aire, impacto contra algo sólido y plano.

En ese momento lo comprendo: estoy postrado sobre la cubierta de la lancha. Debieron de haberme sacado cargándome del chaleco. No he terminado de reparar bien de qué manera sucedió la coreografía cuando desde mi posición horizontal observo cómo uno de los lancheros repele al león marino asistido por un remo.

«Estoy a salvo, estoy a salvo», es lo único que puedo musitar. Suspiro. Me tiemblan las manos. Procuro calmar la taquicardia y contener el reflejo de vómito. Alguien me pasa una botella de agua. Le doy un trago largo y solo entonces me percató de que el que me la pasó fue el guía. Él me da unas palmadas amigables en la espalda.

Tras recuperarme un poco, le pregunto si pensaba que el macho iba a mordirme. Sube los hombros a manera de respuesta. Después le pregunto qué habría pasado si no me hubiesen sacado del agua. Me contesta que probablemente mi mamá los habría demandado y se carcajea.

Puede ser que se deba a la sobredosis de adrenalina que inunda mis tejidos, pero por un instante me cruza por la cabeza que en la capa más recóndita de mi fuero interno mi ADN —esos genes egoístas que ansían ser legados a la siguiente generación— le estará agradecido de por vida a este hombre que no sé si está riéndose de su propio chiste o de mí. Los demás turistas me observan con una de esas miradas que parecen querer expresar que creen que eres un tanto imbécil. Decido ahorrarme indagar sobre si la orina pudo haber tenido algo que ver con el ataque, tampoco me gustaría corroborar sus sospechas.

Unos días más tarde, me encuentro bajo el asedio de otra de las contadas criaturas agresivas de estos lares. Sin embargo, esta vez no hace falta más que dar un par de pasos en la dirección opuesta para sortear el ataque. Se trata de una fiera legendaria, *Lonesome George* (o «el Solitario George»), una tortuga centenaria de Isla Pinta, *Chelonoidis abingdonii*, que vive en la estación científica Charles Darwin de Santa Cruz y que es el último ejemplar con vida de su especie. Probablemente sea la criatura más rara que hay en el mundo en este momento, mide más o menos lo mismo que un sofá de una plaza y es proclive a los arrebatos de cólera. Persigue a quien se le aproxime con las fauces abiertas y la cabeza en alto (que con el cuello estirado debe de superar el metro y medio de altura).

Parece una tanqueta reptiliana, maciza y perseverante, pero resulta sencillo evadir sus tarascadas, pues sus movimientos son tan pausados que da la impresión de avanzar a cámara lenta. Me extraña que siendo el último individuo de su estirpe —el eslabón final de un linaje ya desaparecido— se les permita a los visitantes entrar en su corral. No sé si eso habrá cambiado en los años sucesivos a nuestra visita, pero en el verano de 1999 incluso es posible acariciar el lomo de la reliquia o acercarle brotes de ramas para que se alimente.

Quizá más que estar molesto por nuestra presencia lo que sucede es que tiene hambre y esta es su manera de exigir comida. Después de todo, lleva años viviendo en la estación científica, centro responsable de la conservación de los emblemáticos quelonios. Es aquí donde desde 1968 millares de ejemplares en cautiverio de distintas especies de tortugas gigantes han procreado para repoblar islas diezmadas por la sobreexplotación de los navegantes de antaño y los distintos organismos que los colonos fueron introduciendo en el archipiélago: ganado, burros, cabras, puercos, perros, gatos, ratas y hormigas del fuego.

Cada una de estas especies representa una pesadilla particular para las tortugas (ya sea porque se coman los huevos o a los neonatos, colapsen los nidos o compitan de manera drástica por los recursos) y, en conjunto, influyeron a lo largo de los años para que los números de las tortugas en estado salvaje se desplomaran hasta niveles francamente desalentadores. En un censo de 1974 la población total de tortugas gigantes (esto es tomando

en cuenta a todas las especies presentes en las distintas islas) se estimó en apenas tres mil individuos.

Desde entonces, gracias en buena medida a los esfuerzos de propagación en cautiverio y a los programas de control y erradicación de especies introducidas, las poblaciones se han recuperado un tanto, hasta alcanzar los veinte mil especímenes totales. No obstante, por más esfuerzos que se han realizado, los anhelos de dar con algún otro ejemplar de galápagos de isla Pinta con vida (la especie a la que pertenece el Solitario George) no han rendido frutos. Todo parece indicar que él será el punto final de una antigua saga evolutiva.

Reparo en que esta magnífica criatura, con sus patas de paquidermo y comportamiento carismático, es como un eufemismo andante de la extinción, un pájaro dodo con caparazón, una especie de fósil viviente *de facto*. Cuando su llama se consume, nunca se verá a otra de su clase. Dicho evento acabó sucediendo el 24 de junio de 2012. Y es que a pesar de que nuestra propia historia como especie signifique apenas una minucia en tiempo geológico, unos cuantos segundos equiparada a la de buena parte de los organismos que nos rodean, si para algo hemos probado ser eficientes los *Homo sapiens* es para obstruir los cauces de historias naturales que llevaban millones de años fluyendo sin interrupción.

Actualmente las Galápagos confrontan nuevas amenazas. Buques petroleros (como los que causaron derrames catastróficos en el archipiélago en 2001 y 2019), la llegada de flotas de pesca industrial provenientes de China (en verano de 2020 había 270 barcos factoría que amagaban con penetrar en la reserva). Parece como una advertencia siniestra para el resto de remanentes salvajes que luchan por sobrevivir al Antropoceno, pues si no somos capaces de proteger ni siquiera la joya de la corona, la mismísima tierra prometida de Darwin, ¿qué esperanzas pueden albergar aquellos parajes menos conocidos y alejados de la conciencia de la sociedad?

Coda tortuga. El hallazgo de una hembra en Fernandina en 2019 dejó en entredicho que su especie, *Chelonidis phantasticus*, se hubiese extinto hacía más de cien años, como se pensaba. Fernanda, como se llamó al ejemplar (la primera tortuga de su tipo registrada desde 1906), pasó a rellenar el lugar dejado vacante por el Solitario George como la criatura más rara del mundo. El tiempo dirá si correrá su misma suerte.

En 2020 se localizaron treinta tortugas en el volcán de Wolf, algunas de las cuales parecen ser descendientes de la especie de Floreana, también considerada extinta, y una que, de acuerdo con análisis genéticos, parece ser un descendiente directo del Solitario George. El problema es que en ambos casos se trata de híbridos mezclados entre distintas especies (originados porque los navegantes de antaño solían relocalizar a los especímenes a su conveniencia, cambiándolos de isla para que estuviesen más a la mano en sus rutas, y con ello causaron un desbarajuste de cruces antinaturales). Sin embargo, persiste la esperanza de hallar más tortugas en el futuro.



Borneo, Malasia

Quizás estemos ante lo más próximo que existe en la naturaleza a esas ensoñaciones febriles que brotan en el cerebro al imaginar la selva húmeda. Jungla prístina, majestuosa y exuberante. Impenetrable. Bancos de niebla flotando en lo alto del dosel forestal, bejucos atravesando el sendero. Orquídeas y bromelias reclamando cada pedazo expuesto de tronco, riscos escarpados tapizados por helechos, aves y mariposas decantando el follaje y a cada paso un grito ahogado de vida. Serpientes, ranas y lagartijas voladoras, peces pulmonados y hongos bioluminiscentes. Plantas carnívoras, flores colosales, tribus caníbales. Sombras que contienen otras sombras y la estridencia artrópoda inundándolo todo. Este es el recinto del gran simio de pelaje rojo: el orangután u hombre de la selva. Se trata de la tercera isla más grande que hay en el planeta y la única compartida por tres países: Borneo (Malasia), Kalimantan (Indonesia) y el reino de Brunei (la más pequeña de las naciones musulmanas).

Ficha 2

Latitud: 0°0'0"N **Longitud:** 114°0'0"E / El ecuador atraviesa la isla por la mitad.

Localización: Sudeste asiático / Indonesia, al sur de la península malaya entre Sumatra, Sulawesi y Filipinas. Centro geográfico de Insulindia, el mayor de los archipiélagos del mundo.

Tamaño: 748.168 km² (es la tercera isla más grande del mundo).

Población: 23.720.000 habitantes (censo de 2020) divididos entre tres naciones.

Vegetación: La mayor parte de la isla solía estar cubierta por selva húmeda, con manglares y pantanos bordeando las zonas costeras y bosque mesófilo de montaña en áreas serranas, pero los monocultivos de palma comienzan a reclamar porciones cada vez más grandes de terreno. Hay unas 15.000 especies de plantas con flor y 3.000 de árboles, destacan la amplia diversidad de plantas carnívoras y la *Rafflesia*, la flor más grande del mundo.

Fauna: Se registra un alto grado de endemismo en todos los grupos de animales. Entre sus organismos más emblemáticos están los orangutanes de Borneo, los monos de probóscide, los elefantes y rinocerontes enanos, los tiburones de río, los leopardos nubosos, las civetas de Hose, los calaos rinoceronte y de casco, los murciélagos gigantes de Dayak y las pitones de sangre.

Estatus de conservación: Aunque el 16% de su superficie figure como área natural protegida, la devastación forestal de las últimas décadas ha sido atroz. Entre 2002 y 2019 en la porción malaya se perdieron 4,4 millones de hectáreas de árboles (1,9 de bosque primario), y 10,7 millones de hectáreas (4 de bosque primario) en la de Indonesia.

Sala de proyecciones 2: Los huesos de Borneo

Orangután. *Orang-utan* («hombre de la selva» en idioma malayo). Con solo evocar su nombre se desata una sucesión de visiones impactantes en mi cabeza. Veo contornos cobrizos embebidos en la nebulosa botánica de las cimas forestales; manos ásperas y grisáceas; dientes generosos. Veo una cría con el pelo despeinado, un macho enorme con rastas sobre el lomo, otro más joven mordisqueando un mango. Imágenes que se revuelven de manera caótica en mi mente conforme el avión destartado en el que estoy sentado se precipita hacia las aguas del Pacífico Sur.

Pienso en esos rostros extrañamente familiares que desde lo alto nos devuelven gestos que parecen comprendernos. Pienso en esas miradas profundas, lúcidas y pacientes (ojos inquisidores que al sostener su eje de visión bien podría presuponerse que dotan al organismo de un carácter humanoide). No obstante, la realidad es que el artificio opera en sentido inverso, pues al clavarles la vista lo que se revela es el primate que llevamos dentro: el *Homo sapiens* primigenio. El reflejo en los ojos del simio torna evidente que nosotros somos los que nos parecemos a ellos y no al revés. Porque la verdad es que no venimos del mono: somos monos. Primates tecnológicos e ingeniosos, con capacidades ciertamente sobresalientes —como la de fabricar aeronaves—, pero primates al fin y al cabo.

Al otro lado de la ventanilla del avión la silueta verdosa de la isla comienza a ganar detalle. La excitación se sobrepone a las largas horas de viaje y el cansancio acumulado pasa a segundo término. Pronto aterrizaremos en Borneo, el reino del orangután y de tantas otras reliquias biológicas. Durante las próximas semanas, si es que tenemos suerte, podemos encontrarnos con elefantes enanos, pitones de sangre, varanos de agua y la gama más extensa de animales voladores que se conozca: ardillas, lagartijas, serpientes y ranas adaptadas para surcar los aires conforme

planean entre un árbol y el siguiente. Además, claro, de la *Rafflesia*, «la flor más grande del mundo», producida por una planta parásita de las lianas selváticas, cuya descomunal inflorescencia de color rojo carmín con puntos blancos y textura pulposa llega a medir más de un metro de diámetro y rebasar los diez kilos de peso. Debido a que su apariencia y el aroma fétido que despide remiten al de la carne en proceso de descomposición (y que sirven a la planta para atraer a las moscas que actúan como sus polinizadoras), también se la conoce como la flor cadáver.

Mientras hacemos la tortuosa cola para sortear la migración vuelvo a perderme en ensoñaciones diurnas. Recuerdo a un orangután joven particularmente avisado del zoológico de Chapultepec que, tras llamar la atención de los visitantes dando manotazos sobre el cristal de su encierro, les pasaba una hebra de paja a través de una pequeña fisura que había descubierto —o quizá confeccionado él mismo— en el marco inferior de la ventana. Esta interacción invariablemente generaba sorpresa por parte del humano involucrado y propiciaba que el simio fuera presa de un ataque de regocijo descontrolado.

Pero lo más interesante era lo que sucedía a continuación. Una vez recuperada su seriedad habitual, el simio pedía con señas que le fuera devuelta la pajilla utilizando el mismo método. Después de comprobar que el humano de turno comprendía el juego y de intercambiar la pajilla un par de veces en ambas direcciones, el animal expresaba el verdadero afán de la operación y comenzaba a indicar con señas el objeto de su interés: aretes, cadenas, pulseras u otros objetos brillantes que pendieran de los visitantes, que el mono reclamaba que le fueran entregados por el orificio. Ante esta demanda la mayoría de las personas huían con una mueca de consternación.

Esa fue la primera vez que me deprimí al ver a un animal enjaulado. Resultaba evidente que ese orangután estaba al tanto de su condición cautiva. Seguramente no alcanzaba a identificar las razones de su encierro —¿quién podría formularlas de manera convincente?—, pero se sabía prisionero dentro de un escaparate. Algo comenzó a gestarse en mi interior en ese momento, un deseo que pronto adquirió matices obsesivos: contemplar una criatura como aquella en libertad. Observar al majestuoso simio de pelaje rojo en su ambiente natural. Claro que, para conseguirlo,

primero tenía que concebir un plan que me permitiera ahorrar lo suficiente para dar media vuelta al globo terráqueo y alcanzar las islas del sudeste asiático, específicamente Sumatra o Borneo, únicos reductos salvajes con poblaciones de estas fieras en estado salvaje.

Actualmente se reconocen tres especies de orangutanes, dos oriundas de Sumatra y una de Borneo. Durante mucho tiempo se pensó que todos los orangutanes de Sumatra pertenecían a la misma especie, sin embargo, a finales de 2017 se descubrió que una pequeña población aislada en el norte de la isla, en la zona de Batang Toru, constituye una especie aparte: el orangután de Tapanuli, *Pongo tapanuliensis*, representado hoy en día por apenas ochocientos individuos restringidos a un área de unos 1.000 kilómetros cuadrados, lo que los convierte en los primates más amenazados del mundo.

La especie de Borneo, el poderoso *Pongo pygmaeus* —que es precisamente la que esperamos encontrar durante nuestra expedición—, figura como el animal arborícola de mayor tamaño del planeta y quizá sea una de las contadas excepciones de aquel principio biogeográfico que marca que en las islas tropicales los mamíferos tienden a ser pequeños (claro que Borneo y Sumatra son a su vez enormes, tercer y sexto puesto respectivamente en la lista de las islas más grandes del mundo, lo que implica que sus recursos alimenticios no están tan limitados como en otros territorios insulares). Digamos que este tipo de orangután podría considerarse como lo más cercano que existe en la actualidad a King Kong: los machos pueden llegar a pesar hasta cien kilos y superar el metro sesenta de estatura, mientras que las hembras son notoriamente más pequeñas y pesan entre treinta y cincuenta kilos.

Se trata de organismos omnívoros con una preferencia marcada por las frutas (higos, mangos, mangostinos, lichis, durianes, fruta del pan, etcétera), pero que también consumen cortezas tiernas, hojas, miel, insectos y ocasionalmente huevos y pequeños vertebrados. Alcanzan la madurez sexual alrededor de los quince años de edad y posteriormente las hembras conciben solo una cría (o en contadas instancias gemelos) cada ocho años, lo cual representa una de las tasas de reproducción más bajas de todos los animales. Además, los pequeños permanecen al lado de su madre por largo

tiempo, por lo menos hasta su séptimo cumpleaños, aunque no es inusual que el periodo de convivencia familiar se extienda al doble de eso (es decir, más que cualquier otro primate exceptuando al humano). Estas cuestiones, junto a la destrucción progresiva de su hábitat, condenan a los orangutanes a un futuro poco promisorio; las tres especies ya se consideran críticamente amenazadas y sus números van a la baja.

En su extraordinario libro *En el corazón de Borneo*, Redmond O'Hanlon —un aguerrido naturalista británico y escritor formidable que se ha internado en las selvas húmedas más remotas del planeta— narra con humor e ironía los peligros a los que se vio confrontado cuando exploró la isla en 1983 para buscar al elusivo rinoceronte enano. Proeza nada sencilla, pues implicaba abrirse camino a través de uno de los entornos más desafiantes de la geografía. En ese entonces Borneo todavía estaba cubierto por vegetación prístina. Miles de kilómetros cuadrados de bosque primario, uno de los más antiguos del planeta, prácticamente inexplorados.

Hoy en día, como pude constatar al poco tiempo de mi llegada, la situación es drásticamente distinta. El antes considerado ecosistema más biodiverso de la Tierra ha sufrido una debacle sin precedentes. Un cataclismo funesto y desgarrador. Entre 1980 y 1990, Borneo fue escenario de una de las explotaciones forestales más intensas jamás registradas. Se calcula que la madera exportada de las selvas de la isla durante aquella década superó a la de Sudamérica y África sumadas entre sí. Por si este ecocidio no fuera ya suficiente, lo que quedó de selva virgen comenzó a confrontar una amenaza incluso más severa: el monocultivo de palmeras. La cruenta e insaciable industria del aceite de palma ha probado ser tan devastadora que actualmente la isla está prácticamente en los huesos y sus numerosas especies endémicas cada vez más cerca de la extinción.

Parece como si del exuberante territorio solo hubiera quedado el esqueleto. Exequias aún impresionantes, sin duda, pero limitadas a un puñado de parques nacionales y reservas privadas, muchas de las cuales son administradas por las mismas empresas que arrasan la selva y que cobran cifras exorbitantes para visitarlas, cuestión que dota al asunto de tintes francamente maquiavélicos.

Acabamos de aterrizar en Kuching (que en malayo significa «gato»), capital de Sarawak, el mayor de los estados que integran Malasia. Hace más calor que en el norte de México y el cielo presagia tormenta. El calendario marca mediados de julio de 2012, en unos días comenzará el Ramadán. Cuando Redmond aterrizó en este mismo aeropuerto, hace poco más de treinta años, lo hizo financiado por la Universidad de Oxford y en compañía de su amigo, el laureado poeta inglés James Fenton. Yo viajo al lado de mi pareja, Ana Jacoba, la española con alma de gitana y talentos notables para las artes plásticas a la que conocí durante mi estancia en Berlín a finales de 2010. La verdad es que el matrimonio es responsable, en gran medida, de que estemos aquí. O al menos, la boda fue la transacción que nos permitió financiar semejante travesía: con lo recaudado de los regalos decidimos partir hacia el sudeste asiático y viajar hasta que se acabara el último centavo.

Así es que esto es nuestra versión (austera y por momentos francamente extenuante) de la luna de miel. Llevamos cerca de dos meses de recorrido (habiendo ya atravesado Vietnam, Camboya, Tailandia y la porción continental de Malasia) y calculo que, si hacemos ciertos sacrificios, todavía podremos extender el escueto presupuesto un mes más. Ya veremos... La cuestión es que finalmente hemos alcanzado el archipiélago indonesio y el sueño de poder ver un orangután en libertad comienza a ser alcanzable.

Borneo es colosal. Con una superficie un poco mayor que la de Francia y el Reino Unido juntos, la tercera isla más grande del planeta remite más a tierra firme que a una masa mineral rodeada por el mar. Debido a que los desplazamientos son prolongados, en esta ocasión nuestra ruta se limitará a la parte malaya de la isla, por ser las más accesible; aunque también representa, de manera muy triste, la porción más deteriorada por los avances del grotesco mar de palmas.

Conforme avanzamos sobre carreteras sinuosas hacia el extremo oeste de la isla leo que, de los cerca de veinticuatro millones de personas que aquí habitan, aproximadamente el 18% son indígenas dayaks. Una fracción

significativa de los cuales pertenece a la tribu de los iban, llamados en otros tiempos «los cortadores de cabezas», que son de los pocos nativos que aún conservan la tradición milenaria del tatuaje y las dilataciones de oreja que se han hecho tan populares en occidente.

Después veo una serie de imágenes de las casas alargadas en las que viven los iban, son como enormes galerones de madera sostenidos sobre pilotes y en ellas llegan a cohabitar hasta cien miembros del clan. Se me ocurre que si no conseguimos concretar la meta que perseguimos quizá podríamos intentar visitar una de esas vecindades selváticas; sería un buen premio de consolación. Sin embargo, pronto reparo en que la experiencia de estos días probablemente no sea más que un montaje para turistas, una pretensión maquillada de los usos y costumbres ancestrales, cuando la realidad es que los indígenas contemporáneos se han visto forzados a migrar a las ciudades o viven segregados y asolados por la pobreza. Comienzo a descender entonces por esa espiral que atormenta al viajero y que se debate entre querer ver algo auténtico y ser consciente de que lo «verdaderamente genuino» preferiría que lo dejásemos en paz.

Unas horas más tarde llegamos a Bako, el parque nacional más antiguo de Borneo y uno de los espacios naturales más especiales en los que jamás haya puesto un pie. La reserva alberga prácticamente todos los ecosistemas presentes en la isla (cerca de veinticinco tipos distintos de vegetación) y por consiguiente una buena dotación de su fauna más singular. Digamos que si insistiéramos en el planteamiento de que lo que sobrevive de Borneo son apenas sus huesos, Bako podría ser visto como el cráneo, en el sentido de que es uno de los vestigios más valiosos a nuestro alcance para hacerse una imagen de cómo era el organismo antaño.

La reserva, además, presenta dos ventajas importantes: debido a que se encuentra en la costa, el área no es particularmente frecuentada por las sanguijuelas y en la zona solo habita una especie de serpiente venenosa: la víbora de Wagler. Es este un vipérido emparentado con las nauyacacas del nuevo mundo, de hábitos arborícolas y veneno sumamente potente, pero cuyo temperamento suele ser poco agresivo y, gracias a su coloración críptica (verde brillante o negro con patrones amarillos y naranjas), el

caminante puede distinguir al ejemplar antes de cometer la estupidez de perturbarlo.

Si bien no hay poblaciones de orangutanes en estos lares, Bako es hogar de otro primate endémico de Borneo que anhelamos observar: el excéntrico mono de probóscide, *Nasalis larvatus*, cuyo aspecto es tan insólito que francamente raya en lo absurdo. Se trata de un simio de pelaje castaño con manchones grisáceos, más o menos del tamaño de un chimpancé, con cola larga y barriga prominente que posee una de las narices más grandes de todo el reino animal. Esta protuberancia desproporcionada —que cuelga como una berenjena— se erige sobre un rostro de color rosado desprovisto de pelo que transmite la sensación de estar perennemente malhumorado. Semblante portentoso que, a decir del folklore local, en combinación con su gran barriga, le confiere una semejanza estrecha con los borrachos europeos, razón por la cual los malayos lo llaman «el hombre holandés» —no olvidemos que durante un periodo largo y funesto de su historia la isla fue colonia neerlandesa.

Dos noches más tarde está claro que el sudor que anega nuestras vestimentas desde el instante en el que pusimos un pie en la reserva jamás terminará de evaporarse. La humedad circundante roza el cien por cien y la sinfonía invertebrada alcanza tales decibelios que por momentos genera la impresión de que la selva va a explotar. Es difícil expresar el rapto de embriaguez lúcida que se experimenta al transitar por estos senderos. El tupido y heterogéneo panorama botánico que nos envuelve parece corroborar aquella teoría que asevera que el ojo humano está confeccionado para distinguir más tonos de verde que de ningún otro color (hipótesis que postula que haber podido discernir entre distintas tonalidades de verde pudo haber representado una ventaja adaptativa significativa a la hora de detectar depredadores o presas entre el follaje).

A lo largo de las extensas jornadas de caminata nos hemos topado con hongos bioluminiscentes, jabalíes barbudos, decenas de especies de plantas carnívoras con trampas en forma de jarrón (algunas tan grandes como botellas de vino), murciélagos que, por su tamaño, parecen más águilas nocturnas que quirópteros, peces pulmonados que reptan fuera del agua y extienden abanicos coloridos sobre su espalda, algunas de las telarañas más

extensas sobre la faz de la Tierra —con arañas esbeltas y metálicas que con facilidad rebasan el tamaño de la palma de la mano—, demasiados pájaros como para nombrarlos y unas doce serpientes distintas, de las cuales al menos cinco eran víboras de Wagler y que sin excepción alguna, y a pesar de fanfarronear sobre mis dotes como herpetólogo, Ana Jacoba siempre atinó a detectar antes que yo, salvándome de la penosa situación de dejarla viuda tan lejos del terruño.

Recuerdo que durante su expedición James Fenton solía decirle a su acompañante: «Redmond, estoy a punto de ver algo maravilloso» cada vez que presentía que a la vuelta del siguiente meandro del río se avecinaba un encuentro con alguna criatura formidable. Justo algo así es lo que siento en la última tarde que pasamos en Bako: el presagio de que seremos testigos de algo extraordinario. Esto se manifiesta en la forma de un colugo al que sorprendemos planeando entre los árboles. A veces llamados lémures voladores, los colugos son en realidad primates y, dejando de banda los murciélagos, los mamíferos con capacidades más sobresalientes para el vuelo. Cuentan con extensos pliegues de piel entre las extremidades (llamadas patagio) que utilizan a la manera de un ala delta y que les permiten planear por más de ciento veinte metros durante sus saltos.

Ana Jacoba y yo seguimos al curioso acróbata de la selva hasta que su paracaídas afelpado se pierde sobre el horizonte forestal y la oscuridad comienza a carcomer el follaje.

Unos días después, el orangután vuelve a ser el personaje central de mis cavilaciones. Mientras acortamos la distancia con el centro de vida silvestre de Semenggoh, me viene a la cabeza que en el siglo xviii Jean-Jacques Rousseau aseveraba que «bajo las condiciones correctas, los orangutanes podrían ser incorporados en la sociedad humana». Dicha noción gozaba de cierta popularidad en la época, pues algunas crías llevadas a Europa por los colonizadores aprendían a vestirse, hacer la cama y utilizar cubiertos en la mesa.

Por supuesto que la inteligencia del gran simio pelirrojo no está en duda. Algunos científicos consideran que son bastante más brillantes que

los chimpancés, superando a sus primos africanos en la mayoría de pruebas y pudiendo incluso ser entrenados para comunicarse por medio de lenguaje de signos. Y si bien afirmaciones como las que se hacían en tiempos de Rousseau («si los orangutanes no hablan, es tan solo para que no los pongamos a trabajar») son definitivamente exageradas, estos simios sí cuentan con una capacidad de vocalización, imitación de sonidos y control de tono sobresalientes. Estas características están reavivando el debate respecto al posible origen del habla humana.

En *Todo en su sitio: Primeros amores y últimos escritos*, Oliver Sacks asevera que nunca tuvo una sensación de mutuo reconocimiento y profundo sentido de parentesco con un animal como cuando estuvo cara a cara con un orangután en el zoológico de Toronto. El gran neurólogo cuenta que cuando apoyó su rostro contra el cristal del encierro, la hembra referida dejó a la cría que tenía en brazos suavemente sobre el césped y se aproximó hasta pegar el rostro nariz con nariz al lado opuesto del vidrio. Separados únicamente por unos centímetros de material transparente, ambos primates comenzaron a escrutarse con intensidad. Sacks colocó la mano izquierda sobre el cristal y su gesto fue secundado. Palma contra palma, cada cual inspeccionó la extremidad opuesta con atención. Sus nervaduras, sus dobleces. «Era como si los dos nos estuviésemos percatando de lo similares que éramos —dice Sacks—, siendo conscientes a la vez de que el otro también se daba cuenta; como si ella me estuviese diciendo: “¿Ves?, no solo nuestros rostros, sino también nuestras manos son semejantes”. Encontré esto extraordinario, maravilloso —declara hacia el final de su relato—, me invadió un sentimiento intenso de cercanía, de pertenencia, un vínculo mayor al que jamás experimentaría con cualquier otro animal.»

Son las nueve de la mañana, estamos parados sobre una plataforma de madera en la selva y los árboles que nos rodean comienzan a sacudirse violentamente. Las ramas se mueven al unísono al tiempo que varias figuras aún indistinguibles se abren paso hacia el lugar en el que aguardamos. Ojos atentos. Oídos afilados. Por un momento me siento expuesto, como si estuviéramos a merced de los seres que se aproximan; como si fueran ellos los que vienen a observarnos a nosotros y no al contrario. La impaciencia aumenta hasta que sucede la revelación: un ejemplar juvenil emerge de

entre la cobertura vegetal, salta hacia la plataforma y recoge un mango. Posteriormente se acerca una hembra con una cría sobre el lomo. Y a los pocos minutos llegan dos ejemplares más.

El centro de Semenggoh sirve como refugio de transición para ejemplares rescatados de la nefasta interacción con el humano —tráfico ilegal de especies, destrucción del hábitat, caza furtiva—. El grupo de orangutanes que tenemos enfrente vive en libertad; sin embargo, se les ofrece comida diariamente como apoyo durante el paulatino y complejo proceso de readaptación a la vida silvestre.

Los guardaparques se ven un tanto nerviosos, escudriñan el follaje con semblante tenso. Ayer un gran macho, al parecer perturbado por el trípode de un turista que el simio interpretó como un rifle, arremetió contra los visitantes y después embistió y destruyó una de las cabañas del centro. En cuestión de minutos el poderoso animal hizo añicos la construcción. El líder de los guardias nos explica que no hay nada que moleste más a ese macho que sentirse bajo la mira de un rifle. Me pregunto a cuántos de sus semejantes habrá visto morir para quedar traumatizado. Posteriormente me invade un deseo incontrolable de ver a la bestia durante uno de esos arrebatos de furia. La verdad es que me habría encantado ser testigo de ello. No hay nada que te haga sentir más frágil, y de paso recuperar un poco de la humildad que tanta falta le hace a nuestra especie, que estar expuesto a un desplante extremo de la fauna.

Debo confesar que aunque en el transcurso de la visita tenemos la dicha de poder observar a varios ejemplares andando a sus anchas, incluyendo a dos o tres crías con sus madres, la escena no termina de colmar mis expectativas. El hecho de que los animales hayan acudido atraídos por la comida que se les ofrece de alguna manera le resta algo sustancial a la experiencia. Le roba la esencia sorpresiva y primigenia de un encuentro espontáneo con el «hombre de la selva» inmerso en sus dominios.

Quizá sea un juicio injusto por mi parte, pero estos orangutanes no son completamente salvajes. Para bien o para mal, han sido profanados por la mano de los nuestros. Así que aun siendo criaturas magníficas —hay pocas visiones más arrebatadoras que un primate de pelo cobrizo y casi cien kilos

meciéndose entre el follaje—, no terminan de saciar las ambiciones que catalizan este viaje. Por ese motivo soy presa de una mezcla sentimental difícil de digerir: por un lado estoy extasiado y conmovido, pero por el otro, insatisfecho y ligeramente frustrado. Y como habré de comprobar en los días sucesivos, este es el cóctel emocional característico de Borneo.

Tras dos horas y media de vuelo descendemos de manera accidentada sobre Kota Kinabalu, capital del estado malayo de Sabah, en el extremo noreste de la isla. Los días más importantes del Ramadán se ciernen sobre nosotros, lo cual significa que si pretendemos salir de la capital y alcanzar alguno de los parques naturales que salpican Sabah, tendremos que emprender el camino de inmediato. No son las mejores condiciones para recorrer los cientos de kilómetros de carreteras resquebrajadas que nos esperan, menos aún con la previsión de tormenta y el anochecer a las puertas, pero habrá que confiar en el chofer del autobús, que parece tener tanta fe en sus habilidades al volante que bebe una cerveza tras otra mientras conduce.

A principios del siglo xx una teoría que proponía que el origen evolutivo del *Homo sapiens* correspondía a las selvas indonesias ganó adeptos entre los círculos académicos. Quienes la defendían (principalmente antropólogos que aún no tenían acceso a los análisis de adn) postulaban que nuestro pariente vivo más cercano era precisamente el orangután, y que solo era cuestión de tiempo que el registro fósil del archipiélago desvelara el codiciado «eslabón perdido». Esta tesis pareció ser corroborada cuando tuvo lugar el remarcable hallazgo de restos homínidos en la isla de Flores. No obstante, más tarde se demostró que el pequeño *Homo floresiensis* —también conocido como «el Hobbit» por tratarse del homínido de menor estatura de las siete u ocho especies de humanoides con las que compartimos el planeta durante buena parte de nuestra evolución— era en realidad un descendiente de la gran diáspora del *Homo erectus*, previa al surgimiento de nuestro grupo.

Controversia resuelta —ahora existen más que suficientes evidencias para sustentar que los primeros antepasados directos de nuestro árbol genealógico surgieron en las estepas africanas y no en las selvas indonesias

—, eso no implica que el orangután no esté estrechamente emparentado con nosotros: ambas especies comparten el 97% de los genes; lo que los convierte en nuestros parientes vivos más cercanos junto con bonobos, chimpancés y gorilas.

En cualquier caso, los orangutanes son sumamente excepcionales en lo que a comportamiento complejo e inteligencia se refiere. Diestros en el empleo de herramientas, capaces de aprender y enseñar a sus semejantes, autoconscientes y sensibles, han desarrollado conductas que no podrían ser denominadas de otra forma que bajo el rubro de «cultura»: prácticas y habilidades distintivas de fracciones específicas de la población que se presentan solo en ciertas regiones y que se transmiten de madres a hijos.

Se han reportado decenas de estrategias distintas para satisfacer diferentes necesidades. Por ejemplo, cuando la sed apremia, algunas poblaciones optan por humedecer puñados de musgo y utilizarlos a manera de esponjas, otros grupos prefieren valerse de una rama con hojas para extraer el líquido de las cavidades de los troncos, mientras que algunos se inclinan por morder la parte inferior de una planta carnívora con forma de jarra y beber su contenido. De igual manera sucede a la hora de confeccionar sus nidos —plataformas erigidas en las alturas a partir de ramas rotas donde los orangutanes pasan la noche—, algunos grupos destacan por ser más quisquillosos que otros, construyen no solo colchones a partir de ramas y hojas sino también almohadas e incluso cobertores (que en al menos dos localidades suelen ser confeccionados con plantas que repelen a los mosquitos). Incluso existen estudios de ejemplares que emplean plantas medicinales para crear ungüentos rudimentarios con los cuales alivian la inflamación muscular y de las extremidades.

Seguimos en el autobús, acabamos de alcanzar la cresta de una sierra pronunciada. Contra el atardecer se recorta el perfil del monte Kinabalú. Con más de cuatro mil metros de altura es uno de los puntos más altos que existen entre el glorioso Himalaya y los indómitos volcanes papuanos. Poco después, el firmamento se cierra por completo y sin más preámbulo se desata una tempestad de proporciones monzónicas. Justo lo que faltaba para que la siguiente parte del trayecto se tornase una pesadilla. Menos mal que

el chófer está terminándose lo que debe de ser su sexta cerveza, de otra manera podría ponerse nervioso.

Los rayos surcan la noche iluminando el mar de palmas que se cierne a nuestro alrededor. Los flashazos estroboscópicos dotan la escena, ya de por sí agobiante, de un carácter espectral. El ritmo de nuestro avance bajo la lluvia es acompañado en todo momento por la bocina del claxon, único elemento que nos salva de una colisión certera. Con la mirada alternando entre los faros de los vehículos que se precipitan sobre nosotros y el ominoso panorama, mi mente comienza a desenterrar memorias poco gratas sobre nuestra cuestionable relación con el gran simio de pelaje rojo. Dentro de mi cabeza transitan imágenes espeluznantes de orangutanes calcinados, cadáveres con dotes cuasi humanas achicharrados junto con el terreno; la jungla reducida a cenizas para abrir espacio al siempre creciente mar de palma.

Recuerdo que el ecosistema ha sido arrasado hasta tal punto que durante los últimos setenta años la población total de orangutanes se redujo en un ochenta por ciento. *National Geographic* calcula que sobreviven unos 14.000 individuos de la especie oriunda de Sumatra, 800 de la de Tapanuli y menos de 60.000 de la propia de Borneo. Los cálculos del World Wild Fund (wwf) son un poco más pesimistas: 6.600 para los de Sumatra y entre 35.000 y 45.000 para los de Borneo.

Aun cuando la drástica reducción del número de estos primates se debe, en gran medida, a la destrucción masiva de su entorno por la expansión del monocultivo de palma, no se trata del único factor que entra en juego en la ecuación de su declive. Hay que considerar también que en zonas marginales su carne es codiciada como fuente de alimento y que no pocos especímenes mueren a manos de campesinos furiosos cuando roban la cosecha. Sin pasar por alto la oscura empresa del tráfico de especies. No hace falta recalcar que las crías de orangután figuran como una criatura preciada dentro del mercado ilegal de mascotas exóticas, miles de ejemplares son comprados anualmente alrededor del mundo, con el agravante considerable de que para hacerse con un bebé los captores usualmente matan a la madre, pues estas defienden a sus crías con ferocidad.

El último recuerdo que me asalta es uno de los más retorcidos. El caso de Pony, una hembra de orangután rescatada en 2003 de un burdel en Kareng Pangi (un poblado de Kalimantan, en la parte central de la isla) donde durante años se la explotó como esclava sexual. Y si el asunto del tráfico de blancas interespecie ya podría ser suficientemente perturbador, además de violarla continuamente y tenerla encadenada también se le rasuraba el cuerpo completo cada tercer día. Nunca dejaré de sorprender la increíble versatilidad para la crueldad que tenemos los humanos. Me pregunto cuántas otras orangutanas habrán corrido una suerte similar.

Días más tarde nos arrastramos penosamente por un sendero selvático. El hambre carcome nuestras entrañas y las sanguijuelas se aferran a nuestra piel buscando sangre con devoción maniaca. Estamos en las montañas de Tawau, no es uno de los parques naturales más pintorescos de Borneo, pero debido a las festividades religiosas no fue posible alcanzar el anhelado valle del Danum, el sitio al que queríamos llegar, y nuestro apretado presupuesto no nos permite visitar parajes más remotos, como la cuenca del Maliau, a la que solo es posible acceder en helicóptero. Así que, no sin cierta frustración, optamos por pasar los días más sagrados del Ramadán en la reserva que ahora exploramos.

Los bosques que nos rodean no albergan orangutanes, por lo que el objetivo primordial de la expedición tuvo que ser pospuesto nuevamente. No obstante, la biota local promete otros posibles encuentros singulares; por ejemplo, once de los veinticinco árboles más altos del mundo (cada uno elevándose hacia los aires por encima de los ochenta metros de altura), felinos gravemente amenazados como el imponente leopardo nebuloso o el huidizo gato de Bay, macacos de cola larga, calaos rinoceronte, tortugas de tierra, milpiés color mandarina y escarabajos gigantes.

¿Cuánto tiempo se puede pasar contemplando un solo árbol? Toda persona que haya atestiguado con sus propios ojos el gran Tule de Oaxaca (el ahuehuate de Santa María del Tule que se erige como el árbol con la mayor circunferencia registrada), o Hyperion (la secuoya gigante de los Red Woods californianos que lidera la lista de los árboles más altos del mundo),

o cualquier otra entidad botánica poseedora de un récord mundial, tendrá claro que la respuesta ronda en la magnitud de las horas. Las mismas que ahora transcurrimos oteando estupefactos los ochenta y ocho metros que erigen al gigante de las dipterocarpáceas que tenemos enfrente con el distinguido título del árbol tropical más alto del planeta.

Ante organismos de tal índole uno comprende lo frágil que es la condición humana. Resulta difícil no reducirse a una nimiedad biológica frente al titánico tronco recubierto por epifitas (la entidad en sí misma un rico ecosistema). ¿Cuántos años llevará vivo? ¿Cuántas especies distintas habitarán sobre su extraordinaria fisionomía? ¿Cómo lo habrán medido? ¿Qué tan profundo llegarán sus raíces?

Mis sentimientos alternan entre el azoro y el coraje. Coraje debido a que no hace mucho tiempo este coloso botánico era tan solo uno entre millares, su sobresaliente anatomía casi una norma en la arquitectura leñosa que solía salpicar toda la isla. Sin ir más lejos, Redmond O'Hanlon encontró tantos árboles descomunales a su paso hace tan solo unas décadas que tuvo que abandonar su pretensión inicial de catalogarlos. En la actualidad, en cambio, nos vemos forzados a peregrinar en su búsqueda y rendirles pleitesía como si se tratara de ruinas sacras. Vestigios de imperios gloriosos. Los últimos suspiros de un mundo ya perdido.

Retomamos el sendero. Transitando con cautela por terrenos pantanosos recuerdo a la canadiense Birute Galdikas, de quien estoy leyendo *Reflejos del Edén: Mis años con los orangutanes de Borneo*, y que junto a Jane Goodall (y su trabajo con los chimpancés) y Dian Fossey (en lo que respecta a los gorilas) es una de las musas de la primatología moderna. Todas ellas discípulas del célebre antropólogo Louis Leakey (bautizadas por la misma Galdikas como «Los Ángeles de Leakey») y quizá las tres personas que mayores esfuerzos han realizado por la conservación de los grandes primates; a Fossey incluso le costó la vida. Es en buena medida gracias a los estudios minuciosos de Galdikas como sabemos algo sobre la etología de los únicos grandes simios asiáticos.

Me imagino cómo habrán sido sus días en el campo, todos esos años que pasó en estas selvas siguiendo los rastros cobrizos entre los techos del bosque. No debió de ser nada sencillo, ya que los orangutanes pasan

prácticamente toda su vida (hasta el noventa por ciento del tiempo) encaramados en las copas de los árboles y suelen desplazarse grandes distancias. Pero Galdikas siempre ha brillado por su tesón. Se cuenta que cuando le expresó a su mentor que tenía la intención de dirigirse a Borneo para estudiar los orangutanes, Leakey le advirtió que si tal era el caso, tenía que extirparse el apéndice, porque en la selva indonesia no habría hospitales que pudiesen atenderla de sufrir una apendicitis. Ella respondió que estaba dispuesta no solo a quitarse el apéndice, sino también las amígdalas de ser necesario.

Días más tarde, Leakey le dijo que solo había sido una prueba para comprobar si realmente estaba dispuesta a afrontar todos los obstáculos que la aguardaban. Obstáculos contra los que sigue luchando a sus setenta y seis años de edad en su afán infatigable por proteger a los simios pelirrojos.

Unos kilómetros más adelante, un cilindro yace sobre el sendero. Parece una especie de manguera negra y gruesa que cruza en línea recta los dos metros de ancho que tiene el camino. «¿Qué carajos hace esa tubería aquí?», pienso, mientras me enfurezco por el mero hecho de su existencia: las huellas del desarrollo y el ineludible impacto de la humanidad. Ofuscado, recorro los últimos pasos en dirección a ese pedazo de civilización que vino a desvanecer el espejismo de encontrarnos en un lugar bien conservado, cuando un alarido de Ana Jacoba interrumpe mi avance...

Mi pie queda congelado en el aire al tiempo que el resto de mi cuerpo sigue sin comprender por qué ella grita de esa manera. Estoy a punto de verter mi odio hacia ella en el instante que observo, no sin asombro, que la manguera se está moviendo. El contorno cilíndrico gira sobre sí mismo y de forma casi alucinante revela su verdadera identidad: se trata de una imponente cobra real de no menos de tres metros de largo.

Mientras ahogo un grito me doy cuenta de que soy un ente de ciudad. Aunque me cueste aceptarlo, y por mucho que me guste presumir de ser un naturalista versado, la realidad es que no cuento con lo necesario para ser un verdadero biólogo de campo. En todo caso, me alegra constatar que la elección de pareja una vez más parece haber sido acertada, de otra manera aquí podría haber acabado la historia.

Hacia finales de la última semana que pasamos en Borneo remontamos el río Kinabatangan a bordo de una pequeña canoa arropados por una noche sin luna. La incesante sinfonía artrópoda rasga el ambiente a la par que los haces de nuestras linternas escudriñan las penumbras en busca de ojos expectantes.

Estamos cerca de Sukau, un poblado ribereño rodeado por selva degradada y parches de plantaciones de palma. El entorno dista bastante de la jungla virgen que uno imagina cuando piensa en riqueza taxonómica; sin embargo, la presión impuesta por la persistente expansión del monocultivo ha ocasionado que el corredor de vegetación que bordea los 560 kilómetros del río — desde su nacimiento en las montañas del sudoeste de Sabah hasta su desembocadura en el mar de Joló, al este de Sandakan— se perfila como el último refugio para los sobrevivientes de la fauna local. Entre ellos, diez especies distintas de monos (cuatro de las cuales son endémicas de Borneo, incluyendo varios cientos de orangutanes), así como elefantes enanos, nutrias, pitones reticuladas, osos malayos, cuatro especies de felinos y más de doscientos tipos de aves.

Tenemos programadas dos salidas más al agua, una al amanecer y otra durante el crepúsculo, para intentar dar con el monarca bermejo de estos lares. No obstante, eso tendrá que esperar hasta mañana; ahora la oscuridad nos engulle, los murciélagos revolotean por los aires y las criaturas nocturnas aguardan entre las sombras. Lo primero que hallamos es un cocodrilo tumbado sobre la orilla. Poco más adelante le toca el turno a una pareja de búhos gigantes, después una tortuga emerge desde las profundidades y una civeta se aproxima a beber al margen. Posteriormente tenemos oportunidad de ver otra de las fieras que más me apasionan: un varano de agua. Y aunque tristemente no encontramos loris, la velada termina con una nutrida tropa de langures plateados dormidos en la copa de un gran árbol.

En la exploración selvática existen pocos métodos más productivos que remontar las aguas de un río. Quien haya leído a Wallace, Conrad o al ya citado O'Hanlon lo sabrá bien; el cobijo de la corriente permite pasar desapercibido y aproximarse a los habitantes de la floresta sin ahuyentarlos. Al menos así sucede en Kinabatangan, donde hemos tenido tantos

avistamientos de animales que por momentos me invade la sensación de encontrarme en un safari y debo hacer un esfuerzo por recordar que esto es el medio silvestre, que todos los organismos que encontramos son salvajes y que están inmersos en su rutina cotidiana.

Zarpamos cuando el día apenas despuntaba y la verdad es que en este momento me siento ya narcotizado: los encuentros zoológicos son tan continuos que desafían mi capacidad de asombro. Decenas de especies se suceden como si se tratara de piezas en un museo, pero uno que está vivo, que respira; que —a pesar de todo— perdura en pleno Antropoceno. Por un segundo me dejo llevar por la emoción, la rampante biodiversidad que confronto me hace pensar que no todo está perdido: que aún hay esperanza. Sin embargo, la desazón retorna al caer en la cuenta de lo idiota que es nuestra especie. Cambiar toda esta riqueza biológica por aceite de palma ¿para qué? Para confeccionar galletas, jabones, bálsamos labiales y Nutella. Vaya desperdicio.

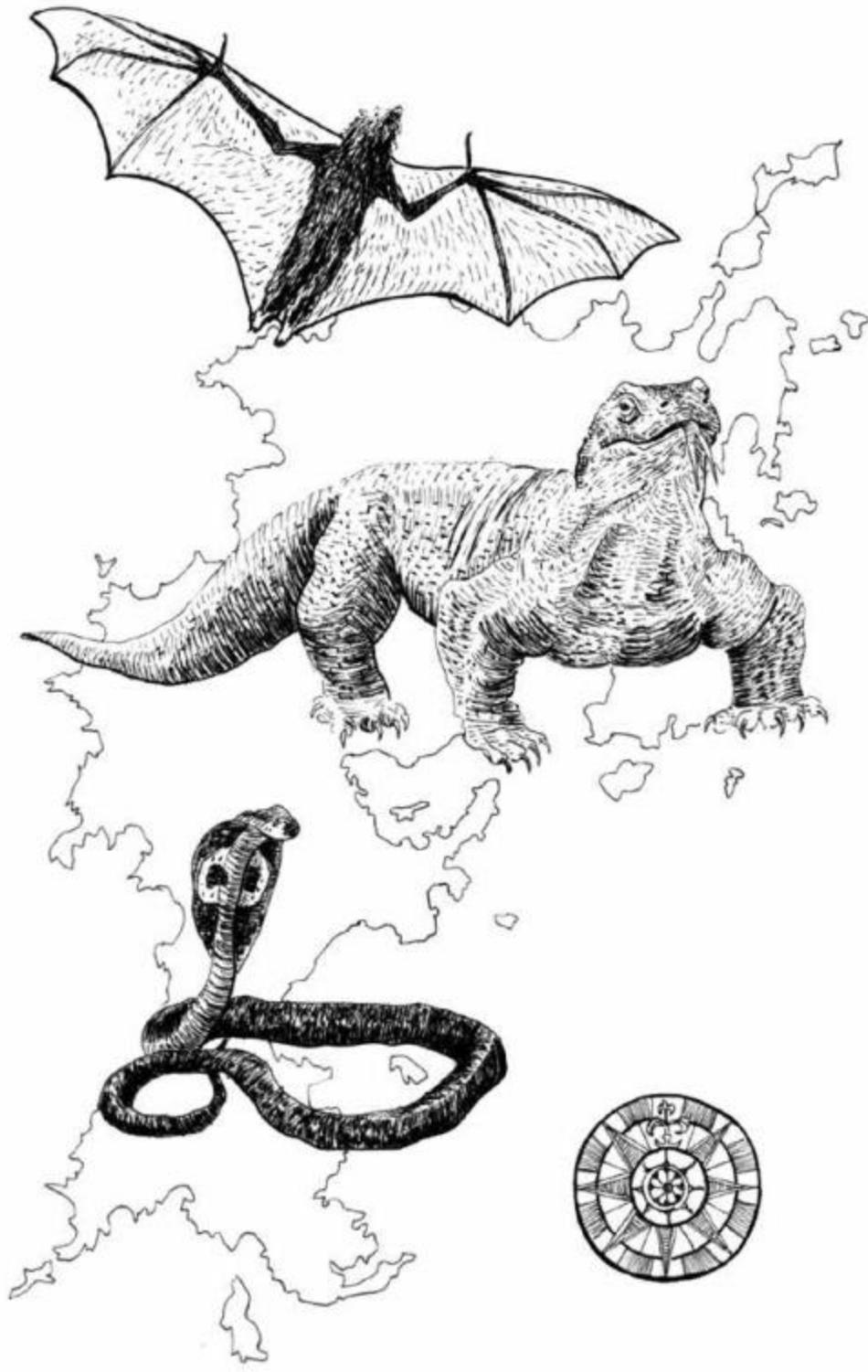
Si los huesos de Borneo son así de impresionantes, me cuesta concebir lo exuberante que debió de haber sido el organismo antes de que lo decapitáramos. Es como intentar imaginar a un dinosaurio a partir de sus muelas. Entonces me sosiega la certeza de que seremos pasajeros. Tarde o temprano, el *Homo sapiens* quedará relegado a un estrato más del registro fósil y la Tierra permanecerá, la vida se levantará tras esta cruenta batalla y seguirá adelante, reinventándose como lo ha hecho durante miles de millones de años.

Sobre tales rieles se deslizan mis pensamientos cuando escucho pronunciar al guía las palabras que tanto había esperado: *Orang-utan*, ¡*Orang-utan!*...

Sigo el eje de su mirada para descubrir que, en efecto, sobre un árbol a unos diez metros de distancia yace un ser de pelaje cobrizo. Parece un macho joven y se encuentra recostado sobre el nido en el que ha pasado la noche.

El simio arranca un palito y comienza a rascarse un oído, por lo demás permanece inmutable ante las miradas voyeristas de sus primos cercanos. Yo me olvido de todo, incluso de sacar fotos. Consumido por ese peculiar carácter extático que trastoca el momento en el que los sueños se

materializan, me limito a intentar absorber la escena con todo mi ser; consciente de que, si la historia evolutiva hubiera sido ligeramente distinta, podría ser que fuera él el que me estuviera viniendo a ver a mí.



Komodo, Indonesia

Este es el verdadero mundo perdido. Temperaturas abrasadoras, acantilados agrestes, volcanes indómitos. Intemperie en su estado más puro. Aquí, en la región más seca del Pacífico Sur, aún perdura la ley de los reptiles gigantes; monarcas absolutos de la cadena alimenticia local. Varanos inmensos, lagartos con garras tajantes, lengua bífida y mordida venenosa. Criaturas arcaicas y feroces, bestias casi mitológicas. Dragones, si se prefiere, y este es su esplendoroso reino oceánico. Un pastiche de arrecifes tornasol, playas aperladas sobre aguas turquesa, prados esmeralda y colinas rugosas. Un pequeño archipiélago dentro del gran archipiélago indonesio, el más grande del planeta, que se compone de tres islas principales, Komodo, Rinca y Padar, así como de numerosas islas pequeñas e islotes y cuatro reservas en el este de Flores, que en conjunto con el copioso cuadrante de mar que las envuelve a todas se consagra como una de las siete nuevas maravillas del mundo natural.

Ficha 3

Latitud: 8°32'35,9988"S **Longitud:** 119°29'21,9876"E

Localización: Islas menores de Sonda, centro-sur del archipiélago indonesio / límite entre las provincias occidental y oriental de Nusa Tenggara, al este de Sumbawa y al oeste de Flores.

Tamaño: Zona protegida 1.733 km² (602 km² de los cuales son superficie terrestre).

Población: 3.267 habitantes dentro del parque y 16.816 en la zona limítrofe (último censo, 2004), además de aproximadamente 45.000 visitantes anuales.

Vegetación: Debido al clima seco y cálido, el 70% del terreno se encuentra cubierto por flora típica de la sabana, pastizales abiertos y selva caducifolia. En áreas elevadas hay manchones de bosque mesófilo y en las regiones costeras, vegetación de litoral y manglares.

Fauna: El organismo más icónico es el dragón de Komodo. Además, se ven cobras escupidoras, víboras de Russell, macacos cangrejeros, venados de Timor, jabalíes, civetas de palma, 72 especies de aves y una rata endémica. La biodiversidad marina es deslumbrante, hay dugones, pulpos de anillos azules, tiburones ballena, mantarrayas, 14 tipos de cetáceos, 5 especies de tortugas y vastos arrecifes coralinos con multitud de peces e invertebrados.

Estatus de conservación: En 1977 las islas se decretaron Reserva de la Biosfera de la unesco, unos años después el parque se extendió para cubrir también la zona marina y en 1991 el área fue declarada Patrimonio de la Humanidad. Actualmente se debate reducir el número de turistas anuales y aumentar el área protegida a 2.321 km².

Sala de proyecciones 3: Casi Godzilla

«Y entonces ¿cuándo llega nuestro barco?», le pregunto en inglés a un indonesio que desayuna curry con cerveza sentado sobre la cubierta de una embarcación dilapidada. Dos días, me da a entender él extendiendo los dedos conforme da un sorbo a su cerveza, y después señala al cielo haciendo una pantomima que remite a lluvia cayendo.

Conocimos a este hombre de pocas palabras y sonrisa hermética la noche de ayer en uno de los escasos bares que salpican el malecón de Labuan Bajo, un poblado pesquero en el extremo occidental de la gran isla de Flores que sirve como punto de partida para acceder al parque natural de Komodo. A unos kilómetros de distancia se halla el único aeropuerto próximo al hogar de los dragones, el mismo al que Ana Jacoba y yo llegamos tras un vuelo tenso sobre un bimotor de la segunda guerra mundial desde Bali y que abordamos después de haber partido de nuestro encuentro con los orangutanes de Borneo.

Vamos, que han sido jornadas de trayectos extenuantes. El ocaso de una travesía (extenuante en sí misma) de casi tres meses por el sudeste asiático y en la que Komodo será la última parada: el broche de oro de este periplo por territorios tropicales en el que decidimos convertir nuestra luna de miel; o eso es lo que nos gustaría pensar, si es que el temporal no se interpone en nuestros planes.

Debido a que el reino de los lagartos más grandes del mundo solo puede alcanzarse navegando —durante cuatro o cinco horas desde el puerto en el que nos encontramos, o bien, emprendiendo la marcha desde Sumbawa, dos días—, visitarlo depende de las inclemencias del mar, que ya para estas horas tempranas de la mañana rompe de forma descontrolada. Además, el pequeño archipiélago integrado por Komodo, Rinca, Padar y sus islotes adyacentes es punto de convergencia de numerosas corrientes marinas poderosas (la frontera donde el mar del Sur de China choca contra

el océano Índico) que, en combinación con los arrecifes, someros y punzantes, bajos de arena en perpetua reconfiguración, remolinos espontáneos y barrancos subacuáticos de profundidades abisales, convierten sus aguas no solo en unas de las más ricas en biodiversidad del planeta, sino también en unas de las más traicioneras para el cabotaje. Y como podrá imaginarse, los naufragios no son infrecuentes.

Así que ni hablar, si el hombre que desayuna curry con cerveza nos indica que tenemos que ser pacientes, eso haremos, pues nuestra suerte está echada. El trato que entablamos con él la noche de ayer es que visitaremos Komodo y Rinca y posteriormente seguiremos navegando durante tres días más, bordeando las costas de Sumbawa y realizando algunas paradas para hacer snorkel y explorar la isla hasta alcanzar Lombok (desde donde dará inicio nuestro largo peregrinaje de vuelta a Occidente: Bali-Kuala Lumpur-Qatar-Madrid).

Solo espero que la demora por el mal tiempo no vaya a extenderse más allá de lo previsto, ya que nuestras finanzas menguan peligrosamente. De hecho, ni siquiera nos alcanza para realizar la travesía a bordo de un navío con camarotes, sino que tendremos que dormir sobre cubierta (en teoría en una embarcación adecuada para ello) con el resto de los pasajeros que se apunten al viaje; y la lluvia, que en este momento empieza a caer encima de nosotros, no ayuda nada a hacer más amable la imagen que se fragua dentro de mi cabeza respecto a lo que nos espera. Tampoco es que sea completamente pesimista; sin embargo, la experiencia me ha demostrado que, tal y como sucede en México, en Indonesia se registra una marcada discrepancia entre lo que se te promete y lo que finalmente se te entrega.

Pero no quisiera dejarme llevar por mis prejuicios, quizás esta vez las cosas sean distintas. Quizás el devenir me sorprenda, pienso, a la par que descubro sobre el horizonte un vórtice más gris que el resto del firmamento, del cual brotan detonaciones eléctricas. En cualquier caso, ya veremos cuando llegue el barco. Por lo pronto tenemos dos días que matar y el chubasco arrecia minuto a minuto.

Puede ser que no llueva a menudo en esta región de Indonesia —a decir del atlas territorial, la zona más seca de las cerca de diecisiete mil islas que conforman la nación archipiélago—, no obstante, cuando el cielo se

precipita sobre la provincia central de Nusa Tenggara lo hace con torrencial monzónico. Da la impresión de que en medio de la tormenta alguien aventara cubetadas de agua con furia. Como si la cortina de gotas, ya de por sí cerrada, arreciara por momentos y cayera en gruesos chorros desde los cielos. Calculo cuál es la probabilidad de que nos tocara llegar a este rincón distante del Pacífico Sur a la vez que uno de los escasos temporales anuales que lo engullen. Resulta frustrante, como mínimo. Sin embargo, no tiene sentido amargarse demasiado —¿por qué será que el viajero cae tan fácilmente en la tentación de tornar las condiciones climatológicas como algo personal?— y menos aún cuando todos en la localidad parecen celebrar el acontecimiento. Niñas y niños corretean por las calles empapándose con frenesí, los mayores aprovechan para recolectar líquido en toneles y cazuelas, los búfalos de agua se refrescan aliviados en el fango e incluso las gallinas emergen de los matorrales a recibir gustosas el aguacero.

Nos refugiamos en el bar del puerto. Para mitigar las horas de estanco diluviano releo *Last Chance to See*, el libro de 1990 con el que Douglas Adams rasgó el Olimpo de los manuscritos narrativos sobre conservación animal. No sé si será la mejor obra sobre fauna amenazada que se haya escrito, pero con plena seguridad se trata de la más divertida y una de las primeras piezas de divulgación científica que, junto con el programa de radio de la bbc homónimo, consiguió llevar la extinción contemporánea de especies al terreno del gran público.

Con humor mordaz e ironía, Adams relata sus andanzas al lado del zoólogo Mark Carwardine cuando ambos se abocaron a la improbable misión de recorrer el globo terráqueo en busca de las especies zoológicas más amenazadas de ese entonces: el delfín chino de río, el aye aye de Madagascar, el kakapo de Nueva Zelanda, el rinoceronte blanco del norte, el gorila de montaña y, por supuesto, el dragón de Komodo, al que Adams, con ese tono a lo Monty Python que lo caracteriza, persiste en llamar «bestia devoradora de humanos». Después tiene a bien señalar que, como si encontrarse franqueado por uno de los mares más peligrosos del mundo y estar rodeado por unos cuantos miles de lagartos gigantes y sanguinarios no fuera ya suficiente, Komodo también se destaca como el lugar con la

concentración más alta de serpientes venenosas por metro cuadrado del planeta. Si bien es cierto que esto podría ser un tanto exagerado, en todo caso no lo es por mucho: de las quince especies de serpientes presentes en la isla, la mitad son venenosas, entre las que hay cobras de la India, cobras escupidoras, víboras de Russell y víboras de bambú.

Claro que esto no ha impedido que en las tres décadas que han transcurrido desde entonces la reserva se haya convertido en un destino favorecido por las masas de cierto tipo de trotamundos; además de ser considerada como una de las capitales mundiales del buceo. El número de visitantes se ha ido doblando año a año hasta alcanzar los 180.000 registrados en 2019. Este fenómeno ha traído consigo un caudal de divisas significativo para la supervivencia del hogar de los dragones y de las comunidades que coexisten con ellos —cuestión nada menospreciable en una de las regiones más pobres de la nación insular—, pero a la vez comienza a causar estragos severos sobre el recinto natural (degradando los arrecifes coralinos, entorpeciendo los esfuerzos por evitar que los cazadores furtivos sustraigan ejemplares de la reserva, dejando tras de sí una huella cada vez mayor de gasolina y desperdicios, etcétera).

Tampoco es que haya mucho misterio; después de todo, no es infrecuente que el ecoturismo acabe por convertirse en un arma de doble filo. En especial cuando la ambición de ganancias inmediatas se impone a los fines de conservación. «Los seres humanos, que son casi únicos en la capacidad de aprender de la experiencia de los demás, también son notables por su aparente falta de inclinación a hacerlo», sentencia Adams en su relato, lo que resume con tino lo que ha sucedido una y otra vez a lo largo y ancho del globo terráqueo cuando se combina el desarrollo vacacional desbocado —aunque sea teóricamente de «bajo impacto»— con los santuarios silvestres.

Por supuesto que estoy al tanto de que, de otra manera, yo no podría estar aquí ahora (a menos que fuera por motivos académicos y subvencionado por alguna universidad o museo), y que sin el interés del público lo más probable es que el futuro de los dragones fuese sombrío (sobre todo en el contexto plenamente utilitario que prevalece con respecto a la conservación de la biodiversidad en nuestra era). He ahí la paradoja del

asunto: en el esquema capitalista, los turistas son imprescindibles, pero a la vez una condena. Si acaso, me alegra haber tenido la oportunidad de poder asomarme a este territorio remoto de Indonesia poco antes de que la industria turística explotara por completo y alcanzase esos niveles desorbitantes de los años venideros en los que ni la cima del Everest se salvó de las aglomeraciones.

Digamos que en 2012 todavía es posible fantasear con que uno está adentrándose en un paraje relativamente indómito de la floresta sin tener a otro grupo de excursionistas pisándole los talones constantemente; con la ventaja adicional de que ya se han prohibido aquellas cuestionables escenificaciones circenses, observadas por el propio Adams aún en los años noventa del siglo xx, en las que se acostumbraba a colgar cabras de los árboles para que los turistas observaran cómo los dragones las destazaban.

Dos días más tarde, volvemos al muelle a preguntar por nuestro barco. Sigue lloviendo, pero ya solo se trata de una tenue llovizna. En esta ocasión, el hombre no se encuentra desayunando, sino atando una motocicleta a los barandales de su embarcación dilapidada. Lo hace con tal destreza que por un momento dudo si vale la pena interrumpirlo, no quisiera incordiar esos anudados que rayan con el arte, pero Ana Jacoba se me adelanta:

—¿Alguna noticia del barco?

—Ya está aquí —confirma él sin levantar la vista.

—Genial, ¿dónde?

—Aquí —insiste él, y después hace un gesto circular con la mano que parece sugerir que esta embarcación dilapidada es precisamente nuestro barco.

Debe de haber una confusión, pienso, al tiempo que veo cómo un muchacho achica el agua de la cubierta con un vaso. ¿Será que el hombre se olvidó de nuestro arreglo? ¿Habrá abandonado la intención de llevarnos hasta Lombok tras visitar a los dragones? La embarcación no es tan pequeña, incluso cuenta con una plataforma sobre la cabina de mando por encima de la cual otro muchacho está sujetando un toldo, pero de ahí a que el transporte se preste para habitarlo durante cuatro días hay un trecho bastante largo. Sin mencionar que, tomando en cuenta la reputación del mar

que transitaremos, el estado del casco no brinda ni la más ligera confianza. Supongo que el hombre se percata de nuestro desconcierto, pues suelta de pronto:

—No hay de qué preocuparse. Quizá no sea el bote más vistoso, pero les prometo que es más seguro que estar en tierra con los varanos.

Recuerdo las fotografías que nos mostró este hombre (al que a pesar de todo llegaremos a apreciar como a un buen amigo, e incluso terminaremos disfrutando de desayunar curry con cerveza como dicta su costumbre) aquella primera noche en el bar antes de cerrar el trato: por supuesto que se trataba de un barco distinto. Por lo menos parecía como treinta años más moderno. Me viene a la cabeza nuevamente el testimonio de Adams, que probablemente estando en una situación semejante escribió: «Virtualmente todo lo que nos dijeron en Indonesia resultó no ser cierto, a veces casi de inmediato. La única excepción fue cuando nos dijeron que algo iba a suceder de inmediato, en cuyo caso resultó *no ser cierto* durante un periodo largo de tiempo».

—Ustedes duermen arriba —dice señalando la plataforma superior, ahora iluminada en tonos azulados por el filtro que ejerce el toldo—. Nosotros, atrás, en la cocina.

Sigo los movimientos de su mano aún incrédulo.

—Se come y se pasa el día aquí —agrega indicando la pequeña cubierta del frente del barco a la que la motocicleta roba un pedazo considerable.

—Tenemos caretas y snorkels, y el escusado es de los que les gustan a ustedes —dice, dibujando una ligera sonrisa en la que se detecta cierto sarcasmo, como dando a entender que él está al corriente de las tonterías que exigen los turistas occidentales—, además de la ducha más grande de Asia —apunta haciendo un gesto envolvente con las manos hacia el mar y sonriendo antes de tiempo para reforzar su chiste. Solo que pronto descubriremos que no es un chiste, que la poca agua dulce que llevan a bordo se reserva para beber y cocinar.

Nuestros rostros deben de delatar que no estamos del todo convencidos, porque nos explica que no será un viaje particularmente incómodo, pues solo se apuntaron otros cinco pasajeros al trayecto. Esto

constituye un grupo más bien pequeño, nos hace saber, ya que con la tripulación —es decir, él, los dos muchachos que realizan labores en el barco y el viejo capitán cocinero al que nos presenta a continuación— seremos apenas once.

—Deberían ver cómo se pone en temporada alta —agrega él meneando la cabeza—, hemos llegado a realizar el viaje hasta con veinticinco personas.

Me estoy imaginando dónde cabría tanta gente en esta barcaza oxidada cuando un par de gallinas se asoman desde la parte posterior del barco.

—La cena para el último día —presume orgulloso nuestro anfitrión, recordándome que Adams también se vio obligado a compartir el bote con la merienda durante su visita y cuyo capítulo dedicado a Komodo lleva el título «Here be chickens».

Unas horas más tarde, navegamos sobre aguas serenas y tan cristalinas que podemos divisar los arrecifes que van pasando bajo nosotros. Da la impresión de que nos estamos deslizando suspendidos en el aire, produce vértigo. Hace rato que el titánico contorno de Flores se perdió a nuestras espaldas cuando observamos nuestro primer grupo de delfines. El resto de los pasajeros resultó ser unas gemelas idénticas alemanas, el mejor amigo de ambas, también de origen teutón, y un maestro de natación italiano ya entrado en años (confieso que me da cierta seguridad contar con alguien que se presenta como «maestro de natación» en el grupo). Al último integrante, el dueño de la moto que nos roba un trozo preciado de cubierta, lo recogeremos el segundo día de viaje en mitad del mar, pues se encuentra buceando desde otra embarcación.

Avanzamos entre masas terrestres heterogéneas. Topografías salvajes que remiten a una versión geográfica de esos pareos de batik, omnipresentes en el archipiélago, elaborados con retazos de telas diferentes. Ninguna se repite, todas las superficies que se elevan sobre el oleaje ostentan textura propia y gamas de color únicas. Desde el barco el paisaje se asemeja un poco al del golfo de California, pero con volcanes cónicos

gigantescos, desfiladeros escarpados de rocas naranjas y vegetación que cambia drásticamente de matorral espinoso a selva baja.

Resulta curioso el efecto que crean estas costas con sus olas de vidrio quebrado, acantilados con pastos del color del jade y playas diamantinas: te invade una profunda sospecha de irrealidad. Es como esas veces que te confrontas con una inflorescencia tan perfecta que parece de mentira. Te hace preguntarte si habrán disuelto algún potente psicodélico en el café de la mañana. Se me ocurre que, después de todo, quizá no estaría tan mal naufragar en estos mares: uno podría alimentarse de puras percepciones estéticas y dedicarse a la poesía contemplativa. Sin embargo, más que el panorama, lo que realmente excita mis neuronas, y me hace olvidarme temporalmente de la aprensión impuesta por el dudoso navío sobre el que viajamos (temor que no es del todo gratuito, porque en 2014 un barco análogo a este, quizás el mismo, naufragará en esta ruta, dejando a la tripulación y a sus veinte pasajeros a la deriva, dos de los cuales nunca aparecerían), es la certidumbre de que en algunas de esas islas se esconden los dragones.

Los poderosos *Varanus komodoensis*, ni más ni menos que los lagartos más grandes sobre la faz de la Tierra. Reptiles imponentes que pueden llegar a rebasar los tres metros de largo y los ciento veinte kilos. Sus dimensiones a nuestro modo de comprender el entorno silvestre (esto es, bajo un sesgo temporal marcado que suele integrar apenas una minucia de la historia natural) los convierten en verdaderos gigantes de las lagartijas, o mejor dicho de los animales en general, pero a la luz de los hallazgos fósiles del continente australiano —de donde proviene su linaje— los tornan en varanos más bien modestos. La bestia conocida como megalania, o *Varanus priscus*, el más grande de sus antepasados y que llegó a coexistir con los homínidos que aquí habitaban hasta hace unos treinta mil años (incluyendo a los primeros bosquimanos australianos de nuestra especie), superaba los cinco metros de longitud y los trescientos kilos de peso.

Me asalta la imagen de una de esas bestias descomunales de-satando toda su voracidad contra un aterrorizado hombre de Flores —que si acaso llegaban al metro veinte de estatura—, y después conjeturo que quizá no haya sido mera casualidad el que esos pigmeos integrantes de nuestro árbol

genealógico se extinguieran. No obstante, las palabras del capitán me sacan de golpe de mi tránsito mental hacia el pasado. Señalando un terraplén aún un tanto amorfo sobre el horizonte, pronuncia ese nombre que llevo tanto tiempo anhelando:

—Komodo.

Atracamos y poco más tarde caigo en la cuenta del artificio de mi propio engaño, la ingenuidad de mis expectativas: en las oficinas de la reserva nos informan de que no garantizan que veamos dragones. Debido a que los organismos se encuentran en libertad, y dado que el área donde habitan es extensa y que la población no es muy grande, los avistamientos no están asegurados. De igual modo nos registramos y elegimos realizar el recorrido largo, un sendero circular que atraviesa buena parte de los diferentes ecosistemas que salpican la reserva y en el que hay más probabilidades de encontrar algún espécimen. La caminata llevará alrededor de cinco horas bajo un sol inclemente, nos advierten, y seremos escoltados por dos guías locales, nativos del pequeño poblado localizado en uno de los extremos de la isla. Ninguno de ellos parece tener más de quince años. Portan un palo como de escoba que termina en forma de Y, única defensa contra el posible ataque de un dragón.

Desde luego que algunos integrantes de nuestro grupo expresan inquietud ante esta situación, subiendo un poco más su tono de alarma cuando pasamos frente al cartel que honra a las víctimas pasadas: numerosos rostros y extremidades de turistas y nativos que a lo largo de los años han sucumbido al embiste reptiliano nos devuelven la mirada recordándonos que estamos entrando en los dominios de uno de los organismos más salvajes que quedan en el planeta. Con emoción expectante y no sin cierto nerviosismo, comenzamos a abrirnos paso entre la maleza.

Este mundo perdido sí es como uno lo imagina desde la distancia: brutal y abrasador. Cada centímetro de lo que nos rodea parece estar cifrado en un lenguaje arcaico y críptico. Una pauta evolutiva a la que los bípedos parlantes no pertenecemos. Algo denso pulsa en el ambiente, algo feroz e indomable que proviene de una época previa a la aurora misma del tiempo. Un eco gutural, más físico que auditivo, se cuela por la espalda. Crispa la dermis. Es como si de pronto te percataras de que llevas la nuca expuesta,

de que no eres más que un pedazo de huesos y carne olorosa completamente vulnerable.

En toda la isla se presiente una gran fuerza contenida bajo presión. Algo que ruge bajo la superficie. Tengo la sensación de que si explotara un volcán en la distancia no me sorprendería. Ríos de lava, estampidas de rumiantes, así imagino que podría sacudirse el panorama cuando esa catarsis que parece acechar agazapada desde todos los flancos a la vez por fin se abalance y acabe de una tarascada con nuestros jugos gástricos y vísceras. «¡Vamos, revélate! Arrójate de una buena vez, furia incomprensible», me dan ganas de gritarle.

Luego caigo en la cuenta de que debo de estar enloquecido por el calor. Delirante por estar vagando en los últimos vestigios de lo que alguna vez fue el pleistoceno. Procuero darle tragos largos a la botella de suero que cargamos con nosotros y refrescarme la cabeza cada tanto para mantenerla en sus cabales.

A nuestro paso vamos encontrando venados de Timor, búfalos de agua, macacos cangrejeros y jabalíes barbudos. Al descubrirlos furtivamente entre los matorrales y detectar el sobresalto que destella en sus miradas, la primera intuición que se tiene es que su angustia quizá sea producto de nuestra irrupción en el paisaje. Pero no nos equivoquemos, la presencia humana les tiene sin cuidado. Los herbívoros están en alerta perpetua, con los sentidos aguzados y los músculos dispuestos, por otro motivo. El pavor que se adivina en esas miradas esquivas se debe a que aquí, en este imperio de sombras y ortigas, los reptiles siguen coronando la cadena alimenticia e imponen su ley con violencia extrema. Supongo que hasta cierto grado todas las criaturas circundantes llevan inscrito en el tuétano que podrían ser la siguiente presa en el menú de ese depredador voraz y poco selectivo.

Me viene a la cabeza nuevamente Adams, pero en esta ocasión lo que recuerdo es su charla «Parrots, the Universe and Everything», que pronunció en 2001 en la Universidad de Santa Bárbara, California: «Resulta que el animal más amenazado en la isla es cualquiera que no sea un dragón de Komodo». La sensación reinante es exactamente la opuesta a la de las Galápagos, con su fauna apacible e indiferente ante los ojos que la rodean: en las tierras en las que nos adentramos, la tensión casi puede palparse.

Durante las primeras horas del recorrido no encontramos dragones, situación que se va tornando poco a poco más frustrante, ya que el terreno es empinado y requiere de un esfuerzo considerable. Cuando llegamos a la cúspide del monte el termómetro marca 41°C. Desde aquí es posible divisar buena parte de la isla con el resto del reino oceánico de los dragones difuminándose en la distancia. Vuelve a pasarme por la cabeza la imagen de un volcán escupiendo lava incandescente. Casi podría esperarse que de un momento a otro un pterodáctilo surcara el cielo. Continuamos. Un cuarto de hora más tarde, los guías nos detienen en seco. Han encontrado algo. Analizo el follaje con atención sin conseguir enfocar nada destacable. El resto del contingente tampoco da muestras de discernir qué es lo que llama la atención de los guías. Ni siquiera Ana Jacoba, con su visión entrenada en colorimetría, es capaz de resolver el rompecabezas que traza la hojarasca ante nosotros.

Al cabo de un rato, nuestros escoltas se dan por vencidos; resulta inútil intentar que los ojos forasteros atinen a identificar esa silueta mimética que para ellos (que nacieron aquí y conocen de sobra) resulta tan conspicua. Por lo que, sin más preámbulo, nos señalan al ejemplar: una hembra del tamaño de una tumbona que descansa a unos escasos metros de distancia.

Nunca olvidaré los sentimientos encontrados que me atravesaron: por un lado me resultó asombroso el grado de camuflaje de estos organismos (literalmente se funden con el entorno), pero a la vez, me ofuscó tremendamente no haber podido dilucidar el contorno de la fiera sin asistencia; yo, que se supone que debería de contar con las habilidades mínimas de cualquier herpetólogo de campo que se precie (aunque sea más teórico que práctico), en especial tratándose de uno de los reptiles más grandes que jamás haya visto. Sin embargo, en ese momento no pude más que observar completamente estupefacto a este animal que llevo en la psique desde que era niño. Y es que si ver a un orangután en el medio silvestre era algo que me obsesionaba desde hacía muchos años, en el caso de los varanos más grandes del mundo mi fijación se remonta a cuando comencé a leer y descubrí que una fiera así existía.

Solo cuando logro superar el trance de estar parado frente a un dragón de Komodo en libertad noto que la hembra se ve un tanto delgada: la

columna vertebral sobresale de su lomo y la piel le cuelga en pliegues flácidos (da la impresión de que le queda un par de tallas grande). Indago con los guías si esto se debe a que su estado de salud no es óptimo o quizá se trate de un ejemplar ya viejo. No obstante, la respuesta que me dan ellos torna la presencia, ya de por sí exultante, en algo aún más extraordinario: la hembra se encuentra cuidando su nido.

Según aprendo entonces, las hembras guardan el nido hasta tres meses después de haber depositado los huevos y no se apartan de este ni para comer. El proceso suele incluir un trabajo considerable por su parte, pues además de escarbar la madriguera profunda en la que depositan entre quince y veinte huevos (cuya eclosión se producirá unos nueve meses después) se ocupan de cavar varios túneles falsos alrededor del nido para despistar a posibles depredadores. Luego, tras la guardia prolongada, la hembra apisonará la tierra con el vientre para borrar cualquier indicio del sitio en el que sus crías permanecerán soterradas hasta el día en que emerjan del cascarón en forma de delicados lagartitos negros con puntos amarillos, coloración que mantendrán hasta su tercer año de vida aproximadamente, cuando atravesarán la transformación anatómica que culminará en el gris pardo con tintes azulados, amarillentos y rosáceos sobre la cabeza y cuello que distingue a los adultos.

Contemplamos a la futura madre, con su semblante de velociraptor moderno, durante unos minutos más y retomamos nuestro camino. En lo alto del dosel forestal se escuchan los graznidos altisonantes de las cacatúas (las aves más abundantes y estridentes de la isla) y hay ceibas en floración por todos lados. Unos metros más adelante, una cobra escupidora cruza la senda, el primero de los seis encuentros fugaces que tendremos con las de su tipo a lo largo de la jornada y a las que me habría gustado amedrentar un poco para observarlas arrojar sus chisquetes de veneno si los guías no se me hubieran adelantado ahuyentándolas a pedradas. De cualquier modo, pondero que con esto podría bastarme, que si en lo que resta de la visita no nos cruzamos con ningún otro dragón, igual me iría satisfecho; sin embargo, la fortuna aún nos tiene deparado un gran banquete zoológico. Durante las siguientes tres horas avistamos un total de veinte individuos: dos o tres hembras gestantes más, un par de juveniles, una cría encaramada

en un árbol (donde pasan los primeros tres años de vida resguardándose de depredadores, entre ellos los dragones más grandes, y alimentándose de geckos, insectos, caracoles y ranas) y finalmente cuatro machos titánicos.

Pienso que si aún quedan animales en el mundo dignos de haber sido incluidos en aquellos bestiarios medievales que mezclaban leyenda con realidad tendrían que ser los varanos que tenemos enfrente ahora, el mayor de los cuales debe de medir más o menos lo mismo que un tablón de comedor en el que podrían sentarse holgadamente doce comensales (aunque a esta distancia su férrea constitución parece aún más grande). Avanzan contoneando el cuerpo con ese aire altivo que les confiere saberse monarcas absolutos de estos territorios, se detienen un momento a olfatear el aire metiendo y sacando su lengua bífida, que se dice que es capaz de detectar el aroma fétido de la carroña a más de seis kilómetros de distancia, y clavan en los espectadores unos ojos completamente negros cuya pétrea mirada remite a la etimología de su nombre coloquial (la palabra «dragón» deriva del griego δράκων (drákōn): «serpiente», «dragón», que a su vez procede de la raíz del verbo δέркоμαι (dérkomai): «mirar fija y penetrantemente», y que se aplica a la mirada de las serpientes, las águilas, la gorgona y los guerreros).

Pero no es solo eso lo que me hace pensar ahora en los bestiarios medievales. Tampoco sus hocicos rectangulares que esconden dientes de sierra o sus zarpas curvas y punzantes que bien podrían ser felinas, ni su piel áspera y revestida por osteodermos redondos —placas óseas que se encuentran embebidas en las escamas y que los hacen parecer como si vistiesen una cota de malla incrustada por balines— o la poderosa cola que cargan erguida en eje longitudinal con respecto al cuerpo y que, en conjunto con su cuello largo y torso macizo, transforma toda su anatomía en una especie de rotundo ariete reptiliano. Lo que francamente trastoca los límites de la fantasía y en mi opinión los hace bestias casi mitológicas —más acreedores de integrar catálogos criptozoológicos que otros reptiles gigantes, como pitones reticuladas, anacondas y cocodrilos de agua salada— es que los enormes lagartos de estas islas, además, son venenosos.

Vamos, que si no escupen fuego en el sentido literal del término, sí lo hacen en uno bioquímico. Su saliva corrosiva quemando los tejidos de sus

víctimas como a cámara lenta incendia el torrente sanguíneo desde dentro y asegura una muerte eficiente y ardorosa. Cuestión que me lleva a plantearme que, aunque no sean tan grandes como sus antepasados australianos, los dragones de Komodo sí son casi como Godzilla (ya que, al igual que el monstruo nipón, provienen de una isla oriental, gustan de sumergirse en el mar y su principal ataque es su aliento radiactivo).

Aunque durante las últimas décadas ha permeado la disputa entre los expertos de si la letalidad de su mordida se debe a que su saliva es un potente caldo bacteriano (que cuenta con poco más de cincuenta cepas distintas y ocasiona infecciones fatales en sus presas, tal y como dictaba el consenso hasta principios del siglo xxi) o bien a la presencia de alguna toxina secretada por el organismo, hoy en día se sabe que los dragones cuentan con dos glándulas productoras de veneno en su mandíbula inferior. Esto les otorga el honorable título de «los animales venenosos más grandes del mundo» (por si no estaban ya satisfechos con ser las lagartijas más colosales de la actualidad).

De hecho, no solo los dragones de Komodo, sino varias otras especies de varanos también —como los monitores de Lace, los arborícolas moteados y algunos cuantos más originarios de Oceanía— secretan una serie de proteínas con actividad tóxica cuyos efectos incluyen inhibición de la coagulación sanguínea, disminución de la presión arterial, parálisis muscular e inducción de hipotermia, y que lleva a las presas a entrar en estado de shock y a perder la consciencia. Este hecho los ha colocado dentro del selecto nicho de las lagartijas venenosas junto con los monstruos de Gila y los lagartos enchaquirados de México y Guatemala (considerados hasta 2005 como los únicos lagartos venenosos del mundo).

Quizá no resulte sorprendente entonces que otra cosa que comparten los dragones con dichos helodermas, además de una mordedura ponzoñosa y ese aspecto como de estar recubiertos por pequeñas cuentas esféricas, es que ocupan una misma rama del árbol filogenético; de acuerdo con índices taxonómicos y análisis cladísticos (herramienta biológica que sirve para determinar las relaciones evolutivas entre los organismos), sus familias respectivas, *Varanidae* y *Helodermatidae*, representan taxones hermanos y

cuentan con un ancestro en común no demasiado distante dentro del registro fósil.

Habría que señalar que, a diferencia de las serpientes, los lagartos no cuentan con dientes especializados para administrar dicho veneno, sino que para ello dependen de lacerar la carne de la presa y, a base de desgarrarla propinándole mordidas repetitivas o bien afianzando las fauces y moviendo la mandíbula de lado a lado, hacer que su saliva entre en contacto con los tejidos. Después, lo que resta es simplemente seguir al animal herido hasta que las toxinas hagan sus efectos, cuestión que, tratándose de un búfalo de agua de más de una tonelada, puede llevar hasta un par de días. Pocas estampas más descorazonadoras para los moradores de la floresta hay que un gran herbívoro arrastrando los pies conforme da tumbos por el pastizal con un escuadrón de cuatro o cinco dragones marcándole el paso a unos metros de distancia. Y cuando el bucéfalo finalmente colapsa y se desploma sobre el suelo, comienza el frenesí: los dragones, con los rostros ensangrentados y goteantes de saliva viscosa y rojiza, hunden sus fauces en el cadáver y, afianzándolo con las garras, sacuden la cabeza con ímpetu para destazarlo y hacerse con un pedazo del festín. Una carnicería, pues, que me apetecería haber visto retratada por Goya en sus pinturas negras o por Francis Bacon.

Al menos eso es lo que nos han contado los documentales con los que crecimos; sin embargo, no suele ser la norma. La parte de la carnicería sí, pero no tanto la escena de los depredadores dando persecución paciente a una presa desahuciada (uno de tantos mitos promulgados por los documentalistas de los años ochenta, como aquel otro de que los lemmings se suicidan en masa arrojándose de los acantilados al mar). La realidad es que la mayoría de los ataques se resuelven en cuestión de minutos, incluso tratándose de venados y jabalíes adultos, a los cuales emboscan, aturden por medio de latigazos con la cola y dan tarascadas y sacudidas violentas hasta desangrarlos o dejarlos incapacitados.

Cuando toca el turno a monos, cabras o aves, por ejemplo, otra técnica preferida por los dragones consiste en sujetarlos con fuerza con las mandíbulas y posteriormente golpearlos contra rocas o árboles (en ocasiones con tal brío que terminan por derribarlos) para después

tragárselos vivos y, si el tamaño lo permite, de un solo bocado. Los komodos son muy poco selectivos cuando el hambre arrecia, lo mismo se inclinan por mamíferos que por tortugas marinas, serpientes o huevos, e incluso se comen a miembros más pequeños de su misma especie si la ocasión se presenta. Tampoco desprecian la carroña cuando esta aparece sobre la playa expulsada por la marea, y a veces han llegado a exhumar los cuerpos de los difuntos pobladores (razón por la cual la gente de la localidad acostumbra a realizar sus entierros en zonas con suelos arcillosos y rematar las tumbas con montículos de rocas pesadas).

De cualquier manera, pueden llegar a consumir hasta el ochenta por ciento de su peso en una sola comida (lo que los coloca junto a las serpientes como los organismos terrestres con capacidades digestivas más exorbitantes). Después se tienden bajo el sol a realizar la digestión y luego regurgitan un bolo alimenticio compuesto por pelos, pezuñas, dientes, cuernos y demás derivados zoológicos no asimilables por sus intestinos y para lo cual recurren a una serie de movimientos espasmódicos y arcadas con la boca abierta que recuerdan a los gatos cuando vomitan sus bolitas de pelo.

Se dice que tras una merienda abundante un dragón adulto puede pasar hasta un mes sin probar otro bocado. Me gustaría pensar que estos que tenemos enfrente ahora se encuentran bien alimentados, porque, aunque no sucede con tanta frecuencia (al menos en nuestros días) como algunos podrían imaginar, en ciertas ocasiones sí llegan a atacar a los humanos.

En *Deadly Animals: Savage Encounters Between Man and Beast*, Gordon Grice ofrece un recuento de algunos de los casos mortales más notables ocurridos desde 1974, entre los que se incluyen un barón suizo que se rezagó de su grupo para tomar fotos y del cual solo se encontraron la cámara y el sombrero; un niño de catorce años que se desangró hasta morir después de que un varano le arrancara la carne trasera de los muslos, y un infante de ocho años que fue emboscado dentro de la reserva y cuya columna vertebral quedó fracturada después de que el dragón lo levantara por la cintura y lo zangolotease de lado a lado con violencia. También se menciona el caso del cadáver de otro niño pequeño que los lugareños recuperaron a medio comer y finalmente el de un hombre que fue atacado

en 2009 por dos dragones tras caer de un árbol y que, a pesar de haber sido rescatado por pescadores, murió antes de llegar al hospital.

Que no devoren humanos con regularidad no significa que no lo intenten cada tanto, emboscando a pobladores y pescadores locales y en ocasiones llegando a meterse furtivamente en las casas y oficinas de los guardaparques de la reserva. En 2008, un grupo de buzos arrastrados por la corriente recalaron en Rinca y reportaron que los dragones los estuvieron asediando, atacándolos múltiples veces, durante el par de jornadas desesperadas que tardaron en localizarlos los cuerpos de rescate. En cualquier caso, un ejemplar de buen tamaño con facilidad podría trocear una pierna que se le aproximase imprudentemente, sin olvidar que en carrera corta estos reptiles son más veloces que nosotros, llegando a alcanzar los cincuenta kilómetros por hora (más rápido que Usain Bolt), así que más vale ser cautos y prestar atención a sus movimientos.

Ya en el barco, vuelvo a recordar el libro de Adams y la conversación que el autor sostiene con Mark cuando intenta indagar sobre la cantidad de dragones que merodeaban en la reserva.

—¿Cuántas de estas cosas quedan? —pregunta Adams. —Como cinco mil —contesta Mark. —¿Y cuántas solía haber antes? —Como cinco mil. Hasta donde sabemos, esos son más o menos los que ha habido siempre.

Con «siempre» Mark se refiere a los censos realizados a partir de la segunda mitad del siglo xx (ya que la especie fue descrita por la ciencia apenas en 1910 y los primeros conteos de ejemplares no se realizaron hasta varias décadas más tarde). La cuestión es que, si bien sus números parecen escasos comparados con los de otras especies de animales, la población de dragones se mantuvo relativamente estable hasta la primera década del siglo xxi, rondando los cinco mil individuos. Sin embargo, durante los últimos años han comenzado a declinar peligrosamente, pasando de considerarse una especie vulnerable a una amenazada y en ruta hacia la extinción.

En su evaluación más reciente, la Lista Roja de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (iucn por sus siglas en inglés) registró que en 2019 quedaban 3.458 ejemplares (de los cuales solo 1.383 eran adultos reproductivos). El problema es que aproximadamente un tercio de estos viven en zonas fuera de la reserva, a lo largo de la costa noroeste de Flores, y no se encuentran protegidos. De lo que no cabe duda es de que se trata de una de tantas especies (día a día más numerosas) cuyo devenir está completamente ligado a nuestros designios, y que en cualquier momento, si es que los esfuerzos de conservación no resultan persistentes, podrían desaparecer por completo.

Después de aquel sobreexplotado 2019, con sus ciento ochenta mil visitantes, las autoridades decidieron tomar cartas en el asunto y regular el flujo turístico. Incluso sopesaron la posibilidad de cerrar la reserva durante un año. No obstante, la pandemia ocasionada por el sars-cov-2 se interpuso y les ahorró a los administradores tener que tomar medidas drásticas, disminuyendo el ímpetu de los viajeros por un tiempo.

Hoy en día el gobernador de la provincia de Nusa Tenggara, Viktor Bungtilu Laiskodat, propone realizar un cambio radical: elevar el costo de entrada al parque natural (a mil dólares por una afiliación anual) y de esta manera vetarlo al turismo masivo: tornarlo un destino más exclusivo a la vez que se plantea desalojar a las comunidades que habitan dentro del santuario y relocalizarlas en islas adyacentes.

No se trata de una operación muy popular que digamos, en especial para las miles de personas que han coexistido con los dragones durante generaciones, cuyas tradiciones conciben a los varanos como hermanos y que hoy en día dependen por completo del turismo gestado en torno a los reptiles para poder subsistir. No obstante, Laiskodat parece estar decidido, y ha llegado a afirmar a los medios: «Se llama la isla de Komodo, así que es para los *komodos* [dragones] y no para los humanos. Aquí no habrá derechos humanos, solo de los animales».

Ya se verá si el Gobierno central de Yakarta secunda sus propuestas. Por lo pronto existe un nuevo tope promulgado de cincuenta mil visitantes anuales, y otro de setenta y cinco por día; cifras que, no hace falta aclarar, no son complementarias. Pero en Indonesia, donde lo acordado y lo

ejecutado no tiene por qué coincidir necesariamente, eso no parece tener importancia.



Sulawesi, Indonesia

Cuatro largas penínsulas selváticas que convergen en un escarpado núcleo montañoso, tres golfos de aguas profundas y rebosantes de vida, vastos sistemas de arrecifes coralinos bordeando las costas, serranías sinuosas e inaccesibles, valles resplandecientes perforando las alturas, exuberancia botánica por doquier y admirable riqueza étnica poblándolo todo: tal es la frontera entre Asia y Oceanía. Una gran isla, producto de la colisión entre masas terrestres provenientes de las placas continentales asiáticas y australianas, vértice de confluencia entre dos regiones biogeográficas distintas. Estamos en el corazón mismo de Wallacea, encrucijada de biotas singulares, probablemente la región con el grado de endemismo más elevado del archipiélago indonesio. Tierra de fieras tan misteriosas como únicas. Hogar del impresionante cangrejo del coco (el artrópodo terrestre más grande del mundo), y del celacanto, ese enorme pez-fósil viviente que se creyó extinto durante siglos.

Ficha 4

Latitud: -2°07'60.00"S **Longitud:** 120°16'60.00"E / La línea ecuatorial atraviesa la región centro-norte de la isla, sobre la península superior de las cuatro que la conforman.

Localización: Wallacea, región central del archipiélago indonesio, al este de Borneo, oeste de las islas Molucas, sur de las Filipinas y norte de Nusa Tenggara.

Tamaño: 193.846 km² (es la décimoprimeras isla más grande del mundo).

Población: 19.896.951 habitantes (censo de 2020).

Vegetación: Debido a su sinuosa orografía y clima cálido y húmedo, la isla solía estar cubierta en su mayor parte por selva húmeda de montaña y bosque mesófilo, con selva baja perennifolia en las vertientes costeras y bosques de manglar sobre la línea de la marea.

Fauna: La isla presenta uno de los mayores grados de endemismo del sudeste asiático, en especial en lo que se refiere a mamíferos (127 especies presentes, de las cuales 79 son endémicas, entre ellas anoas o búfalos enanos, babirusas, 6 especies de macacos y 7 de tarsios) y aves (337 especies totales, de las cuales 70 son endémicas o semiendémicas).

Estatus de conservación: Se estima que desde 2007 se ha perdido cerca del 80% de la selva a causa de la deforestación, así como buena parte de los manglares y la mayoría de los humedales. Existen 8 parques nacionales en la isla, 4 de los cuales son marinos. El Parque Nacional Bunaken, que protege un rico sistema coralino sobre la costa noroeste, ha sido propuesto como Patrimonio de la Humanidad por la unesco.

Sala de proyecciones 4: El opuesto de King Kong

Tocan a la puerta de la cabaña con bastante insistencia. Abro los ojos sobresaltado y durante unos instantes no comprendo bien dónde estoy. Siento la boca pastosa y me palpitan las sienas. Supongo que el *tuak* (ese vino que a veces es de palma y otras de arroz) produce más resaca de la que me habría gustado, en especial cuando van acumulándose las duermevelas arropadas por su elixir. La secuencia de los días previos va reconfigurándose en mi cabeza paulatinamente. El encadenamiento de los numerosos transportes que han sido necesarios para llegar hasta aquí, el punto más al este del globo terráqueo en el que jamás haya estado. Es entonces cuando la descubro: una silueta inquietante caminando sobre el cuadrante de mosquitero que envuelve la cama. Se trata de una araña y es enorme, pero sobre todo está muy cerca de mi rostro. Pienso que quizá sea una tarántula; sin embargo, resulta imposible descifrarlo con exactitud en la oscuridad de la madrugada.

Por unos segundos contemplo atolondrado la sombra arácnida sin quedarme del todo claro si está desplazándose por dentro o por fuera del pabellón de tela. Si representa una amenaza inminente o tan solo una presencia incómoda. Procurando no llamar su atención, es decir, esmerándome por ni rozar el mosquitero ni soltar el más ligero suspiro, alargo el brazo y cojo la linterna que yace junto a la almohada (no sin cierto orgullo de haber recordado cargarla y dejarla ahí, al alcance). Cuando la enciendo constato con alivio que la criatura se encuentra en la cara exterior del tule que nos separa de posibles visitantes nocturnos.

Bajo el haz de luz se disipan mis dudas, no es una tarántula, sino la araña más grande con la que nunca antes me haya careado. Su vientre es lustroso, verde brillante con rayas blancas longitudinales, posee unos quelíceros que parecen clavos y sus patas esbeltas y puntiagudas le

confieren un aura biomecánica. Calculo que es más o menos del tamaño de mi pie y después reparo en que no está cazando insectos, sino geckos.

Sacudo suavemente a Ana Jacoba, que dormita a mi lado con ese sueño pesado que la caracteriza (inmutable como un leño me parece que la describiría con tino). Persisto, advirtiéndole que no vaya a incorporarse de golpe, y finalmente consigo que abra los ojos como una automática. Le señalo a nuestra acompañante. «Joder», susurra ella. Con sumo cuidado de no incordiar al temible arácnido, emergemos sudorosos y abotargados del lecho en el que descansamos apenas por un par de horas. Afuera la jungla se percibe fresca y activa. Casi sugerente, podría decirse. Los clamores quitinosos de los artrópodos se entrelazan con los cantos agudos de las ranas y numerosos murciélagos surcan el espacio abierto entre la maleza en busca de los últimos bocados nocturnos. Son las tres y media de la mañana.

Renny Linggar, nativa de estas latitudes y nuestra guía, nos recibe con una sonrisa maternal en la enramada destartalada que sirve de cocina: parece disfrutar de las caras somnolientas de los forasteros, poco acostumbrados a estar en pie a horas tan impropias de la madrugada. Renny es una mujer energética y de rostro agradable, lleva el pelo negro revuelto sobre la cabeza y se mueve con agilidad. Tiene una de esas personalidades que inspiran confianza inmediata —rasgo que resulta reconfortante, pues estamos a punto de sumergirnos en la noche selvática siguiendo sus pasos— y su risa parece engullir a la persona que tiene enfrente.

Nuestra anfitriona nutre un fogón con troncos secos al tiempo que se explaya sobre lo que nos aguarda en las ocho horas que durará la expedición, qué hacer en caso de extravío, cómo distinguir las serpientes venenosas locales, en qué zonas abundan los lodos movedizos, de qué manera deberíamos reaccionar ante el embiste de un macho alfa de macaco crestado y ese tipo de cosas; consejos que podrían ser útiles durante la jornada que se avecina. Las llamas crepitantes le iluminan las facciones y me llevan a pensar que su fisionomía encajaría sin mayores problemas en las montañas oaxaqueñas; imagino que tendrá alrededor de cuarenta años.

Renny nos ofrece té de cardamomo con miel y pelotitas de arroz pegajoso con plátano y nos indica que comamos deprisa; partiremos en diez minutos. Tendremos que desplazarnos a buena velocidad durante la primera

hora y media de recorrido, si es que pretendemos alcanzar el sitio donde habita el peculiar organismo que venimos a buscar antes del amanecer: justo con las primeras luces del alba se abrirá la única ventana de oportunidad para observar al escurridizo animal en su entorno. Así es que, sin más preámbulo, encendemos las linternas y nos adentramos en la vegetación oscura.

Son los últimos días de 2013 y nos encontramos en el extremo noreste de Sulawesi, también conocida como Célebes: décimoprimer isla más grande del mundo, cuya forma desde el aire remite a una gran letra K, con una superficie un poco mayor que la de Grecia y tapizada por vegetación exuberante. Para ser más preciso: estamos en las inmediaciones de la reserva Tangkoko Batu Angus, una extensa capa de selva húmeda (8.700 hectáreas) que se extiende entre la costa del mar de Molucas y la cima de tres volcanes coniformes.

Han pasado poco menos de dos años desde la última vez que estuvimos en Indonesia. Justamente, durante aquella travesía entre Komodo y Lombok fue cuando la idea de venir a Sulawesi comenzó a cristalizarse. De hecho, el maestro de natación italiano (con el que compartimos el navío) fue quien nos habló de los elaborados rituales funerarios de la región de Tana Toraja, en la parte meridional de la isla: cuando un miembro del clan de los toraja muere, el cadáver se conserva inyectándole formaldehído hasta que toda su familia, en ocasiones más de mil integrantes, pueda ser reunida para asistir a siete días de banquetes y sacrificios rituales; si el difunto era rico, se matan hasta doscientos cerdos y hasta trescientos búfalos de agua (se dice que hace unos siglos también se decapitaban humanos) y posteriormente los restos del fenecido se depositan en el interior de cuevas panteón o dentro de nichos escarbados en lo alto de laderas rocosas.

Quizás esos rituales por sí mismos ya podrían haber bastado para que Ana Jacoba y yo anheláramos retornar al archipiélago, sin mencionar la serie de criaturas endémicas de estas tierras que quisiéramos encontrar o la posibilidad de seguir los pasos de Wallace, el misterioso naturalista pelirrojo que le pisó los talones a Darwin con la teoría de la evolución por selección natural. Claro que nos llevó un par de años ahorrar lo suficiente

para transformar ese impulso en proyecto y encontrarnos nuevamente deambulando por los mares del Pacífico Sur en torno al Ecuador.

Llevamos cerca de un mes recorriendo la isla en compañía de Carlos Andrés y Nidia, nuestras amistades berlinesas más cercanas y que, fieles a su esencia colombiana, no han perdido la oportunidad de romper el letargo de los trasbordadores impartiendo lecciones de cumbia sobre cubierta. La ruta comenzó en Macasar (en el extremo sudeste de la isla) y terminará en Manado hacia finales de esta semana. Durante la expedición, además de haber asistido por unos días a un funeral de los toraja, hemos realizado algunas inmersiones memorables y nos hemos encontrado con pitones reticuladas, zorros voladores, anguilas gigantes y babirusas (extraños cerdos endémicos de Sulawesi, de hábitos semiacuáticos y gravemente amenazados, con enormes colmillos que crecen curvándose hacia arriba, rebasan el tamaño de las fauces y, tras perforar el labio superior, trazan un arco sobre el rostro asemejándose a unos cuernos); sin embargo, la jornada que se avecina, al menos para mí, promete ser una de las más emocionantes de todo el viaje. Si aguantamos el paso de Renny, podremos ver al curioso tarsio en libertad; sin duda, una de las manifestaciones más enigmáticas de la zoología y uno de nuestros parientes cercanos de menor tamaño.

Conforme bordeamos la costa de camino a la entrada de la reserva reparo en que Ternate, la capital de las islas Molucas Septentrionales, se localiza justo sobre el horizonte. Me viene a la cabeza Ternate porque desde ahí se envió la desconcertante carta que Charles Darwin recibió el viernes 18 de junio de 1858.

Lo que quien más adelante sería nombrado por la historia como el «padre de la evolución» halló al abrirla debió de dejarlo pálido, es decir, más pálido de lo que ya era el influyente científico a sus cuarenta y nueve años de edad, puesto que el sobre contenía un ensayo titulado: *Sobre la tendencia de las variedades a diferenciarse indefinidamente del tipo original*, quince páginas que básicamente exponían una teoría de evolución biológica por medio de selección natural notablemente cercana a la que él mismo estaba cocinando en ese preciso momento. Si Darwin estuvo al

borde de sufrir un espasmo esofágico al leer aquella argumentación nunca lo sabremos, pero gastritis como mínimo debió de haber experimentado, dado que su propio libro al respecto, *El origen de las especies* —manuscrito en el que seguía trabajando afanosamente tras casi veinte años de amasar pruebas—, aún era un borrador encima de su escritorio.

¿Es posible que al enfrentarse a la misma encrucijada de la razón dos cerebros separados por miles de kilómetros, y sin comunicación alguna entre sí, confluyan en sus cavilaciones? Y no estamos hablando de un dilema somero, al contrario, se trataba de un abismo cognitivo que requería de una auténtica revolución intelectual para ser sorteado. Una propuesta incendiaria y genial, de tal grado de originalidad y simplicidad que parecería francamente descabellado que alguien más pudiera dar con ella. Alguien además de Darwin, por supuesto.

Sin embargo, tras leer el contenido de aquella carta un par de veces, y probablemente con la mandíbula cada vez más desencajada, al eminente naturalista no le quedó otra opción que aceptar que, por inverosímil que pudiera llegar a parecer, eso era exactamente lo que había sucedido. El plagio estaba descartado, pues se había cuidado de compartir sus reflexiones tan solo con sus amigos y colegas más cercanos, por lo que tuvo que aceptar la única explicación plausible: se trataba de un caso insólito de pensamiento convergente.

Tampoco es que Darwin fuera el primer científico que intentaba comprender cómo diantres se originaban las especies. De hecho, por aquella época el Santo Grial de la disciplina naturalista consistía, justo, en revelar los engranajes por medio de los cuales la vida mutaba y prosperaba. Antes de su célebre tesis, basada en la selección natural, existieron las hipótesis de Buffon, Cuvier, Lamarck —quien en 1804 acuñó el término «biología» y formuló la primera teoría de evolución biológica— y hasta la de su propio abuelo, Erasmus Darwin. En resumen, *El origen de las especies* fue precedido por unos veinte trabajos que fueron marcando el camino.

De que los organismos cambiaban con el tiempo ya no cabía duda, pero hasta entonces nadie había sido capaz de dar con los cables que hacían danzar la marioneta evolutiva. O bueno, nadie salvo Darwin, y quien fuera que le hubiera mandado aquella dichosa carta desde Ternate.

A medida que nos abrimos paso sobre un sendero lodoso, Renny nos informa de que en los ochenta y siete kilómetros cuadrados que conforman la reserva habitan unas 127 especies de mamíferos, 237 de aves, 104 de reptiles y anfibios e innumerables invertebrados. Más de un tercio de todos estos tipos de fauna son endémicos de la isla, nos asegura, y la mayoría de ellos se balancean peligrosamente sobre el filo de la extinción. Además del tarsio, otros organismos icónicos de la zona son los macacos negros crestados, los cuscús enanos, las tarántulas azules, los calaos rinoceronte y no menos de quince variedades de serpientes venenosas.

Poco más adelante llega el momento de guardar silencio, estamos penetrando oficialmente en los límites de la reserva y no quisiéramos arruinar la oportunidad de ver alguna fiera y ahuyentarla con nuestra verborrea. La noche sigue cerrada, el negro espesor de la madrugada únicamente es interrumpido por el haz de nuestras linternas y por pequeños destellos luminosos que surgen en la floresta. Y no, no se trata de luciérnagas, sino de los ojos furtivos de numerosas arañas y escorpiones que merodean entre las sombras y que refractan la luz de las lámparas con reflejos de colores vidriosos.

Súbitamente la vegetación cambia, los arbustos y plantas rastreras dejan de dominar el paisaje para dar paso a troncos gruesos que se disparan hacia el cielo y entre los cuales se levantan helechos arborescentes. El ambiente se percibe más húmedo y el sustrato de hojas en descomposición resulta reconfortante bajo las suelas. Renny guarda su machete y consulta su reloj. Por su semblante es posible determinar que estamos a tiempo. Aprovechamos la pausa para beber agua de manera desahogada; a pesar de que el día aún no despunta, los cuatro extranjeros sudamos profusamente.

Reanudamos la marcha. Poco a poco el espacio entre árboles comienza a aumentar, lo que permite avanzar más deprisa. Conforme apretamos el paso recuerdo que, en el extremo de los organismos de menor tamaño dentro de nuestro árbol genealógico, en realidad hay otros dos contendientes dignos al título del primate más pequeño del mundo: el lémur ratón de Madagascar (*Microcebus rufus*) y el tití enano del Amazonas (*Cebuella pygmaea*); aunque ambos deben de ser algo más pequeños que el

tarsio que venimos a buscar. Pero no vinimos hasta aquí con la intención de constatar récords anatómicos —en todo caso cada uno de estos primates pigmeos representa al más pequeño de su estirpe en el continente que habita—, sino para contemplar una reliquia biológica; uno de esos animales singulares que, si bien reales, podrían perfectamente haber sido inventados: el mamífero con los ojos más grandes del planeta (al menos en relación con su cuerpo), un mono fascinante que cabe con facilidad en la palma de la mano y que rara vez toca el suelo.

Existen alrededor de diez especies dentro del género *Tarsius*, todas ellas oriundas de las islas del sudeste asiático y del Pacífico Sur. Algunas presentan rangos de distribución diminutos, microendemismos que se limitan tan solo a las selvas aledañas a cierto volcán o a los últimos vestigios de una reserva natural, y casi todas se encuentran gravemente amenazadas. Dependiendo de la especie, los adultos miden entre ocho y catorce centímetros de largo y no sobrepasan los ciento treinta gramos de peso. Son primates de hábitos nocturnos cuya principal distinción es poseer los globos oculares más grandes en proporción al cuerpo de todos los mamíferos. Estos ojos saltones, usualmente de un color rojo castaño o amarillo verdoso, normalmente ocupan el treinta por ciento del cráneo del organismo, lo que dificulta su movimiento. De hecho, los tarsios no cuentan con músculos para rotarlos, por lo que para ser capaces de escudriñar su entorno presentan otra adaptación llamativa: un cuello tipo trípode hidráulico que les permite girar la cabeza casi 360°.

Las extremidades anteriores de estos primates son relativamente pequeñas, pero las posteriores son largas y poderosas y se extienden a prácticamente el doble que el resto del animal, lo que los dota de gran destreza acrobática: pueden realizar saltos de hasta seis metros de altura (si hiciésemos la analogía comparativa con nuestra especie, sería como si los gimnastas fuesen capaces de dar saltos de más de sesenta metros de alto). La cola es más larga que el cuerpo, no se encuentra recubierta por pelo pero suele terminar en un pequeño penacho que parece un pincel, y sus manos rosadas y alargadas están rematadas por dedos delgados con discos redondos en las puntas; recuerdan un poco a las de E. T., el extraterrestre, o a las de las ranas arborícolas.

Las orejas prominentes y desnudas, junto a sus enormes ojos desorbitados, confieren al organismo un semblante podría decirse que casi tierno, como de murciélago recién despertado; sin embargo, los tarsios son un caso raro entre los primates, pues son exclusivamente carnívoros: se alimentan únicamente de presas vivas, insectos, lagartijas, ranas y arañas que cazan durante sus paseos nocturnos y engullen con fervor.

La carta con el documento que hizo temblar a Darwin aquella mañana de finales de primavera de 1858 estaba firmada por un tal Alfred Russel Wallace, un joven explorador de origen galés que se había pasado el último lustro recolectando organismos en las junglas del archipiélago malayo (hoy Indonesia). Wallace podría ser visto como el arquetipo del naturalista decimonónico; antes de su larga estadía en el sudeste asiático había pasado otros cuatro años inmerso en la selva amazónica en su infatigable búsqueda de animales. Se ganaba la vida capturando ejemplares de aves, reptiles, anfibios, mamíferos y en especial insectos para colecciones y museos europeos, y en tales menesteres era realmente excepcional: se estima que tan solo en los ocho años que pasó en las islas malayas recolectó más de ciento veinticinco mil especímenes, varios cientos de los cuales constituían especies nuevas para la ciencia occidental.

Ese contacto profuso y cotidiano con el medio silvestre lo llevó a poder captar la tremenda diversidad biológica y la manera en la que esta varía marcadamente en relación con la geografía. Poco a poco el joven explorador fue deduciendo que el tipo de organismos y su abundancia no solo no eran uniformes entre las distintas localidades que visitaba, sino que parecían variar de acuerdo con ciertos procesos históricos que conformaban regiones de distribución particulares (es decir, que algunas especies compartían historias evolutivas semejantes); nociones que más tarde le valdrían ser considerado como el pilar fundacional de la biogeografía y que, entre otros parámetros conceptuales, lo llevarían a establecer la línea de Wallace, un vector imaginario empleado hasta nuestros días que pasa entre Borneo y Sulawesi y que delimita la frontera entre la biota característica del sudeste asiático y la propia de Oceanía. Por ejemplo: al oeste de la línea

encontramos simios, elefantes y rinocerontes enanos; al este, solo marsupiales.

Recuerdo a Wallace ahora —además de por lo intrincado del incidente que protagonizó y que llegó a poner en duda la integridad del mismísimo padre de la evolución— porque el territorio en el que nos encontramos (abriéndonos paso penosamente entre la húmeda vegetación) se conoce precisamente como Wallacea. Un cuadrante que abarca buena parte de las islas centrales del archipiélago indonesio, incluyendo Sumbawa, Komodo, Flores, Timor, las Molucas, las islas de Banda y, por supuesto, Sulawesi, la superficie más grande y más rica en diversidad de especies endémicas de todo Wallacea, encrucijada en la que convergen los dominios biogeográficos de Asia y Australasia, cada uno con su tropel de fieras deslumbrantes a cuestas.

Además de sus reflexiones acerca de los patrones que determinan la distribución de los organismos, Wallace observó que, si bien el tamaño poblacional de las diferentes especies tiende a mantener cierta estabilidad, los individuos que las integran varían perceptiblemente. Observaciones que sirvieron como sustrato para que, tras un ataque cruento de malaria, llegara, aun sin saberlo, a las mismas conclusiones a las que había llegado Darwin. Según su propio testimonio, los delirios febriles lo llevaron a correlacionar las ideas de Malthus respecto al crecimiento de las poblaciones humanas con los principios de geología de Charles Lyell. De esta manera fue como consiguió desenmarañar el nudo evolutivo y desarrollar los conceptos de adaptación y competencia fundamentales para comprender el proceso de la selección natural.

«En cada población se genera una lucha por la existencia en la que solo los mejores sobreviven y extienden así sus caracteres ventajosos a la descendencia, y la mortandad de los menos adaptados es el factor que mantiene constante el tamaño de la población», escribió en su ensayo. La epifanía fue de tal índole que, aun adoleciendo de los padecimientos de la fiebre tropical, Wallace se levantó de la cama y se dispuso a comunicar sus reflexiones al naturalista que consideraba como la eminencia en la materia: Darwin.

Hace veinte minutos que luchamos por conquistar una ladera empinada, nuestros repetitivos traspiés evidencian que somos gente de ciudad (Renny, en cambio, se desplaza sin mayores esfuerzos; prácticamente levita sobre el paisaje). En nuestro favor habría que aclarar que no es tan fácil como podría parecer: la lluvia sutil, pero persistente, hace que la faena sea equiparable a caminar sobre hielo.

Al llegar a la cima, el manto vegetal que corona las alturas vuelve a tornarse denso; el dosel forestal, que se alza veinte metros por encima de nosotros, es tan ceñido que las gotas de lluvia prácticamente no penetran hasta el piso. Renny extrae su celular y hace una llamada. Los demás nos dejamos caer extenuados sobre un tronco podrido. Nuestra guía intenta localizar a su prima, que se adelantó por otra ruta. Tras dos intentos fallidos, consigue conectar la llamada (me sorprende que hasta en Sulawesi parece haber mejor señal que en México). Renny murmura al teléfono, mira su reloj y nos voltea a ver con una sonrisa. Nos dice que tenemos buena estrella, pero que necesitamos darnos prisa y guardar silencio absoluto.

Avanzamos los siguientes cien metros lo más sigilosamente posible. Renny nos indica con señas que nos sentemos frente a un gran árbol y que apaguemos las linternas. Estamos en esa hora del día en la que los primeros tintes de luz comienzan a dejar adivinar los contornos y las texturas, todo se ve color pardo.

Transcurren diez largos minutos sin novedad. Luego diez más. Empiezo a considerar que quizá, después de todo, no tendremos tanta fortuna, y me lamento por haberme ilusionado tanto. Los animales salvajes evidentemente no están a merced de nuestros caprichos. La frustración se mezcla con el cansancio al tiempo que pienso que cada día quedan menos animales. Si bien estamos habituados al concepto de la deforestación, de la defaunación no se habla tanto. La desaparición acelerada de animales del grueso de biomas mundiales es quizás un problema más reciente, más contemporáneo, y parece que no nos agrada demasiado confrontar los acontecimientos actuales, pues de otro modo no nos quedaría más remedio que reconocernos como parte integral de la ecuación. Es entonces cuando un sonido extraño interrumpe mis cavilaciones: un coro de silbidos y chasquidos agudos se aproxima desde la distancia.

No se parecen en nada a los demás ruidos de la selva. Son como un diálogo tupido de chillidos metálicos, casi ultrasónicos, que por su frecuencia y ritmo entrecortado remiten a una especie de clave morse. Las vocalizaciones se escuchan cada vez más cerca. Afilo el oído con expectación y barro el panorama ansiosamente con la mirada. De pronto una silueta sale disparada de entre el follaje y aterriza sobre un tronco cercano. Después llega otra, y una más. Mi mirada se posa sobre los pequeños bultos de pelaje café claro y contemplo azorado a las criaturas. Son cinco en total, tres adultos y dos crías, y sus rostros de ojos saltones y bocas compungidas dan la impresión de estar recién espantados. La tropa se detiene por un momento a analizar el entorno e intercambia algunas frases en su lenguaje silbante. Por sus movimientos coreográficos y coordinados, agilidad notable y comportamiento en general calculador, me recuerdan a ciertos personajes de *La guerra de las galaxias*, son como un escuadrón de pequeños monjes Jedi, una partida de diminutos ninjas afelpados.

Los tarsios espectrales (*Tarsius tarsier*) viven en pequeños núcleos familiares de hasta siete individuos. Establecen un territorio de aproximadamente una hectárea que patrullan todas las noches en busca de alimento, y al despuntar el alba se refugian para dormir en grupo. La gestación tiene una duración de ciento noventa días, tras los cuales las hembras dan a luz a una sola cría que pesa alrededor de un tercio del peso total de la madre (otra medalla para la especie: los recién nacidos más pesados en proporción al tamaño adulto de todos los mamíferos). Los ejemplares que tenemos enfrente saltan durante unos minutos entre las ramas aledañas al gran árbol, interactúan un poco vocalizando con efusión y finalmente, en una secuencia que parece seguir un orden ritual, comienzan a desaparecer en el interior de una cavidad del tronco.

Renny nos cuenta que este árbol es una de sus guaridas preferidas, pero que alternan entre distintos refugios según el día, por lo que no siempre atina a encontrarlos; ella ha seguido el desarrollo de este grupo en particular desde hace muchos años y conoce a cada uno de sus integrantes desde su nacimiento. De hecho, hace unos meses lideró a una expedición de la bbc que vino a filmar al grupo que ella resguarda.

La guía meneaba la cabeza con satisfacción, extrae unos cuantos grillos con forma de hoja de un frasco que lleva en el morral y los deposita cerca de la guarida de los tarsios. Pocos segundos más tarde los adultos de la tropa aparecen fugazmente y en un movimiento vertiginoso se proyectan sobre los artrópodos, los atrapan utilizando ambas manos y mordisquean sus cabezas antes de llevarlos de regreso a la seguridad del nido. Renny nos dice que es su pequeña ofrenda por haberlos perturbado.

¿Qué sucedió después de que Darwin leyera y relejera aquella carta inaudita proveniente del archipiélago malayo? Quiero decir, ¿qué hizo tras haberse recuperado de la impresión de que existiera otra persona (en el lado opuesto del mundo) fabulando sus mismas hipótesis? Sobre tal cuestión, que pone en tela de juicio la rectitud del célebre naturalista inglés, siguen debatiendo historiadores y biógrafos.

¿Es factible que Darwin ocultara la existencia de dicho documento deliberadamente durante un par de semanas mientras daba los toques finales a su manuscrito? A fin de cuentas, lo que estaba en juego no era algo menor, corría el riesgo de perder la originalidad de su descubrimiento: la teoría de la evolución por selección natural (uno de los hitos científicos de mayor trascendencia en la historia de la humanidad). Lo que es seguro es que las palabras de Wallace resultaron ser el catalizador faltante para que Darwin finalmente se decidiera a publicar su libro y con ello alterara el pensamiento moderno de forma definitiva.

Controversia aparte, la verdad es que Wallace nunca pretendió hacerse con el reconocimiento; a sus ojos Darwin era quien merecía la primicia, tal y como declaró en una carta escrita en 1887 (y que yo tomo de *El científico que creía en los fantasmas* de Fedro Carlos Guillén): «En aquel tiempo yo no tenía ni la más remota idea de que él había llegado ya a una teoría definida, y aún menos de que esta era la que se me había ocurrido de repente en Ternate en 1858... No es que hubiera pensado en morirme, pero sí pensaba en desarrollar la teoría todo lo posible al volver a casa, sin suponer en absoluto que Darwin se me había adelantado tanto. Puedo decir ahora, como dije hace muchos años, que me alegro de que fuera así; porque

yo no siento el amor por el trabajo, por la experimentación y el detalle que eran tan preeminentes en Darwin y sin los cuales nada de lo que yo hubiera escrito habría convencido al mundo».

No haber compartido podio con Darwin como padre de la evolución no menoscabó el extraordinario desempeño de Wallace dentro de los fulgores naturalistas. Quizá su legado no sea conocido por las masas, pero a lo largo de los noventa años que vivió publicó veintidós libros y al menos setecientos cuarenta y siete artículos en revistas especializadas (el siete por ciento de los cuales versan sobre espiritismo y frenología, aspectos que Wallace consideraba que merecían ser abordados con la misma seriedad y rigor científico que los fenómenos naturales), y si bien la teoría evolutiva no le reconoce la contribución que merece, al menos puede jactarse de tener a su nombre una región esplendorosa de las islas indonesias, así como el de una de las criaturas más singulares de la fauna que allí habita: la rana voladora de Wallace, anfibio capaz de surcar los aires utilizando sus membranas interdactilares a la manera de pequeños paracaídas conforme planea de un árbol al siguiente.

Cuando el velo de irrealidad de lo que acabamos de atestiguar se desvanece y la figura de los tarsios ya solo es un recuerdopreciado, el día termina de clarear por completo y se perciben los cantos de decenas de aves desconocidas. El sol se filtra entre las hojas bañando el panorama con una luz dorada que por momentos resulta casi cursi.

Seguimos nuestro camino como flotando, la experiencia fue breve pero contundente, no sé si tanto como para llegar a ser transformadora, pero definitivamente extraordinaria. Estamos tan obnubilados por el encuentro reciente con los minúsculos primates que ninguno de los tres que vamos caminando a la vanguardia de la fila percibimos el peligro que bordea el sendero. Ni siquiera nuestra guía consigue sorprender al ofidio a tiempo para evitar un posible accidente. Solo Ana Jacoba, para no variar, es capaz de identificar al reptil que yace a un metro del sendero y junto al cual han pasado ya todas nuestras pisadas despreocupadas.

Atendemos a la alarma y descubrimos a una serpiente intimidante. Es de color verde limón casi fluorescente con patrones azulados y con facilidad alcanza el metro de longitud. Debe de tratarse de una de las víboras de foseta más comunes de la región (un vipérido del género *Trimeresurus* o *Tropidolaemus* probablemente).

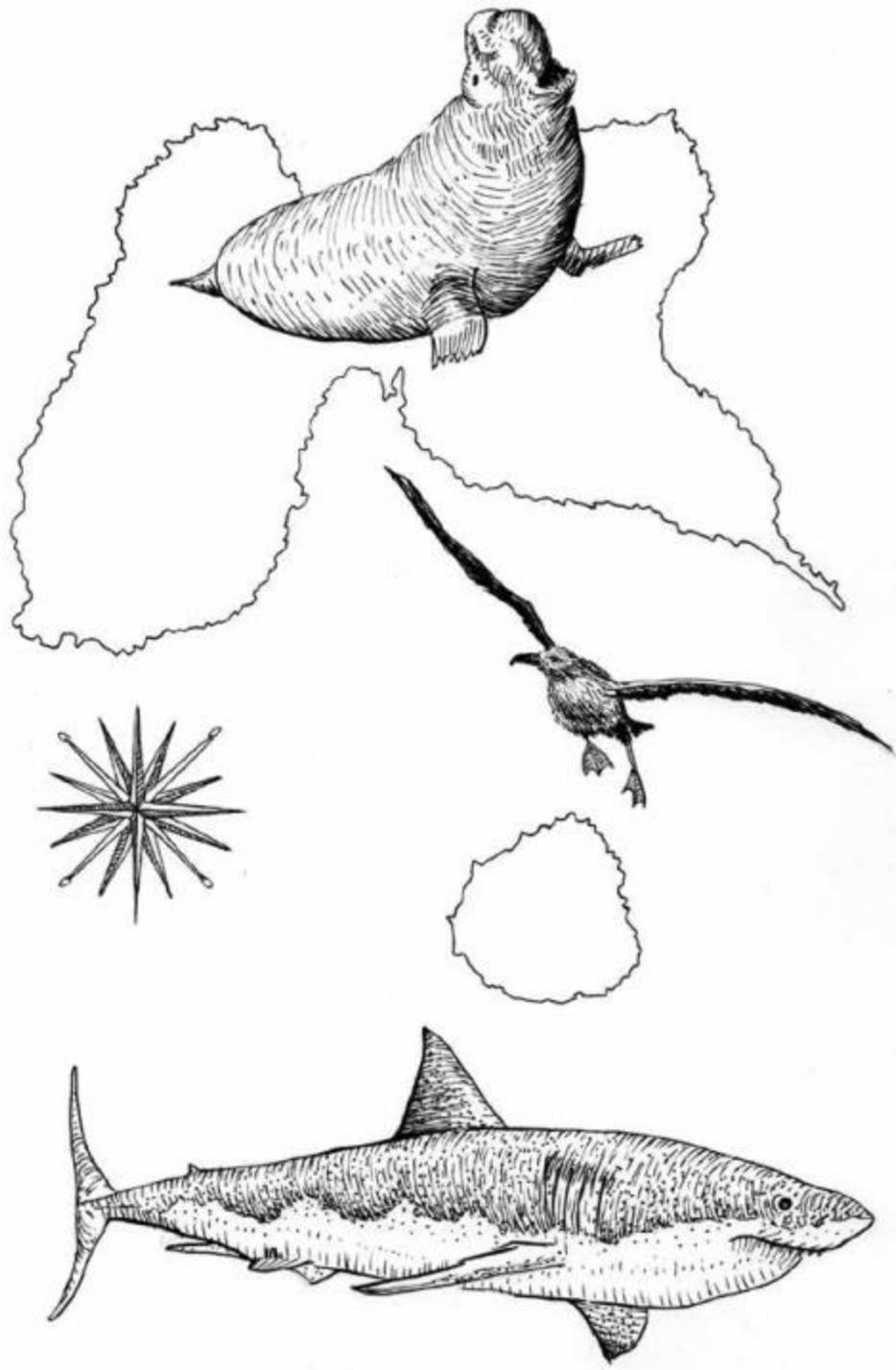
Por unos instantes amago con atraparla. Busco un palo adecuado y me aproximo con decisión hacia ella. Supongo que es un reflejo heredado de mis tiempos en la carrera de Biología, cuando fantaseaba con convertirme en herpetólogo y me abalanzaba con gusto (incluso con cierto placer) sobre cualquier serpiente que se cruzara en mi camino. Digamos que la memoria muscular es difícil de olvidar. No obstante, contengo el impulso por unos segundos; sopeso dubitativo qué sucedería si llegara a cometer el más ligero desliz y me acobardo. En ese momento Renny sufre un ataque de histeria y comienza a gritarme.

Será la única vez que veremos a esta mujer diestra y serena perder la compostura. Algo comprensible cuando se es la responsable de un grupo de forasteros y uno de ellos está arriesgándose neciamente a tener un accidente con una víbora de foseta (que, como el resto de sus congéneres, posee veneno hemotóxico, que licua los tejidos de las presas y de los incautos y que tiene la facultad de poder finiquitar a un humano adulto en unas seis horas si no se aplica el antídoto correspondiente). Estamos a varias horas de distancia del hospital más cercano. Me pregunto si nuestra guía habrá visto a personas de su aldea morir o quedar con secuelas permanentes debido a un encuentro desafortunado con una de estas serpientes. No es una posibilidad descabellada.

Al final desisto y me conformo con solo observar a la serpiente. Media hora más tarde, damos con una tropa nutrida de macacos crestados (*Macaca nigra*). Son alrededor de cincuenta individuos y están escudriñando el suelo en busca de frutos maduros. Con sus crestas de pelo tipo mohicano, pelaje negro carbón, rostros alargados y entrecejos prominentes, presumen de un talante ciertamente carismático. En comparación con esos otros primates que observamos al alba, estos parientes nuestros resultan enormes: los machos alcanzan el metro de altura y los diez kilos de peso. Junto con orangutanes, gorilas y bonobos, son una de las especies de monos más

críticamente amenazadas del planeta: la población total de Sulawesi ronda los cinco mil ejemplares.

Pasamos las horas que restan a la jornada siguiendo a la tropa de macacos. Mientras contemplo a mi alrededor me surge una pregunta: ¿por qué no todos los días pueden ser como este? Después reparo en que me muero de hambre, que el calor asfixiante supera los cuarenta grados centígrados, que ya no queda agua en mi cantimplora, que tengo cuatro sanguijuelas pegadas sobre las espinillas, sin mencionar que sobre mis brazos prácticamente no queda superficie de piel que no haya sido picada por mosquitos, y ya no veo tan claro si así me gustaría que fueran.



Isla Guadalupe, México

En ocasiones denominada como las Galápagos del hemisferio norte, Guadalupe es singular en todos sus aspectos. Isla volcánica de relieves impactantes y profundidades abisales, amasijo titánico de rocas oceánicas que se yerguen por encima de las nubes y que marcan la frontera más occidental y septentrional del territorio mexicano. Hogar de criaturas y vegetaciones que no existen en ningún otro sitio del planeta. Aislada, enigmática, cautivadora, receptáculo de lo peor y lo mejor que tiene la estirpe humana. Escenario histórico de extinciones cruentas, explotación desmedida y auténticas pesadillas biológicas producto de especies introducidas; pero, a la vez, fuente de esperanza, de la inspiración tan necesaria en nuestros días que da fe de que, cuando se quiere y no hay reparo en los esfuerzos de conservación, aún hay tiempo para salvar lo poco que nos queda.

Ficha 5

Latitud: 29°02'27.3"N **Longitud:** 118°17'07.0"O

Localización: Pacífico Norte, a 260 kilómetros de la costa, oeste de la península de Baja California. Se trata del punto geográfico más occidental de México y de Latinoamérica.

Tamaño: 250 km² (superficie terrestre) / 4.519 km² (superficie marina de la reserva).

Población: 99 habitantes permanentes, a los que se suman 100 pescadores durante la temporada y el destacamento militar, que varía de acuerdo con las actividades de la Armada.

Vegetación: En las partes bajas de la isla, matorral xerófilo y palmar, mientras que en las altas predomina el bosque de pinos y cipreses (actualmente muy deteriorado y en vías de recuperación). Hay 216 especies de plantas vasculares, 30 de ellas probablemente extintas y 171 consideradas como posiblemente nativas; de estas, 34 son endémicas.

Fauna: Se han registrado 158 especies de peces en las aguas circundantes (17 de tiburones, a destacar, una de las principales poblaciones de tiburones blancos del mundo). Aunque solía haber más, actualmente hay 36 especies de aves (varias de estas migratorias y 19 que anidan aquí, 3 de las cuales son endémicas) y colonias reproductivas de lobo marino de California, lobo fino de Guadalupe (que solo se reproduce aquí) y elefante marino del norte.

Estatus de conservación: Debido a la actividad peletera y ballenera de los siglos xviii y xix la ecología de la isla se vio fuertemente afectada (especialmente por la introducción de cabras, gatos, ratones y perros) y varias de sus especies endémicas fueron llevadas a la extinción. A partir de 2002 comenzaron a realizarse labores de erradicación de especies invasoras y restauración, y en 2005 se declaró Reserva de la Biosfera.

Sala de proyecciones 5: Donde no llegan los turistas

Por trabajo, ocio o necesidad de desplazamiento he viajado en numerosos transportes acuáticos a lo largo de mi vida, embarcaciones que van desde canoas, pangas y lanchas de diversa índole (incluyendo una vez un tronco que me salvó de un pequeño naufragio) hasta transbordadores, barcos camaroneros y cargueros trasatlánticos; incluso he vivido temporadas breves a bordo (en una ocasión pasé una semana como periodista en el *Esperanza*, el mayor navío de la flotilla que sirve a *Greenpeace*, cuando arribó al alto golfo de California en una misión desesperada por salvar a la vaquita marina); sin embargo, en una embarcación militar nunca había estado, y el hecho de que, además, vayamos a pasar la noche acampando sobre la cubierta de proa en tiendas de campaña torna la experiencia en un evento todavía más inusual.

El buque *Matamoros* de la armada de México es una reliquia estadounidense de la segunda guerra mundial, lleva el número po-117 rotulado a los costados, cañones apuntando hacia el firmamento, una tripulación de ochenta efectivos y sesenta y siete metros de eslora. Tras extensas maniobras de pertrecho, zarpamos del puerto de Ensenada hace un par de horas y en este momento ya hemos alcanzado ese punto del trayecto en el que solo se ve océano interminable hacia los cuatro puntos cardinales.

Nunca me he sentido del todo cómodo entre los militares —con esa soberbia que les brindan las armas y la impunidad del fuero—, menos aún cuando viajo al lado de alguien como Jerónimo, que es sumamente impredecible y que en cualquier momento nos podría meter en líos; no obstante, la imagen de nuestras tiendas de campaña aferradas a la cubierta del navío ayuda a atenuar la solemnidad castrense. Escena un tanto surrealista que se acentúa por el hecho de que se hallan rodeadas por paquetes gigantes de frituras y cereales, neumáticos apilados, televisores,

una que otra lavadora de ropa, colchones y un refrigerador. Más que un buque de guerra parece un campo de refugiados.

El *Matamoros* es el único medio de enlace regular entre el continente e isla Guadalupe, travesía que se realiza una vez al mes (también haciendo parada en isla Cedros) con la finalidad de abastecer a los destacamentos militares y que los habitantes de las pequeñas comunidades pesqueras locales, al igual que biólogos e investigadores, aprovechan para realizar sus fletes. A pesar de que el sol apabullante nos aplasta contra el metal olivo del barco y de ser tratados como cadetes, me siento estimulado: en unas veinte horas alcanzaremos uno de esos escasos remanentes naturales del país — quizá del mundo— que están vetados a los turistas. O bueno, no exactamente, la verdad es que en torno a la isla se ha creado una industria de submarinismo bullente: junto con Gansbaai, en Sudáfrica, y Port Lincoln, en Australia, está considerada como uno de los mejores sitios en el planeta para realizar inmersiones con los monarcas de los mares: los tiburones blancos. Sin embargo, para tener derecho a poner un pie sobre la superficie de Guadalupe se requiere contar con una justificación científica y autorización previa por parte del ejército y de la conanp (Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas).

En nuestro caso, lo que nos trajo hasta aquí este octubre de 2014, y por lo que gozaremos del privilegio de poder pasar una semana explorando uno de los territorios de acceso más restringido de la nación, es un documental acerca de las diversas labores de restauración ecológica llevadas a cabo por el gecí (Grupo de Ecología y Conservación de Islas) en las distintas islas de Baja California.

Básicamente lo que vinimos a hacer en esta visita es el *scouting* del proyecto, levantar imagen, realizar entrevistas, hallar personajes, ese tipo de cosas. Aunque siendo francos, por tener la oportunidad de recorrer Guadalupe habría aceptado hasta ser el encargado de cargar con los cables.

La aurora del día siguiente nos recibe sin haber conseguido dormir demasiado: el mar estaba bravo y sacudía el navío con fuerza. Vamos, que el insomnio y la náusea no son los mejores compañeros de viaje, y menos cuando desde el crepúsculo se nos dio la orden de nunca andar solos por el barco, ni siquiera para ir al baño, pues de llegar a caer al agua (cosa que no

es improbable en una embarcación que no fue diseñada para llevar pasajeros, que no cuenta con barandales en ninguna de sus zonas abiertas y cuya iluminación es rudimentaria en el mejor de los casos) nadie se percataría. La cuestión es que ni Jerónimo ni yo nos destacamos por tener una vejiga muy grande que digamos, por lo que cada par de horas alguno de los dos se veía forzado a levantar al otro para realizar el peligroso recorrido hasta los aseos. Pero no importa: desvelo, mareo, abstinencia de cafeína, todo desaparece en cuanto se adivina un pequeño montículo sobre el horizonte.

Conforme observo la silueta pétrea de la isla ganar tamaño, me vienen a la cabeza recuerdos de otras islas inalcanzables: Ítaca, Calibán, Pala. Aunque los ambientes no se parecen en nada —siendo las ficticias de Homero, Shakespeare y Aldous Huxley tropicales y exuberantes, y la que tengo frente a mí, en cambio, rocosa y agreste—, hay algo en su esencia que de algún modo las vincula. Como si Guadalupe fuese también un puente hacia otras dimensiones, un vértice entre la realidad y la fantasía. Como si aquí, de forma similar a como sucede en aquellas islas literarias, las normas de la física obedecieran a una lógica distinta y también merodearan cíclopes y animales parlantes.

La estampa que presenta Guadalupe a quienes arriban por vía marítima es impactante: yerma y descomunal. Su monolítica presencia no tarda en abarcar todo el campo de visión; laderas escarpadas que se proyectan desde la costa pedregosa hasta rozar los varios centenares de metros de altura casi sin transición. Paredes expuestas de mineral en una pátina naranja, ocre, marrón y rojiza; vetas negruzcas y grisáceas escurriéndose en derrumbes erosionados. Tapetes de verdes pálidos y tonalidades heno se aferran a la roca madre como si fuesen líquenes agigantados. Puede que la isla solo cuente con una extensión de treinta y cinco kilómetros de longitud por doce de ancho (en su parte menos estrecha), pero la tórrida orografía de su contorno se dispara desde el nivel del mar hasta alcanzar una altitud de mil trescientos metros en su punto más alto, lo que dota al conjunto de un aspecto similar al de las cumbres de una serranía rodeadas por mar abierto. Riscos oceánicos, esa podría ser la imagen adecuada; corporaciones

volcánicas que emergen desde el abismo líquido y siguen elevándose hasta perderse entre las nubes.

Jerónimo me cuenta que toda la isla es una especie de roca titánica, una montaña descomunal (dos volcanes en escudo fusionados entre sí, de hecho), y que lo que vemos sobre la superficie es apenas la punta del iceberg. Dice que si la viésemos desde su punto de origen en el lecho marino —a cuatro mil quinientos metros de profundidad—, su inmenso contorno sería mayor que el que ostenta el Pico de Orizaba (o Citlaltépetl, con 5.636 metros de altura, el volcán más alto que hay en México). No sé si tendrá mucho sentido, pero se me ocurre que aquí uno podría experimentar agorafobia y claustrofobia al mismo tiempo. Perderse irremediabilmente dentro de la amplitud del paisaje, pero, a la vez, no tener más a dónde ir. Imagino que algo parecido debe de experimentarse estando en las cimas del Himalaya: puedes caminar durante días y aun así no terminas de bajar de la montaña.

El perfil de la gran Guadalupe embelesa y a la vez te hace sentir diminuto, frágil, insignificante. Parece manifestar una escala de tiempo a la que no estamos acostumbrados, un horizonte cuyas unidades se miden en eras geológicas. «Qué van a saber ustedes de perdurabilidad —parece querer susurrar con su tectónica desmedida—. Ustedes, los que no llevan más que un parpadeo fugaz en este planeta y ya se quieren ir. Pobres monos errantes, si tan solo supieran de qué se trata realmente la trascendencia: lo que son las verdaderas raíces. Quizá si no estuviesen tan ensimismados con su propio reflejo yo se lo podría revelar», sugiere estoico el rostro de la isla.

De manera análoga a ese impulso que me invadió en Komodo de querer gritarle a la furia omnipresente que se manifestara, en este paraje remoto del Pacífico mexicano se me antoja instar a los gigantes de piedra a que se levanten.

Lleva buena parte de lo que le resta a la mañana descargar el barco, en gran medida porque hay que asegurarse de que no vaya a llegar alguna rata polizante escondida dentro de la carga; hasta el momento la isla se ha logrado mantener a salvo de tales intrusos, pero la posibilidad de que en

cualquier momento puedan colarse es motivo de angustia para los grupos de conservación. Sería, digamos, la gota que derramaría el vaso para la frágil ecología nativa, ya de por sí muy deteriorada.

La gente de la cooperativa pesquera se aproxima en lanchas para recibir a los pasajeros y la mercancía y después realizan la entrega en tierra al más puro estilo Baja: embisten la rampa de cemento construida sobre las rocas —en estas latitudes las playas de arena son escasas— y aterrizan sobre el remolque de una camioneta 4×4 que las arrastra fuera del agua. La secuencia impresiona las primeras veces que uno la contempla, pero para la cuarta ronda resulta ya un tanto reiterativa, así que me dedico a vagar por la comunidad en busca de personajes para el futuro documental.

El poblado es árido y austero: casitas con techo de chapa, algunas construcciones de cemento —como la capilla y la escuela— y lanchas, redes, boyas y demás enseres para la pesca desperdigados por doquier. Se aproxima un grupo de niños a saludar. Uno de ellos carga en brazos a un gato de pelaje gris atigrado y sin cola, que más tarde aprenderé es el aspecto característico de los gatos locales (tras años y años de endogamia) y que representan la última afrenta en la serie de especies introducidas. Si las cabras traídas hasta aquí en tiempos pasados por balleneros y peleteros arrasaron con el ecosistema (finiquitando plantas endémicas y prácticamente acabando con el bosque), los felinos domésticos (sobre todo aquellos tornados en ejemplares ferales) se perfilan, junto con los perros también introducidos, como la posible sentencia de muerte para diversos tipos de aves amenazadas (diecinueve especies de las cuales anidan aquí, tres de ellas endémicas). No olvidemos que esta colosal roca marina es ante todo una isla de pájaros y que los felinos y cánidos siempre han resultado eficaces cazadores de plumíferos.

Guadalupe alguna vez contó con nueve especies endémicas de aves; sin embargo, hoy en día seis de estas se consideran desaparecidas. En el libro *Isla Guadalupe. Restauración y conservación* el equipo del gecci reporta: «Desde 1900, 26 especies de plantas vasculares se han extinguido, cinco de las cuales eran endémicas, y muchas más están severamente amenazadas. Asimismo, muchas aves endémicas se consideran extintas y algunas otras se encuentran en peligro de extinción; el caracara de

Guadalupe fue víctima de la cacería por parte de los pescadores; el petrel de Guadalupe, primer petrel endémico de una sola isla descubierto en el mundo, fue víctima de la depredación de los gatos y no se lo ha vuelto a observar desde 1912; el chivirín cola oscura de Guadalupe, el toquí pinto de Guadalupe y el pájaro carpintero se consideran extintos».

No obstante, la gente de la comunidad se aferra a sus mascotas y no da señas de ceder en un futuro próximo. Argumentan, además, que esos gatos odiados por los conservacionistas cazan a los ratones (también introducidos) y serían la única esperanza en el caso de que las temidas ratas consiguieran penetrar en la isla. Tampoco es que suene del todo justo arrebatarles sus mascotas a los residentes de este remoto paraje insular, una de las pocas distracciones cotidianas en un entorno arduo para la subsistencia humana.

Lo que es seguro es que la cooperativa pesquera y su comunidad de familias no se irán a ningún lado, pues Guadalupe es uno de los contados sitios en el continente americano en los que la pesca de abulón aún sigue siendo abundante —de acuerdo con datos de la fao, el abulón que se captura en México (uno de los últimos países en pescar legalmente abulón verde de talla grande, *Haliotis fulgens*) es considerado como un producto de calidad superior mundial, que alcanza el precio por lata más alto de cualquier molusco a nivel global— y, por si no fuera suficiente, donde la pesca sostenible de langosta roja —otra de las capturas más preciadas y que cuenta con el ecocertificado del msc (Marine Stewardship Council)— también es abundante.

—Fíjese, loco, que en una buena temporada, nada más los buzos se hacen con más de un millón de bolas cada uno —me aseguran los tripulantes de la camioneta encargada de remolcar las lanchas fuera del agua y a quienes me acerqué para platicar.

Así es como me entero de que un buzo en Guadalupe puede ganar unos cincuenta mil euros durante la temporada de abulón (que dura unos pocos meses), cifra exorbitante en este país y a la que se suman las ganancias derivadas de la pesca de langosta.

No sé bien por qué, quizá por tratarse de un santuario natural protegido y encontrarse tan lejos de la costa continental, además de contar con una fuerte presencia militar y estar organizados bajo el esquema de cooperativa, había asumido que quizá los pobladores de la isla estarían blindados a las injusticias que prevalecen en el resto del país. Que en cierto sentido, Guadalupe también remitiría a esa otra isla literaria, a la Utopía de Tomás Moro (con su sociedad igualitaria y pacífica e inclinada hacia la propiedad común de los bienes). Sin embargo, pronto me doy cuenta de que en esto, al igual que sucede en lo relativo al mundo natural, tampoco parece quedar lugar que no haya sido perturbado, pues las discrepancias producto del poder adquisitivo no tardan en ser patentes.

Una madre de familia, un tanto molesta, me comenta que no son pocos los pescadores que llevan casi una doble vida, trabajando arduamente durante las temporadas y después yéndose a Ensenada a quemarse toda la paga en drogas, alcohol, mujeres, deportivos y demás mieles de la civilización. De hecho, hay los que incluso tienen dos familias, una en la isla y otra en el continente.

Me pregunto qué tanto se magnificará el sentimiento de abandono cuando una parte de la pareja se queda varada en un paraje tan remoto, pero no tengo tiempo para seguir indagando en la cooperativa, pues la descarga del *Matamoros* ya ha concluido y en unos minutos partiremos hacia la estación científica junto con el resto del equipo del geoci que arribó con nosotros.

Viajamos recostados sobre las maletas en la caja trasera de una de las camionetas todoterreno que nos vinieron a buscar. El recorrido hasta la estación, localizada en la parte alta de la isla, requerirá de unas tres horas de marcha accidentada por un camino pedregoso y de pendiente pronunciada. No tardamos en ganar altura, a nuestro paso los precipicios que mordisquean el costado del camino se van tornando cada vez más profundos. Media hora más adelante el paisaje cambia, la pendiente disminuye reclinándose sobre la pequeña meseta insular y comienza a aparecer más vegetación, incluso uno que otro manchón de árboles

retorcidos levantándose entre los arbustos del acantilado que dotan al panorama de una reminiscencia tolkiana.

Por qué esa insistencia en buscar lo exótico en el lado opuesto del mundo cuando en México existen lugares como este, me pregunto, meditando acerca de mis experiencias en Indonesia y por mi interés en Oceanía, con la gran Papúa Nueva Guinea y sus pitones verdes arborícolas entre mis fantasías de expediciones. Es que no hay mejor manera de decirlo: Guadalupe no se parece a ningún otro sitio. Es absolutamente única, exótica en toda la extensión del término. Tan lejana y distinta de mis marcos de referencia habituales como las mismas antípodas del país y, aunque haya sido estrangulada por un tropel de especies introducidas, la isla es también rotundamente salvaje. Sobre todo en sus cimas, probablemente el lugar en el que menos personas hayan estado de todos los sitios que he tenido oportunidad de pisar, y posiblemente de aquellos que me aguarden en el futuro.

Jerónimo me dice que se trata de una isla muy vieja y aislada, su edad ronda entre los siete y ocho millones de años, con distintas erupciones volcánicas de por medio, y representa el último reducto de la flora rica en líquenes antes común en California y la península de la Baja. En todos sus aspectos este paraje es un relictó biológico, insiste Jerónimo, y después agrega que en su opinión es como una especie de Parque Jurásico solo que sin dinosaurios. A mí se me figura más como un hábitat propicio para la megafauna y los humanos ancestrales, un diorama perfecto para haber filmado alguna escena de *La guerra del fuego*; no me extrañaría si a la vuelta de la siguiente cresta nos cruzáramos con un clan de neandertales persiguiendo un mamut.

—Todo esto debió de haber sido un paraíso inalterado hasta que llegaron los balleneros europeos —se lamenta mi amigo gesticulando con las manos hacia el horizonte—. Una enorme isla de bosques extensos y frondosos en los que merodeaban criaturas y plantas irrepetibles. ¿Sabías que incluso había un caracara endémico?

Jerónimo se refiere al quebrantahuesos de Guadalupe (*Caracara lutosa*), un ave rapaz de la familia de los halcones cuya historia se suma a las infames sagas de especies que han sido erradicadas de manera

intencional por la mano del hombre. Su extinción se debió a la caza directa y al envenenamiento por parte de los pescadores y pastores de cabras del siglo xix, para evitar que las rapaces se alimentaran de sus cabritos y demás animales domésticos y también porque, según los cánones de la época, los pobladores las consideraban aves dañinas, dadas sus costumbres carroñeras.

Adicionalmente, la recolección de ejemplares para museos y colecciones científicas pudo haber contribuido a su declive hacia el final de sus días, nos cuenta la bióloga con la que compartimos la caja de la camioneta; al parecer, sus plumas generaron gran interés en los grupos de ornitólogos, y entre que la demanda aumentaba y que la legislación de ese entonces se quedaba muy corta a la hora de regular las cuotas de captura, pues quizá se extirparon miembros valiosos de una población ya diezmada. El caso es que a partir de 1900 nunca volvió a vérselo, ni en libertad ni en cautiverio, y con ello perdimos un ave majestuosa.

Un poco más tarde nos queda claro por primera vez por qué se dice que Guadalupe es la isla que está entre las nubes. El clima cambia abruptamente, un viento gélido comienza a correr desde el oeste arrastrando consigo jirones de niebla, el cielo se cierra por completo y la temperatura desciende varios grados. Parece como si una tempestad nos hubiese engullido, una tormenta gris y súbita. Sin embargo, instantes después emergemos por encima de la borrasca y el sol vuelve a brillar en el firmamento. Detrás de nosotros queda la parte baja de la isla, oculta bajo la gruesa capa de nubes.

Cuando alcanzamos la estación y nos muestran imágenes por satélite de la isla, comprobamos que esto se debe a que las afiladas crestas literalmente parten el cielo y, por su orientación, funcionan como una barrera que se interpone al paso de las capas de nubes provenientes del Pacífico Norte, rasgando su superficie y creando turbulencias, favoreciendo así que se formen enormes vórtices concéntricos: remolinos de bruma intempestivos que se baten frente a la cara oriental de Guadalupe.

Pienso que esas imágenes remiten a la piedra de un río que diverge el cauce y propicia que se formen rápidos. O también se me ocurre que podría parecer como un lúgubre barco abriéndose paso entre la niebla.

Existe un término japonés, *yūgen*, que se emplea para referirse a «un sentido profundo y misterioso de la belleza del universo... Es esa conciencia del universo que desencadena reacciones emocionales que son demasiado misteriosas y profundas como para poder ser expresadas con palabras». Justamente eso es lo que se experimenta al observar el firmamento en Guadalupe durante una noche despejada. O mejor dicho, durante los breves instantes en los que las nubes se disipan (el clima cambia constantemente también después del crepúsculo) y la bóveda celeste traspasa las lentes oculares e impacta de lleno contra las neuronas. Es sencillamente espectacular. Imposible de comprender. Trastornante. Dan ganas de quedarse congelado en un instante así por el resto de la vida. Catatónico y feliz.

Aquí no existe tal cosa como la contaminación lumínica artificial, la oscuridad circundante es absoluta, por lo que el cosmos se revela en toda su gloria primigenia. Son tantas las estrellas, galaxias, cometas y nebulosas que salpican los cielos de la isla que se tiene la impresión de que incluso en una noche sin luna podrías encontrar tu paso sin ayuda de linterna, eso hasta que el cielo se cierra nuevamente y cuesta trabajo distinguir hasta las propias manos. Ah, pero cuando unos minutos más tarde se abre nuevamente, es esplendoroso. Esta sí es la región más transparente, piensa uno; parece que aquí la atmosfera es más fina, más etérea. Viéndolo así, se comprende que los griegos, mayas, fenicios, dinastías orientales y demás civilizaciones de la Antigüedad rigieran sus vidas por los designios que leían en las estrellas. ¿Cómo es que nuestros antepasados no se quedaron locos observando todas las noches un cielo como este?, me pregunto. Luego reparo en que probablemente sí lo hicieron y que ese es el problema.

No solo en lo que respecta a la contaminación visual se percibe aquí el espacio sin interferencias, sino, más significativamente para los cosmólogos, en lo referente a la contaminación electromagnética. Ese incesante ruido de frecuencias —ondas de radio, televisión, telefonía, internet, radiación de maquinaria eléctrica y un largo etcétera— que actualmente plaga el ambiente en la mayoría de los lugares de la Tierra y que altera, cuando no directamente imposibilita, las mediciones de los radiotelescopios. «Isla Guadalupe y el archipiélago de Revillagigedo son

potencialmente las mejores zonas radiosilentes de Norteamérica», ha declarado el ilustre astrofísico Omar López Cruz, refiriéndose a su condición privilegiada para escudriñar el cielo en busca de pistas sobre la formación del universo.

Fue el mismo Omar, quien hoy en día es un buen amigo, el que me habló de las islas como laboratorios multidimensionales para asomarse al pasado y estudiar la evolución, tanto la más cercana (la evolución biológica) como la más distante (la de los astros y los confines siderales del tiempo).

Aunque llevemos ya varios días aquí, nunca dejará de sorprenderme lo rápido que se desplazan las nubes en este lugar; en el monte Augusta, el punto más alto de la isla, presenciamos una cascada de nubes escurriéndose sobre la ladera: un flujo continuo y dinámico de vapor de agua que da la impresión de ser el torrente poderoso de una catarata precipitándose desde los cielos. Pienso en esa imagen conforme avanzamos nuevamente a bordo de la camioneta, pero esta vez en descenso.

Tras haber filmado los nidos de los albatros (el que habita en Guadalupe es el albatros de Laysan, *Phoebastria immutabilis*, en realidad autóctono de Hawái pero que amasa una población superior a los tres mil ejemplares en la isla; también se habla de establecer en el futuro una colonia de los gravemente amenazados albatros de patas negras, *Phoebastria nigripes*), así como haber retratado ya varios colibríes, saltaparedes roqueros y distintas especies de aves marinas, nos dirigimos hacia la costa para visitar a las otras fieras emblemáticas de esta isla: los pinnípedos.

Las colonias nutridas de elefantes marinos del norte (*Mirounga angustirostris*), lobos finos de Guadalupe (*Arctocephalus townsendi*) y lobos de California (*Zalophus californianus*) que en otro tiempo fueron arrastrados hasta los linderos de la extinción por la actividad peletera —tan solo de lobos finos se estima que entre 1806 y 1890 se sacrificaron alrededor de cincuenta y dos mil ejemplares en todas las islas de Baja California, de hecho, por un tiempo se los consideró extintos y no fue sino

hasta 1928 cuando fueron «redescubiertos» gracias a un par de avistamientos en Guadalupe—, pero que, tras décadas de esfuerzos de conservación, comienzan a recuperarse. Esto lamentablemente no sucedió con las nutrias marinas, esas sí ya han desaparecido en el área.

Si bien los lobos finos son los mamíferos marinos más icónicos de la zona, ya que cuentan con un rango de distribución que se limita a isla Guadalupe (el único sitio en el que se reproducen), isla Cedros y las Channel Islands en California —la población total actual se calcula en torno a los siete mil ejemplares—, los que nos interesa filmar hoy son los elefantes marinos del norte. Esas focas gigantes —los fócidos o focas verdaderas se diferencian de los otarios (leones y lobos marinos) en que no presentan orejas visibles y en que sus extremidades posteriores no son funcionales para el desplazamiento terrestre— pueden llegar a medir cinco metros de largo y pesar dos toneladas en el caso de los machos, y entre dos y tres metros y ochocientos kilos en el de las hembras, y su conspicua probóscide, que cuelga sobre el rostro como una trompa hinchada, labra uno de los rostros más extravagantes e inolvidables de los habitantes del mar.

Es justo valiéndose de esa bizarra estructura nasofrontal y su amplia cavidad torácica como los machos de elefante marino son capaces de emitir uno de los llamados más poderosos del reino animal (para ponerlo en perspectiva y comprender de qué intensidad de sonido estamos hablando, el rugido de un león alcanza unos 114 decibelios, más o menos lo mismo que una banda de rock, mientras que el de los elefantes marinos puede amplificarse hasta rozar los 130, lo que equivale al estruendo generado por un trueno; no obstante, los verdaderos monarcas del estrépito zoológico son los cachalotes, que pueden emitir sonidos que rondan los 230 decibelios, más fuerte incluso que un cohete espacial al despegar, suficiente para funcionar como un arma sónica y dejar aturcidos a los calamares gigantes).

Los elefantes marinos emplean sus exclamaciones guturales para vociferar su nombre —así es, cada individuo posee un llamado particular, un nombre propio si se prefiere— a los cuatro vientos y advertir a rivales potenciales de su presencia. Y es que, como el resto de los pinnípedos que se reproducen en manada, estos animales son territoriales y celosos con su harén: se enzarzan en batallas encarnizadas (como de sumo pero con

mordidas y mucha sangre) al principio de la época de apareamiento y, para ahorrarse confrontaciones posteriores, se aseguran de dejar grabado su aullido personal en la memoria de sus contendientes.

También son uno de los mamíferos marinos que descienden más hondo durante sus inmersiones en busca de alimento: alcanzan una profundidad documentada de dos mil metros (solo superada por cachalotes y zifios de Cuvier) y pueden permanecer dos horas sin salir a respirar. Lo curioso es que no llenan sus pulmones de aire antes de sumergirse, al contrario, los vacían por completo y en su lugar guardan el oxígeno necesario diseminado en músculos y reservas de grasa.

Viéndolos ahí, apoltronados por cientos sobre las rocas en las que quiebra la marea, resulta difícil creer que hace no mucho tiempo estuvimos a punto de acabar con su feroz abolengo. Los cazamos por centenas de miles durante el siglo xix para obtener su lucrativa grasa (entre otras cosas empleada como lubricante de motores), hasta que la especie completa quedó reducida a tan solo una pequeña colonia de menos de cien ejemplares (algunos estudios sugieren que podrían haber sido tan pocos como veinte) que resistieron ocultos en una bahía apartada de isla Guadalupe. Afortunadamente, ese pequeño grupo reproductor resultó suficiente para que, una vez que se los protegió, paulatinamente la población se recuperara hasta rondar los ciento treinta mil ejemplares que existen en la actualidad y que gradualmente fueron restableciendo su territorio, que comprende desde Punta Reyes, cerca de San Francisco, hasta isla Cedros, encontrándoselos durante la temporada de apareamiento en diversas islas de México y California, entre estas Farallones, San Miguel, Santa Cruz, San Nicolás, San Clemente, Coronado, San Benito y, por supuesto, Guadalupe.

En este momento del año la colonia no es tan grande como en la época reproductiva, solo hay hembras con las crías producto de la temporada pasada (que aun recién nacidas son tan grandes como otras focas adultas y que a base de la sustanciosa leche materna crecen cuatro kilos por día). Los machos y el resto de las hembras llegarán más adelante, durante el invierno; ahora probablemente se encuentren en uno de sus largos y solitarios peregrinajes oceánicos, que pueden extenderse miles de kilómetros mar adentro, tan al norte como Alaska y tan al oeste como Japón, y a lo largo de

los cuales pasan hasta el noventa por ciento del tiempo buceando, incluso durmiendo de manera intermitente bajo la superficie.

Aunque no se vean machos en la proximidad, me muestro un tanto reticente a aproximarme a la colonia. Aquel encuentro cercano con un león marino en las Galápagos me bastó para extremar precauciones en presencia de estos organismos. Además de que esas hembras que estamos observando allí abajo, asoleándose entre nubes de moscas, son bastante más grandes que una vaca y aunque cuando se encuentran fuera del agua no sean capaces de desplazarse sobre sus aletas, sino que lo hacen contoneando todo el cuerpo como si fuesen enormes gusanos, pueden alcanzar velocidades sorprendentes. Nada me gustaría menos que interponerme entre una de ellas y su cría, por lo que le propongo a Jerónimo que sea él quien se encargue de hacer los planos cerrados de las bestias mientras yo realizo tomas abiertas desde nuestra posición actual, a unos veinte metros de la colonia.

Jerónimo encoge los hombros, se cuelga la cámara al cuello y comienza a caminar hacia la playa rocosa no sin antes restregarme que soy un cobarde. Conforme lo veo alejarse no puedo evitar recordar las historias que me contaba Gaby Aramoni, una amiga bióloga de mi madre, cuando era niño. Gaby visitó esta precisa colonia de elefantes marinos en 1984, cuando estaba realizando su maestría, un estudio genético de la especie y el efecto de cuello de botella por el que pasaron cuando estuvieron a punto de extinguirse, para lo que requería extraer muestras de sangre a las crías y, como podrá imaginarse, las persecuciones frenéticas por parte de los adultos eran una constante. Recuerdo que contaba que tan solo para inmovilizar a una cría se necesitaba de la intervención de dos personas mientras que una tercera extraía el plasma de las aletas posteriores.

Desde luego que no pasa mucho tiempo antes de que vea a mi amigo correr despavorido con una hembra furiosa mordiéndole los talones. He visto a Jerónimo en muchas situaciones zoológicas embarazosas, pero esta será siempre de mis preferidas.

Las cabras (*Capra hircus*) fueron introducidas de manera deliberada en Guadalupe a mediados del siglo xviii como recurso alimenticio para los

navegantes que frecuentaban la isla, y en tan solo unas cuantas décadas su población aumentó de manera desenfrenada, contándose para finales de dicho siglo en las decenas de miles, la mayoría de estas ya ferales.

Cualquiera que haya tenido oportunidad de convivir con un rumiante de este tipo podrá constatar su notable voracidad y la poca selectividad que demuestran a la hora de forrajear la vegetación. Ahora imagínese lo que sucedería en un bosque prístino que nunca antes se haya enfrentado a una tropa de herbívoros insaciables, y mucho menos en tales cantidades, y que encima no cuenta con grandes depredadores que puedan poner freno al asedio ungulado. Las cabras comenzaron a devorar todas las plántulas y árboles juveniles, impidiendo así la renovación del sistema, y en no mucho tiempo la superficie se colapsó hasta que para principios del siglo xxi, de las casi cuatro mil hectáreas que había de bosque de ciprés y pino, quedaron apenas ochenta y cinco. De igual manera, el bosque de juníperos endémicos, en la porción central de la isla, se redujo en unas dos mil hectáreas, hasta quedar solo unos cuantos individuos vivos de la especie. Y no hace falta recalcar que con la debacle del bosque una cantidad considerable de aves y plantas de diversos tipos perdieron su hábitat y con ello la posibilidad de subsistencia.

Lo que ha sucedido en Guadalupe, como en tantas otras sagas insulares, desde la llegada de los primeros balleneros rusos es clara evidencia de los estragos ecológicos que llegamos a causar los humanos y las especies que nos acompañan cuando irrumpimos en un nuevo territorio y comenzamos a alterar las reglas del juego: en tan solo un par de siglos catalizamos múltiples extinciones. En cierto sentido la isla podría ser concebida como un muy hermoso cementerio, un vestigio paleontológico de numerosas fieras y plantas singulares, únicas en su tipo, que ya no existen. Pero Guadalupe es también una lección valiosa del alcance que pueden llegar a tener los esfuerzos de conservación si el ímpetu de los involucrados y la voluntad política son suficientes, una narrativa biológica en constante desarrollo y que, a mi parecer, demuestra que aún es posible mover el timón de la catástrofe ambiental que hemos desatado. O en todo caso mitigar sus efectos lo más que se pueda. Si no por las criaturas que ya han desaparecido (que hemos erradicado), al menos por las que, a pesar de todas las

vejaciones en su contra y los castigos sobre el entorno en el que habitan, aún perduran.

Lo que quiero decir es que, si se le brinda la oportunidad —y mejor aún: si se le ayuda un tanto, quitándonos de en medio por ejemplo—, la naturaleza tiene la facultad de reverdecer. Se levanta de entre las cenizas; brota entre los escombros. Incluso en lugares francamente posapocalípticos como Chernóbil comienzan a observarse destellos inspiradores: una vez más los lobos, osos, bisontes, lince, caballos de Przewalski y unas doscientas especies de aves recorren la ciudad de Prípiat en ruinas. Reclaman lo que alguna vez fue suyo, así sea ahora radiactivo. También sucede bajo la superficie, en el atolón Bikini del Pacífico Sur, escenario de veintitrés detonaciones nucleares entre 1946 y 1958 a cargo de Estados Unidos (con una potencia explosiva combinada de cuarenta y dos megatones). El solo estallido de *Castle Bravo* (bomba de hidrógeno termonuclear de combustible seco que por error de cálculo resultó ser mucho más destructiva de lo que se esperaba) fue unas mil veces más potente que cada una de las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki durante la segunda guerra mundial y borró del mapa toda una isla. Sin embargo, setenta años más tarde, el arrecife de coral prospera dentro del cráter dejado atrás por la detonación.

No hace falta más que prestar atención a lo que acontece tras una erupción volcánica para constatar el tremendo poder de resiliencia del que dispone el medio silvestre: cómo las esporas de líquenes y briofitas empiezan a colonizar los campos de lava solidificada y dan paso a que la sucesión ecológica se haga patente y que, al pasar de los años, se establezca un nuevo ambiente, quizás un tanto distinto al que lo antecedió, improvisado si se quiere, no obstante fértil para que la evolución siga haciendo eso que la define: reinventarse. La cuestión es que en este caso nosotros somos el volcán y la explosión está sucediendo en todos lados de manera simultánea, robándole en consecuencia a la vida el único factor condicionante para ser capaz de adaptarse y perseverar: el tiempo.

Por supuesto que con lo que tenemos entre manos en este momento aquel viejo lema, «Ante situaciones desesperadas, medidas desesperadas», se torna cada vez más vigente. Sin ir más lejos, lo que queda de Guadalupe

se salvó en gran parte gracias al trabajo del geci, en coordinación con el Gobierno, que de 2002 a 2007 se abocaron a erradicar millares de cabras. Es decir, a cazarlas como método de conservación. Quizá pueda parecer una estrategia paradójica, tal vez indignante para ciertos círculos animalistas (que, por cierto, para todo lo que levantan la voz, hacen muy poco por la conservación), pero no hay que perder de vista lo que estaba en la balanza: la supervivencia de uno de los entornos silvestres más excepcionales que perduran en nuestros días.

Con el apoyo de cazadores profesionales y francotiradores y empleando el método de las cabras «judas» (que por medio de radiocollares guiaron a los escuadrones de erradicación hacia las manadas refugiadas en las partes más inaccesibles del terreno), poco a poco fue controlándose la población de cabras y hoy en día vuelven a florecer algunas plantas que se consideraban ya extintas. Quién sabe si algún día incluso el bosque podría llegar a restablecerse, a lo mejor ya no nos tocará verlo, nuestra finitud es breve a fin de cuentas, pero no se podrá decir que no se hizo todo lo posible por resarcir los daños legados por generaciones pasadas. Y eso me lleva a comparar la isla por última vez con otra popular en la literatura: la isla del tesoro de Robert Stevenson. Solo que el tesoro que resguarda Guadalupe es uno de esperanza para estos tiempos en los que la humanidad completa se comporta como piratas.

Una vez más nos hemos levantado antes de que despuntara el día con la pretensión ingenua de filmar el amanecer (digo ingenua porque el cielo casi siempre amanece nublado y lo único que conseguimos es congelarnos). Entre el frío que cala los huesos, la humedad que se crispa como rocío y los vientos que nos cortan el paso, esto se parece más a la tundra siberiana que al Pacífico bajacaliforniano. Por lo menos hoy no tenemos planeado llegar hasta el acantilado, como hemos hecho ya en algunas jornadas previas, donde la sensación térmica es aún más gélida, sino tan solo alcanzar el lindero opuesto del bosque que se encuentra a una media hora de caminata.

Llegamos hasta el sitio que teníamos identificado sobre la línea de árboles justo con el alba. Posicionamos el trípode, montamos la cámara y

nos preparamos. Siento que se me van a caer los dedos congelados en cualquier momento. Unos instantes más tarde presenciamos una aurora propia del invierno alemán. Depresiva. Nunca había tenido más ganas de reptar nuevamente dentro de la cama, pero aquí estamos, es el último día que pasaremos en Guadalupe y más nos vale aprovecharlo. Sin embargo, unos minutos más tarde un banco de niebla comienza a descender sobre el campo y no tarda en tragarse el bosque. Guardamos la cámara a la par que la bruma nos engulle. Pronto ya no nos vemos ni siquiera entre nosotros. Es como estar dentro de un humidificador.

Me siento como en una de esas cámaras de aislamiento sensorial, solo que sobre un fondo blanco opaco en lugar de uno negro. Procedemos a hacer lo que nos han indicado en la estación que debe hacerse en estos casos: nos sentamos en el piso a esperar a que la niebla se disipe. De lo contrario, nos arriesgamos a perdernos, o peor, a despeñarnos.

—¡Güey, no me veo ni el cuerpo! —escucho gritar a Jerónimo como si nos separara una gran distancia, cuando en realidad creo que si estirara la pierna podría patearlo.

Transcurren los minutos, y después siguen transcurriendo sin que el banco de nubes dé señales de aminorar su espesura. Cuánto tiempo llevaremos aquí, me pregunto, sin tener la más vaga noción de cómo responderme. Es llamativo lo que acontece en el cerebro cuando las puertas de la percepción se ven clausuradas. Comienzas a alucinar, a inventar sonidos donde impera el silencio, a ver cosas que no existen. Pienso que esta nata densa que nos envuelve es una especie de advertencia de cómo podría verse el futuro si la humanidad no consigue serenarse, si no empezamos a reducir nuestros impactos y reprimimos esa atracción fatal que parece incitarnos a querer quemar el barco en el que vamos navegando. La niebla, me parece, sugiere lo que sucederá cuando finalmente consigamos quedarnos solos. Cuando la codicia y el antagonismo hacia nosotros mismos y hacia todo lo que nos rodea termine por imponerse. Cuando el Antropoceno, Capitaloceno, o como quiera llamarse a nuestra era, alcance su nefasto esplendor.

Pienso que la niebla es como esa nada de la *La historia sin fin*, inmisericordemente devorando el mundo por la muerte de la imaginación.

Y reparo en que nuestra niebla, nuestra nada —esa aniquilación que diseminamos a diestra y siniestra—, se parece un tanto a aquella maquinada por Michael Ende, la potencia de igual manera una carencia imaginativa, la de ser incapaces de concebimos como algo distinto a lo que nos hemos venido diciendo que somos desde hace milenios: los hijos de dioses que no existen, las criaturas pródigas de la evolución; cuando la verdad es que no somos más que una rama raquítica perdida dentro del gran árbol de la vida, musarañas semiconscientes apenas, tubérculos tecnológicos e hiperactivos, un pedazo de cosmos que se mira sí a mismo con orgullo sin que al resto del universo le importe un comino, y que, sin embargo, vamos propagando nuestra nada por doquier, esa nada que lleva la sentencia de la extinción.

A la mañana siguiente nos llevan al pequeño aeródromo militar (en realidad solo es una pista carcomida por la vegetación), donde aguarda la avioneta en la que partiremos de la isla. Aunque hemos pasado solo una semana aquí, siento que podría haber sido un año; me pregunto cómo será pasar un mes completo, estancia promedio para biólogos y demás científicos que dependen del itinerario del buque de la Armada.

Desde hace unos días Jerónimo no para de atormentarme con su ansia por volver a la ciudad para asistir al nacimiento de su sobrino, que, de hecho, dado que llevamos todo este tiempo ambiguo sin señal de celular, podría haber sucedido ya. No recuerdo haberlo visto tan angustiado ni cuando lo mordió aquella serpiente de cascabel hace unos años. Me parece que exagera con su obsesión por llegar al parto. Como si fuese importante asistir al alumbramiento de un nuevo miembro de la especie cuando somos tantos. Cuando cada minuto sumamos trecientos habitantes más al planeta.

No obstante, no pasará mucho tiempo antes de que yo mismo me encuentre en tal situación. En menos de un año tendré una hija, una criatura salvaje mucho más compleja de cuidar que doscientos camaleones, mucho más exótica y hermosa que una rana voladora, mucho más única y formidable que un ajolote, una fierecilla enigmática y avasalladora que vendrá a trastocar por completo mi estilo de vida, que me obligará a volverme nuevamente un naturalista de interiores, que me acostumbrará a

no dormir, a tener que planear mis salidas y a sopesar las consecuencias de todo, pero que a pesar de ello, y a pesar del desastre ambiental, de las extinciones sin freno y de toda la violencia que nos rodea, me hará ser tremendamente feliz y pensar que, aunque el alud de evidencias no cesen de sugerir lo contrario, todavía hay esperanza.

Pero eso no lo sé aún, y en todo caso corresponde a otro libro, uno que se escribe día a día y cuyo final queda abierto.

Texto de sala: salida de la exhibición

Mientras termino de escribir estas líneas, durante el invierno pandémico de 2021, somos 7.9 mil millones de humanos los que sobrepoblamos el planeta, y el derretimiento de las capas polares sigue progresando, este año se han registrado récords históricos de temperatura en todos los continentes, el verano pasado las costas de Grecia y Estados Unidos ardieron por incendios cada temporada más grandes y acontecieron inundaciones sin precedentes en Alemania, Francia y China. Ya hay cinco manchas de plástico en los océanos (islas gigantes, en verdad), siendo la más extensa la del giro del Pacífico Norte, ubicada entre México y Hawái y cuya superficie en 2018 se estimó en los 1.6 millones de kilómetros cuadrados (lo que equivale a tres veces la superficie de España). Y los indicios apuntan a que, al menos durante las siguientes décadas, estas islas de desperdicios solo seguirán aumentando. Para 2050, por ejemplo, se espera que la producción mundial de plástico no solo no disminuya, sino que incremente hasta duplicarse (de acuerdo con estimaciones de UNEP, para mitades de siglo pasará de los quinientos a más de mil millones de toneladas anuales; sin mencionar que de la producción total global desde 1950, solo el diez por ciento ha sido reciclado).

Ya no queda duda de que nos encontramos en el proceso de una sexta extinción masiva: de acuerdo con la lista roja del iucn en este momento cuarenta mil especies de seres vivos afrontan el riesgo de desaparecer del planeta, lo que representa el treinta por ciento de todas las especies valoradas, y los primeros cinco lugares en la lista de países con mayor número de especies en peligro son: Madagascar (3.664), Ecuador (2.568), México (2.078), Indonesia (1.988) y Malasia (1.928) (cuatro de los países visitados en este libro y la gran isla de los lémures y camaleones del sudeste africano que espero poder conocer antes de que se consuma por completo). Parte del problema de este declive acelerado de biodiversidad es que se trata de un fenómeno un tanto ambiguo: un duelo cuya pérdida no cuenta

con cierre definido y que, por lo tanto, nos cuesta trabajo procesar. ¿Qué significa exactamente decir «extinto en estado salvaje?», cuando en realidad no es que exista otra alternativa para que los organismos alcancen a llevar una vida plena? Una especie tiene sentido solo en correlación con el resto, está constituida tanto por sus individuos como por las interacciones que estos establecen con otros seres vivos y con el entorno. Sin eso, lo que queda son meros espectros. Como el axolotl, que está por todos lados (laboratorios, acuarios, museos, criaderos, hogares particulares) menos donde debería estar. O como las vaquitas marinas, que, aunque representadas en la actualidad por dieciséis ejemplares, en términos prácticos (y ecológicos) es como si ya no existieran.

El ochenta por ciento de la energía primaria que se consume en el mundo en este momento proviene de combustibles fósiles. A pesar de ir a la baja, más de un tercio de la demanda eléctrica global sigue proviniendo del carbón, mientras que la extracción de gas y petróleo sigue al alza (ambas materias incrementaron su valor notablemente este año, el gas natural lo quintuplicó y el crudo subió un setenta por ciento con respecto al año pasado). A la vez, en su informe de 2020, el Grupo Banco Mundial señala que la producción de minerales como el grafito, el litio y el cobalto podría experimentar un aumento de casi un quinientos por ciento de aquí a 2050, para satisfacer la creciente demanda de tecnologías de energía supuestamente limpia. La producción mundial de baterías para vehículos eléctricos e híbridos creció un 154 % entre enero y julio de 2021, en comparación con el mismo periodo del año anterior. De igual manera sigue aumentando el volumen de producción de plásticos, herbicidas y defoliantes, así como de aceites vegetales y grasas animales para cocina (como referencia, un litro de aceite usado puede llegar a contaminar hasta 40.000 litros de agua potable) y cada vez resultan más abundantes en todo el planeta los residuos tóxicos (cadmio, mercurio, arsénico y plomo) ligados a los aparatos electrónicos y teléfonos desechados.

El pasado 9 de agosto el panel del calentamiento global de las Naciones Unidas (ipcc) emitió un código rojo de alerta para la humanidad declarando que debido a nuestras actividades se están observando cambios en todo el sistema climático de la Tierra, modificaciones ya irrefrenables

(como el aumento del nivel del mar), sin precedentes en cientos de miles de años y cuyas consecuencias seguirán manifestándose durante décadas, si no siglos. Todo parece indicar que ahora sí estamos alcanzando el punto de no retorno.

Sin embargo, la reciente Conferencia de las Partes (cop21) —que tuvo lugar en Glasgow del 31 de octubre al 12 de noviembre, y en la que, como cada año desde 2015, representantes de 195 países se dieron cita para asumir compromisos en contra del cambio climático y en favor del medio ambiente y el desarrollo sostenible (todos los participantes arribando en avión, por supuesto)— dejó mucho que desear y una pila de promesas huecas. Puras simulaciones, como diría Jerónimo. Puro *greenwashing* (o lavado de imagen verde, estrategia publicitaria desarrollada por algunas empresas, organizaciones o líderes políticos mediante la que se presentan como entidades respetuosas con el medioambiente con el fin de ocultar ciertas prácticas nocivas para la naturaleza que ellos mismos llevan a cabo). Sin ir más lejos, apenas un par de días después de la participación del ultraderechista Jair Bolsonaro y su Ejecutivo en la cumbre, se reveló que la deforestación en la Amazonía brasileña aumentó un 21,9%, hasta alcanzar la tasa más alta de destrucción de bosques desde 2006 (tan solo entre agosto de 2020 y julio de 2021, la deforestación fue de 13.235 km², diecisiete veces el tamaño de Nueva York).

Durante la cop21 tampoco se tocaron distintos rubros socioecológicos apremiantes como el gran dilema del agua, la crisis progresiva de refugiados climáticos o la floreciente y ultracontaminante industria aeroespacial privada con fines turísticos, y se dejó intacto el llamado complejo militar-industrial (cada vez son más frecuentes las fusiones entre la industria militar con las corporaciones de combustibles fósiles), al igual que se dio carta blanca al conglomerado de las principales trasnacionales que mueven el mercado y que son grandes responsables del deterioro medioambiental. En suma, a finales de 2021, estamos muy, pero muy lejos de siquiera empezar a redireccionar el timón que nos guía hacia ese naufragio ecológico que ya se anuncia sobre el horizonte.

Hace poco Damiana (mi hija, que ahora tiene cinco años) me preguntó quiénes eran más importantes: las personas o los animales en extinción.

Como no encontré una respuesta clara que darle, sin que me llevara a una disertación filosófica para la que ni ella ni yo estamos preparados en este momento, preferí cambiar la pregunta: ¿qué es más importante, conservar nuestro estilo de vida o quedarnos sin el grueso de los organismos que nos rodean? Supongo que cada quién tendrá que formular su propia respuesta.

Ciudad de México, a 11 de diciembre de 2021.

AGRADECIMIENTOS

Me siento en deuda con todas las personas que participaron a lo largo del trayecto; sin su complicidad quizás este libro no existiría o, cuando menos, sería muy distinto. Van mis más sinceros agradecimientos a Luis Solano, Fátima Escribano y Félix Herrero por sus lecturas dedicadas y atinados comentarios, así como a Núria Cots y al resto del equipo de la editorial; ha sido un placer trabajar con ustedes. Agradezco al jurado del I Premio de No Ficción Libros del Asteroide por haber creído en el proyecto, al Sistema Nacional de Creadores de Arte del fonca (México), con cuyo apoyo me fue posible dedicarme de lleno a la escritura, y a Marina Penalva por haberme puesto en ruta hacia el Asteroide.

Gracias también a María Minera y Jerónimo Berruecos por sus sabios consejos y todas las conversaciones, a Andrés Kaizer, Ana Cristina Leshner, Sebas Durán, Bernardina de la Garza, Luisa Reyes Retana, Sarasvati Herrera y Viviana Cohen por sus lecturas tempranas y retroalimentación, y desde luego a Ana Jacoba Bellido por soportar todas las horas de divagación monotemática que conlleva el oficio de la escritura y por siempre embellecer mis días y mis textos con su talento. Ya que este libro fue escrito en pandemia, jamás lo habría logrado sin el apoyo de la burbuja: Dai, Paula, Leo, Pablo, Nina, Vera, Teo, Yamili, Aisha, Elena, Yos, Elvirita y los que se unieron después, gracias por tornar esos días extraños en una temporada alegre.

Semillas de algunos de estos relatos fueron apareciendo a lo largo de los años en medios como *Vice*, *Pijama surf*, *Mutante*, *Avispero* y *Revista de la Universidad*, por lo que agradezco a quienes colaboraron con revisiones y sugerencias en su momento. Finalmente me parece pertinente extender el agradecimiento a todas las personas que dedican jornada tras jornada a salvar lo poco que queda del mundo silvestre; es un nado a contracorriente, pero vale la pena.

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

Nota del autor: debido a que buena parte de los aspectos mencionados sobre los diversos organismos y entornos comprendidos en este libro responden a conocimientos que fueron confeccionándose a lo largo de años de investigación y experiencia, resulta impropio (por no decir imposible) incluir todas sus fuentes. Sin embargo, esta es una selección mínima de las obras mencionadas, citadas, leídas (o releídas) y consultadas puntualmente en busca de datos específicos durante el proceso de escritura:

Entrada a la exhibición

Lorenz, Konrad, *Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros* (Ramón Margalef, trad.), Tusquets Editores, España, 2017.

Durrell, Gerald, *Mi familia y otros animales* (María Luisa Balseiro, trad.), Alianza editorial, España, 2010.

Herbert, Julián, «Bajan», en *Ahora imagino cosas*, Literatura Random House, México, 2019, p. 118.

Kolbert, Elizabeth, *La sexta extinción, una historia nada natural* (Joan Lluís Riera, trad.), Editorial Crítica, España, 2015.

Wilson, E.O., *Half-Earth: Our Planet's Fight for Life*, Liveright Publishing Corporation, EE.UU., 2017.

Foster Wallace, David, «This is water», discurso pronunciado en la Universidad de Kenyon (Gambier, Ohio) el 21 de mayo de 2005. (Lectura en vivo disponible en YouTube.)

Axolotl

Arreola, Juan José, «El Ajolote», en *Narrativa Completa*, Alfaguara, México, 1997.

- Cortázar, Julio, «Axolotl», en *Final de juego*, Alfaguara, España, 2021.
- SEMARNAT, «Programa de Acción para la Conservación de las Especies: *Ambystoma spp*», semarnat/conanp, México, 2018. (PDF disponible en línea)
- Villadelángel Viñas, Gerardo (coord.) y Roger Bartra, *Axolotiada. Vida y mito de un anfibio mexicano*, Fondo de Cultura Económica (fce), México, 2011.
- Zambrano González, L., V. H. Reynoso, y G. Herrera, «Abundancia y estructura poblacional del axolotl (*Ambystoma mexicanum*) en los sistemas dulceacuícolas de Xochimilco y Chalco», unam. Instituto de Biología, México, 2003.
- Demircan, T., G., Ovezmyradov, B. Yildirim, et al. «Experimentally induced metamorphosis in highly regenerative axolotl (*Ambystoma mexicanum*) under constant diet restructures microbiota», *Sci Rep* 8, 10974, 2018.
- Page, Robert B., y S. Randal Voss, «Induction of Metamorphosis in Axolotls (*Ambystoma mexicanum*)», Cold Spring Harbor Protocol (csh).
- Enzensberger, Hans Magnus, *Mis traspies favoritos seguidos por un almacén de ideas* (María Florencia Martín, trad.), Clave intelectual, España, 2012.
- Pacheco, José Emilio «Acrosoma», en *La edad de las tinieblas*, El Colegio Nacional/Era, México, 2009, tomado de Bartra, Roger, *Axolotiada*, fce, México, 2011.

Pitón burmés

- Zug, George R., y Carl H. Ernst, *Snakes in question*, Smithsonian Books, EE.UU., 2015.
- Grice, Gordon, *Deadly Animals: Savage Encounters Between Man and Beast*, Penguin Books, EE.UU., 2011.
- De Vosjoli Philippe y Roger Klingenberg, *Burmese pythons, plus reticulated pythons and related species*, Advanced Vivarium Systems,

EE.UU., 2001.

Frazier, Ian, «The Snakes That Ate Florida», *Smithsonian Magazine*, julio 2019.

Henderson, R. W. y R. Powell (editores), *Biology of the Boas and Pythons*, Eagle Mountain Publishing, EE.UU., 2007.

Boback, Scott M., Katelyn J. McCann, Kevin A. Wood, et. al., «Snake constriction rapidly induces circulatory arrest in rats», *Journal of Experimental Biology*, volumen 218 (14): pp. 22792288.

Yong, Ed, «Meet the Agta, a tribe where a quarter of men have been attacked by giant snakes», *National Geographic*, 12/12/2011.

Headland, Thomas N. y Harry W. Greene, «Hunter-gatherers and other primates as prey, predators, and competitors of snakes», *pnas*, diciembre 2011, 108 (52): E1470-E1474.

Escorpión emperador

Jech, Jeff, *The Complete Guide to Emperor Scorpion Care: Scorpion Keeper Series*, autopublicado, EE.UU., 2018.

Instituto de Biología unam, «Especies de escorpiones de México», *Colección nacional de arácnidos*, (www.ibiologia.unam.mx/html/mexico.html)

Yong, Ed, «Why do scorpions glow in the dark (and could their whole bodies be one big eye)?», *National Geographic*, 23/12/2019.

Gaffin, Bumm, Taylor, Popokina, y Mann, «Scorpion fluorescence and reaction to light», *Animal Behaviour*, febrero 2012, volumen 83 (2): pp. 429-436.

Castro, Joseph, «Animal Mating: How Scorpions Do It», *Live Science*, junio 2016.

Ward, Alie, «Scorpiology (SCORPIONS) with Dr. Lauren Esposito», *Ologies podcast*, 9/04/2019 (www.alieward.com/ologies/scorpiology).

Camaleón de cuatro cuernos

- Bellosa, Henry, y Hans Bisplinghof, *Rainbow Boas Natural History & Captive Husbandry*, Edition Chimaira, Alemania, 2012.
- Greene, Harry, W. *Snakes: The Evolution of Mystery in Nature*, University of California Press, EE.UU., 1997.
- Necas, Peter, *Chameleons: Nature's Hidden Jewels*, Edition Chimaira, Alemania, 1999.
- The reptile database, «*Trioceros quadricornis*»: www.reptiledatabase.org
- Teyssier, J., S. Saenko, D. van der Marel, et al, «Photonic crystals cause active color change in chameleons», *Nature Communications* 6, 6368, 2015.
- Geggel, Laura, «Chameleons' Color-Changing Secret Revealed», Live Science, 10/03/2015.
- De Vosjoli, Philippe, *The Chameleon Manual*, Advanced Vivarium Systems, EE.UU., 1999.

Cocodrilo de río

- Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (profepa), «Las tres especies de cocodrilos en México», Gobierno Mexicano, 29/06/2020.
- Cedeño-Vázquez, José, Alejandro Villegas, y Luis Sigler, «Guía gráfica para la identificación morfológica de *Crocodylus moreletii* y posibles híbridos con *C. Acutus*», en *Programa de monitoreo del Cocodrilo de Pantano (*Crocodylus moreletii*) México, Belice y Guatemala*, conabio, México, pp.207-221.
- Mejía, Francisco, «Murió el 80% de los animales de circo», Milenio, México, 27/07/2016.
- Cruz, Iván, « Los animales son los más afectados por las iniciativas del Partido Verde», *Data Noticias*, México, 03/05/2021.
- López-Luna, M. A., G. Barrios-Quiroz, A. H. Escobedo-Galván, et. al., «Diagnóstico del estado de conservación del cocodrilo americano (*Crocodylus acutus*) en México, consideraciones sobre CITES, NOM-

059-SEMARNAT-2010 y UICN, y propuesta de sitios potenciales para un programa de monitoreo, con base en información existente», conabio, México, 2013.

Guido Patiño, Juan, «Modelo espacial de ataques por cocodrilo en México», Universidad Autónoma del Estado de México, 2015.

«Waste shipment statistics», en Eurostat Statistics Explained, última revisión diciembre 2020.

Guía práctica para sobrevivir al ataque de una anaconda en la selva

«The following is from the US Government Peace Corps Manual for its volunteers who work in the Amazon Jungle. It tells what to do in case you are attacked by an anaconda», 17/08/2004 (www.peacecorpsonline.org).

Islas Galápagos

Sarukhán, José, *Las musas de Darwin*, Fondo de Cultura Económica, México, 2017.

«Darwin, apto para todas las especies», Museo Americano de Historia Natural (AMNH), Nueva York, 2014.

Chambers, Paul, *A Sheltered Life: The Unexpected History of the Giant Tortoise*, Oxford University Press, Inglaterra, 2005.

Wildlife Alliance, «Galápagos Tortoise» (www.animals.sandiegozoo.org).

Arteaga, Alejandro, Lucas Bustamante, José Vieira, Washington, Tapia Aguilera, y Juan Manuel Guayasamin, *Reptiles of the Galápagos: Life on the Enchanted Islands*, Universidad Tecnológica Indoamérica, Ecuador, 2019.

Ward, Alie, «Pinnipedology (SEALS & WALRUSES) with Luis A. Huckstadt», *Ologies podcast*, 26/05/2021 (<https://www.alieward.com/ologies/pinnipedology>).

Galápagos Conservancy, «Expedición científica a volcán Wolf localiza una tortuga pariente del Solitario George», 31/01/2020 (www.espanol.galapagos.org).

Borneo

O'Hanlon, Redmond, *Into the Heart of Borneo*, Vintage Departures, Inglaterra, 1987.

Sacks, Oliver, *Todo en su sitio: Primeros amores y últimos escritos* (Damià Alou, trad.), Anagrama, España, 2020.

White, Mel, Tim Laman, «Inside the Private Lives of Orangutans», *National Geographic*, diciembre 2016.

Orangutan Conservancy, «Tapanuli Orangutan» (www.orangutan.com).

Goldman, Jason, «Is Orangutan Culture Made of Ideas?», *Scientific American*, 20/12/2012.

Adams, Jack, «Conclusive Proof That There Is No God and Humans Are Essentially Evil. Meet Pony the Prostitute Orangutan», *Vice*, 2/10/2007 (www.vice.com).

Galdikas, Birute, *Reflejos del Edén, mi tiempo con los orangutanes de Borneo*, Pepitas de Calabaza, España, 2013.

Morrogh-Bernard, H. C., et al., «Self-medication by orang-utans (*Pongo pygmaeus*) using bioactive properties of *Dracaena cantleyi*», *Scientific Reports* 30/11/2017 (www.nature.com).

Komodo

Adams, Douglas y Mark Carwardine, *Mañana no estarán: en busca de las más variopintas especies de animales al borde de la extinción* (Roser Berdagué, trad.), Anagrama, España, 2006.

Adams, Douglas, «Parrots, the Universe, and Everything», charla pronunciada en la Universidad de Santa Barbara, California.

Jackson, Timothy, «Are monitor lizards venomous? (the Tale of Toxicofera, part 4)», *School of Biomedical Sciences*, University of Melbourne, 27/05/2020.

World Heritage Datasheet, «Komodo National Park».

Grice, Gordon, *Deadly Animals: Savage Encounters Between Man and Beast*, Penguin Books, EE.UU., 2012, pp. 164-169.

Komodo Survival Program, *Working for ensuring the survival of The Last Dragon on Earth* (www.komododragon.org).

Ast, J. «Helodermatidae», *Animal Diversity Web*, Museum of Zoology, University of Michigan.

Jessop, T., A. Ariefiandy, M., Azmi, C. Ciofi, Imansyah y D. Purwandana, 2021. «*Varanus komodoensis*. The IUCN Red List of Threatened Species».

Henschke, Rebecca y Callistasia Wijaya, «La radical idea para devolver la isla de Komodo a sus temidos (y admirados) dragones», Servicio Mundial de la BBC, 24/07/2019.

Sulawesi

Gallardo, Milton H., «Alfred Russel Wallace (1823-1913): Obra y figura», *Revista Chilena de Historia Natural*, 2013, vol. 86, n. 3, pp. 241-250.

Supriatna, Jatna, *Wallacea: a living laboratory of evolution*, *The Conversation*, 15/10/2017.

Vicente, Miguel, «Sesenta minutos que pudieron conmover la evolución: la carta de Wallace», *Sociedad*, 31/12/2011.

Guillén, Fedro Carlos, *El científico que creía en los fantasmas*, Pangea, México 1996, pág. 20

Cota Hiriart, Andrés, «Wallace, el otro padre de la evolución», *Revista de la Universidad de México*, n.º 840, 2018, pp. 131135.

In den Bosch, H. A. J., «Snakes of Sulawesi: checklist, key and additional Biogeographical remarks», *Zoologische Verhandelingen*, 217(1), 1-50.

Gursky, Sharon L., *The Spectral Tarsier*, Routledge, Primate Field Studies, EE.UU., 2005.

Isla Guadalupe

- Prado, Karina y, Edward Peters, *Isla Guadalupe: Restauración y conservación*, Instituto Nacional de Ecología, México, 2005.
- Grupo de Ecología y Conservación de Islas (geci), «Isla Guadalupe», www.islas.org.mx
- Luna-Mendoza, L., A. Aguirre-Muñoz, J. C. Hernández-Montoya, et al. «Ten years after feral goat eradication: the active restoration of plant communities on Guadalupe Island, Mexico», en: C. R. Veitch, M. N. Clout, A. R. Martin, J. C. Russell, y C. J. West, *Island Invasives: scaling up to meet the challenge*. Occasional Paper ssc no. 62. Gland, Switzerland, 2019, pp. 571-575, IUCN.
- Ezcurra, Exequiel, Alfonso Aguirre Muñoz, et al., «Plan de erradicación de especies introducidas en Isla Guadalupe» en *Isla Guadalupe: Restauración y Conservación*, Instituto Nacional de Ecología, México, p. 263.
- Comisión Nacional de Áreas Protegidas, «La Isla Guadalupe: hogar de especies endémicas y únicas en México», México, 2019.
- Ortiz, Pete, «Decibel equivalent tables: what does each volume sound like?», *House Grail*, 29/10/2021.
- Ward, Alie, «Pinnipedology (SEALS & WALRUSES) with Luis A. Huckstadt», *Ologies podcast*, 26/05/2021 (<https://www.alieward.com/ologies/pinnipedology>).

Salida de la exhibición

- Lista roja de la iucn (parámetros generales): <https://www.iucnredlist.org/>
— (tabla por países, actualizada): <https://www.iucnredlist.org/statistics>
- Jacka, Jerry K. (2019), «La gran mancha de basura del pacífico», *Revista de la Universidad de México*, 2019, n.º 849, pp. 27-33.
- IPCC, «Climate change widespread, rapid, and intensifying», 09/08/2021, (<https://www.ipcc.ch/2021/08/09/ar6-wg1-20210809-pr/>).

Serratos, Francisco, @Antropocenista, noticias de humanismo ambiental, naturaleza, animales, capitalismo, política, alimentación, Twitter.

Serratos, Francisco, *El Capitaloceno: Una historia radical de la crisis climática*, Festina Publicaciones, México, 2021.

«De qué sirve una casa si no tienes un planeta decente donde situarla.»

HENRY DAVID THOREAU

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Fieras familiares*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Andrés Cota Hiriart (Ciudad de México, 1982) es zoólogo, naturalista y escritor. Estudió Biología en la Universidad Nacional Autónoma de México y obtuvo un máster en Comunicación de la Ciencia e el Imperial College de Londres. Es autor de la novela *Cabeza Ajena* (2017) y de los ensayos *Faunologías* (2015) y *El ajolote, biología del anfibio más sobresaliente del mundo* (2016). Sus textos han aparecido en diversas antologías y en revistas como *Vice*, *Gatopardo* y *Revista de la Universidad*, entre otras. Durante cerca de una década dirigió la unidad de conservación de la vida silvestre Vida Fría Reproductores, dedicada a la reproducción de reptiles en cautiverio. Actualmente coordina la Sociedad de Científicos Anónimos y es conductor del programa de radio y podcast Masaje Cerebral.

* Los pasos enumerados en esta guía son una elaboración creativa a partir del instructivo incluido en el manual de supervivencia de los Cuerpos de Paz estadounidenses para sus voluntarios en el Amazonas (en realidad, la entrada en cuestión corresponde a un foro de humor de dicha institución, pero después se popularizó como si fuera veraz).